



Lord Dunsany  
**Don Rodrigo**

Crónicas  
del Valle de la Sombra



Lectulandia

*Don Rodrigo* es, sin duda, una de las creaciones más originales de Lord Dunsany. La novela transcurre en una España imaginaria y soñada, durante una Edad de Oro mítica. Su protagonista es una mezcla de Don Quijote y Sir Perceval, que parte con su laúd y su espada para conquistar un castillo y un reino. Lo acompaña Morano, su fiel criado, escudero de la estirpe de Sancho Panza, que transita por el mundo con una sartén colgada a la espalda. Don Rodrigo afrontará toda clase de vicisitudes: emboscadas, duelos, una visita al enigmático catedrático de magia de la Universidad de Zaragoza, y un extraño periplo por una comarca misteriosa e inexplorada conocida como el Valle de las Sombras, donde el tiempo parece haberse detenido.

**Lectulandia**

Lord Dunsany

# **Don Rodrigo**

**Crónicas del Valle de la Sombra**

ePub r1.2

Cervera 17.11.2017

Lord Dunsany, 1922

Título original: *Don Rodriguez, Chronicles of the Shadow Valley*

Traducción: Teresa Alfieri

Ilustración de portada: Edward Burne-Jones

Ilustración de interior: Sidney Herbert Sime

Editor digital: Cervera

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## ***Introducción***

### *Don Rodrigo* (1922), una imitación quijotesca en clave fantástica

**Iris Fernández Muñiz**

Como es bien sabido, la literatura inglesa probablemente sea la literatura nacional —salvando, o incluso incluyendo la nuestra— más influida por la obra de Cervantes, y a la vez, la obra cervantina es la obra extranjera más influyente para la literatura inglesa. Para muchos el desarrollo de la novela moderna inglesa en el siglo XVIII y su consolidación en el XIX tiene indudables deudas con Cervantes. La interpretación inglesa de la obra cervantina va cambiando a lo largo de los años, desde una interpretación fundamentalmente cómica a una satírica, y finalmente a una romántica-idealizada desde mediados del siglo XIX (por influencia alemana). *Don Rodriguez* [*Don Rodrigo* en la versión española], escrita a comienzos del siglo XX por un autor educado en una mentalidad tardío-romántica, bebe directamente de esa tradición idealizadora de la figura del Quijote, aunque con ciertos matices.

Las novelas influidas directamente por el *Quijote* suelen dividirse en dos tipos: las llamadas ficciones quijotescas y las ficciones cervantinas (Ardila 2009:12). Las quijotescas son obras protagonizadas por un «loco» disconforme con su sociedad que pretende cambiar, estrategia que sirve al autor para criticar su época, mientras que las cervantinas son obras que utilizan recursos narrativos propios de Cervantes, aunque no es una distinción excluyente. Distinción más clásica es la que habla de continuaciones y/o imitaciones, obras mucho más serviles hacia el original cervantino, en las que ya desde el título es perceptible la voluntad de imitación u homenaje del autor hacia Cervantes. Según esta clasificación, *Don Rodrigo* sería una imitación quijotesca, eso es, una obra que sigue el esquema narrativo del *Quijote*, imitando directamente algunos episodios, y protagonizada por un «loco idealista» y su criado más «práctico». La voluntad del autor no será sin embargo criticar directamente la sociedad actual, ya que la ambientación no es histórica, sino revisar críticamente los presupuestos de los romances de caballerías, algo que indirectamente contribuye a la refundación del género en la narrativa fantástica contemporánea.

Me gustaría comenzar contextualizando muy brevemente la obra, el autor y la

recepción de ambos en el ámbito anglosajón y en el hispánico. Edward Plunkett nace en 1878 en una familia noble irlandesa (él mismo es nombrado 18.º barón de Dunsany en 1899). Estuvo asociado al movimiento intelectual independentista irlandés a través del Abbey Theater, con autores como Yeats o Lady Gregory, aunque posteriormente se distanció. A lo largo de su trayectoria literaria, va probando todos los géneros: poesía, teatro, cuentos, ensayo, novela y autobiografía. Como dramaturgo tuvo gran éxito, hasta el punto de que fue «el único dramaturgo en tener cinco obras representándose de forma simultánea en Broadway» (Joshi 1995:1). Su actividad teatral surge dentro del marco de la renovación teatral irlandesa de comienzos del siglo xx, con obras de temática fantástica, onírica y satírica, y se le considera un precursor del teatro del absurdo. Hoy día se le conoce fundamentalmente por sus cuentos, que se consideran una influencia fundamental en autores como H. P. Lovecraft, J. R. R. Tolkien, Jack Vance, Arthur C. Clarke, Michael Morcock, Ursula Leguin o Neil Gaiman.

En cuanto a la acogida del autor en España, lo cierto es que fue conocido en la época, aunque hoy día se haya olvidado. Varios de sus cuentos fueron traducidos y publicados en la famosa *Revista de Occidente*, fundada por Ortega y Gasset en 1923. De hecho, y cuando se funda la editorial del mismo nombre «no deja de ser significativo que el primer libro de la colección sea *Cuentos de un soñador* (1924) en traducción del mismo Ortega» (Jarazo Álvarez 2005:153), una de las obras más famosas de lord Dunsany y que influyó notablemente en Álvaro Cunqueiro (traductor de algunos de sus relatos) y Jorge Luis Borges (que tradujo su obra *A night at an Inn* (1916) como *Una noche en una taberna*, para introducirla en su conocida *Antología de la Literatura Fantástica*). La novela que nos concierne ha sido traducida en dos ocasiones, aunque ambas están descatalogadas. La primera es de Teresa Alfieri con nota preliminar de Jaime Rest (Ediciones Librería Fausto, Buenos Aires, 1977), y la segunda de Miguel A. López Lafuente (Ediciones Blanco Satén, Madrid, 1991).

*Don Rodrigo* (1922) fue la primera novela de Lord Dunsany, después de su éxito en la narrativa breve y el teatro. Revisando las críticas literarias de publicaciones periódicas de 1922 se pueden encontrar opiniones muy diversas. Para el *New Statesman*, es una obra aburrida, incoherente y muerta. El *Saturday Review* afirma que lord Dunsany no posee cualidades suficientes para afrontar la prosa realista que requiere la novela picaresca y que su estilo destruye cualquier apariencia de realidad, aunque destaca la habilidad del autor para criticar con humor la sociedad. *The Nation* opina que incluso el más ferviente admirador ha de admitir que en esta obra Dunsany no da la talla, y que pese a la riqueza de la ambientación y la calidad descriptiva —tal vez demasiado prolija— la novela es fallida y fría, y además aprovecha para expresar su desacuerdo con que la estética dunsaniana no esté apegada a la tierra y folclore irlandés, sino que prefiera ambientaciones más exóticas. En ese sentido, conviene

apuntar que uno de los aspectos que la crítica actual suele destacar de la obra de lord Dunsany es que precisamente creara una mitología propia, y no se contentara con revivir las leyendas irlandesas, como tantos de sus contemporáneos (Boyd 1977:72). Volviendo a las críticas coetáneas, *The Spectator* es más positivo, diciendo que la novela no carece de encantos, que es agradable de leer y que Dunsany maneja muy bien su prosa preciosista para recrear y envolver estilísticamente la ambientación. Resulta curioso que solamente Beebe (en el *New York Times Book Review*) mencione la intertextualidad con el *Quijote*, además de mencionar a Robin Hood como influencia para el Señor del Valle de las Sombras y decir que su descripción de las montañas del sol supera a la de la ciencia ficción de Julio Verne. Su crítica además es la más positiva, diciendo que es una de las historias más emocionantes y entretenidas que ha leído y señalando el valor de la crítica antibelicista de la tercera crónica.

La crítica actual (centrada como ya se ha dicho en la cuentística) ha examinado muy superficialmente la obra, con opiniones diversas, aunque todos coinciden en señalar, aunque no estudiar en detalle, las conexiones con el *Quijote*. *La Encyclopedia of Fantasy* simplemente afirma que la obra es «modesta» (Clute y Grant, 1997:303), dentro del conjunto de la magna obra dunsaniana, mientras que el *Historical Dictionary of Fantasy* habla de un «nuevo romance caballeresco» (Stableford 2005:394). Los críticos principales de Dunsany, Schweitzer (1989) y Joshi (1995), subrayan el carácter episódico de la obra que apuntaría la inseguridad de un autor que está experimentando con la transición entre el relato corto y la novela y que no maneja bien la distribución de los tiempos, espacios y modos de narrar. También señalan la vinculación con la novela picaresca, «una narrativa picaresca llena de incidentes bastante inconexos» (Joshi 1995:90). Es conveniente recordar que para la crítica inglesa, el término *picaresca* no se corresponde exactamente con el de la crítica hispánica, y que para aquella el *Quijote* sería una novela picaresca. Según esa misma definición, buena parte de las novelas de fantasía actuales que implican un viaje podrían adscribirse a esa categoría.

Por otra parte, para Carlson (2006) sería una especie de *bildungsroman*, «una novela de auto-descubrimiento», y también una reelaboración crítico-satírica del género de la novela de caballerías (Carlson 2006:98), adaptado a una mentalidad moderna. Para Carlson, Dunsany es sobre todo un escritor de fantasía, término que conecta plenamente con la idea que este crítico pretende transmitir: que don Quijote es una de las fuentes fundamentales de inspiración para la narrativa fantástica moderna. Carlson también afirma que la intención crítica que hay detrás de la motivación por la cual Dunsany busca reelaborar las novelas de caballerías es el deseo de poner en evidencia la poética de violencia que prima en esas novelas, y mediante esa comparación, desacreditar el uso de la violencia en la guerra actual, algo que también señala Joshi (1995:92) afirmando que existe un «mensaje subyacente sobre la inutilidad de la guerra y sus consecuencias catastróficas», de forma que una lectura meramente escapista de la obra frivolaría las intenciones del

autor. Según Carlson, Dunsany utiliza a don Rodrigo como modelo de educación para sus lectores, de forma que su inicial idealización de la guerra se va desmoronando según transcurre la novela. El primer momento de desencanto sería el episodio de las dos ventanas del catedrático de Magia de Zaragoza (en una ve las guerras pasadas, y en otra las guerras futuras, donde tiene una visión de cómo las máquinas estropearán cualquier resto de caballeridad que quede en el acto bélico), en el que Rodrigo se da cuenta que la narración idealizada de la guerra es un fraude (Carlson 2006:100), y el desencanto concluiría con la decepción final de las aspiraciones del héroe, que veremos más adelante.

*Don Rodrigo*, aunque una obra menor e imperfecta dentro de la literatura dunsaniana, es relevante en el sentido en que se considera una de las primeras obras de fantasía moderna, ya que «fue la primera que desarrolló los entornos envolventes e inventados que más tarde se asociarían al género de la “alta fantasía”» (Wolfe 2012:19). Finalmente, para cerrar el apartado de la recepción, decir que la única opinión española que he podido recabar es la de Luis Alberto de Cuenca (2011:11) que en el prólogo a una reciente traducción de *Cuentos de los Tres Hemisferios* afirma que le divirtió «una barbaridad el *Don Rodrigo* dunsanyano, (...) ambientado en una España delirante. No dejen de enchufárselo en vena».

Centrándonos ya en el libro, este está dividido en doce capítulos denominados «crónicas», término que pretende subrayar la vinculación con el contexto medieval en el que se inserta y darle cierto aire histórico-legitimador, algo que puede considerarse un precedente de la tendencia de muchos libros actuales de fantasía a denominarse de ese modo. Dicho nombre, junto con las menciones a otros libros en los que se recogerían las distintas hazañas de don Rodrigo y de donde se han sacado las aventuras que se narran en este (*Los Libros Negros de España, Las Crónicas de Oro, El Libro de las Doncellas y los Jardines de España*), hace pensar que las aventuras recogidas para el libro tienen naturaleza fragmentaria y que pueda existir una diferencia temporal entre las distintas crónicas, además de vincular el libro con la tradición del manuscrito encontrado, uno de los aspectos del *Quijote* original más imitados. Sin embargo, dichas crónicas funcionan como un capítulo convencional, y en muchos casos una crónica continúa la narración de la anterior sin dejar siquiera el espacio de una noche. En ese sentido el libro resulta mucho más homogéneo que el *Quijote*, donde sí que es posible hallar lagunas temporales. Cada una de las crónicas va acompañada de un subtítulo en que se resumen los hechos principales del capítulo, una costumbre que imita los subtítulos del *Quijote*.

Lord Dunsany sitúa la historia en lo que denomina «the Golden Age in Spain», que no sería exactamente el Siglo de Oro. Ese nombre tiene mucho de la misma edad dorada de la que hablaba don Quijote (I, 12), y por tanto de época idealizada no histórica. Según Lin Carter en el prólogo a su edición de Wildside Fantasy Classics

(Carter y Betancourt 2002:9), es una España que «nunca fue», una que tal vez don Quijote habría reconocido como propia, y que sería una ambientación de novela de caballerías medieval, una edad irreal en la que las mayores virtudes de un caballero serían su habilidad con la espada y la mandolina, la guerra y la música. Es una España idealizada y a la vez satirizada. Pueden parecer términos opuestos, pero conviven de forma natural en la obra de Dunsany. Así, se hace burla del primitivismo de la sociedad española, del catolicismo férreo y de la falta de inteligencia de la *Garda Civil* (nombrada así en el original inglés, y que Lafuente traduce como «Santa Hermandad», equivalente histórico que sí aparece mencionado en el texto original de Cervantes). A la vez el tono idealizado de las descripciones y los ambientes tiene mucho de la visión de España de los románticos ingleses y alemanes.

La novela empieza con una *Cronología* a modo de introducción, en la que el autor alude a los efectos de la magia del catedrático de Zaragoza que hacen imposible datar con exactitud los manuscritos que se dispone a transcribir. A lo largo del relato el narrador se introduce en el texto en numerosas ocasiones, reflexionando sobre lo dicho y haciendo comentarios irónico-satíricos, en un diálogo con el lector que se aproxima —aunque exagera— el del propio narrador cervantino. Ese sería el principal rasgo estilístico común, ya que Dunsany tiene una prosa muy florida que contrasta con la sencillez de Cervantes.

El protagonista es el heredero de Argueto Harez, pero su padre decide desheredarlo a favor de un hermano menor en su lecho de muerte porque considera que podrá alcanzar todo lo que quiera mediante su espada y su mandolina. Así pues, la locura de don Rodrigo no está inducida por la lectura (aunque puede decirse que su concepción del amor caballeresco sí que es heredera del que considera su libro favorito, *Notes on a Cathedral*), sino que es recibida de su padre. Además don Rodrigo realmente no está loco, ni recibe burlas de ningún personaje por sus excentricidades. Es más bien un idealista con una obsesión: conseguir un castillo propio gracias a su habilidad con la espada, con lo que a diferencia de don Quijote, lo que busca don Rodrigo no es «desfacer tuertos», sino lograr la gloria (y posesiones) en la guerra. Esta ambición no debe entenderse como un afán mercenario, sino que tiene mucho que ver con los orígenes de la nobleza en la Edad Media, cuando los títulos —y las posesiones que los acompañaban— se otorgaban por las hazañas de guerra. Ese sueño está muy alejado del ideal de don Quijote, y en cierta medida don Rodrigo quiere ir aún más atrás en la historia. Si la concepción de la caballería que tiene don Quijote se inspira en la visión de las novelas de caballerías que comenzaron a desarrollarse en la corte francesa de finales del siglo XI (fruto de la poesía provenzal del *fin'amor*), don Rodrigo tiene una concepción de la caballería más histórica, en la que las posesiones terrenales se pueden ganar a punta de espada, y en ese sentido podemos situar su ideal caballeresco más próximo al de la figura de Rodrigo Díaz de

Vivar, el Cid, con lo que el parecido de sus nombres no parece casual. Sin embargo le ha tocado vivir en una época en lo que eso ya no es posible. Por otra parte, Alonso Quijano era un hidalgo empobrecido, cuyas posesiones, si bien exiguas, databan de esa época que don Rodrigo quiere desesperadamente rescatar.

La edad del protagonista también es un elemento distintivo muy importante. Alonso Quijano es un hombre mayor y decepcionado, mientras que don Rodrigo está en la flor de la vida, y es un joven atractivo que no genera burlas a su paso. Por todo ello, resulta difícil asociar a don Rodrigo a la configuración clásica del quijote literario. Otro elemento fundamental en la configuración del héroe postquijotesco es la elección del nombre. Si a Alonso Quijano le había llevado ocho días llamarse don Quijote, otros quijotes posteriores tienen comportamientos similares. En cambio don Rodrigo no elige su nombre por su sonoridad épica, sino que es su nombre real. Dunsany nos da una rimbombante recolección de nombres estrafalarios con los que fue bautizado el héroe «Rodrigo Trinidad Fernández Concepción Henrique María», ristra de nombres que una vez más sugiere la concepción paródica que Dunsany tiene del pueblo español.

Sin embargo Rodrigo se aproxima al modelo quijotesco en su lucha por un ideal (la guerra), en su creencia ciega en esta, y su posterior decepción (cuando tras luchar en la «última guerra del mundo», descubre que el castillo prometido había sido un engaño) lo aproxima a los últimos días de Alonso Quijano. Este final decepcionado habría estado más acorde con el espíritu cervantino, pero con un final *deus ex machina*, y propio de un «cuento de hadas» (Schweitzer 1989:77), el Señor del Valle de las Sombras le acaba concediendo todos sus deseos.

En cuanto al amor, los críticos han señalado que si bien los «gigantes» de don Rodrigo eran tan falsos como los del Quijote, su «Dulcinea». (Serafina) sí es real, ambos concluyen con un *happily ever after*.

Su criado Morano tiene más puntos en común con su equivalente en la obra cervantina, Sancho Panza. Así se le describe como un hombre bajo, grueso, cuarentón, práctico, aficionado a la comida y al descanso, con un ingenio muy peculiar que saca a don Rodrigo de aprietos en más de una ocasión. Así, es a él a quien se le ocurre que se intercambien los ropajes para engañar a la Guardia Civil haciéndose pasar el uno por el otro, y también él quien evita que el catedrático de Magia los hechice. Está constantemente preocupado de su sartén y su tocino, pues para él la cocina es tan importante como el arte de la guerra.

En un determinado momento llega a utilizar su sartén como arma para defender a don Rodrigo que estaba siendo vapuleado por don Alderon, hermano de Serafina, que se siente ofendido porque Rodrigo la corteje cantando a los pies de su balcón. Este episodio sirve para que ocurra un diálogo que casi transcribe palabra por palabra el que tiene lugar entre don Quijote y Sancho a propósito de las leyes de caballería, según las cuales Sancho solamente puede defender a su señor si lo atacan gentes de baja condición y «en esto de ayudarme contra caballeros has de poner a raya tus

naturales ímpetus» (I, 8). Así, en la Crónica Sexta, don Rodrigo recrimina a Morano por haber roto las sagradas leyes de la caballería, y el confuso Morano le pregunta entonces que si debe dejarlo morir si lo atacan, a lo que Rodrigo responde que solo si no son caballeros, ante lo que Morano parece conforme y promete no intervenir. Morano tiene aspiraciones más humildes que Sancho, ya que lo único que desea es descansar.

Lo cierto es que sus conversaciones son el aspecto más fresco de la obra, y probablemente en el que más se refleje el espíritu cervantino. La relación entre ambos se va estrechando a lo largo de la obra, y se apoyan el uno en el otro, algo de lo que el propio Rodrigo es consciente cuando le obliga a marcharse de su lado por haber atacado a un caballero. La relación mimetiza la de don Quijote y Sancho hasta el punto de que al final parece haber el mismo proceso de quijotización de Sancho y sanchificación de don Quijote del que tanto ha hablado la crítica española. Así, Rodrigo cada vez está más preocupado de cuestiones terrenales como el hambre, y Morano se niega a rendirse cuando Rodrigo renuncia a su sueño de conseguir un castillo, de la misma forma que Sancho no quería que Quijote se rindiera al final de la Segunda Parte.

Finalmente, me gustaría señalar algunos de los episodios más relevantes en los que se puede observar un paralelismo directo con el *Quijote*. Por ejemplo, Morano y Rodrigo llevan a su último término el viaje hacia el Sol que Quijote y Sancho creían haber hecho a lomos de Clavileño (II, 41). Morano se siente tan apasionado por las guerras que observa en la ventana mágica de Zaragoza que intenta intervenir, de la misma forma que don Quijote quiere intervenir en el retablo de Maese Pedro (II, 26). Rodrigo libera a un prisionero de la Santa Hermandad, que resulta ser el Señor del Valle de las Sombras que luego le ayudará, mientras que Quijote no obtiene ningún beneficio de liberar a Ginés de Pasamonte y los otros galeotes (I, 22). Morano y Rodrigo viajan hacia los Pirineos en una barca similar a la que toman Quijote y Sancho camino de casa de los duques (II, 29). El número de episodios es muy limitado porque la novela es muy breve, y Rodrigo y Morano parecen viajar en un mundo deshabitado, donde los secundarios son muy secundarios, y carecen de la psicología de los personajes cervantinos.

Como conclusión, decir que aunque a lo largo de las páginas hemos hecho un análisis muy somero de los aspectos más llamativos de la obra en los que se percibe la influencia cervantina, han quedado muchos otros puntos por analizar debido a la limitación temporal de esta comunicación. Aún queda mucho por estudiar, especialmente en torno a las vivas conversaciones entre Morano y Rodrigo que son fiel reflejo de las de sus homólogos cervantinos. Cierro aquí esta introducción, recordando de nuevo que no debe minusvalorarse la importancia que tiene el *Quijote* en la configuración de la narrativa fantástica actual, género al que la crítica española no suele prestarle atención, pero que esconde muchos paralelismos interesantes para el investigador de literatura medieval, renacentista y barroca, puesto que muchas

veces los autores actuales acuden a estas fuentes para revisionarlas desde su particular estética.

## Bibliografía

Ardila, J. A. G., *The Cervantean Heritage: Reception and Influence of Cervantes in Britain*, Modern Humanities Research Association, Oxford, 2009.

Beebe, W., «Lord Dunsany and Don Rodríguez», en *New York Times Book Review and Magazine*, 1 October 1922, p. 3.

Boyd, E. A., «Lord Dunsany: fantaisiste», en *Apreciations and Depreciations: Irish Literary Studies*, Ayer Publishing, North Stratford, 1977, pp. 71-100.

Carlson, D. J., «Lord Dunsany and the Great War: *Don Rodriguez* and the Rebirth of Romance», *Mythlore*, 95/96 (2006), pp. 93-104.

Carter, Lin, y John Gregory Betancourt, «Introduction», en *Don Rodriguez: Chronicles of Shadow Valley*, Wildside Press, Holicong, 2002 [1922], pp. 6-10.

Cervantes, M. de, *Don Quijote de la Mancha*, Alfaguara, Barcelona, 2004.

Clute, J., y J. Grant, *The Encyclopedia of Fantasy*, Orbit, Londres, 1997.

Cuenca, Luis Alberto de, «Prólogo», en *Cuentos de los tres hemisferios*, lord Dunsany, Ediciones Espuela de Plata, Sevilla, 2011, pp. 9-12.

Dunsany, lord, *Don Rodriguez: Chronicles of Shadow Valley*, ed. Lin Carter y John Gregory Betancourt, Wildside Press, Holicong, 2002 [1922]; trad. esp. *Don Rodrigo*, Miguel A. López Lafuente, Ediciones Blanco Satén, Madrid, 1991.

Jarazo Álvarez, R., «Un viaje a Irlanda en la literatura gallega: Lord Dunsany y Álvaro Cunqueiro», en *Estudios joyceanos en Gran Canaria*, ed. Santiago José Henríquez Jiménez, Huerga y Fierro Editores, Madrid, 2007, pp. 145-158.

Joshi, T. S., *Lord Dunsany: a master of the Anglo-Irish imagination*, Greenwood Publishing Group, New Jersey, 1995.

Krutch, J. W., «Knights Errant», en *Nation*, 2992, 8 November 1922, pp. 503-504.

«Lord Dunsany's New Romance», en *The Spectator*, 4894, 15 April 1922, pp. 470-471.

«Manufactured magic», en *New Statesman*, 473, 6 May 1922, p. 130.

Mendlesohn, F., y E. James, *A short history of fantasy*, Middlesex University Press, Londres, 2009.

Stableford, B., *Historical dictionary of fantasy literature*, Scarecrow Press, Maryland, 2005.

Schweitzer, D., *Pathways to Elfland: the writings of Lord Dunsany*, Wildside Press, Holicong, 1989.

«The Chronicles of Rodríguez», en *Saturday Review* (London), 3469, 22 April 1922, pp. 423-424.

Wolfe, G. K., «Fantasy from Dryden to Dunsany», en *The Cambridge Companion*

to *Fantasy Literature*, ed. Farah Mendlesohn y Edward James, Cambridge University Press, New York, 2012, pp. 7-20.



## *PRÓLOGO*

**A**un después de una búsqueda larga y paciente, me resulta imposible darle al lector de estas Crónicas la fecha exacta en la que tienen lugar. Si fuera simplemente un problema histórico, no podría haber dudas acerca de qué período se trata; pero, donde la magia tiene algo que ver, aunque sea en pequeña medida, debe haber siempre un elemento de misterio que surge, en parte, de la ignorancia y, en parte, de la compulsión de esos juramentos con los que la magia protege sus recintos del manoseo de la curiosidad.

Además, la magia, aun en pequeñas dosis, parece afectar al tiempo, tanto como los ácidos afectan a algunos metales cambiando su substancia curiosamente, hasta un punto en el que las fechas parecen fundirse en una forma mercuria que las torna elusivas aun para el ojo del historiador más sagaz.

La magia que aparece en las Crónicas III y IV es la que ha afectado las fechas seriamente, de modo tal que todo lo que puedo decir al lector con certeza acerca del período es que corresponde a los últimos años de la Edad de Oro de España.

## CRÓNICA PRIMERA

---

### Cómo Rodrigo conoció a nuestro mesonero de El Dragón y el Caballero y cómo se despidió de él

**C**onvencido de que su fin estaba próximo y habiendo vivido largo tiempo en este mundo (y todos esos años en España, en la Edad de Oro), el Señor de los Valles de Arguento Harez, desde cuyas alturas no se ve Valladolid, llamó a su hijo mayor. Y, cuando este llegó a su cámara, oscurecida por extrañas colgaduras rojas y augusta con el esplendor de España, se dirigió a él de esta manera: «¡Oh, primogénito mío! Vuestro hermano menor es aburrido y astuto, Dios no lo ha agraciado con esos rasgos que aman las mujeres; y debéis saber, primogénito mío, que en este mundo y, por todo lo que sé, en el Más Allá, pero sin duda en este mundo, estás mujeres son los árbitros de todas las cosas; y por qué es así, solo Dios lo sabe, porque ellas son vanas y variables; sin embargo, ciertamente así es. Como vuestro hermano menor no recibió el don de las maneras que las mujeres aprecian, y sabe Dios por qué las aprecian ya que son vanas, aquellas maneras que recuerdo y qué me ganaron los Valles de Arguento Harez, desde cuyas alturas Angélico juró una vez que vio Valladolid, y más aún que me ganaron también... pero hace ya mucho tiempo y todo ha pasado ahora... ¡ah! bueno, bueno... ¿qué estaba diciendo?».

Y al recordarle su argumentación, el anciano caballero continuó diciendo: «Él no ganará nada por sí mismo y, por lo tanto, le dejaré estos mis valles, ya que no es improbable que por algún pecado mío su espíritu haya recibido tal mediocridad, pues como dicen las Sagradas Escrituras, los pecados de los padres se purgan en los hijos; y así lo compensaré. Pero a vos os dejo mi antigua espada castellana, larga y sumamente flexible, que era el terror de los infieles, si los romances viejos no mienten. Es alegre y delgada y su verdadero ser canta cuando se encuentra con otra espada, como cantan dos amigos cuando se encuentran después de muchos años. Es la más artera, lista y triunfante de todas; y lo que no gane para vos en las guerras, eso lo ganaréis con vuestro laúd, porque tenéis un modo de tocarlo que va muy bien con los aires antiguos de España. Y elegid, hijo mío, más bien una noche de lima llena para cantar bajo esos balcones curvados que yo conocí, ¡ay de mí!, tan bien, pues la luna posee inmensas ventajas. En primer lugar, las doncellas ven en la luz de la luna, especialmente en primavera, un espíritu más romántico del que podáis creer, porque para ellas añade un misterio a la oscuridad que la noche no tiene cuando es noche

cerrada. Y si alguna estatua resplandece sobre el césped cercano, o si la magnolia está en flor, o aun si canta el ruiseñor, o si hay algo hermoso en la noche, en cualesquiera de estas cosas también hay una ventaja, porque una doncella atribuirá a su enamorado todo tipo de rasgos que no son suyos en absoluto, sino que solo están surgiendo de la mano de Dios. También existe otra ventaja en la luna y consiste en que, si se presentan intrusos, la luz de la luna se ajustará mejor al juego de la espada que la mera oscuridad de la noche; sin duda a menudo el juego alegre de mi espada a la luz de la luna era maravilloso de ver, de tal modo relampagueaba, danzaba, relumbraba. A la luz de la luna uno tampoco da estocadas vanas sino que dispone de esfera de acción suficiente para aquellos pases impecables que enseñaba Sevastiani, que fueron hace años el asombro de Madrid».

El anciano caballero se detuvo, y durante un rato tomó aliento, como si lo estuviera acumulando para dirigir las últimas palabras a su hijo. Inspiró con deliberación y luego habló nuevamente: «Os dejo», dijo, «satisfecho porque tenéis las dos virtudes, hijo mío, que son más necesarias en un caballero cristiano: destreza con la espada y habilidad con el laúd. Cierto es que existen otras artes entre los paganos, ya que el mundo es ancho y tiene muchísimas costumbres, pero solo estas dos son necesarias». Y luego, con aquellas grandes maneras que tenían en aquel tiempo en España, a pesar de que sus fuerzas menguaban, entregó a su primogénito su espada castellana. Después se recostó sobre la cama enorme, tallada, endoselada; sus ojos se cerraron, crujieron los cortinados de seda roja y ya no se percibió el sonido de su respiración. Pero el espíritu del anciano caballero, cualquiera fuese el viaje que se propusiese, subsistía aún en su antigua habitación, y su voz surgió nuevamente, pero ahora afiebrada e incoherente; durante un rato, murmuró sobre jardines, sin duda, jardines tales como los que custodiaban los hidalgos en aquella región fértil y soleada, en el período más orgulloso de España; no podía haber conocido otros. Y así durante un rato su memoria pareció deambular medio ciega entre aquellas maravillas terrenales; quizás entre esas memorias su espíritu vacilara y demorara aquellos breves momentos últimos, confundiendo aquellos jardines españoles, recordados en primavera y a la luz de la luna, con el otro extremo de su viaje, los resplandores del Paraíso. Como quiera que fuese, se demoraba. Esas memorias erráticas cesaron y se hizo nuevamente el silencio interrumpido solo por el sonido de la respiración. Luego, reuniendo fuerzas por última vez y mirando a su hijo, dijo: «La espada para las guerras. El laúd para los balcones». Con lo cual cayó hacia atrás, muerto.

Ahora bien, según lo que se sabía en España, no existían guerras en ese tiempo, pero el primogénito de aquel anciano caballero, tomando aquellas últimas palabras de su padre como una orden, determinó en ese momento y allí mismo, en aquella vasta cámara sombría, ceñirse a su legado y buscar las guerras, doquiera estuviesen, tan pronto como las honras fúnebres hubiesen terminado. Y de aquellas exequias no hablo aquí ya que están narradas en forma minuciosa en Los Libros Negros de España, y las hazañas de juventud de aquel anciano caballero están expuestas en las

Historias Doradas. El Libro de las Doncellas lo menciona, y de nuevo tenemos noticias tuyas en Los Jardines de España. Lo dejo, confío en que feliz, en el Paraíso, ya que tenía las dos virtudes que, según sostenía, eran imprescindibles en un cristiano, destreza con la espada y habilidad con el laúd; y si existe un camino hacia la salvación más difícil o mejor para seguir que aquel que consideramos correcto, entonces todos estamos condenados. Por lo tanto, fue enterrado, y su primogénito emprendió su camino con su legado en una funda larga, recta, adorable, de terciopelo azul con esmeraldas, que pendía de su cinturón; marchó a pie por un camino de España. Y a pesar de que el camino doblaba a diestra y siniestra y algunas veces casi terminaba, como si fuera para permitirles crecer a las florecillas silvestres, que surgían de una pura buena voluntad como la de que carecen algunos caminos, a pesar de que corría hacia el oeste y hacia el este y algunas veces hacia el sur, aunque principalmente se dirigía hacia el norte, a pesar de que erraba es una palabra más adecuada que se dirigía, el Señor de los Valles de Arguento Harez, que no poseía valles ni cosa alguna salvo una espada, lo acompañaba buscando guerras. Había cargado su laúd sobre sus espaldas. Pues bien, la época del año era primavera, no la primavera que conocemos en Inglaterra, ya que no era sino marzo temprano, pero era la época en que la primavera, subiendo desde el África o desde las tierras ignotas que están al sur, da su primer toque a España y multitudes de anémonas brotan a sus pies.

Luego la primavera se dirige hacia el norte, hasta nuestras islas, no menos maravillosa en nuestros bosques que en los valles andaluces, fresca como una canción nueva, fabulosa como una runa, pero un poco pálida por el viaje, de modo tal que nuestras flores no fulguran exactamente igual que la miríada de llamaradas de las flores de España.

Y durante todo el tiempo, mientras iba por el camino, el joven observaba la llama de esas flores sureñas, que destellaban a ambos lados del camino, como si se hubiera roto el arco iris en los Cielos y sus fragmentos hubiesen caído sobre España. Durante todo el tiempo, mientras iba por el camino, contemplaba esas flores, las anémonas primeras del año; y mucho tiempo después, cada vez que cantaba los romances viejos de España, pensaba en España tal como aparecía aquel día en medio de la maravilla de la primavera; el recuerdo otorgaba belleza a su voz y avidez a sus ojos, armonizando a la perfección con el tema de los romances que cantaba y que, más de una vez, lograron fundir corazones orgullosos considerados fríos. Y, contemplándolas siempre, llegó a un pueblo que sé erguía sobre una colina antes de que estuviera realmente cansado, a pesar de que había hecho cerca de veinte de esas millas florecidas de España; y como anoecía y la luz se estaba apagando, fue a un mesón y desenvainó la espada en la penumbra y con lá empuñadura golpeó en la puerta de roble. Su nombre era El Mesón del Dragón y el Caballero. Se encendió una luz en una de las ventanas superiores; la óscuridad pareció profundizarse en ese momento, se oyeron pasos que bajaban pesadamente una escalera; y habiéndote nombrado el mesón, amable lector, me toca ahora nombrarte también al joven, el Señor sin tierra

de los Valles de Argueto Harez, mientras los pasos descienden lentamente la escalera interior, mientras el crepúsculo vespertino se oscurece sobre la primera casa en la que ha buscado refugio desde que salió de los valles paternos, mientras está erguido en el umbral del ámbito romántico. Se llamaba Rodrigo Trinidad Fernando Concepción Enrique María; pero en esta historia lo llamaremos brevemente Rodrigo; tú y yo, lector, sabremos a quién nos referimos; por lo tanto no necesito darle sus nombres completos, a: menos que lo haga de tanto en tanto para recordártelo.

Los pasos descendían golpeando la escalera interior, diferentes ventanas reflejaban la luz de la vela, y ninguna otra brillaba en la casa; era claro que se movía con los pasos que descendían por aquella escalera resonante. El ruido de los pasos dejó de reverberar en la madera, y ahora se movían lentamente sobre adoquines de piedra; ahora Rodrigo oía una respiración, un aliento con cada paso y por lo menos el ruido de cerrojos y cadenas abiertos y la respiración ya muy cercana. Se abrió la puerta suavemente; un hombre con ojos malévolos y una expresión consagrada al mal apareció y lo observó un momento; luego la puerta se cerró nuevamente, se escuchó cómo los cerrojos regresaban a sus lugares, los pasos y la respiración se alejaron sobre el piso de piedra y la escalera interna comenzó otra vez a resonar.

«Si aquí están las guerras» se dijo Rodrigo a sí mismo y a su espada, «bien, dormiré bajo las estrellas». Y escuchó tratando de distinguir el sonido de la guerra en la calle y, como no oyó nada, continuó su monólogo. «Pero, si no he llegado aún hasta ellas, dormiré bajo techo».

Entonces desenvainó la espada por segunda vez y comenzó a golpear la puerta metódicamente; como advirtió vetas en la madera, apuntó hacia donde era más vulnerable. Apenas había conseguido comprobar cómo una buena franja de roble amenazaba con desprenderse, una vez más los pasos descendieron la escalera de madera y se acercaron avanzando sobre las piedras con ruido sordo; tanto los pasos como la respiración eran más rápidos, ya que nuestro mesonero de El Dragón y el Caballero se estaba apurando para preservar su puerta.

Cuando de nuevo escuchó el ruido de los cerrojos y las cadenas, Rodrigo cesó de golpear la puerta. Una vez más, esta se abrió suavemente y vio delante de él a nuestro mesonero, mirándolo con esos ojos perversos; se podría haber dicho a la ligera que a causa del exceso de presión recibida, sin embargo, mientras Rodrigo lo miraba de pie en el escalón de la puerta de entrada, de algún modo sugería a la intuición refinada de la juventud la forma y el espíritu de una araña, la cual, a pesar de su apariencia desagradable, es lo suficientemente ágil a su manera.

Nuestro mesonero nada dijo; y Rodrigo, quien rara vez se refería al pasado, porque sostenía que solo podemos ordenar el esquema del futuro (y quizá se equivocaba aun aquí), no mencionó los cerrojos o la puerta y solo solicitó una cama para pasar la noche.

Nuestro mesonero se frotó la barbilla; no tenía barba ni bigotes pero usaba unas patillas espantosas; se la frotó pensativamente y miró a Rodrigo. Sí, dijo, podía darle

una cama para pasar la noche. No dijo una palabra más, mas giró y lo condujo; mientras Rodrigo, quien era capaz de cantarle a su laúd, tampoco gastó ninguna de sus palabras en tal objeto descortés. Ascendieron por la corta escalera de roble por donde había venido nuestro mesonero, cuyas grandes vigas estaban roídas por una miríada de ratas y, a la luz de una vela, fueron a través de unos corredores hacia el interior del mesón, el que se alejaba de la calle aún más de lo que el joven había supuesto; sin duda, cuando llegaron al corredor grande en cuyo final estaba la cámara para él dispuesta, se dio cuenta de que este no era un mesón común, como lo había aparentado desde fuera, sino que penetraba en la fortaleza de alguna gran familia de tiempos pasados que habría caído en épocas malas. El tamaño vasto de la misma, el noble diseño en el que la talla se había salvado de las ratas, lo que las polillas habían dejado de los tapices, todo lo atestiguaba; por lo que respecta a las malas épocas, se mostraban en todo el lugar, evidentes aun para la luz de una vela que goteaba con cada corriente de aire que soplaban desde las guaridas de las ratas, una herencia inseparable para todos aquellos que perturbaran esos corredores.

Y así llegaron a la cámara.

Nuestro mesonero entró, hizo una reverencia sin gracia en la puerta y extendió su mano izquierda señalando el cuarto. Las corrientes de aire que soplaban desde las ratoneras del friso de madera o la mera acción de entrar abatieron la llama de la vela usurpadora y goteante, de forma tal que la cámara apareció oscurecida por un momento, a pesar de la vela, como naturalmente debía ocurrir. Sin embargo, la impresión que causó a Rodrigo fue como si una oscuridad antigua, que hubiese estado largo tiempo sin ser perturbada, se opusiera fieramente a la intromisión de esa vela, una oscuridad que, más precisamente, se transformaba en el lugar mismo y era vana parte de él y había pasado mucho tiempo siéndolo, frente a la cual la vela parecía una cosa efímera exenta de gracia o de dignidad o de tradición. Y ciertamente había lugar para la oscuridad en esa cámara ya que las paredes subían y subían hasta una altura tal que a duras penas se podía ver el cielorraso, hacia donde se dirigieron los ojos de nuestro mesonero, y Rodrigo siguió su mirada.

Aceptó su alojamiento con un movimiento de cabeza, como hubiera aceptado sin duda cualquier cuarto en aquel mesón, ya que los jóvenes son jueces débiles acerca de los caracteres y, el que ha aceptado un mesonero tal, es raro que se queje de las ratas o de la profusión de telarañas gigantescas, oscuras con el polvo de los años, que tanto añadían a lo sombrío de aquel mesón siniestro. Luego giraron y regresaron en la vigilia de aquella vela goteante hasta que llegaron nuevamente a la parte más humilde del edificio. Aquí nuestro mesonero, abriendo a empujones una puerta de roble ennegrecido, indicó su refectorio. Había allí una mesa larga y sobre ella trozos de la cabeza y los pemiles de un jabalí; y, en el extremo de la mesa, un hombre fuerte y regordete estaba sentado en mangas de camisa haciendo honores a la carne del jabalí. Se levantó de su silla tan pronto como entró su amo, ya que era el sirviente de El Dragón y el Caballero; nuestro mesonero pudo haberle dicho mucho con una mirada

de sus ojos, pero con la lengua no dijo más que una palabra: «Perro». Luego hizo una reverencia y se retiró, permitiendo a Rodrigo tomar asiento en la única silla que había y ser servido por su reciente poseedor. La carne del jabalí estaba fría y era nudosa, otro trozo de carne se extendía en un plato sobre un estante y había una rodaja de pan próxima a él, pero las ratas habían devorado casi todo el pan; Rodrigo preguntó de qué era la carne. «Lengua de unicornio», dijo el sirviente. Y Rodrigo ordenó que colocaran la fuente delante de él y se dispuso a comer muy satisfecho, a pesar de que, me temo, la lengua de unicornio solo era de caballo. Era una época crédula, como lo son todas las épocas. Al mismo tiempo señaló un banquito de tres patas que vio en un rincón del aposento, luego la mesa, luego la carne del jabalí y finalmente al sirviente, quien dióse cuenta de que se le permitía regresar a su banquete al que acudió con presteza. «¿Vuestro nombre?», dijo Rodrigo tan pronto como ambos estuvieron comiendo. «Morano», repuso el sirviente, a pesar de que no debe suponerse que, cuando le contestó a Rodrigo, hablara con tanta cortesía; doy al lector simplemente lo substancial de su respuesta, ya que añadió palabras españolas que en nuestro lenguaje depravado y decadente de hoy día corresponden a vocablos tales como «patrón», «maestro» o «jefe», de modo tal que su discurso tenía una cierta gracia en aquel tiempo remoto de España. He dicho que Rodrigo se preocupaba pocas veces por el pasado mas consideraba primordialmente el futuro. Estaba pensando en el futuro cuando le formuló esta pregunta a Morano:

—¿Por qué me cerró la puerta en la cara mi valioso y excelso mesonero?

—¿Hizo eso? —dijo Morano.

—Luego la cerró con cerrojos y creyó conveniente volver a echar las cadenas, sin duda por alguna buena razón.

—Sí —dijo Morano pensativamente y, mirando a Rodrigo—, así debe haberlo hecho. Vos debéis haberle gustado.

En verdad, Rodrigo era el joven indicado para enviar por el cincho mundo con una espada y un laúd, ya que tenía perspicacia en demasía. Nunca forzaba las cosas, por el contrario, cuando se había dicho algo que podía significar mucho, prefería almacenarlo en su mente y pasar a considerar otras cosas, casi como uno podría dar muerte a una presa de caza y continuar y matar más y llevarlas todas a casa, mientras que un salvaje cocinaría la primera presa donde cayera y la comería en el mismo sitio. Perdóname, lector, pero ante la acotación de Morano quizá puedes haber exclamado: «Ese no es el modo en que se trata a quien nos gusta». Pero Rodrigo no lo hizo así. Su atención pasó a considerar los anillos de Morano, que usaba con una profusión mayúscula en sus meñiques; eran de oro y de un trabajo exquisito y alguna vez habían sostenido piedras preciosas, como lo testimoniaban los amplios portillos; en nuestros días serían inestimables, pero eh una época en la que los obreros solo trabajaban en artes que entendían y, por lo tanto, trabajaban por el placer de hacerlo, antes de que la palabra artístico se volviera ridícula, el trabajo exquisito se daba por supuesto; y, como los anillos eran delgados, eran de poco valor. Rodrigo no hizo

comentario alguno sobre ellos; fue suficiente para él haberlos notado. Simplemente, se dio cuenta de que no eran anillos de dama, ya que ningún anillo de dama hubiese calzado en cualquiera de esos dedos; en consecuencia, eran anillos de galanes y no fueron dados a Morano por sus dueños, ya que quienquiera usara una piedra preciosa necesitaba un anillo para llevarla, y los anillos no se gastan como las calzas que un galán podría regalar a su sirviente. Pensó que tampoco los había robado Morano, ya que quienquiera los robara los mantendría enteros o se desprendería de ellos sin desmontarlos y obtendría un precio mejor. Además Morano tenía una cara honesta o al menos una cara que parecía honesta en semejante mesón. Y, mientras estos pensamientos pasaban por su mente, Morano habló nuevamente. «Buenos jamones», dijo Morano. Ya se había comido uno de los perniles y estaba por comenzar el siguiente. Quizás habló por gratitud al honor y a la ventaja física de haberse permitido sentarse allí y comerse esos pemiles, quizá tentativamente, para ver si podía consumir el segundo, quizá solo para iniciar una conversación, al sentirse atraído por la apariencia honesta de Rodrigo.

—Estáis hambriento —dijo Rodrigo.

—Dios sea loado, siempre tengo hambre —contestó Morano—. Si no estuviese hambriento me moriría de inanición.

—¿Ocurre eso? —dijo Rodrigo.

—Veréis —dijo Morano—, ocurre de este modo: mi amo no me da comida y solo cuando estoy hambriento me atrevo a robarle asaltando sus viandas, como vos me visteis; si no tuviera hambre, no me atrevería a hacerlo, y así...

Hizo un movimiento triste y expresivo con ambas manos que sugería la caída yerta de las hojas de otoño.

—¿No os da comida? —inquirió Rodrigo.

—Es la forma en que muchos hombres se comportan con su perro —dijo Morano—. No le dan comida —y luego se restregó las manos alegremente— y sin embargo el perro no muere.

—¿Y no os da una paga? —dijo Rodrigo.

—Solo estos anillos.

Ahora bien, Rodrigo tenía un anillo en el dedo (como debía tenerlo todo galán), una delgada pieza de oro con cuatro ángeles minúsculos sosteniendo un zafiro y, por un instante, imaginó que el zafiro pasaba a las manos de nuestro posadero y que el anillo de oro y los cuatro angelitos eran arrojados a Morano; el pensamiento no oscureció su jovialidad por más tiempo que una de esas nubes aborregadas que sombrean en primavera los campos de España.

También Morano estaba mirando el anillo; había seguido la mirada del joven.

—Amo —dijo—, ¿os desprendéis de vuestra espada durante la noche?

—¿Y vos? —preguntó Rodrigo.

—No tengo espada —dijo Morano—. Soy como la carne del perro que no necesita custodia, pero vos, cuya carne es rara como la carne del unicornio, necesitáis

una espada para custodiarla. El unicornio siempre tiene su cuerno y, a pesar de esto, algunas veces se duerme.

—Vos pensáis que no es conveniente dormir —dijo Rodrigo.

—Para algunos es sumamente inconveniente, amo. Dicen que nunca capturan al unicornio despierto. En cuanto a mí, soy como la carne del perro, cuando me he comido unos jamones me enrosco y duermo; pero, amo, debéis considerar que sé que me despertaré en la mañana.

—Ah —dijo Rodrigo—, la mañana es un momento agradable —y se recostó cómodamente en su silla. Morano le echó una mirada solapada e inmediatamente se durmió en su banquito de tres patas.

Al rato se abrió la puerta y apareció nuestro mesonero. «Es tarde», dijo. Rodrigo sonrió condescendentemente y nuestro mesonero se retiró y, luego, permitiendo que Menino, a quien había despertado la voz de su amo, se enroscara en el piso en un rincón, Rodrigo tomó la vela que iluminaba el cuarto y pasó una vez más a través de los corredores del mesón y descendió por el gran pasadizo de la fortaleza de la familia que había caído en días aciagos y, así, llegó a su cámara. No gastaré una multitud de palabras en esa cámara; si todavía no tienes una imagen de aquella cámara en tu mente, lector mío, estás leyendo a un escritor inexperto y, si en esa imagen aparece como un cuarto saludable, prolijo y bien mantenido, si aparece como un lugar en el cual un extraño pueda dormir sin ningún presagio de desastre, entonces te estoy haciendo perder tu tiempo y no te lo haré perder más con trozos de «literatura descriptiva» acerca de aquel cuarto oscuro y alto, cuya negrura descollaba en la noche ante Rodrigo. Entró y cerró la puerta, como tantos otros lo hicieron antes que él; pero, a pesar de su juventud tomó precauciones más prudentes quizá que las que habían tomado quienes cerraron esa puerta con anterioridad. En primer término, desenvainó la espada; a continuación, por un rato se mantuvo de pie cerca de la puerta absolutamente quieto escuchando las ratas; después echó un vistazo por toda la cámara, y encontró solo una puerta; luego examinó los enormes muebles de roble, tallados por algún artista, carcomidos por las ratas y ennegrecidos por el tiempo; más tarde abrió con suavidad la puerta del aparador más amplio e insertó la espada en el interior para averiguar si había alguien adentro; pero, desde lo alto del aparador, las cabezas talladas de los sátiros lo contemplaron en silencio y nada se movió. Notó luego que, no obstante no haber cerrojo en la puerta, los muebles podían ser colocados atravesándola para armar lo que se denomina en la guerra tina barricada, pero al instante surgió una idea más brillante, que indicaba que eso era demasiado fácil y que, si el peligro que aquel cuarto oscurecido parecía presagiar lóbregamente procedía de una puerta que podía ser cerrada con tanta facilidad por una barricada; debían haber sido galanes muy tontos los que se desprendieron tan fácilmente de los anillos; que adornaban los dos meñiques de Morano. No; era algo más sutil que cualquier ataque a través de esa puerta lo que proporcionaba sus pagas regulares a Morano. Rodrigo miró la ventana, por donde penetraba la luz de la luna que estaba

disminuyendo, ya que hacía años que las polillas habían comido íntegras las cortinas; pero la ventana estaba enrejada con barrotes de hierro que todavía no habían sido destruidos por la herrumbre y, así custodiada, daba sobre una pared enhiesta que aun a la luz de la luna se perdía en la oscuridad. Entonces, Rodrigo buscó alguna puerta secreta, siempre con la espada en la mano y, muy pronto, conocía el cuarto a la perfección, pero no su secreto ni por qué aquellos galanes desconocidos habían dejado sus anillos.

Es saber mucho acerca de un peligro desconocido saber que es realmente desconocido. Muchos han encontrado la muerte por haber esperado el peligro desde una dirección en particular, cuando, si hubieran reconocido que ignoraban su procedencia, habrían sido sabios en su ignorancia. Rodrigo tenía la gran discreción de entender claramente que no conocía la procedencia que el peligro pudiera tener. Aceptó esto como su único descubrimiento acerca de aquel cuarto portentoso que parecía saludarlo con cada sombra y suspirar sobre él con cada sople de aire plañidero y susurrarle advertencias ininteligibles con cada crujido de la seda andrajosa que colgaba sobre su cama. Y, tan pronto como descubrió que este era su único conocimiento, comenzó enseguida a hacer sus preparativos. Era el joven indicado para las guerras. Se despojó de los zapatos, del jubón y de la capa liviana que colgaba de su hombro y arrojó las ropas sobre una silla. Sobre el respaldo arrojó el cinto y la vaina que de él colgaba y colocó su sombrero emplumado de modo tal que nadie pudiera ver que la hoja castellana no estaba en su lugar de descanso. Y, cuando la cámara sombría tuvo la apariencia de que alguien se había desvestido en ella antes de retirarse a dormir, Rodrigo concentró su atención en la cama que le pareció de gran profundidad y blandura. No asombró a Rodrigo advertir que sobre el piso se había derramado algo bastante similar a la sangre. Aquella cámara vasta estaba evidentemente, como he dicho, en la fortaleza de alguna gran familia, contra una de cuyas paredes el mesón humilde se había apoyado alguna vez buscando protección; la gran familia se había ido. Cómo se había ido, no lo sabía Rodrigo, pero no lo sorprendía ver sangre en los tablones; además, dos galanes podían haber discrepado, o alguien a quien le desagradaran los seres incapaces de emitir sonidos articulados pudo haber estado matando ratas. La sangre no lo perturbaba; pero, lo que lo sorprendía y hubiera sorprendido a cualquiera que permaneciera en ese cuarto en ruinas era que había sábanas nuevas y limpias en la cama. Si tú hubieses visto el estado de los muebles y el piso, ¡oh, lector mío!, y la extensión de las telarañas viejas y el polvo negro que estas sostenían, las arañas muertas y las moscas inmensas muertas y la generación de arañas vivas que ascendía y descendía a través de las tinieblas, te diré que tú también te hubieras sorprendido ante la visión de esas sábanas agradables y limpias. Rodrigo notó el hecho y continuó sus preparativos. Sacó el almohadón que estaba debajo de la almohada, lo extendió en el medio de la cama y tendió las sábanas sobre él; a continuación retrocedió y lo observó, tal como un escultor podría tomar distancia del mármol, luego volvió a él y lo curvó un poquito

en el medio y, después de esto, colocó el laúd sobre la almohada y lo cubrió casi completamente con la sábana, pero no del todo, ya que aún podía verse una pequeña parte de la curvada madera marrón oscuro. Ahora se parecía maravillosamente a un durmiente en la cama, pero Rodrigo no estuvo conforme con su trabajo hasta que hubo colocado su pañuelo y uno de sus zapatos en el lugar donde debería estar un hombro; luego retrocedió una vez más y lo contempló con satisfacción. A continuación examinó la luz. Miró la luz de la lima y recordó el consejo de su padre, como lo hacen a menudo los jóvenes, pero consideró que esta no era la ocasión y, en cambio, decidió dejar la luz de la vela, de modo que cualquiera que pudiera estar familiarizado con la luz de la luna en esa cámara umbrosa encontrara en su lugar una luz menos siniestra. Por lo tanto, arrastró una mesa junto a la cama y sobre ella depositó la vela, abrió un inapreciable libro que llevaba en su jubón y lo colocó cerca, sobre la cama, entre la vela y su durmiente-cabeza-de-laúd. El libro se llamaba Esquelas en una Catedral y trataba de las confesiones de una joven, a quien el autor alega haberle escrito esquelas, mientras se ocultaba detrás de una columna próxima al confesionario, cada domingo, durante todo el período de Cuaresma. Por último, aflojó un poco una sábana de la cama, hasta que uno de sus extremos se extendió sobre el piso; luego se acostó sobre los tablones, sosteniendo aún la espada en la mano y, por medio de esa sábana y de un poco de seda que colgaba desde la cama, se ocultó lo suficiente para su propósito, que era ver antes de que pudiese ser visto por cualquier entremetido que pudiera entrar en esa cámara.

Y, si Rodrigo parece haber sido indebidamente desconfiado, debe tenerse en cuenta no solo que aquellos anillos vacíos necesitaban una prolija explicación sino también que toda casa sugiere algo al forastero; y que, mientras una casa parece prometer una cálida bienvenida ante un fuego agradable, otra una buena mesa, otra un vino alegre, este mesón parecía prometer un asesinato; o, por lo menos, es lo que decía la intuición del joven, y los jóvenes son sabios al confiar en sus intuiciones.

El lector sabrá, si es uno de nosotros, los que hemos ido a la guerra y dormido de maneras insólitas, que es difícil dormir sobre un piso de madera cuando uno está sobrio; no es como la tierra, o la nieve, o un colchón de plumas; aun la roca puede ser más cómoda; el piso de madera es duro, inflexible, plano e inconfundible durante toda la noche. Sin embargo, Rodrigo no se arriesgó a quedarse dormido, así que se dijo in mente todo lo que recordaba de su inapreciable libro Esquelas en una Catedral, que leía siempre antes de irse a dormir y que ahora añoraba en forma tan lamentable. Contaba cómo una dama había escuchado a su enamorado más tiempo que el que podía garantizar la salvación de su alma, mientras él tocaba una música lánguida a la luz de la luna y cantaba suavemente junto a su balcón, y cómo, siendo ella una auténtica penitente, había recogido muchas rosas, los emblemas del amor (como seguramente, decía en su confesión, todo el mundo sabe) y, cuando su enamorado regresó nuevamente a la luz de la luna, las había arrojado desde su balcón, expresando así que había renunciado al amor; y su enamorado la había interpretado

en forma errónea. Contaba cómo ella a menudo trataba de demostrarle lo mismo, y todas las interpretaciones erróneas están presentadas con dulzura y con auténtico espíritu de penitencia cristiana. Algunas veces una pequeña parte del argumento escapaba a la memoria de Rodrigo y entonces deseaba levantarse e ir a mirar su libro querido; sin embargo, permanecía quieto donde estaba. Y todo el tiempo escuchaba las ratas y las ratas continuaban royendo y corriendo regularmente, sin que nada nuevo las asustara; Rodrigo confiaba tanto en la miriada de sus oídos como en los dos propios. Las grandes arañas descendían desde alturas tales que no se podía ver de dónde venían, y ascendían nuevamente penetrando la oscuridad; se trataba de una cámara de una altura prodigiosa. Cada tanto, la sombra de una araña que descendía y que se había acercado a la vela adquiría un tamaño terrorífico, pero Rodrigo le daba poca importancia; estaba pensando en un asesinato, no en sombras; sin embargo, era siniestra en su trayecto y a Rodrigo le recordaba terriblemente a su mesonero; pero, ¿qué importa un presagio más en una cámara colmada de malos agüeros! El lugar en sí era nefasto; las arañas a duras penas podían tomarlo más ominoso. Pensaba que la araña misma era lo suficientemente grande como para ensartarla en su hoja castellana; sin duda lo hubiera hecho, pero consideró más conveniente permanecer donde estaba y vigilar. Luego, la araña consideró que la vela era demasiado calurosa, y trepó apurada hasta el cielorraso y su sombra horrible se empequeñeció y se diluyó.

No se trataba de que las ratas se hubieran asustado; lo que había ocurrido había ocurrido demasiado silenciosamente para que se atemorizaran, pero el volumen del sonido de sus correrías había aumentado de repente; no se trataba de que las ratas tuvieran miedo, ya que sus corridas no eran más sigilosas y su sonido no se perdía a lo lejos; era como si un sonido de ratas que corrían, que no hubiera sido oído antes, fuera escuchado repentinamente ahora. Rodrigo miró la puerta; la puerta estaba cerrada. Un joven inglés hubiera temido mucho antes hacerse problemas por una insignificancia y se hubiera ido a la cama y no hubiera visto lo que Rodrigo vio. Hubiera pensado que oír más ratas repentinamente no era más que una fantasía y que todo marchaba bien. Rodrigo vio que una sogá descendía con lentitud desde el cielorraso; rápidamente trató de determinar si era una sogá o la sombra del hilo de alguna araña inmensa; y luego la espío y la vio bajar justo hasta arriba de su cama y detenerse a unos pocos pies de ella. Con precaución, Rodrigo miró hacia arriba para averiguar quién le había mandado aquel extraño añadido a los portentos que ya perturbaban la cámara, pero el cielorraso era demasiado alto y sombrío como para que le permitiera ver más que la sogá que caía desde la oscuridad. Sin embargo, conjeturó que el cielorraso pudo haberse abierto suavemente, sin sonido alguno, en el momento en que él escuchó una cantidad mayor de ratas. Luego esperó para verificar qué haría la sogá; y, al principio, esta colgaba tan quieta como las grandes guirnaldas que las arañas muertas habían hecho en los rincones; luego, mientras la observaba, comenzó a balancearse. Miró hacia arriba, hacia las tinieblas, para descubrir quién estaba balanceando la sogá; y, por un buen rato, como le pareció mientras yacía sobre

el piso aferrando su espada castellana, no distinguió nada con claridad. Y luego vio a nuestro mesonero que bajaba por la sogá, una mano sobre la otra, con bastante agilidad, como si viviera de esa tarea. En la mano derecha sostenía un puñal de un largo excepcional, pero, a pesar de eso, se las arreglaba para aferrarse a la sogá y sostener el puñal al mismo tiempo con la misma mano.

Si había algo siniestro en la sombra de la araña que descendía desde lo alto, la sombra de nuestro mesonero era, sin duda, demoníaca. También él era como una araña, con su cuerpo, que nunca fue delgado, apretujado y colgando de la sogá, y su sombra era seis veces su tamaño; se podía pasar de la sombra de la araña a la araña y ver que en gran parte se trataba de una fantasía de la vela medio enloquecida por las corrientes de aire, pero volverse de la sombra de nuestro mesonero a él mismo y ver sus ojos malvados era afirmar que los temores más exacerbados de la vela eran reales. Así descendió por su sogá sosteniendo el puñal hacia arriba. Pero cuando llegó quizás a diez pies de la cama lo apuntó hacia abajo y comenzó a balancearse. Se verá enseguida cómo balanceando su sogá a una cierta altura nuestro mesonero podía caer en cualquier parte de la cama. Mientras Rodrigo lo vigilaba, lo vio escrutar de cerca y continuar con el balanceo de la sogá. Temió que nuestro mesonero estuviera insatisfecho por la apariencia del laúd y que, de nuevo, trepara alejándose, prevenido por la astucia de su huésped, hasta las alturas del cielorraso para poner en práctica algún otro ardid más temible; pero solo estaba buscando el hombro. Y entonces nuestro mesonero cayó; puñal en mano, descendió con todo su peso y lo hundió a través del almohadón, debajo de donde debería estar el hombro, justo en el sitio adonde deslizamos nuestras armas a lo largo de nuestro cuerpo, sacándolas de su lugar habitual, cuando dormimos tendidos de costado, dejando las costillas expuestas; y la cama blanda lo recibió. Y en el mismo momento en que nuestro mesonero se dejó caer de su sogá, Rodrigo se puso de pie. Vio a Rodrigo; en verdad, sus ojos se encontraron mientras caía por el aire, pero, ¿qué podía hacer nuestro mesonero? Ya había lanzado su ataque y su puñal ya se había clavado en la profundidad del colchón cuando la buena espada castellana pasó entre sus costillas.

## CRÓNICA SEGUNDA

---

### Cómo Rodrigo adquirió un sirviente memorable

Cuando Rodrigo despertó, los pájaros estaban cantando de una manera gloriosa. El sol se hallaba alto y el aire rutilaba sobre España. Las tinieblas habían abandonado su cámara alta y gran parte de la amenaza, que durante la noche había parecido emboscarse en los rincones, había desaparecido. No es que se hubiera vuelto pulcra repentinamente; aún era más adecuada para arañas que para hombres, aún plañía y cavilaba sobre la gran familia que había cobijado y a la que habían alcanzado tan obviamente épocas malas; pero ya no tenía ese aire de dedo cruzado sobre los labios, tampoco parecía compartir un secreto contigo, ni que ese secreto fuese el Asesinato. Las ratas corrían todavía alrededor del friso de madera, pero el canto de los pájaros y el sol radiante festivo y deslumbrador eran tanto más vastos que el cuarto sombrío que los pensamientos del joven escapaban de allí y corrían libres por los campos. Pudo haber sido solo una fantasía suya, pero el mundo parecía de algún modo más brillante por el fallecimiento de nuestro mesonero de El Dragón y el Caballero, cuyo cuerpo se extendía aún encorvado al pie de su cama. Rodrigo saltó del lecho y se dirigió, a la alta ventana enrejada y a través de ella contempló la mañana. Allá abajo, en la lejanía, se extendía un pueblito de techos rojos; el humo salía de las chimeneas elevándose hacia él con lentitud; se esparcía decididamente y no llegaba muy alto. Entre él y los techos planeaban unas golondrinas.

Encontró agua para lavarse en una jarra de barro cuarteada y, mientras se vestía, miraba el cielorraso y admiraba el dispositivo de nuestro mesonero, ya que había un agujero abierto que había aparecido sin ruido alguno, sin ningún sonido de cerrojos para abrir trampas; parecía que se había abierto en toda su circunferencia sobre muescas perfectamente aceitadas, para poder encajar aquel cuerpo bien acomodado, y en el medio, de una viga más alta, colgaba hacia abajo la soga por la cual nuestro mesonero había efectuado su último viaje.

Antes de despedirse de su anfitrión, Rodrigo miró su puñal, que tenía una longitud de dos buenos pies, sin contar la empuñadura, y se sorprendió al encontrar en él una hoja excelente. Tenía un diseño sobre el acero que reproducía la imagen de una ciudad en la que Rodrigo reconoció, por las torres, a Toledo; y había sostenido alguna vez una gema en el extremo de la empuñadura, pero ahora la pequeña cuenca de oro estaba vacía. Por todo esto, Rodrigo se dio cuenta de que el puñal era de un

galán y dedujo que nuestro mesonero había comenzado su empresa con un cuchillo de carnicero pero, habiendo hallado el puñal en su camino, encontró lo más apto para sus negocios. Luego, cuando Rodrigo hubo terminado de vestirse, se ciñó la espada y, guardando el puñal bajo la capa, ya que pensó que podría utilizarlo en las guerras, se colocó el sombrero emplumado y salió de la cámara con garbo. A la luz del día advirtió con claridad hasta qué punto los pasadizos del mesón se habían atrevido a inmiscuirse en los corredores de la fortaleza, ya que caminó a lo largo de cuatro pasos entre paredes de gigantescas rocas grises, que nunca habían sido revocadas, y constituían sin duda una brecha en la fortaleza; aunque, si la brecha se produjo a causa de una de las épocas aciagas que soportó la familia en su fortaleza, o si los hombres habían pasado a través de ella portando antorchas y espadas, o si la abertura había sido picada en los últimos años por nuestro mesonero de El Dragón y el Caballero quien se había deslizado por ella silenciosamente restregándose las manos, a Rodrigo le era imposible determinarlo.

Cuando llegó al refectorio encontró a Morano activo. Morano alzó los ojos, dejando por un momento su tarea abrumadora de limpieza de El Mesón del Dragón y el Caballero, y luego continuó simulando que trabajaba, ya que se sentía un poco avergonzado del conocimiento que tenía acerca de los hábitos de ese mesón, conocimiento mayor del que cualquier hombre honesto tendría que tener acerca de un lugar semejante.

—Buenos días, Morano —dijo Rodrigo gozosamente.

—Buenos días —contestó el sirviente de El Dragón y el Caballero.

—Estoy buscando las guerras. ¿Os gustaría tener un nuevo amo, Morano?

—Ya lo creo —dijo Morano—, para las mentes de algunos hombres un amo bueno es mejor que uno malo. No obstante, veréis, señor, el malo de mi amo me ha prohibido abandonarlo jamás, mediante juramentos cuyo significado no entiendo y que podrán maldecirme en cualquier mundo en caso de que abjure de ellos. Me ha comprometido con San Sathanás entre muchos otros. No me gusta ni siquiera como suena ese San Sathanás. Y así, veréis, señor, el malo de mi amo me resulta quizá más conveniente que marchitarme en este mundo por un golpe diabólico y, ¿quién sabe si también en el otro mundo?

—Morano —dijo Rodrigo—, hay una araña muerta en mi cama.

—¿Una araña muerta, amo? —dijo Morano, con tanta preocupación en su voz como si jamás una araña hubiera mancillado esa cámara antes.

—Sí —dijo Rodrigo—, os requeriré mantener mi cama aseada en nuestro camino hacia las guerras.

—Amo —dijo Morano—, ninguna araña, viva o muerta, se acercará a ella.

Y así nuestra compañía de un integrante, que viajaba hacia el norte cruzando España en la búsqueda de aventuras, se transformó en una compañía de dos.

—Amo —dijo Morano—, como no veo a quien sirvo y sus costumbres son tempraneras, me temo que algún mal lo haya sobrecogido, en cuyo caso seremos

sospechosos, ya que ninguna otra persona habita aquí. Y él está bajo la protección especial de la Guardia Civil; sería conveniente, entonces, marchar hacia las guerras ahora mismo.

—¡Con que la Guardia protege a nuestro mesonero! —dijo Rodrigo con la máxima sorpresa que se permitía en su entonación.

—Amo —dijo Morano—, no podía ser de otra manera. Ya que tantos galanes han entrado por la puerta de este mesón y han cenado en esta cámara y después nunca más se los vio y, ya que se encontraron aquí tantas cosas sospechosas, tales como sangre, le resultó necesario pagar bien a la Guardia, y así ellos lo protegen.

Y aprisa Morano arrojó sobre su hombro una cacerola y una sartén, sujetándolas mediante correas de cuero, y tomó su sombrero ancho de fieltro de una escarpia de la pared.

Los ojos de Rodrigo miraron en forma tan curiosa los grandes utensilios de cocina que se bamboleaban de las correas que Morano diose cuenta de que su joven amo no comprendía del todo esos preparativos. Por lo tanto, lo instruyó así:

—Amo, hay dos cosas necesarias en las guerras, la estrategia y la cocina. Ahora bien, la primera se usa cuando los capitanes hablan de sus proezas y los historiadores escriben sobre las guerras. La estrategia es algo culto, amo, y las guerras no pueden ser narradas sin ella, pero, mientras la guerra ruge y los hombres están ocupados en el campo de batalla, es el momento para la cocina; porque más de un hombre que pelea en las guerras, si no tiene su comida, estará muy contento de dejar vivir al enemigo, pero alimentadlo e inmediatamente se volverá orgulloso de corazón y no soportará la vista del enemigo caminando entre sus tiendas sino que necesitará matarlo al instante. ¡Ay! amo, para las guerras, la cocina; y, cuando las guerras hayan concluido, vos que sois culto estudiaréis la estrategia.

Y Rodrigo se dio cuenta de que en el mundo había una sabiduría que no se enseñaba en el Colegio de San José, próximo a sus valles paternos, lugar en el que había aprendido en su juventud los usos de los libros.

—Morano —dijo—, dejemos atrás a nuestro mesonero para que entretenga a la Guardia.

Y con la mención de los guardias apareció la prisa.

Morano cerró los labios sobre su acopio de sabiduría y juntos abandonaron El Mesón del Dragón y el Caballero. Y cuando Rodrigo vio cerrada detrás de él la puerta oscura de roble por la que había entrado a causa de su insistencia y a través de la cual emergía ahora a la luz del sol, gracias a sus muchas precauciones y a un poco de suerte, sintió gratitud hacia Morano. Ya que si no hubiese sido por las insinuaciones siniestras de Morano y, sobre todo, por aquella observación según la cual nuestro mesonero lo habría echado porque le caía simpático, la sola apariencia diabólica de la cámara sombría pudiera no haber sido suficiente para persuadirlo a tomar todas las precauciones que interrumpieron para siempre el negocio terrible de aquel mesón. Y junto con su gratitud experimentaba algo no muy diferente del remordimiento, ya que

sentía que había privado a este pobre hombre de una parte de sus ingresos regulares, que hubieran sido en este caso su propio anillo de oro y el engaste que sostenía el zafiro, si todo el negocio hubiera marchado bien. Así que deslizó el anillo de su dedo y se lo dio á Morano, con zafiro y todo.

Las expresiones de gratitud de Morano armonizaban con aquel período florido de España y podrían parecer ridículas si yo las expusiese ante los ojos de una época en la cual uno, en el lugar de Morano, en una ocasión semejante, hubiera dicho simplemente: «¡Caray, viejo! ¡Qué bien estuviste!». Y hubiera dejado allí la cosa.

Por lo tanto, solo registro que Morano era agradecido y que se expresaba como tal; mientras en Rodrigo, a la agradable incandescencia mental que produce una acción generosa se sumaba otro sentimiento que nos produce a todos placer, o al menos comodidad (hasta tanto no se vuelva monótono), un sentimiento de seguridad creciente; porque mientras tuviera el anillo en el dedo y Morano permaneciera sin su paga no podría evitar la idea, aun en una mente generosa, de que una de esas noches ventosas Morano pudiera venir a buscar su estipendio.

—Amo —dijo Morano mirando el zafiro que estaba ahora en su propio meñique cerca de la articulación superior, la única piedra entre la hilera de sus anillos—, seguramente debéis poseer una gran fortuna.

—Sí —dijo Rodrigo, dándole una palmada a la vaina que sostenía su espada castellana.

Y cuando vio que los ojos de Morano estaban fijos en las pequeñas esmeraldas incrustadas a lo largo del terciopelo de la vaina, explicó que la espada era toda su fortuna.

—Porque en las guerras —dijo— se puede ganar todo tipo de cosas y nada es inaccesible para la espada, pues el pergamino y la costumbre gobiernan todas las posesiones del hombre, como me enseñaron en el Colegio de San José. Sin embargo, la espada es al principio la fundadora y la descubridora de todas las posesiones; y esto me lo dijo mi padre antes de darme esta espada, que ya ha conquistado en los viejos tiempos castillos magníficos con más de una torre.

—¿Y los que habitaban en los castillos antes de que llegara la espada, amo? —preguntó Morano.

—Murieron y deplorablemente fueron al Infierno —dijo Rodrigo—, como lo afirman los romances viejos.

Continuaron caminando en silencio. Morano, con su frente estrecha y su capacidad mayor de cuerpo que de cerebro para un observador superficial, no era incapaz de pensar. No importa con cuánta lentitud brotaran sus pensamientos, con certeza Morano estaba meditando. Repentinamente se despejaron las arrugas de su frente estrecha y miró a Rodrigo con cierta lucidez mientras marchaban lado a lado.

—Amo —dijo Morano—, cuando elijáis un castillo en las guerras, fijáos sobre todas las cosas en que sea uno de esos que es fácilmente defendible; ya que los castillos se toman con facilidad, como dicen los antiguos romances, y en el fragor del

combate las posiciones se cambian con facilidad, y ya no hay nada que hacer; pero, cuando se concluyen las guerras, entonces es el tiempo para el descanso y los días lánguidos y el arriesgar el alma, aunque no más allá de los límites desde donde nuestros buenos Padres puedan salvarla.

—Tonterías, Morano —dijo Rodrigo—, ningún hombre, como bien me enseñaron en el Colegio de San José, debe arriesgar su alma jamás.

—Pero, amo —dijo Morano—, un hombre arriesga su cuerpo en las guerras porque confía en su destreza y en su espada para llegar a buen término; del mismo modo, seguramente es lícito que un hombre de coraje y valentía arriesgue su alma y confíe en llevarla por fin hasta su salvación.

—No es así —repuso Rodrigo, y consagró toda su mente a pensar en la enseñanza que había recibido sobre este mismo punto; pero no pudo recordar con claridad.

Así caminaron en silencio, Rodrigo pensando aún en este problema espiritual, Morano concentrándose, aunque con lentitud infinita, en otra idea de un nivel inferior.

Y después de un rato, los ojos de Rodrigo giraron nuevamente hacia las flores y abandonó su meditación, como lo haría cualquier joven, y mirando a lo ancho vio la maravilla de la primavera invocando la belleza de España, y levantó la cabeza y su corazón se regocijó con las anémonas, como lo hacen los corazones a su edad; pero Morano permaneció fiel a su pensamiento.

Pasó un buen rato antes de que los pensamientos fantasiosos de Rodrigo regresaran de entre las flores, ya que entre los delicados pimpollos tempraneros de la primavera sus visiones juveniles se sentían como si estuvieran en familia; así se demoraban descuidando el camino polvoriento y al pobre y gordo Morano. Pero cuando por fin sus fantasías abandonaron las flores y observó de nuevo a Morano, Rodrigo advirtió que su sirviente estaba muy perturbado con sus pensamientos; de modo que en silencio dejó que el pensamiento de Morano madurara, porque ya había aprendido a deleitarse con los juicios de la mente simple de Morano.

Caminaron en silencio por espacio de una hora, y al fin Morano habló. Era entonces el mediodía.

—Amo —dijo—, a esta hora la Guardia acostumbra a entrar a El Mesón del Dragón y comer a expensas de nuestro mesonero.

—Una agradable costumbre —repuso Rodrigo.

—Amo —dijo Morano—, si lo encuentran con menos salud que la habitual, se servirán ellos mismos sus almuerzos y comerán y después dormirán. Pero después de eso, amo, después de eso, si algo poco auspicioso ha recaído sobre nuestro mesonero, investigarán y formularán muchas preguntas relacionadas con todos los viajeros, demasiadas para nuestro gusto.

—Estamos a unas cuantas millas de El Mesón del Dragón y el Caballero —sostuvo Rodrigo.

—Amo, cuando hayan comido y dormido y formulado sus preguntas, seguirán a

caballo —afirmó Morano.

—Podemos escondemos —dijo Rodrigo y miró en torno toda la llanura, muy llena de flores, pero vacía y desnuda, bajo el cielo azul, de cualquier lugar en el que un hombre pudiera esconderse para escapar a unos perseguidores a caballo. Se dio cuenta entonces de que no tenía un plan.

—Amo —dijo Morano—, no hay mejor escondite que los disfraces.

Una vez más Rodrigo paseó la mirada por la llanura, no vio casas ni hombres; y su opinión sobre el juicio de Morano decayó cuando este habló de disfraces. Pero entonces Morano le expuso un plan, que hasta aquel día nunca se había intentado, por lo que dicen las crónicas, en ninguno de los aprietos por los que hombre fugitivo alguno haya pasado y que, según mis investigaciones en la prosa y en la poesía, jamás volvió a ser puesto en práctica desde entonces.

El plan era astuto como Morano y simple como su mente ingenua. El ropaje que Rodrigo buscaba en vano en la llanura estaba al alcance de la mano. Ningún disfraz era efectivo contra la Guardia; ellos estaban llenos de sospechas, su habilidad principal era descubrir disfraces. Pero en el momento del triunfo de la Guardia, cuando ellos hubieran descubierto el disfraz, cuando el éxito hubiera sosegado la desconfianza por la que eran tan tristemente célebres, entonces ese era el momento de engañar a la Guardia. Rodrigo dudaba; pero la mente lenta de Morano estaba segura y entonces fue al grano y expuso el fruto de su hora de meditación. Rodrigo se disfrazaría de Morano. Cuando la Guardia descubriera que no era el hombre que aparentaba ser, una especialidad a la que dedicaba su vida, su desconfianza desaparecería y allí terminaría todo. Y Morano se disfrazaría de Rodrigo.

Era una idea novedosa. Si Rodrigo hubiese tenido el doble de edad, la hubiera descartado al instante, ya que la edad se guía por precedentes que, cuando se los sigue, son por cierto una guía peligrosa. Aun así tenía espíritu crítico, ya que la novedad del asunto surgiendo de tal modo de su grueso sirviente lo sorprendió tanto como si Morano hubiera recitado poesía propia cuando cantaba, como lo hacía algunas veces, ciertas canciones de España, alegres y lascivas, que cualquiera de estos últimos siglos conoció tan bien como cualquiera de los otros.

Y no averiguaría la Guardia quién era él, preguntó Rodrigo, tan pronto descubrieran que no era Morano.

—Ese —dijo Morano— no es el modo de proceder de la Guardia. Porque una vez que llegue a una sospecha, tal como que vos, amo, no sois sino Morano, ellos se aferrarán a esa sospecha hasta las últimas consecuencias, y no la abandonarán hasta que les sea forzoso hacerlo y, luego, la eliminarán, como si fuera con disgusto y se irán cabalgando al instante, ya que no les gusta demorarse mucho tiempo cerca de alguien que los vio equivocarse.

—Inmediatamente regresarán con otra sospecha —dijo Rodrigo.

—No será así, amo —contestó Morano—, ya que aquellos que son tan desconfiados como los de la Guardia cambian sus sospechas pero solo lentamente.

Una sospecha es para ellos como un romance viejo.

—Por lo tanto —dijo Rodrigo—, yo deberé aparentar que no soy vos si ellos sospechan que lo soy.

—Será difícil, amo —contestó Morano—, pero lo haremos, porque tendremos la verdad de nuestro lado.

—¿Cómo nos disfrazaremos? —preguntó Rodrigo.

—Amo —dijo Morano—, cuando vos vinisteis a nuestro pueblo nadie os conocía y todos os distinguieron por vuestras ropas. En cuanto a mí, mi cuerpo obeso es mejor conocido que mis ropas; sin embargo no soy demasiado conocido por la Guardia ya que, como soy un hombre honesto, cada vez que venían solía esconderme.

—Hacíais bien —comentó Rodrigo.

—Por cierto que hacía bien —dijo Morano—, ya que si me hubieran visto, a causa de ciertos asuntos ellos me hubieran conducido a prisión, y una prisión no es lugar para un hombre honesto.

—Disfracémonos —dijo Rodrigo.

—Amo —contestó Morano—, el cerebro es más importante que el estómago, y ahora más que nunca necesitamos el consejo del cerebro; por lo tanto aplaquemos los clamores del estómago para que permanezca callado.

Y extrajo de entre sus ropas una talega en la cual había un trozo de tocino y un poco de manteca de cerdo y descolgó su sartén gigantesca. Rodrigo se había olvidado por completo de la necesidad de comer, pero ahora, tan proijto como vio el tocino, este recuerdo lo arrasó como una corriente de agua que desborda sus límites de contención. Y, cuando hubieron reunido suficientes objetos inflamables pequeños, porque era una pradera sin árboles, y Morano hubo hecho un fuego, y el olor del tocino se volvió perceptible, el recuerdo se intensificó en forma colosal.

—Comamos mientras ellos comen, amo —dijo Morano—, y hagamos planes mientras duermen y disfracémonos mientras nos persiguen.

Y esto es lo que hicieron; después que terminaron de comer recogieron tierra y juntaron hojas con las que llenaron los vacíos en las ropas de Morano para cuando colgaran de Rodrigo, arrancaron un geranio con cuya tintura oscurecieron la tez de Rodrigo, y Morano se pintó con la savia del tallo de una raíz, empalideciendo el marrón rubicundo de sus mejillas toscas. Luego intercambiaron sus ropas, lo que hizo jadear a Morano; y, a continuación, no quedaba más que cortar los bigotes delicados y negros de Rodrigo y pegarlos en la cara de Morano con el zumo de otra flor que este sabía dónde podía hallarse. Rodrigo hizo un gesto de disgusto cuando los vio caer. Se había imaginado unas miradas extasiadas dirigidas algún día a esos bigotes, miradas que surgirían debajo de unas pestañas largas que parpadearían al atardecer desde unos balcones; y, al comprobar ahora dónde estaban, sintió que aquello era imposible.

Por un momento, una vez que se pegaron los bigotes nuevos, Morano levantó la cabeza con cierto gesto, como si estuviera dándose aires; pero, tan pronto como vio o

sintió el dolor de su amo por su pérdida, bajó inmediatamente la cabeza, demostrando solo vergüenza por la pérdida que había causado a Rodrigo, o por lo inapropiado de esa excrecencia delicada que tan mal se adecuaba a sus carrillos. Y luego retomaron el camino nuevamente, Rodrigo con la gran sartén y la cacerola; separados esta vez, pero no demasiado apartados como para que la Guardia los prendiera a ambos al mismo tiempo y para llevar a cabo la embestida doblemente falsa que confundiría así su misión. Y Morano portaba aquella espada triunfante antigua y llevaba el laúd que siempre era joven.

No habían llegado lejos cuando ocurrió como Morano había dicho; ya que, cuando miraron hacia atrás, como lo hacían a menudo, hacia el lugar donde su camino tocaba la línea del horizonte, vieron a los de la Guardia espoleando a sus caballos, siete de ellos, con sus inconfundibles sombreros orlados, muy claramente contra el cielo, que un momento antes parecía tan hermoso.

Cuando los siete vieron a los dos no escatimaron polvareda; y en primer lugar se llegaron a Morano.

—Vos —dijeron— sois Rodrigo Trinidad Femando Concepción Enrique María, Señor de los Valles de Arguento Harez.

—No, amos —dijo Morano.

¡Oh! Pero las negativas eran inútiles con la Guardia.

Las negativas aumentaban sus sospechas como no podía hacerlo ninguna otra evidencia. Habían visto a muchos hombres con sus gargantas en las manos del verdugo público; y todos los que así habían terminado, habían comenzado con negativas. Miraron el laúd, la llamativa capa, las esmeraldas de la vaina, ya que doquiera vayan las esmeraldas hay evidencia para identificarlas, hasta que cambie la naturaleza del hombre o el precio de las esmeraldas. Hablaron rápidamente entre sí.

—Sin duda —dijo uno de ellos— sois quien hemos dicho.

Y arrestaron a Morano.

Luego aguijoneando sus caballos fueron hasta Rodrigo.

—Vos sois —dijeron—, como nadie puede negarlo, un tal Morano, sirviente de El Mesón del Dragón y el Caballero, cuyo amo, como hemos alegado, está muerto.

—Amos —contestó Rodrigo—, solo soy un pobre viajero y no soy sirviente de ningún mesón.

Ahora bien, la Guardia, como he indicado, estaba dispuesta a escuchar cualquier cosa excepto negativas; y, por lo tanto, tener que recibir dos en el corto espacio de dos momentos los enfurecía tan fieramente que se volvían incapaces de formular cualquier otra teoría ese día, salvo la que sostenían.

Hay muchos hombres como estos; pueden formular una teoría verosímil y aprehender sus puntos lógicos, pero aléjenla de ellos y destrúyanla por completo delante de sus ojos y de inmediato no fustigarán tan fácilmente su cerebro cansado para construir otra teoría en lugar de la que está arruinada.

—Como que viven los santos —dijeron— vos sois Morano.

Y arrestaron también a Rodrigo.

Ahora bien, cuando iban a girar para regresar por el camino por donde habían venido, Rodrigo comenzó a temer sobremanera acerca de la identificación, de modo que aseguró a la Guardia que en el pueblo próximo que tenían delante estaban aquellos que contestarían todas las preguntas referentes a él, tan seguro como que eran los poseedores de la cosecha de vino más refinada de España.

Ahora bien, puede ser que la mención de este vino apaciguara la furia que dos negativas motivaron en los hombres de la Guardia o puede ser que la curiosidad los guiara, de cualquier manera tomaron el camino que se alejaba del refugio siniestro de la noche última, Rodrigo y cinco de los de la Guardia. Dos de ellos permanecieron detrás con Morano, indecisos todavía qué camino tomar, aunque mirando con ansias el camino en el cual se decía estaba el vino; y Rodrigo abandonó a Morano a sus propios ardides, en los que confiaba profundamente.

Ahora bien, Rodrigo no conocía el nombre del próximo pueblo al que llegarían ni tampoco los nombres de ninguno de sus habitantes.

Sin embargo tenía un plan. Mientras iba al lado de uno de los caballos interrogaba al jinete.

—¿Puede Morano escribir? —preguntó.

Los de la Guardia rieron.

—¿Puede Morano hablar en latín? —dijo.

Los cinco hombres de la Guardia se persignaron. Y después de cabalgar un rato y de una dura caminata para Rodrigo, al que ataron una mano a un estribo de cuero, se hicieron visibles los altos de los techos marrones de un pueblo sobre un repliegue de la llanura.

—¿Es este vuestro pueblo? —dijo uno de los captores.

—Ciertamente —contestó Rodrigo.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó uno.

—Tiene muchos nombres —repuso Rodrigo.

Y luego otro de ellos lo reconoció por la forma de sus techos.

—Es San Judas pero no Iscariote —afirmó.

—¡Ay! Así lo llaman los forasteros —dijo Rodrigo.

Y cuando el camino dobló ese repliegue de la llanura, recostándole un poco hacia su izquierda en el ocioso aire español, llegaron al pueblo que ahora se les mostraba entero. No sé cómo describir este pueblo para ti, lector mío, ya que las palabras que significan para ti lo que realmente era son todas palabras inapropiadas para las circunstancias. «Antiguo», «viejo-mundo», «arcaico» parecen vocablos adecuados para describirlo. Aun cuando no tenía una antigüedad negada a los otros pueblos, había nacido como ellos por el paso del tiempo y había crecido como ellos en la falda de llanuras o valles de España. Tampoco era más arcaico que cualquiera de sus vecinos, aunque se parecía solo a sí mismo, ya que los pueblos también tienen su personalidad; y, aunque ningún pueblo en el mundo era como él, difería del próximo

solo como una hermana difiere de otra. Para aquellos que habitaban en él, estaba completamente aparte de todo el mundo del hombre.

La mayoría de sus altas casas blancas con puertas verdes estaba dispuesta alrededor de la plaza del mercado, en la que había palomas y olores y una luz solar declinante cuando Rodrigo y su escolta se dirigieron hacia ella y, desde detrás de una esquina al fondo, surgía persistentemente la canción corta y repetida de un vendedor de mercancías.

Todo esto era hace mucho tiempo. El tiempo ha arruinado a aquel pueblo. Los siglos han pasado sobre él, algunos en forma tormentosa, otros suavemente, pero tantos que, del pueblo que vio Rodrigo, no puede haber ahora más que despojos. Por lo que sé, un pueblo de ese nombre puede erguirse sobre esa misma llanura, si bien el San Judas pero no Iscariote que Rodrigo conoció se ha ido como su juventud.

Con un tejado estrafalario, cobijada por arbolitos tupidos y levantándose un poco aparte, Rodrigo reconoció la casa del Sacerdote. La reconoció por un cierto aire que tenía. Hacia allí señaló y la Guardia cabalgó hacia ella. De nuevo les dirigió la palabra.

—¿Puede Morano hablar en latín? —dijo.

—¡Dios no lo permita! —respondió la Guardia.

Desmontaron y abrieron una verja completamente dorada que estaba en una pared baja de cantos rodados. Siguieron por un sendero angosto entre encinas tupidas y llegaron a la puerta verde Golpearon una verjita que tenía un llamador cuyo tirador era un símbolo tallado en cobre, uno de los misterios del Sacerdote. El llamador resonó por la casa con un sonidito musical y el Sacerdote abrió la puerta; y Rodrigo se dirigió a él en latín. Y el Sacerdote le contestó.

Al principio la Guardia no se daba cuenta de qué había ocurrido. Y luego el Sacerdote asintió y todos entraron a su casa, porque Rodrigo le había pedido tinta. Penetraron en un cuarto donde había un tintero de plata y la pluma gris de un ganso. No te imagines, lector mío, un tintero como los que venden hoy día en los negocios, la plata del grosor de un papel, y quizás un diseño alrededor de él garantizado como artístico. Era de plata fundida, bien forjada, y con una cavidad para la tinta. Y en el hueco estaba el fluido mágico, la materia prima que gobierna el mundo y se opone al tiempo, esa en la cual fluye la voluntad de un Rey de establecer sus leyes para siempre; esa que entrega los valles a nuevos poseedores; esa mediante la cual las torres se mantienen en manos de sus dueños legales; esa que, usada inflexiblemente por el juez del Rey, significa la muerte; esa que, cuando cantan los poetas, significa un regocijo imperecedero.

No debe sorprender entonces que la Guardia mirara la tinta con reverencia ni debe sorprender que se persignara nuevamente. Y entonces Rodrigo escribió.

En el silencio que siguió cayeron las mandíbulas de la Guardia, mientras el anciano Sacerdote sonrió levemente, porque de alguna manera ya había adivinado la situación; y, como era amigo del pueblo, no amaba a la Guardia más de lo que estaba

obligado a hacerlo por las reglas referentes a sus deberes hacia el hombre.

Luego habló uno de la Guardia, aportando su confidencia con cierta jactancia.

—Morano ha vendido su alma a Satán —dijo— a cambio de la ayuda de Satán y Satán le ha enseñado a su lengua el latín y guía sus dedos en los asuntos de la pluma.

Y así lo aseveraron todos los de la Guardia, regocijándose al encontrar una explicación donde un momento antes no había ninguna, como lo hacen todos los hombres en esas circunstancias. Un hombre en el Sahara que encuentra agua repentinamente, ¿pregunta con precisión cuáles son sus cualidades?

Y entonces el Sacerdote dijo una palabra e hizo un signo contra el cual Satán mismo solo puede prevalecer con dificultad y en presencia del cual sus conjuros nunca se mantienen. Y después de esto, Rodrigo escribió de nuevo. Entonces los de la Guardia se llamaron a silencio.

Y al cabo de un rato el que los dirigía dijo, y puso a todos como testigos, que él no había formulado cargo alguno contra ese viajero; más aún, ellos lo habían escoltado en su camino por el respeto que les inspiraba, porque los caminos eran peligrosos, y ahora debían partir porque tenían deberes más importantes que atender. Y así, la Guardia se marchó, con la mirada hacia adelante y rostros severos y preocupados, y hacia adelante acicateando sus caballos, como los hombres que marchan en una misión de suma urgencia. Y Rodrigo, habiéndoles agradecido por su protección en el camino, regresó al interior de la casa y los dos se sentaron juntos y Rodrigo contó a su salvador la historia de la hospitalidad de El Mesón del Dragón y el Caballero.

No la contó como una confesión, sino como un cuento agradable, ya que consideraba el raudo fallecimiento del amigo de la Guardia, en la noche, en el cuarto de las arañas, una magnífica bendición para España, un hecho sumamente armónico con los días dulces de la primavera. El religioso se regocijó al escuchar un cuento semejante, como lo hacen todos los hombres de paz al oír hablar de muertes violentas en las que no les está permitido participar. Y cuando el cuento finalizó reprochó por demás a Rodrigo, explicándole la naturaleza del pecado de la sangre, y diciéndole que ahora podría obtener la absolución, aunque de manera ardua, pero cómo en una ocasión futura podría no obtener ninguna. Y Rodrigo escuchó con toda la gravedad de expresión que la juventud sabe bien cómo presentar mientras sus pensamientos están bailando ágiles y lejos, en los campos hermosos de la aventura o del amor.

Y la oscuridad descendió y trajeron lámparas y el reverendo padre le preguntó a Rodrigo en qué otros hechos de violencia había intervenido infortunadamente su espada. Y Rodrigo conocía bien la historia de esa espada, ya que había reunido todos los datos que se relacionaban con ella en las leyendas orales y en los romances. Y a pesar de que el reverendo fruncía el ceño amenazador cada vez que oía de sus avances entre las costillas de un creyente y asentía, como si su cabeza diera la bendición, cuando oía sobre la destrucción del enemigo más vil de Dios, el infiel, y, a pesar de que jadeaba un poco cuando oía de ciertas demoras de esa espada, en

jardines perfumados, en momentos en que los caballeros cristianos deberían dormir y sus espadas colgar de la pared, a pesar de que alguna vez hasta levantaba un poco las manos, sin embargo se inclinaba siempre hacia adelante, escuchando con atención, e imaginándose todo claramente, como si sus ojos fulgurantes pudieran visualizar cada historia dolorosa de violencia o pecado. Y así llegó la noche, y comenzó a transcurrir y ninguno de los dos se dio cuenta de qué tarde era. Y luego, cuando Rodrigo hablaba de un atardecer en un jardín, al que se refería en detalle un romance viejo, una noche del verano temprano bajo el Lucero Vespertino, y esa espada, allí como siempre; mientras hablaba de su abuelo, como les había gustado hablar a los poetas, avanzando entre las fragancias de flores gigantescas, familiarizado con el jardín oscuro como las mariposas nocturnas que revoloteaban junto a él; mientras hablaba de un peligro próximo, para el cuerpo o para el alma, y cuando el reverendo estaba por levantar ambas manos, un estrépito de golpes llegó desde la puerta verde que estaba asegurada con cerrojos.

## CRÓNICA TERCERA

---

### Cómo Rodrigo llegó a la Morada de las Maravillas

**E**ra el obeso Morano. Hasta allí había seguido el rastro de Rodrigo, ya que siempre se sabe por dónde va la Guardia y su rumor permanece largo tiempo detrás de sus hombres, como el olor de un zorro. No contó más acerca de su huida que un perro que regresa a su casa algunas horas más tarde: un perro regresa a su dueño, eso es todo, quizá jadeando un poco; quizás alguien lo había capturado y él se escapó y regresó a su casa, algo demasiado natural para tratar de expresarlo con cualquiera de los signos que un perro conoce.

Parte del método de Morano parece haberse asemejado al de Rodrigo, ya que, así como Rodrigo habló en latín, así también retomó Morano su habla natural que, como él, perdió las riendas y a la que permitió correr libremente, y cuya rudeza primero había sorprendido y luego deleitado a la Guardia.

—¿Y no sospecharon que érais vos mismo? —preguntó Rodrigo.

—No, amo —contestó Morano—, porque dije que era el hermano del Rey de Aragón.

—¡El Rey de Aragón! —exclamó Rodrigo, llegando hasta el límite de la sorpresa.

—Sí, por supuesto, amo —dijo Morano—, y ellos me reconocieron.

—¡Os reconocieron! —exclamó el Sacerdote.

—Por supuesto —dijo Morano—, ya que afirmaron que ellos mismos eran los reyes de Aragón; y así, padre, me reconocieron como hermano.

—No tendríais que haber dicho eso —dijo el Sacerdote a Morano.

—Reverendo padre —replicó Morano—, como que brillan los Cielos creo que lo que dije era verdad. —Y Morano exhaló un profundo suspiro—. Y ahora —agregó— sé que ha dejado de ser verdad.

Si hacía ese gesto de desagrado por la pérdida de su creencia en aquel parentesco idealizado o si era por la pérdida de aquel estado de ánimo en el que tales creencias aparecen fácilmente, no había nada en su suspiro que lo explicara. Le formularon más preguntas pero no dijo nada más; él estaba allí, no había más que decir; él estaba allí y la Guardia se había ido.

Y luego el reverendo padre les trajo una abundante cena, aunque era una hora avanzada, ya que muchas horas se habían deslizado suavemente mientras prestaba oídos a los pecados de la espada; y también sirvió un vino, de una cierta cosecha

dorada que, me temo, lector mío, se perdió hace tiempo. Pero no le dio de este a Morano, por temor a que se convirtiera una vez más en lo que el reverendo padre temía cobijar, aquel hidalgo terrible hermano del Rey de Aragón. Y después de esto, cuando las estrellas ya habían avanzado un largo trecho en su camino, el anciano Sacerdote se levantó y le ofreció una cama a Rodrigo; y, cuando dirigió su mirada a Morano, preguntándose dónde lo ubicaría, ya que no tenía otra cama, y estaba por hablar, Morano fue hasta un rincón del cuarto, se tendió y se enroscó. Y cuando su anfitrión se hubo acercado a él, preguntándole ansiosamente si necesitaba algo más, ya estaba casi dormido; y después que le dirigió la palabra dos veces, en respuesta no recibió más que: «Paja, reverendo padre, paja».

El buen hombre le trajo un brazado de ella y luego guio a Rodrigo hasta su cuarto; y a duras penas pueden haberlo alcanzado antes de que Morano estuviera, de nuevo, de regreso en Aragón, caminando con zapatos de oro (que a veces eran alas), orgulloso entre príncipes inferiores a él.

Como precaución para esa noche, Rodrigo echó otra mirada al rostro de su anfitrión; y luego, con la espada fuera de su alcance y la puerta sin cerrojo, durmió hasta que los cantos de los pájaros que surgían de las profundidades de las encinas hicieron imposible cualquier intento de proseguir reposando.

La tercera mañana del itinerario de Rodrigo relumbraba sobre España como el bronce; las flores y el césped y el cielo rutilaban al unísono.

Cuando Rodrigo saludó a su anfitrión hacía tiempo que Morano estaba activo, se había despertado con el alba, ya que cuanto más simple y más humilde es una criatura tanto más cercana está a la tierra y al sol. Las fuerzas que despertaron a los pájaros y abrieron las flores sacudieron la enorme corpulencia de Morano, poniendo fin a su sueño, así como habían puesto fin al canto del ruiseñor.

Desayunaron con prisa y Rodrigo se levantó dispuesto a partir porque consideraba que había aprovechado una hospitalidad que no le había sido ofrecida. Pero contra su partida se alzaba la barrera de la cortesía de España. La casa era suya, dijo su anfitrión, e inclusive el bosquecillo de encinas.

Si te cuento la mitad de las cosas que dijo el reverendo, dirás: «Este escritor es un afectado. No me gusta todo este floreo». Considero más seguro, lector mío, no contarte nada de eso. Supongamos que simplemente dijo: «Pues muy bien», y que cuando Rodrigo le agradeció con una rodilla sobre el piso él contestó: «De nada»; y que así partieron Rodrigo y Morano. Si aquí falta algo del brillo de la forma bella de la Verdad es culpa de la época para la que escribo.

De nuevo el camino, de nuevo el polvo, los pájaros y el brillo de las hojas; este era el telón de fondo de mis viajeros errantes hasta donde la vista se perdía y había además los picos de unas lejanas montañas celestes que ahora comenzaban a distinguirse.

Aún cada uno tenía puestas las ropas del otro; pero no bien se hubieron alejado del pueblo, Morano explicó, porque conocía los hábitos de la Guardia que, como

habían arrestado a dos hombres en ese camino, arrestarían ahora a dos hombres en cada uno de los caminos restantes para demostrar la imparcialidad de la Ley que necesita que se la exhiba constantemente; y que, por eso y por un buen rato, todos los caminantes estaban a salvo en el camino que Rodrigo recoma.

Ahora bien, Rodrigo consideró que lo dicho por Morano constituía un buen razonamiento; y sin duda era así, ya que en España tenían buenas leyes; diferían poco, a pesar de que hace tanto tiempo, de nuestro propio y excelente sistema. Por lo tanto, se cambiaron una vez más, devolviéndose mutuamente todo salvo ¡ay! aquellos delicados bigotes negros; y estos le parecían a Rodrigo perdidos para siempre, ya que el crecimiento de unos nuevos sonaba tan lejano para los días largos de la juventud que sus esperanzas apenas podían alcanzarlos.

Cuando, una vez más, Morano se encontró en las ropas que habían estado con él día y noche durante tantos años pareció expandirse; no estoy usando aquí una metáfora; se volvió visiblemente más gordo.

—Ah —dijo Morano, después de una inspiración enorme—, anoche soñé, en vuestras ropas ilustres, que estaba en una posición encumbrada. Y ahora, amo, estoy cómodo.

—¿Qué pensáis que sería mejor? —dijo Rodrigo—, ¿tener una posición encumbrada o la comodidad?

Aun para aquellos días una cuestión semejante era muy trillada, pero Rodrigo la articuló con la mera intención de indagar en el acopio de sabiduría simple de Morano, como uno puede tirar una lombriz simple para capturar un pez codiciado. Pero en eso se decepcionó, porque Morano no hizo ninguna comparación impecable ni siquiera formuló una opinión; solo dijo: «Amo, mientras estoy cómodo, ¿cómo puedo juzgar el caso del que no lo está?». Y no quiso decir más. Su comodidad recuperada, perdida durante un día y una noche, parecía haber apaciguado su cuerpo hasta cerrar las puertas de su mente, como lo puede hacer el lujo excesivo, inclusive con los poetas.

Y luego Rodrigo pensó nuevamente en su búsqueda y los dos arremetieron alegremente a buscar las guerras.

Durante una hora caminaron en silencio por un camino vacío. Y luego se toparon con una hilera de asnos sobrecargados con la corteza del alcornoque que unos hombres traían lentamente desde unos bosques lejanos.

Algunos de los hombres cantaban en su camino. Pasaban lentos bajo el sol.

—Oh, amo —dijo Morano cuando se hubieron ido—, no me gusta esa vagancia indolente.

—¿Por qué, Morano? —inquirió Rodrigo—. No fue Dios quien hizo la prisa.

—Amo —contestó Morano—, sé muy bien quién hizo la prisa. Y, ¡que no pueda finalmente apoderarse de mi alma! Sin embargo, es malo para nuestras fortunas que estos hombres puedan ser tan ociosos. Vos queréis vuestro castillo, amo; y yo, yo no quiero errar siempre por los caminos, con la Guardia detrás y sin lugar seguro para arrollarse y dormir, delante. Deseo una pila de paja en el sótano de vuestro gran

castillo.

—Sí, sí, la tendréis —dijo su amo—, pero, ¿de qué modo esos individuos se oponen a vuestro deseo? —pues Morano los miraba por encima del hombro con el ceño fruncido de manera tal que estaba arruinando de algún modo la alegría de la primavera.

—El aire está lleno de sus cantos —dijo Morano—. Es como si sus almas ya estuvieran volando hacia el Infierno y dando roncosp graznidos pecadores durante todo el trayecto que recorren. Y haraganean y se demoran...

¡Oh! Morano estaba furioso.

—Pero —dijo Rodrigo—, ¿de qué modo os lastima su pérdida de tiempo?

—¿Dónde están las guerras, amo? ¿Dónde están las guerras? —exclamó abruptamente Morano a la vez que su cara redonda enrojecía—. Los asnos estarían muertos, los hombres estarían corriendo, habría gritos, llantos y confusión si las guerras estuviesen en un sitio cercano. Habría cualquier cosa menos esto.

Los hombres marchaban cantando y así se perdían en la distancia. Morano tenía razón, a pesar de que no sé cómo lo supo.

Y luego los hombres y los asnos estuvieron casi fuera del alcance de la vista, pero aún no se habían ido de la furia de Morano. «Ladrones lascivos», musitó el desilusionado sujeto. Y cada vez que oía débilmente trozos amortiguados de su canción lejana que una brisa aquí y otra allá traían sobre la llanura mientras corrían en misiones de la primavera, maldecía sus pecados en voz baja. A pesar de que parecía que no eran sus pecados los que provocaban su furia sino la ociosidad que tenían para cometerlos.

—Paz, paz, Morano —dijo Rodrigo.

—Eso es —respondió Morano— lo que me está perturbando.

—¿Qué?

—Esa misma paz.

—Morano —sostuvo Rodrigo—. De joven tuve que estudiar los asuntos humanos; y esto está en los libros y así se escribe la Historia. Ahora bien, aprendí que no hay cosa alguna que complazca a los hombres que jamás esté fuera de su alcance; ya que parece que el tiempo, que altera cada costumbre, no ha alterado ninguno de nuestros gustos. Y en cada capítulo me enseñaron que se pueden encontrar esas guerras.

—Amo, los tiempos han cambiado —repuso Morano con tristeza—. Ahora no es como antes.

Y esta no era la sabiduría de Morano, ya que el enojo habíale obnubilado el juicio. Y todavía llegaba, ondulando entre las flores, la canción débil de los arrieros de los asnos.

—Amo —dijo Morano—, hay hombres como aquellos viles traficantes de pecados que se han deleitado en la paz. Puede ser que la paz haya sido impuesta en el mundo por uno de esos gustos piojosos.

—El deleite de la paz —afirmó Rodrigo— está en su contraste con la guerra. Si la guerra desapareciera este deleite se perdería. Y el hombre no ha perdido ninguno de sus deleites en ninguno de los capítulos que leí.

La palabra «contraste» y su significado eran para que los comprendieran mentes reflexivas, productos de la educación. Morano no se sintió aludido; y la palabra «contraste» no significó nada para él. Esto terminó la conversación. Y las canciones de los arrieros de los asnos, a pesar de que eran leves, resultaban demasiado pesadas para que el aire perezoso de la primavera las llevara más lejos; Moreno cesó de maldecir sus pecados.

Y ahora las montañas se erguían más altas, parecían abrazarse entre sí y levantar las cabezas. Un instante más y se diría que estaban atisbando la llanura. Las montañas, que en las primeras horas de la mañana eran como fantasmas pálidos, lejanas, empañadas como el Destino, ahora se mostraban más oscuras, más estriadas, más siniestras, más agobiadas por preocupaciones, más directamente relacionadas con los asuntos de la Tierra, y mucho más amenazadoras para las cosas terrenas.

Todavía continuaban y todavía crecía la montaña. Y llegó el mediodía, cuando España duerme.

Y ahora la llanura estaba cambiando, como si los frescos vientos de las montañas trajesen otras semillas para que crecieran, de modo que se encontraron con arbustos que se enredaban en forma selvática, libres, despreocupados y misteriosos, como lo son cuando no hay nadie que enseñe a la gran Naturaleza cómo ser prolija.

Los viajeros errantes eligieron una mata que se aproximaba al camino, como gitanos que acampan un rato en la mitad de un viaje maravilloso, que al atardecer se pondrán en camino y se irán, no dejando más que una huella desnuda de su descanso y ningún indicio de su destino; tan de cuento de hadas, tan libres, tan fantasmagóricos parecían esos arbustos.

Morano se tendió en el borde mismo de la sombra de uno y Rodrigo se ubicó justo en el medio de la sombra de otro, de modo tal que cualquiera que pasara por allí podría saber cuál de los viajeros tenía más edad. Morano, de acuerdo con su costumbre, se durmió casi inmediatamente, pero Rodrigo permaneció despierto un rato, atento a la maravilla y la especulación, cada una de ellas jugando con la novedad y extrayendo entre sí diversas combinaciones. Luego él también se durmió y un pájaro pensó que era seguro volver a una azalea de su propiedad, de la que había salido volando antes, al ser perturbado por la llegada de los dos viajeros.

Y Rodrigo, el último en dormirse, fue el primero en despertarse, ya que la sombra del arbusto lo había abandonado, y se despertó en pleno sol para ver a Morano cobijado aún, ahora bien en el medio de la sombra que eligió.

No describiré para ti, lector, el sueño pesado de Morano. Te he elegido un relato agradable en una tierra feliz, en la época más bella del año, en una Edad de Oro. Tengo para mostrarte juventud y una espada antigua, pájaros, flores y sol, en una llanura que aún no ha sido herida por ningún sueño de comercio.

¿Por qué te mostraría entonces el sueño de ese hombre falto de elegancia cuya mole yacía oprimiendo la tierra como una montaña baja e inapropiada?

Rodrigo retomó la sombra que había perdido y yació descansando allí hasta que Morano se despertó, y lo hizo abruptamente a causa de un sueño o de un mero ahogo. Luego, de los enredos de sus ropas, que después de esos dos días eran para él lo que es el hogar para un viajero, Morano extrajo una vez más un gran trozo de tocino. Luego vino la sartén y después un fuego: era la Mesa del Viajero Errante. Aquel comedor se ha levantado en muchas tierras y tiene un único techo. Nos enorgullecemos de ese techo, todos nosotros, los que pertenecemos a esa Mesa. Nos vanagloriamos de ella cuando la mostramos a nuestros amigos tendida en la noche. Tiene a Aldebarán, a la Osa y a Orion y, en el otro extremo, a la Cruz del Sur. Sí, nos enorgullecemos de nuestro techo cuando está en su plenitud.

¿Qué estaba diciendo? Sin duda hablaba del tocino. Sí, pero hay un modo de prepararlo en nuestra Mesa que quisiera explicarte y no puedo. He saboreado allí el tocino y no es el mismo que consigues en el Ritz. Y quiero decirte cómo sabe ese tocino; y no puedo, por eso hablo de las estrellas. Pero quizá tú eres uno de los nuestros, lector, y entonces comprenderás. Solo que, ¿por qué diablos no regresamos allí donde el Lucero Vespertino se balancea sobre la pared junto a la Mesa?

Cuando se levantaron de la mesa, cuando se levantaron de la tierra, y la sartén fue arrojada sobre la espalda de Morano, agregando grasa a la superficie de su saco cuya textura no podía sostener ya más, marcharon aprisa, ya que no vieron signo alguno de casas, a menos que lo que percibía Rodrigo borrosamente en lo alto de una barranca fuera ciertamente una casa en las montañas.

Habían caminado desde las ocho hasta el mediodía sin ningún descanso. Debían haber hecho quince millas desde donde las montañas se veían celestes. Y ahora, a cada milla que avanzaban, el objeto que Rodrigo vio sobre el más terrible de los riscos oscuros parecía cada vez más una casa. Sin embargo, ni entonces, ni aun cuando se aproximaron a ella, ni cuando la vieron de cerca, ni recordándola después de muchos años, parecía normal. Y Morano a veces se hacía la señal de la cruz cuando la miraba y no decía nada.

Rodrigo, mientras caminaba sin cesar en la tarde, al advertir que su sirviente mostraba algún signo de preocupación, que no suele aparecer en los jóvenes, señalaba la casa sobre la montaña, la que parecía más cercana de lo que realmente estaba, y le decía que allí encontraría paja y que cenarían y pasarían la noche. Más tarde, cuando la apariencia extraña de la casa, que variaba desde diferentes ángulos, lo colmó de extraños presagios, Rodrigo no admitió la preocupación de su sirviente y mantuvo el plan que había anunciado, y así se acercaron a los techos estrambóticos, descuidando las estrellas amistosas.

A lo largo de la tarde, los dos viajeros marcharon casi en silencio, porque las miradas que aquella casa parecía dirigirles desde el borde de su risco peligroso habían ahuyentado la alegría de Rodrigo y hasta habían refrenado la locuacidad en los labios

del más vigoroso Morano, si es que la locuacidad puede atribuírsele al que raramente vierte sus palabras, a menos que alguna filosofía simple problematice sus profundidades. La casa parecía, por cierto, dirigirles miradas, ya que mientras su camino serpenteaba, la casa mostraba aspectos diferentes, paredes y bordes de paredes diferentes, y extraños techos diferentes; todas esas paredes parecían espiarlos. Una a una espiaban, otras nuevas se deslizaban imperceptiblemente hasta hacerse visibles como si dijeran: «Nosotras también vemos».

Las montañas no estaban delante de ellos sino un poco a la derecha de su senda, hasta que otras nuevas aparecieron ante ellos como si fueran gigantes saliendo de su sueño, y luego su sendero pareció bloqueado, como si se hubiese erguido una pared poderosa contra la cual sus débiles vagabundeos parecían vanos. Al final el sendero doblaba un poco hacia la derecha y se dirigía en línea recta hacia una montaña oscura, donde una senda natural parecía descender desde las rocas para encontrarlo; y aquella mirada siniestra atisbaba desde lo alto de ese sendero. Si hubieras estado allí, lector mío, hubieras dicho, como cualquiera de nosotros: «¿Por qué no elegir otra casa?». No había otras casas. Aquel que habitaba sobre el borde del peñasco que se extendía en la montaña oscura carecía totalmente de vecinos.

Y llegó el atardecer y aún estaban lejos de la montaña.

El sol se puso a la izquierda de los viajeros. Pero era en el lado este del cielo donde estaba el resplandor mayor, porque los rayos bajos que lo atravesaban encendían algunas nubes tormentosas que estaban acurrucadas detrás de la montaña y transformaban sus formas tenebrosas en un púrpura asombroso.

Y después el camino comenzó a subir hacia los riscos. Las montañas se oscurecieron y la morada siniestra estaba por confundirse con sus sombras cuando el que allí habitaba encendió unas candelas.

El hecho asombró a los caminantes. Durante medio día habían visto la casa hasta que pareció que formaba parte de las montañas; se diría que era aciaga como sus riscos, que eran negros y yermos y repulsivos, y parecía extraña con una extrañeza que provocaba temores innominados; sin embargo exhibía un aspecto tan inactivo como la noche.

Ahora resplandecían unas luces demostrando que alguien se movía. Ventana tras ventana exhibió a la desnuda montaña oscura su brillante mirada amarilla; allí, en la noche, la casa renegó de las rocas oscuras que parecían sus parientes, brillando como ellas nunca podrían brillar, haciendo lo que las bestias que las frecuentan no podían hacer: esa era la guarida del hombre. Aquí estaba la luz de la llama, pero las rocas permanecían oscuras y frías como el viento de la noche que pasaba sobre ellas; ahora, el que allí habitaba, con las luces, había renegado de las rocas, sus vecinas.

Y, cuando todas estuvieron encendidas, una luz verde brilló en lo alto de una torre. Estas luces surgiendo así de la montaña parecían hablarle a Rodrigo y no decirle nada. Y Morano sentía una curiosidad tal como pocas veces se molestaba en tenerla.

Marcharon subiendo el sendero empinado.

—¿Os gusta su apariencia? —dijo Rodrigo una vez.

—¡Ay! amo —contestó Morano—, aunque sea así habrá paja.

—Entonces, ¿no veis nada raro allí? —inquirió Rodrigo.

—Amo —repuso Morano—, hay santos para todos los gustos.

Cualquier temor que hubiera sentido antes con respecto a aquella casa, ahora, mientras se aproximaba, había desaparecido; era hora de abandonar los temores y enfrentar el hecho; así operaba la filosofía de Morano. Y concentró sus pensamientos en los triunfos terrenales de un determinado Santo que se encontró con Satán y le exhibió al soberano del Infierno una descortesía ajena a las maneras de la Iglesia.

Ya estaba oscuro y las luces amarillas aumentaban a medida que se aproximaban a las ventanas, hasta que vieron grandes sombras que pasaban oscuramente de un aposento a otro. Ahora el ascenso era empinado y el sendero se acababa. No había camino de ningún tipo que se acercara a la casa. Se erguía sobre el borde de un precipicio como si fuera una de las rocas de la montaña. Treparon sobre las rocas para alcanzarla. Las ventanas aleteaban y parpadeaban frente a ellos.

El aspecto de aquella casa no era nada acogedor, pero ahora sentían un desgaste físico excesivo, de modo que debían encontrar un refugio; estaban rodeados de rocas tan negras como la noche y duras como el material del que se formó el Cosmos en un comienzo sobre el borde del Caos. El sonido de su ascensión subió ruidosamente por la montaña pero ningún sonido vino de la casa. Solo las sombras se movían más suavemente a través de un aposento, pasaban a otros aposentos y regresaban apresuradamente.

A veces las sombras se demoraban y parecían espiar; y cuando los viajeros se detenían y miraban para averiguar qué eran, las sombras desaparecían y no quedaba ninguna, y en cambio los aposentos se llenaban con su especulación interrogante. Luego marcharon sobre rocas que se diría nunca fueron holladas por el hombre, tan afiladas eran y tan en declive, todas apiladas; parecía el último erial en el que habían sido arrojadas todas las rocas deformes.

Morano y esas rocas negras parecían modelados en un diseño opuesto; por cierto, las rocas nunca habían sido modeladas, solo eran piezas primitivas del Caos. Morano trepaba sobre sus bordes con quejas e incomodidad. Rodrigo lo oía detrás de él y sabía por sus quejidos cuando llegaba a lo alto de cada roca escarpada.

Las rocas se volvían más abruptas, más enormes, aún más afiladas y más angulares. Estaban allí en la oscuridad en multitudes. Sobre ellas Rodrigo se tambaleaba y Morano se encaramaba y daba en tierra; y así llegaron a la casa solitaria con la respiración agitada.

En la pared que sus manos habían alcanzado no había puerta, y por eso la recorrieron a tientas hasta que llegaron a la esquina, y más allá de la esquina se hallaba la fachada de la casa. Allí estaba la puerta delantera. Pero esa puerta se abría tan sobre el abismo que los murciélagos que volaron cuando ellos llegaron solo

tuvieron que caer desde sus grietas, desde donde colgaban, debajo de la puerta de roble, inclinándose ligeramente, para ponerse a resguardo del hombre, en la oscuridad de terciopelo que se extendía entre los riscos tan solitarios que casi eran extraños para el Eco. Y allí fluctuaban cumpliendo misiones que están más allá de nuestro conocimiento, mientras los viajeros, después de haber recorrido a lo largo el borde rocoso entre la destrucción y el refugio, golpeaban la puerta de roble.

El sonido de su llamado resonó enorme y lentamente en la casa como si hubieran golpeado la puerta de la montaña misma. Y nadie acudió. Y luego Rodrigo distinguió en la oscuridad el gran tirador de un llamador, tallado con la forma de un dragón que se arrastraba por la pared, hacia abajo. Lo pulsó y un grito de dolor surgió desde los cimientos de la casa.

Hasta Morano se sintió intrigado. Era como un espíritu condenado en desgracia. Pasó un buen rato antes de que Rodrigo se atreviera a pulsar el tirador de nuevo. ¿Pudo haber sido el llamador? Tanteó el tirador de hierro y la correspondiente cadena de hierro. ¿Cómo podría haber sido el llamador? El llamador no había sonado, él no lo había pulsado con fuerza suficiente. Aquel alarido era fortuito. La noche en aquel borde rocoso había perturbado sus nervios. Tiró de nuevo y con mayor firmeza. La respuesta del grito desgarrador fue más terrible. Rodrigo no pudo seguir dudando, mientras soltaba el tirador, de que con la cadena que había manipulado infligía una agonía a alguien desconocido.

El alarido había convocado unos pasos lentos que se acercaban a los viajeros descendiendo corredores que, por la manera en que sonaban, eran de piedra. Y luego las cadenas cayeron sobre la piedra y la puerta de roble fue abierta por alguien mayor de lo que cualquier hombre puede esperar a ser, con unos pequeños labios puntiagudos como los de algún animal del bosque.

—Señores —dijo el viejo—, el Profesor os da la bienvenida.

Se detuvieron y contemplaron su edad y Morano expuso casi con grosería lo que ambos sentían: «¡Qué viejo sois, abuelo!».

—Ah, señores —dijo el anciano con un gesto de contrariedad—, el Profesor no me permite ser joven. He estado aquí durante años y años pero nunca me lo ha permitido. Lo he servido bien pero es lo mismo. Le digo: «Amo, os he servido mucho tiempo...», pero me interrumpe porque no quiere tener a nadie joven. Dice que los sirvientes jóvenes bajan a las aldeas. Y que tal cosa y que la otra...

—¡No pensaréis que vuestro amo puede daros la juventud! —exclamó Rodrigo.

El anciano supo que había hablado demasiado al proferir aquella queja que había hastiado hasta a las rocas. «Sí», dijo con parquedad, e hizo una reverencia y los guio hacia el interior de la casa. En uno de los corredores que nacían del vestíbulo por el que los conducía en silencio, Rodrigo alcanzó al anciano y, enfrentándolo, lo interrogó:

—¿Quién es este profesor? —dijo.

A la luz de una antorcha que chapoteaba en una abrazadera de hierro de la pared,

Rodrigo lo interrogó con esas palabras y Morano, por su parte, con sus ojos intrigados y anhelantes. El anciano se detuvo, dio media vuelta, levantó la cabeza y contestó:

—En la Universidad de Zaragoza —repuso con orgullo— dicta la Cátedra de Magia.

Los nombres de Oxford o Cambridge, Harvard o Yale o Princeton inspiran todavía algún respeto y lo logran inclusive en esta época ignorante. No debe sorprender entonces que el nombre de Zaragoza oído en aquella montaña solitaria despertase en Rodrigo un sentimiento de reverencia y hasta atemorizara a Morano. En cuanto a la Cátedra de Magia era, de todas las fundaciones reales de aquella Universidad ilustre, la más honorable y venerada.

—¡En Zaragoza! —murmuró Rodrigo.

—En Zaragoza —afirmó el anciano.

Entre aquella antigua ciudadela del estudio y esta montaña agreste se extendía un abismo que a duras penas podía ser salvado por el pensamiento.

—El Profesor descansa en su montaña —explicó el anciano— a causa de una conjunción de astros desfavorable para el estudio, y sus alumnos han regresado a sus hogares por unas cuantas semanas.

Volvió a hacer una reverencia y los condujo a lo largo de aquel lúgubre corredor de piedra. Los otros lo siguieron y, mientras caminaba, aquel famoso nombre de Zaragoza retumbaba en la mente de Rodrigo.

Y luego llegaron a una puerta empotrada profundamente en la piedra y su guía la abrió y entraron; y allí estaba el Profesor con un sombrero de taumaturgo y una túnica de color púrpura oscuro, sentado a una mesa dándoles la espalda y estudiando el derrotero de las estrellas. «Bienvenido, Don Rodrigo», dijo el Profesor antes de darse vuelta; y luego se levantó y con pasitos hacia atrás y hacia los costados y muchas reverencias desplegó todas aquellas fórmulas de cortesía que conocía Zaragoza en la Edad de Oro y que sus profesores gustaban practicar. Años más tarde, se tornaron aún más elaboradas y después se perdieron.

Rodrigo replicó más por instinto que por conocimiento; procedía de una casa cuyas reverencias no habían perdido nunca su graciosa naturalidad y que fueron durante algunas generaciones el júbilo de la Corte de España. Morano lo imitaba detrás; pero su presencia servil era una intrusa en aquella elaborada ceremonia y el Profesor tomó su mano y Morano fue elevado en la mitad de una zancada como si el aire lo hubiese asido. Allí permaneció inmóvil: nunca antes había experimentado la magia. Y, después que el Profesor hubo dado la bienvenida a Rodrigo de una manera apropiada a la dignidad de la Cátedra que dictaba en Zaragoza, hizo un gesto rápido y Morano se liberó.

—Amo —dijo Morano al Profesor, tan pronto como advirtió que podía moverse —> amo, parece magia.

Imagínate a un patán al que introducen en la biblioteca de un profesor de griego

en Oxford sacando de un estante uno de los libros de la Odisea y diciéndole al profesor: «¡Parece griego!».

Rodrigo sintió pena por la ignorancia villanesca de Morano. Ni él ni su anfitrión le contestaron.

El Profesor explicó que analizaba los misterios con esfuerzo, debido a un cierto aspecto de Orion y que, por lo tanto, sus alumnos habían regresado a sus hogares y estaban cazando; y así él estudiaba solo bajo auspicios desfavorables. Y una vez más le dio a Rodrigo la bienvenida a su casa y ordenó paja para tenderla para el hombre que Rodrigo había traído de El Mesón del Dragón y el Caballero, ya que él, el Profesor, veía todas las cosas, aunque ciertas estrellas le ocultaban todo.

Y cuando Rodrigo le hubo dado las gracias en forma apropiada, añadió con humildad y palabras escogidas con delicadeza una petición que consistía en que se le enseñaran unos pocos rudimentos de los estudios por los que era famosa aquella Cátedra ilustre de Zaragoza. El Profesor hizo de nuevo una reverencia y, aceptando los elogios pulidos que Rodrigo tributaba al cargo honorable que ocupaba, se presentó a sí mismo por su nombre. Él había sido una vez, dijo, el Conde de la Montaña, pero cuando sus estudios astrales lo convirtieron en una eminencia y hubo dominado las leyes del planeta más cercano al sol, asumió el título de *Magister Mercurii* y por ese nombre fue conocido durante mucho tiempo; pero ahora había abandonado ese título, grande como era, por una nomenclatura más gloriosa y, en lengua árabe, se lo llamaba el Esclavo de Orión. Cuando Rodrigo oyó esto hizo una profunda reverencia.

Y luego el Profesor preguntó a Rodrigo en cuál de las actividades de la vida residía su interés, porque la Cátedra de Magia de Zaragoza, dijo, se relacionaba con todas ellas.

—En la guerra —dijo Rodrigo.

Y Morano restregó sus manos sin ostentación; por fin, aquí había uno, pensó, que pronto encaminaría a su amo y los asuntos resultarían bien y ellos encontrarían las guerras. Pero, lejos de interesarse en las guerras de esa época, el Esclavo de Orión explicó que a medida que los hechos se aproximan se vuelven más pesados y más materiales y que su peso no los abandona hasta que de algún modo ya han pasado; de modo que, para quien estudia las cosas etéreas, los hechos cercanos son opacos y oscuros. Tenía una ventana, explicó, a través de la cual Rodrigo podría ver con claridad las guerras antiguas, mientras que otra ventana junto a esta daba a todas las guerras del futuro, excepto aquellas que ya estaban planeadas o que pronto llegarían a la Tierra y que o bien eran invisibles o bien se percibían borrosas como a través de una niebla.

Rodrigo dijo que tener el privilegio de ver un ejemplo tan clásico de magia sería para él tanto un deleite como un honor. Aunque, como es costumbre en la juventud, deseaba más ver las guerras que lo que se preocupaba por todo el conocimiento del Profesor.

Y, para el que dictaba la Cátedra de Magia en Zaragoza, que sus ventanas hubieran podido confeccionarse para mostrar esas maravillas constituía un tesoro, mientras que su huésped, ante quien estaba por desplegar esas dos gemas preciosas de su conocimiento, pensaba poco en ello y mucho en lo que vería a través de las ventanas y ni siquiera consideraba cuántos conjuros, cuánto quemarse las pestañas, cuántos sortilegios, cuántas brujerías, cuántas horas solitarias entre los murciélagos se habían usado para lograr la gratificación de su joven curiosidad. Casi siempre es así.

El Profesor se levantó; su capa flotaba en torno de él cuando dejó la cámara y Rodrigo siguiéndolo a donde lo guiaba vio, a la luz de la antorcha en los corredores, sobre su borde de color púrpura oscuro, unos signos que, para su ignorancia de lego, no eran nada más que indicios de los asuntos del Zodíaco. Y si estos signos eran oscuros hubiese sido mejor que fuesen aún más oscuros, porque se relacionaban con poderes que el hombre no necesita poseer, pues quien tiene la Tierra entera para regular y dominar, ¿por qué debe buscar el gobierno del curso de cada estrella?

Y Morano los seguía esperando que se le permitiera echar una mirada a las guerras.

Llegaron a un cuarto donde había dos ventanas redondas; cada una era más grande que el más grande de los platos, y de un vidrio muy grueso, por cierto, y de un maravilloso color azul. El azul era como el azul del Mediterráneo al atardecer, cuando están en él las luces de los barcos y de la puesta de sol, a la vez que se encienden uno a uno los fanales de los puertos, y quizá también la luz de Venus y de otras dos estrellas cercanas, tan profundamente lucía y tanto destellaba, cerca de sus bordes, con luces que eran extrañas a ese cuarto, y así, con su belleza clara, triunfaba sobre la noche de afuera. No, era más mágico que el Mediterráneo al atardecer aun cuando los picos de los Esteriles estén púrpuras y sus bases fundiéndose en oro y el mar azul debajo de ellos sonría a las estrellas tempranas; era un azul más triunfante; era como el Mediterráneo visto por los ojos de Shelley, en un día feliz de su juventud, o como el mar que rodea las fabulosas Islas Occidentales visto por la fantasía de Keats. No eran ventanas para responder a ninguna de nuestras necesidades, a no ser que nuestros sueños sean necesidades, a menos que nuestros clamores por la luna estén urgidos por la misma Necesidad que nos hace clamar por pan. Se relacionaban claramente solo con la magia o la poesía, pese a que el Profesor proclamaba que la poesía no era más que una rama de su materia; y así se la consideraba en Zaragoza, donde se enseñaba con el nombre de magia teórica, mientras que con el nombre de magia práctica enseñaban anatemas, brebajes, fantasmagorías y hechizos.

El Profesor se ubicó delante de la ventana de la izquierda y señaló su centro azul profundo.

—A través de esta —dijo— vemos las guerras que fueron.

Rodrigo miró el centro azul profundo en el punto donde la gran comba del cristal sobresalía hacia él; cerca de los bordes, allí donde el cristal parecía más fino, lucecitas extrañas danzaban; Morano se atrevió a acercarse en puntas de pie. Rodrigo

miró, no vio la noche afuera. Justo debajo y cerca de la ventana había una niebla blanca, y las líneas oscurecidas y el humo de lo que pudieron haber sido guerras recientes; pero más alejadas sobre una llanura de dimensiones extrañamente vastas vio las guerras antiguas que tuvieron lugar. Vio guerra tras guerra. Batallas que hacía mucho habían pasado a la historia y que habían sido libradas en muchas épocas, vio encuentros gloriosos y agradables desplomándose delante de él en su confusión salvaje y en su suciedad. Vio a un jefe ampliamente glorioso en las historias que había leído mirando a su alrededor con asombro para ver qué estaba ocurriendo, y era en una lucha famosa que había planeado muy bien. Vio retiradas que la Historia llama huidas y huidas que había visto en la Historia llamar retiradas. Vio a hombres ganando victorias sin saber que ganaban. Nunca un hombre se había apoderado tan desvergonzadamente de la Historia, ni la había considerado una mentirosa tal. Con los ojos fijos en el gran cristal azul, Rodrigo olvidó el cuarto, olvidó el tiempo, olvidó a su anfitrión y al pobre Morano excitado, mientras observaba aquellas peleas famosas.

Y ahora mi lector desea saber qué vio y cómo fue posible que lo viera.

En cuanto a lo segundo, mi lector comprenderá con presteza que los secretos de la magia se guardan muy escrupulosamente y que cualquier conocimiento superficial que yo pueda haber obtenido lo poseo (y se lo merece) sujeto a juramentos y penalidades que hacen temblar aún a los malvados. Mi lector deberá aceptar que aún esos lazos íntimos entre lector y escritor no pueden serle útiles en este caso. Digo lector como si tuviera solo lectores masculinos, pero si se trata de mi lectora dejo la situación librada a su intuición. En cuanto a las cosas que vio, acerca de todas ellas dispongo de completa libertad para escribir, y sin embargo, lector mío, ellas diferirán de la versión de la Historia. Rodrigo jamás había contemplado una batalla en la llanura abarcada por esa ventana circular, pero cuanto presencié ya había sido transcripto por la Historia en forma diferente. Y ahora, lector mío, la situación es esta: ¿Quién soy yo? La Historia era una deidad para los griegos, o por lo menos un personaje distinguido, quizá con un título honorífico bien merecido y ciertamente con un renombre amplio entre la Clase de Gente Correcta. Yo no tengo ninguna de estas cosas. ¿A quién, entonces, deberás creer?

Sin embargo, te expondría confidencialmente mi historia, lector mío, confiando en la justicia de mi caso y en tu honorable discernimiento jurídico si no fuera por otra cosa. ¿Qué dirá la Diosa Clío, o el honorable caballero, si ofendo a la Historia? Ella ha expuesto su caso, Sir Bartimeus lo ha registrado por escrito y luego, tan tardíamente, vengo yo con una historia diferente, una historia más verídica pero diferente. ¿Qué harán? Lector: el futuro es oscuro, incierto y lejano; no me atrevo a confiar en él si ofendo a la Historia. Clío y Sir Bartimeus harán polvo mi reputación; una insinuación por aquí, un hecho tonto por allá, ellos saben cómo hacerlo, y ni un alma acusará a la deidad de malicia ni al gran historiador de resentimiento. Por lo tanto, Rodrigo miraba a través de la ventana azul profundo, olvidado de su entorno,

las batallas que no tenían toda la elegancia o toda la precisión de las que tan prolijamente hablan nuestras historias. Y, mientras observaba un encuentro afortunado entre dos hombres en un costado de una batalla antigua, sintió un golpecito en su hombro y luego casi un tirón y, al volverse, contempló el cuarto donde estaba. No sabía cuánto tiempo su pensamiento había estado ausente de él, pero el Profesor estaba aún de pie con los brazos cruzados donde lo había dejado, posiblemente muy satisfecho con la admiración que había despertado en su huésped. Era Mollino el que había golpeado su hombro, incapaz de dominar por más tiempo su impaciencia por ver las guerras; cuando Rodrigo se volvió, sus ojos estaban fijos en su amo con una expresión de anhelo casi perruno.

La ansiedad absurda de Morano le parecía a Rodrigo sumamente patético. Miró el rostro del Profesor, la nariz como el pico de un gavilán, los ojos pequeños, profundos, hundidos y próximos a ella, de un tinte oscuro y un brillo severo, los labios, silenciosos. Allí estaba sin pronunciar ninguna prohibición con respecto a lo que los ojos de Rodrigo habían mirado; de modo que, apartándose de su ventana, Rodrigo hizo un gesto de asentimiento a Morano quien, inmediatamente, corrió hacia delante embelesado ante la idea de contemplar esas guerras antiguas.

Una leve expresión de desprecio se mostró débilmente en el rostro del Profesor, tal como la que puede verse toda vez que un maestro artesano nota la mirada de un ignorante centrada en su especialidad. Pero no dijo una palabra y pronto iba a ser difícil entablar una conversación ya que el alto griterío de Morano llenaría el cuarto. Había visto las guerras y sus éxtasis estaban fuera de control. Tan pronto como observó aquellas luchas buscó a los Infieles, porque su mentalidad religiosa disfrutaba profundamente viendo al Infiel muerto. Y si mi lector discierne o supone que había un abismo que separaba la religión de la última ocupación en El Mesón del Dragón y el Caballero, debe tener en cuenta que si se hubiera llevado a Morano a admitir la conexión entre el asesinato y su alimento diario habría dicho: «Mayor es entonces la necesidad de la misericordia de Dios a través de la intercesión de sus santos más benditos». Pero estas palabras no habían pasado nunca por los labios de Morano, ya que, astuto como era para investigar cualquier asunto que quisiese saber, su astucia no era menor para evitar la indagación en donde pudiera haber algo de lo cual deseara no enterarse, tal como el origen de sus pagas en El Mesón del Dragón y el Caballero, aquellos delicados anillos de oro con engastes vacíos de gemas.

Pronto Morano reconoció al Infiel por sus ropas y, después de esa, ninguna otra guerra le interesó. Se golpeaba el muslo, gritaba dándoles coraje, aullaba insultos viles, en parte porque creía que esos insultos groseros eran los merecidos por el Infiel y, en parte, porque suponía que a Dios le gustaba así.

Rodrigo se detuvo a contemplarlo, encantado con la alegría inmensa del hombre simple. El Esclavo de Orión permanecía observando también en silencio pero, ¿quién sabe si sentía placer o cualquier otra emoción? Quizá su mente era simple como la nuestra; quizá, como afirmaron los entendidos del período mejor informado, esa

mente poseía algún poder sobre el cometa, aunque alejado de los senderos que conocemos. Morano se dio vuelta un momento hacia Rodrigo.

—Buenas guerras, amo, buenas guerras —dijo con sumo deleite e inmediatamente su cabeza regresó a aquella ventana de un azul calmo. En aquel giro rápido de la cabeza Rodrigo había visto sus ojos, azules, redondos y saltones; el redondeado sujeto era como un niño que ha visto en alguna vidriera unos inesperados y enormes caramelos prohibidos. Por cierto, en la guerra se preocupaba de que las cosas fueran bien para la Cruz, porque salían de Morano gritos tales como «¡Un buen golpe!», «¡Ahora, allí, sucios infieles!», «¡Ved ahora la demostración del poder de Dios!», «¡No lo perdonéis, buen caballero, no lo perdonéis!» y muchos más, hasta que, pronunciados más y más rápido surgían como un mero regocijo clamoroso.

Pero las batallas que había detrás de la ventana azul parecían moverse rápidamente y ahora estaba ocurriendo un cambio en el regocijo de Morano. No era que jurara más por la causa de la Cruz, sino que se deslizaban de él unos juramentos breves, impacientes y sin sentido; se estaba volviendo irritable; una expresión de asombro, por lo que podía ver Rodrigo, se estaba apoderando de sus facciones. Por un momento, se quedó en silencio con excepción de los cortos juramentos sin sentido. Luego diose vuelta abandonando el cristal y extendió las manos; su cara expresaba una súplica urgente.

—Amos —dijo—. ¡Está ganando el enemigo de Dios!

En respuesta a la expresión lastimera de Morano, la mano de Rodrigo se dirigió a la empuñadura de su espada; el Esclavo de Orión solo esbozó una sonrisa en sus labios; Morano permaneció allí con las manos aún extendidas, su rostro suplicante todavía y algo más, ya que había un reproche en sus ojos: que los hombres pudieran permanecer allí mientras la Cruz estaba en peligro y el Infiel vivía. No sabía que todo había terminado y hacía cientos de años; era una página de la Historia sobre la que se dieron vuelta muchas páginas más y que se desplegaba inalterable como el destino de alguna criatura cálida y suave de las primeras épocas del Eoceno sobre cuyo fósil de hoy se extienden los estratos terrestres inmensos y silenciosos.

—¿Pero no puede hacerse nada, amo? —dijo, cuando Rodrigo le explicó todo eso. Y, como Rodrigo lo frustró, se alejó de la ventana. Para él los infieles eran como animales de caza, pero verlos derrotando a caballeros cristianos atentaba contra lo más profundo de sus sentimientos.

El mal humor de Morano casi no provocó más atención de parte de su anfitrión y de su amo, quienes habían contemplado sus regocijos y ahora parecían haber olvidado a este humilde campeón de la Cristiandad. El Profesor hizo una ligera reverencia a Rodrigo y extendió una mano con ademán lleno de gracia. Señaló la otra ventana.

Lector, tu amigo te muestra su colección de estampillas, sus fósiles, sus poemas, o sus etiquetas de equipaje. Una de ellas te interesa, la miras un rato, luego estás listo para retirarte y entonces tu amigo te muestra otra. Esta también debe ser vista; porque

la colección de tu amigo es algo inapreciable; es el punto central de toda la Tierra inmensa en el cual su espíritu se ha encendido, sobre el que descansa y en el que hasta se refugia (¿quién sabe de qué tormentas?). Menospreciarla sería debilitar el asidero que tiene su espíritu, en el tiempo que tiene concedido, en este planeta. Sería como romper el tallo de una planta sobre el que descansa una mariposa, en un día tormentoso y avanzado el año.

Rodrigo sintió todo eso oscuramente, pero no con menos seguridad; y se dirigió a la otra ventana.

En la parte inferior de la ventana estaban aquellas guerras que pronto llegarían a España, encapotadas en la niebla e invisibles. En el centro de la ventana nadaba un azul igualmente profundo, disminuyendo hasta un esplendor más pálido en el borde; las luces errantes eran tan encantadoras como las de la otra ventana de la izquierda; pero en la visión de la ventana de la derecha, ¡qué diferencia tan sombría! Apenas las separaba un espacio de dos yardas. A través de la ventana de la izquierda se veía el color, la cortesía, el esplendor; estaba la Muerte pero, por lo menos, enmascarada, con un espléndido manto, dando pasos melindrosos, haciendo reverencias, portando una pluma en su sombrero y una máscara decorosa. En la ventana de la derecha todos los colores se desvanecían, guerra tras guerra se oscurecían; y a medida que los colores palidecían el propósito exclusivo de la Muerte se destacaba con mayor claridad. A través de la hermosa ventana de la izquierda había muchas muertes para ver, y menos misericordiosas que lo que supone la Historia; sin embargo, algunos de los guerreros eran misericordiosos y la misericordia era a veces una parte de la actitud cortesana de la Muerte, la que armonizaba con la capa y con la pluma. Pero, en la otra ventana, a través de aquel hermoso azul profundo, Rodrigo vio cómo el Hombre conseguía un nuevo aliado, un aliado que solo era cruel y fuerte y no tenía otro propósito que matar, que no tenía ni pretensiones ni poses, ni máscara ni siquiera buenas maneras, sino que solo era el esclavo de la Muerte, y cuya única preocupación era consagrarse a sus propios asuntos. Lo vio crecer enorme y más fuerte. No tenía ningún corazón, pero vio su frío centro de acero organizando planes metódicos y soñando siempre con la destrucción. Delante de él desaparecían los hombres y sus campos y sus casas. Rodrigo vio la máquina.

Más de uno de nuestros orgullosos inventos, a los que vio rugiendo en aquella llanura en ruinas, pudo Rodrigo haber anticipado, pero no lo habría hecho ni por toda España. Precisamente por la seguridad de España guardó silencio acerca de mucho de lo que vio a través de esa ventana.

Mientras observaba una guerra tras otra contempló a los mismos hombres luchando, hombres que en el momento tenían siempre la misma actitud y que asumían concepciones oscuras similares acerca de cosas más amplias y más vagas: el nieto difería imperceptiblemente del abuelo; los vio pelear, algunas veces sin misericordia, algunas veces como asesinos, pero, en todas las guerras que estaban más allá de aquella ventana resplandeciente, vio la máquina que no perdonaba nada.

Luego fijó la mirada más lejos, porque las guerras que estaban más distantes de él en el tiempo se hallaban más alejadas de la ventana. Miró más allá y distinguió las ruinas de Perona. Las vio solitarias con su sino de destrucción, en la noche, empapadas en la blanca luz de la luna, cobijando una oscuridad enorme en sus huecos derrumbados. Bajando por la calle blanca, dejando detrás una oscuridad tras otra mientras pasaba junto a los aposentos quebrados que la luna abandonaba a su lamento solitario, Rodrigo vio a un capitán que regresaba del combate en aquel tiempo futuro y lejano, quien giró la cabeza un momento, miró a Rodrigo en la cara y después prosiguió su camino entre las ruinas para encontrar un piso sobre el cual acostarse a fin de pasar la noche. Cuando desapareció, la calle quedó a solas con el desastre y con la luz de la luna fluyendo sobre la Tierra y con la lobreguez negra de las casas.

Rodrigo levantó la vista y miró de ciudad en ciudad, Albert, Bapaume y Arras; su mirada se posó en una llanura con su cosecha de desolación, desparramada y desamparada, iluminada por las nubes con reflejos y la luna y por los cohetes de exploración. Dio la espalda a la ventana y lloró.

La profunda ventana redonda relucía con serena gloria azul. Parecía tonto llorar junto a ese hermoso cristal. Morano trató de consolarlo. Sentía que aquel azul calmo y profundo y aquellas lucecitas seguramente no podían herir a nadie.

—¿Qué había visto Rodrigo? —preguntó Morano. Pero Rodrigo no quiso contestar y nunca jamás contó a hombre alguno lo que había visto a través de esa ventana.

Te preguntas quizá por qué el Profesor no entregó hace tiempo al mundo algunas de esas maravillas que son el orgullo de nuestra época. Lector, prescindamos de mi relato por un momento para responder a esta pregunta. A pesar de la lobreguez de su arte siniestro, quizás existía algo bueno en el Esclavo de Orión; y cualquier bondad que hubiera en él, aun una mera partícula, seguramente lo indujo a evitarle al mundo muchos de esos inventos que nuestra época no le ha evitado. No culpes a la época, ya es demasiado tarde para detenerse; ahora está presa en la garra de los inventos, y tiene que continuar; no podemos detenernos y darnos por satisfechos con el gas de mostaza; es la época del Progreso y nuestro lema es Hacia Adelante. Y si no había ninguna bondad en este mago, entonces, ¿no pudo haber sido él, a su debido tiempo, mucho después de que se hubo librado de la vida, quien hiciera que nuestros inventos fueran divulgados tan terriblemente? Algún espíritu maligno lo ha hecho, entonces, ¿por qué no él?

Permanecía allí silencioso. Volvamos a nuestra historia.

Quizá los esfuerzos del pobre y desmañado Morano para consolarlo alegraron a Rodrigo y lo hicieron regresar a la ventana; quizá los rechazó buscando un consuelo en sí mismo; pero, de cualquier modo, regresó a ella; tenía la esperanza de que ese fuera un episodio pasajero que le hubiera ocurrido al mundo, por cuyo bienestar se interesaba, estuviese él vivo o muerto, y que, mirando un poco más lejos hacia el futuro, vería a la Madre Tierra sonriente y a sus hijos felices una vez más. Así que

volvió a mirar a través de la luminosa ventana azul profundo, más allá de las batallas que ya conocemos. De ella se alejó temblando.

Nuevamente vio cómo el Profesor esbozaba una sonrisa, aunque Rodrigo no pudo decidir si lo hacía por su propia debilidad o con cínico deleite ante el destino del mundo.

## CRÓNICA CUARTA

---

### Cómo llegó Rodrigo a las Montañas del Sol

**E**l Profesor afirmó que en la curiosidad y solo en ella se hallaban las semillas de cuanto es necesario para nuestra condenación. Sin embargo, sostuvo, si a Rodrigo le interesaba profundizar algo más en su arte poderoso, todos los misterios de Zaragoza estaban a disposición de su huésped.

Rodrigo, a pesar de lo triste y horrorizado que se sentía, no olvidó ninguna de sus cortesías. Agradeció al Profesor y alabó el arte de Zaragoza pero, como su fe en el hombre y su esperanza para el mundo habían sido nuevamente desbaratadas, no tenía interés suficiente para ver las cosas que nos debe interesar ver, ni tampoco le preocupaba ninguna de las diversiones que son caras a la juventud.

—Me complacerá ver cualquier cosa, señor —dijo al Esclavo de Orión—, que esté lejos de nuestra pobre Tierra, y examinarla y admirar vuestro renombrado arte.

El Profesor hizo una reverencia. Corrió sobre las ventanas unas cortinillas que hacían juego con su capa. Morano trató de echar un vistazo a través de la ventana de la derecha antes de que las cortinas la cubrieran. Rodrigo se lo impidió. Era suficiente lo que ya se había visto desde esa ventana, pensó, para la tranquilidad de conciencia del mundo; pero no le dijo ni una palabra a Morano. Lo sostuvo del brazo y el Profesor cubrió las ventanas. Cuando las cortinillas purpúreas acabaron de correrse, a Rodrigo le pareció que las ventanas que se hallaban detrás de ellas habían desaparecido y que ya no estaban allí; pero esto lo conjeturó por indicios inciertos.

Luego el Profesor tomó su varita mágica y se dirigió hacia su alacena de maravillas. De allí extrajo ingredientes, aceites y rocíos asombrosos. Los vertió en una vasija que estaba en el medio del aposento, un recipiente de ágata que se destacaba solitario sobre una mesa. Lo encendió, y todo se prendió fuego con una llama baja y amplia del color de una esmeralda pálida; sobre esta agitó su varita, la que era de una negrura cetrina. Morano miraba como miran los niños al bailarín que va de pueblo en pueblo cuando llega la primavera, con alguna danza nueva procedente del Asia o una nueva canción\*. Rodrigo se sentó y esperó. El Profesor explicó que dejar esta Tierra vivos o aun muertos estaba prohibido para nuestros cuerpos, con la excepción de unos pocos, cuyos nombres eran secretos. No obstante, los espíritus de los hombres podían ser liberados por medio de un sortilegio y, una vez liberados, era posible que mentes tales como las que ostentan ese poder heredado

de los antiguos los hicieran viajar. Viajes semejantes, explicó, de ninguna manera se hallan limitados por las alturas de la Tierra. «¡Que los Santos», exclamó Morano, «nos brinden su protección!». A su vez Rodrigo sonrió un poco. Tenía fe en los santos del Cielo. Se maravillaba ante sus maravillas, admiraba sus milagros, y por lo tanto le quedaba poca fe para concentrar en otros prodigios; en realidad no creía en el Esclavo de Orion.

—¿Deseáis un viaje semejante? —preguntó el Profesor.

—Me encantaría presenciar —contestó Rodrigo— un ejemplo de vuestro arte.

—¿Y vos? —dijo el Profesor a Morano.

La pregunta pareció amargar al plácido Morano, pero repuso:

—Yo sigo a mi amo.

De inmediato el Profesor extendió su varita de ébano, e hizo subir la llama verde. Luego colocó las manos sobre la llama, sin la varita, y las movió lentamente con los dedos constantemente trémulos. Y de inmediato advirtieron que empezaba a hablar. Su profunda voz fluía musicalmente, si bien apenas se notaba que hablaba, ya que solo parecía ocuparse de mover las manos. Esa voz llegaba suave, como si soplara débil desde algún valle fabuloso, más allá de los límites de la tierra de España. No parecía tan llena de magia como de sueño, ya sea un sueño de hombres extraños en un país desconocido o un sueño en una tierra soñada que permaneciera durmiendo lejana, en viajes míticos y en sus propios años de juventud.

No sabían qué decía o qué idioma empleaba. Al principio Rodrigo pensó que era la lengua morisca, luego creyó que se trataba de algún lenguaje secreto que procediera de los magos de antaño, en tanto que Morano se limitaba a desconcertarse; y luego el ritmo de aquellas extrañas palabras los hipnotizó y de ese modo dejaron de plantearse interrogantes. Rodrigo se forjó la imagen de un triste ángel errabundo sobre un pico de montaña en tierras africanas, posándose un momento y contándole al valle solitario los misterios de su hogar. Aunque hipnotizado, el torpe Morano abandonaba su conciencia con dificultad. Durante todo el tiempo la llama verde surgía hacia arriba, durante todo el tiempo los dedos trémulos proyectaban sombras extrañas. Las sombras parecían correr hacia Rodrigo y llamarlo; hasta Morano sentía su llamado. Rodrigo cerró los ojos. Los conjuros moriscos y la voz formaron una melodía más fantasmagórica aún; era como un órgano de oro en montañas inaccesibles. Morano sintió miedo al pensar en quién tenía poder para hablar así. Tomó a Rodrigo por la muñeca. «¡Amo!», dijo, pero en ese momento, gracias a uno de aquellos conjuros áureos, el espíritu de Rodrigo se desprendió de su cuerpo y se alejó de la luz verdosa de ese extraño aposento, desembarazado de su peso, de la fatiga, el dolor o el sueño; y subió por encima de las rocas y por encima de las montañas; un espíritu liberado. Y el espíritu de Morano lo seguía.

La montaña desapareció de inmediato; la Tierra giró alrededor de Rodrigo y Morano y aumentó a un tamaño más y más grande y luego comenzó a esfumarse. Entonces comprobaron que los habían lanzado en un viaje sorprendente. ¿Se pregunta

mi lector cómo veían si no tenían ojos? Veían como no habían visto nunca antes, con una visión más allá de lo que jamás creyeron posible. Nuestros ojos operan con la luz, y con los rayitos de la luz que nos aportan reunimos unas pocas imágenes de las cosas tal como suponemos que son. Perdóneme, lector, si las llamo cosas tal como suponemos que son; por favor, si lo deseas, llámalas Las Cosas Como Son En Realidad. Luego estas imágenes, este conocimiento minúsculo que extraemos de las inmensidades, son incorporados en forma invertida por nuestra vista, y luego el cerebro los corrige de nuevo; y así, así conocemos algo. Un oculista te dirá cómo funciona. Podrá admitir que todo es un poco improvisado o, por la dignidad de su profesión, podrá decir que no lo es en absoluto. Pero, estando esto como está, nuestros ojos no son más que barreras entre nosotros y las inmensidades. Nuestros cinco sentidos, los cinco, que aferran un poquito aquí y tocan un poquito allá y toman y comparan notas y logran a veces un pequeño conocimiento no son más que barreras entre nosotros y lo que hay para conocer. Rodrigo y Morano habían transpuesto esas barreras. Veían sin las imperfecciones de la visión; en ese viaje oían lo que hubiera ensordecido sus oídos; atravesaban nuestra atmósfera sin incinerarse por la velocidad y no se congelaban en el frío de los espacios exteriores. De tal modo, liberados de las imperfecciones del cuerpo, aceleraban su marcha, sin duda, en un viaje terrible, cuya dirección Rodrigo apenas comenzaba a temer.

Habían visto las estrellas empalidecer con rapidez y luego el destello del atardecer. El Sol se levantó velozmente y de inmediato comenzó a aumentar de tamaño. La Tierra, con sus lados curvos constriñéndose violentamente, pronto fue un jardincito redondo en el espacio azul y translúcido, en el que había montañas insertas. Y el Sol se volvía cada vez más y más ancho. Y ahora Rodrigo, a pesar de lo poco que sabía del Sol y los planetas, descubrió la verdad obvia de su viaje terrible: se estaban dirigiendo en línea recta hacia el Sol. Pero el espíritu de Morano estaba simplemente sorprendido; aunque, como estaba libre de su cuerpo, no sufría ninguno de los inconvenientes que la perturbación nos puede acarrear; los espíritus no se agitan, ni tienen palpitaciones, ni se debilitan, ni se enferman.

Ahora la Tierra esfumada no parecía más grande que una isla que no figura en el mapa, vista desde lo alto de una montaña, una isla de cien yardas de ancho aproximadamente, asemejándose a una mesa grande.

La velocidad es comparativa: comparada a la del sonido, la rapidez de Rodrigo y Morano estaba más allá de toda comparación; ningún proyectil moderno podría ni siquiera desarrollar una velocidad comparable; aún la velocidad de una explosión era lenta a su lado. Y sin embargo, en su condición de espíritus ellos se estaban moviendo lentamente, pues los espíritus, como son independientes de todas las cosas materiales, viajan con velocidades tales como, por ejemplo, las del pensamiento. Pero a Rodrigo y a Morano los controlaba alguien que todavía habitaba en la Tierra, y que se valía de cosas materiales, y el material que el Profesor estaba usando para lanzarlos en su viaje era la luz, cuya adaptación a este propósito había aprendido en Zaragoza.

Estaban viajando hacia el Sol a la velocidad de la luz.

Atravesaron la órbita de Venus, lejos de donde en ese momento estaba el planeta, de modo que apenas les pareció más grande; la Tierra solo era un poco mayor que el Lucero Vespertino y se presentaba opaca en aquella monstruosa claridad diurna.

Cuando atravesaron la órbita de Mercurio, Mercurio parecía más gigantesco que nuestra Luna, un objeto artificial horripilante; y vieron frente a ellos el resplandor terrorífico en el que Mercurio se solea, procedente de un Sol cuyo orbe sonrojado había más que duplicado su ancho desde que salieron de los montes de la Tierra. Y después, el Sol aumentó su tamaño en forma terrible, llenando el centro del cielo y aumentando más y más, expandiéndose y expandiéndose más y más. Entonces vieron lo que habría deslumbrado los ojos, habría quemado la carne y habría fundido cualquier protección que el ingenio de nuestros científicos hubiera diseñado, aun hoy. Hablar aquí de tiempo es vano. En el espacio vacío entre el Sol y Mercurio no hay nada que esté relacionado con el tiempo en forma alguna. Más imposible es todavía hablar de tiempo allí donde los espíritus humanos estén en tensión. Un bombardeo de unos pocos minutos en una trinchera, unas pocas horas en una batalla, unas pocas semanas viajando por una región intransitable: esos minutos, esas horas, esas semanas, nunca pueden ser pocos.

Rodrigo y Morano habían estado viajando unos seis o siete minutos, pero es inútil expresarlo en esos términos.

Y entonces el Sol comenzó a ocupar todo el cielo frente a ellos. Y en un minuto más, si es que los minutos tenían algún sentido, se dirigían hacia una ilimitada región de llamas que, a derecha y a izquierda, estaban por doquier y que ahora se levantaban como torres por encima de ellos y descendían hacia abajo en un abismo flamígero.

Y en ese momento Morano le habló a Rodrigo. Le dirigió el pensamiento a él y Rodrigo captó ese pensamiento; así es como se comunican los espíritus.

—Amo —dijo—, cuando en España todo era primavera, muchos años atrás, cuando yo era delgado y joven, hace veinte años por lo menos, y surgían mariposas y resonaban las canciones, llegóse una doncella descalza a un arroyo, caminando entre las flores, para recoger anémonas.

Aún ahora, ¡qué hermosa parecía ella, qué brillante aquel lejano día de primavera! Morano no se lo contó a Rodrigo con sus labios desatinados; estos estaban cerrados y descansaban profundamente millones de millas atrás; se lo relató en la forma en que relatan los espíritus. Y en esa comunicación clara vio Rodrigo todo lo que brillaba en la memoria de Morano, la gracia de los tobillos de la joven, la emoción de la primavera, las anémonas más grandes y más brillantes de lo que las anémonas nunca fueron, los halcones planeando en el cielo claro; la Tierra feliz y los cielos azules y, en medio, los sueños de la juventud. No hubieras dicho nunca, si hubieses visto el rústico cuerpo obeso de Morano dormido en una silla en el aposento del Profesor, que su espíritu atesoraba tales recuerdos pastorales, delicados como los de una ninfa, como los que ahora brillaban tan claros ante Rodrigo. Ninguna de las palabras que el

torpe individuo haya podido haber pronunciado jamás sugeriría nunca que, a veces, pensaba como en un sueño de cuadros de Watteau. Y ahora, en aquel espacio horrendo ante el poder del terrible Sol, el espíritu comulgaba con el espíritu, y Rodrigo percibía la belleza de aquel día lejano, enmarcando la belleza de una jovencita, tal como había estado durante años en la memoria de Morano. ¿Cómo podré expresar con palabras lo que un espíritu le cantaba sin palabras a otro espíritu? Nosotros, los poetas, podemos competir mutuamente con las palabras; pero cuando los espíritus vierten el oro más puro de su tesoro, que ha brillado lejos, por el camino de su viaje terrenal, alegrando corazones cansados y guiando pies mortales, eso lo interpretarán deficientemente nuestras palabras.

El amor, al presentarse tiempo atrás sobre unas flores en España, encontró a Morano; las palabras no contaron la historia, las palabras no pueden contarla; como un lago refleja una nube en el azul del cielo, del mismo modo Rodrigo entendió y sintió y conoció esa memoria de los días juveniles de Morano. «Y así fue, amo», dijo Morano, «como yo pequé, y pude haberme arrepentido y, sin embargo, aún ahora, en esta última hora pavorosa, no puedo renegar de aquel día; y este, por cierto, es el Infierno, como el buen padre dijo».

Rodrigo trataba de consolar a Morano con los conocimientos de astronomía que poseía, si es que podían llamarse conocimientos. En verdad, si hubiera sabido algo hubiese atemorizado a Morano más aún y, en cambio, sus fragmentos de ignorancia cumplían mejor la función de consolar. Pero Morano había abandonado toda esperanza, ya que durante mucho tiempo lo habían preparado para esperar ese mismo fuego; su espíritu no era más sabio que lo que había sido en la Tierra, simplemente estaba liberado de las imperfecciones de los cinco sentidos y tenía por lo tanto un poder de observación y de expresión que iba más allá de cualquier artista que el mundo haya conocido. Era el resultado natural al estar liberado del cuerpo; pero repentinamente dejó de ser sabio; y así, mientras se dirigía hacia esa llama infinita, esperaba que en cualquier momento se presentara Satán para recibirlo; y como no tenía esperanzas para el futuro, retomaba al pasado y acariciaba la memoria de aquel día de primavera. El suyo era un espíritu regresivo e impenitente.

Mientras aquel mar de llama monstruoso aumentaba su tamaño de modo inexorable, Rodrigo no sentía miedo, porque los espíritus no temen las cosas materiales, pero Morano temía. Temía como temen los espíritus las cosas espirituales; pensaba que se aproximaba a la morada de los imponentes espíritus del mal y que el ruedo del conflicto era la eternidad. Temía con un miedo demasiado grande para que puedan soportarlo los cuerpos. Quizás el cuerpo obeso que dormía en una silla en la Tierra se perturbaba en sueños por algún eco de ese miedo que aferraba el espíritu tan amargamente. Y acaso todas nuestras pesadillas procedan de temores tan remotos como ese.

Cuando habían viajado unos diez minutos desde la Tierra y estaban a punto de introducirse en el centro de las llamas, el mago aquel que controlaba el itinerario los

suspendió repentinamente en el Espacio, entre los picos más altos de las montañas del Sol. Allí quedaron suspendidos como las nubes que se alejan de sus compañeras y flotan a la deriva entre los despeñaderos de los Alpes; debajo de ellos se alzaban y tronaban aquellas montañas espantosas. Todos los Atlas y Tenerifes y las solitarias montañas de Kenia hubieran pasado inadvertidas a su lado. Cada vez que el terremoto sacudía sus bases, dejaba en libertad, próximos a las cimas, indómitos aludes de oro que arrasaban sus cuevas llameantes con tumulto inconcebible. Mientras miraban, nuevas montañas rodaban debajo de ellos, coronadas por llamas atemorizadoras; porque, lo supiera o no el hombre, el Sol estaba rotando, pero la fuerza de su gravedad que atrae a los planetas no tenía efecto en los espíritus, los que eran sostenidos por el poder de aquel conjuro tremendo que había aprendido el Profesor, en una medianoche en Zaragoza, de un miembro de esa secta terrorífica que obtiene sus secretos en una fuente desconocida para nosotros en esta época distante.

Siempre hay algo tremendo en la forma de las grandes montañas; pero estas abarcaban un espacio no solo mayor que cualquiera de las que conoce la Tierra sino que, además, estaba perturbado por conmociones horribles, como si se obtuviera una vista en vuelo de alguna catástrofe incesante.

Rodrigo y Morano, cuando las miraban, olvidándose de los jardines de la Tierra, olvidándose de la primavera y el verano y del dulce beneficio de la luz solar, sentían que el objetivo de la Creación era el mal. Es posible que un pensamiento tan perturbador nos asombre desde aquí, donde las sierras verdes se deslizan hasta las praderas o se asoman al mar calmo; pero allí, entre las llamas de aquellos picos horripilantes, el Sol no parecía el dador de la alegría y el color y la vida sino solo una catástrofe más gigantesca que una guerra eterna, un centro de violencia espantosa y de destrucción, angustia, terror. Ahí aparecían montañas de cobre ardiendo eternamente, abalanzando su masa de llama esmeralda hasta alturas inconcebibles. Y montañas de hierro fundido y montañas de sal, resquebrajándose y rugiendo y revestidas con sus colores, el hierro, siempre escarlata, y la sal, azul. Y a veces se erguían pináculos de miles de millas de altura, que eran de fuego desde la base a la cima, montañas de llama pura que no tenían ninguna otra substancia. Y estas montañas explosivas, nacidas del trueno y del terremoto, desmoronando aludes del tamaño de nuestros continentes y sonsacando desde las profundidades del Sol material nuevo para su esplendor y su horror, este derroche de energía estrepitoso y esta destrucción extravagante eran necesarios para cada uno de los tintes que nuestras mariposas lucen en sus alas. Sin aquellas flamígeras cadenas de montañas de hierro no tendrían rojo para exhibir; inclusive quizá hasta la amapola carecería de rojo para sus pétalos. Sin las llamas que aniquilaban las montañas de sal podría no haber respuesta azul en ningún ala, ni una sola flor azul para todas las abejas de la Tierra. Sin la pesadilla de luz de aquellos desfiladeros de cobre terroríficos que dejaban alelados a los dos espíritus que contemplaban su ruina incesante, las hojas mismas de los bosques que amamos estarían desposeídas de ese verdor con el que dan la

bienvenida a la primavera, porque de las llamas de los metales y maravillas variadas que relumbran por siempre en el Sol extrae nuestra luz solar todos sus colores y nos los transmite en forma casi invisible, y luego los insectos pequeños y sabios y las flores pacientes toman suavemente los tintes alegres que son su gloria; no hay ningún otro lugar en donde los puedan adquirir.

Y, no obstante, a Rodrigo y Morano todo cuanto veían les parecía absoluta y horrendamente maligno.

Mucho después trataron de determinar cuánto tiempo habían estado observando aquello, pero mientras contemplaban aquellas escenas terroríficas no había manera de separar los días de los minutos; a su alrededor nada parecía escapar a la destrucción y se hubiese dicho que el tiempo mismo no poseía mayor calma que aquellas montañas palpitantes.

Luego aquellas cadenas atronadoras se esfumaron y más tarde se presentó una montaña deslumbrante, un pico solitario y gigantesco, al parecer completamente de oro. Si nuestro mundo entero hubiese sido puesto a su lado y con la misma forma en la que está modelado, aun así esa montaña dorada hubiera sobresalido por encima de él; habría que haber agregado nuestra Luna para alcanzar aquel pico relumbrante. Se erguía ante ellos revestido por su majestad dorada, más alto que todas las llamas, excepto cuando, cada tanto, un gas indómito parecía volar de los terremotos terroríficos del Sol y en las alturas era alcanzado por el fuego, inclusive por encima de aquella montaña.

Mientras aquella masa de oro que era más alta que el mundo entero se aproximaba a Rodrigo y a Morano, ambos percibieron su amenaza sobrenatural; y, a pesar de que no podía atrapar sus espíritus, supieron que en ella había un terror ominoso. Allí, en su escala terrorífica, residía ese terror que acechaba a las criaturas de nuestro planeta. A pesar de que no podían estremecerse o temblar, sintieron ese terror. La montaña miniaturizaba a la Tierra.

El hombre conoce su pequeñez, sus propias montañas se la recuerdan; muchos países son pequeños y algunas naciones también, pero los sueños del hombre remedian nuestras fallas y defectos, la brevedad de nuestras vidas y la estrechez de nuestra visión, se yerguen por encima de nuestras limitaciones y llegan lejos, lejos. Pero esta gran montaña disminuía el mundo y todo lo demás; quien la miraba comprendía que sus sueños eran diminutos. Ante esta montaña, el hombre y la Tierra y todos los sueños que el Hombre se había forjado sobre sí mismo y sobre su planeta natal parecían algo baladí.

La masa dorada se ubicó ante esos dos observadores y con su cabeza alzada como una torre pareció desafiar la pequeñez del mundo diminuto que conocían. Y luego la montaña fulgurante íntegra se sacudió y cayó sobre las atemorizadas llanuras del Sol. Se deslizó hacia abajo rugiendo exactamente ante Rodrigo y Morano, hasta que el pico dorado desapareció y la llanura fundida se cerró sobre él; y solo quedaron ondas, del tamaño de Europa, como cuando un río que se precipita golpea las rocas de su

cauce y en su superficie círculos de oleaje se ensanchan y desaparecen. Y luego, como si este horror ya no tuviera nada más para exhibir, sintieron que el Profesor los reclamaba desde la Tierra.

Mientras advertían que el conjuro del Profesor los llamaba de regreso, una tormenta arrasaba las llanuras del Sol con ráfagas de llamas rugientes. No hay palabras en nuestra lengua para expresar la magnitud de aquella tormenta; si su velocidad fuera expresada en cifras, no tendría sentido; su calor era inmensurable. Baste decir que si tal tempestad hubiera soplado sobre la Tierra durante un segundo, ambos polos se hubiesen fundido. Los viajeros se alejaron mientras la tempestad proseguía galopando sobre aquella llanura agitada desde su base por los terremotos incesantes y azotada por esa espuma llameante que provocaba el vigor de la tormenta. El Sol se estaba alejando de ellos y su tamaño ya disminuía. Pronto la tormenta pareció apenas una nube de luz que se abatía sobre la llanura vacía como un plañidero asesino que huyera con rapidez de la tumba de esa poderosa montaña.

Y ahora el conjuro del Profesor los aferraba con fervor; el Sol disminuyó de tamaño con rapidez. Tan rápidamente como los había enviado en ese viaje ahora los traía de regreso. Alcanzaron unos truenos que ya habían oído y los pasaron, e ingresaron una vez más en los espacios silenciosos que no pueden atravesar los truenos del Sol de modo que hasta Mercurio está a salvo de ellos.

He dicho que los espíritus no se debilitan ni se fatigan. Pero ambos tenían una honda congoja; se sentían como se sienten los hombres que acaban de superar períodos de peligro. Habían presenciado cataclismos demasiado vastos para nuestra imaginación y experimentaban dolor y ansiedad. Podían quedarse contemplando una flor durante días sin necesitar otra experiencia, así como un herido puede ser feliz al mirar la llama de una vela.

Cuando cruzaron las órbitas de Mercurio y Venus, advirtieron que ambos planetas no se habían desplazado en forma apreciable, y Rodrigo, quien sabía que los planetas se trasladan durante la noche, dedujo por eso que no habían estado ausentes de la Tierra durante muchas horas.

Los alegró ver cómo el Sol se empequeñecía en forma constante. Cuando iniciaron el viaje, solo por un momento habían visto aquella tormenta solar que rugía sobre las planicies del Sol; pero ahora parecía colgar detenida en la mitad de su furia, como si aniquilara una región eternamente.

Mientras se desplazaban a la velocidad de la luz, vieron la Tierra, inmediatamente después de trasponer la órbita de Venus; comenzaba a presentarse más grande que una estrella. Nunca el hogar había parecido tan acogedor a los viajeros que distinguen desde lejos su vivienda cuando regresan a casa.

Y, mientras la Tierra crecía y comenzaban a ver formas que parecían mares y montañas, buscaban su propio país, pero no podían encontrarlo, ya que como viajaban en línea recta desde el Sol, se aproximaban a esa parte del mundo que estaba en ese momento vuelta hacia él y estaban apuntado directamente a China, mientras

España permanecía aún en la oscuridad.

Pero cuando se aproximaron a la Tierra y sus montañas se tomaron claras, el Profesor los condujo a través del mundo hasta la oscuridad y sobre España, de modo tal que ambos espíritus finalizaron su viaje maravilloso como lo termina el becardón, una caída desde el cielo y un vuelo bajo sobre los pantanos. Así regresaron al punto de partida, mientras la Tierra parecía llamarlos con todas sus voces, con recuerdos, imágenes, perfumes y sonidos, llamarlos con todas sus ansias, como si hubiesen estado demasiado tiempo lejos y debieran retornar pronto. Oyeron cantar un gallo en el filo de la noche; oyeron más sonidillos que los que puedan expresar las palabras; solo al órgano le es posible aproximárseles. Era el llamado de la Tierra. Porque, aunque hablemos de sueños nuestros que trascienden a esta esfera o de esperanzas nuestras que se cimientan en el más allá, la Madre Tierra tiene aún una potente influencia en nosotros; y ahora sus miles de sonidos se fundían en un grito, pues sabía que era tarde y que esos dos hijos suyos casi estaban perdidos. Porque nuestros espíritus que cruzan a veces el camino de los ángeles y en algunos crepúsculos oyen algunas palabras de su conversación y tienen una igualdad sintética con los Poderes de la Luz, también tienen el deber de mover los dedos de los pies y de las manos, los que se congelan si nuestros espíritus soberbios olvidan su tarea durante mucho tiempo.

Y, en el mismo momento en que la Tierra ya desesperaba, llegaron a la montaña del Profesor y penetraron en el aposento en el que estaban sus cuerpos.

El cuerpo de Morano lucía azul, frío y feo, pero a pesar de su palidez había belleza en el rostro joven de Rodrigo.

El Profesor se erguía ante ellos tal como se había erguido cuando se fueron sus espíritus, con la mesa entre él y los cuerpos y el búho sobre la mesa que sostenía la llama verde, que ahora estaba baja y fluctuaba desesperadamente y a la que el Profesor observaba mientras se elevaba y disminuía con una expresión de ansiedad que parecía oprimir sus afiladas facciones.

Con impaciencia extraña en él, agitó una mano rápida hacia cada uno de los dos cuerpos que estaban sentados rígidos bajo la postrera luz mortecina de la llama verde; y con esos gestos rápidos los viajeros retomaron a sus habitáculos.

Parecía que despertaban de un sueño profundo. Vieron nuevamente al Profesor de pie ante ellos. Pero solo lo vieron con ojos parpadeantes, lo vieron como solamente los ojos pueden ver, adivinando su mente por las líneas de su rostro, adivinando sus pensamientos por el movimiento de sus manos, adivinando como adivinan los hombres, a ciegas; solo un momento antes lo habían conocido íntegramente. Ahora estaban aturdidos y olvidadizos; la sangre comenzaba a circular de nuevo, lentamente llegaba hasta los dedos de los pies y regresaba nuevamente a su lugar bajo las uñas; llegaba con un dolor intenso; olvidaron sus espíritus. En ese momento todas las angustias de la Tierra colmaron sus mentes de inmediato, de modo que deseaban llorar, como lloran los niños.

El Profesor se tomó el tiempo necesario para que ese estado de ánimo cambiara. Y efectivamente así sucedió, porque la sangre cálida regresó a las mejillas de Rodrigo y de Morano y las iluminó, y un hormigueo sucedió al dolor de los dedos de los pies y de las manos y un calor tierno sucedió al hormigueo; sus pensamientos regresaban a las cosas de todos los días, a las cosas mundanas y a los asuntos del cuerpo. Entonces se regocijaron, Morano no menos que Rodrigo, a pesar de que era un cuerpo común y rústico donde habitaba el espíritu de Morano. Y, cuando el Profesor comprobó que se había esfumado la primera nostalgia por la Tierra, por la que pasan todos los espíritus cuando aterrizan por primera vez aquí y que sentían de nuevo la alegría de las cosas mundanas, entonces habló.

—Señor —dijo—, más allá de la órbita de Marte giran muchos mundos que me complacería haceros conocer. Júpiter es el mayor de todos, y por él todos los adeptos a mi arte sublime sienten un afecto reverente. Los más pequeños son aquellos que a veces chocan con nuestro mundo estallando en llamas verdes en las noches de noviembre y hasta son tan pequeños como una manzana.

Hablaba de nuestro mundo con algo de vanidad y de orgullo, como si, por medio de la virtud de su arte trascendente, el mundo fuese solo suyo.

—El mundo que denominamos Argola —dijo— es mucho más pequeño que España y, como es invisible desde la Tierra, solo es conocido por la minoría que ha hablado con los espíritus cuyos viajes han sobrepasado la órbita de Marte. Encontraréis casi la mitad de Argola cubierta de bosques, los que a pesar de ser muy densos no son más profundos que el musgo, y los elefantes que hay en ellos no son más grandes que escarabajos. Veréis muchas maravillas en miniatura en este mundo de Argola, que deseo especialmente mostraros, ya que es, de todos los mundos que el vulgo no conoce, el orbe con el cual, nosotros, los que estudiamos el Arte, estamos más familiarizados. Es sin duda el premio a nuestro quehacer con aquellas cosas que trascienden en mucho las leyes que las han prohibido.

Y, cuando dijo esto, la llama verde del recipiente que estaba ante él se extinguió y el Profesor se encaminó a su alacena de maravillas. Rodrigo agradeció apresuradamente al Profesor por su gran cortesía al mostrarle al desnudo los secretos que los siglos escondían y luego se refirió a su absoluta falta de merecimiento, a lo avanzado de la hora, a la fatiga del Profesor y a la importancia que tiene para el Aprendizaje un descanso adecuado para refrescar una mente ilustre. Y el Profesor rechazó con reverencias todo lo que dijo y extrajo unos encantamientos de su alacena de maravillas para llenar el recipiente que se hallaba encima de la mesa. Rodrigo comprendió que estaba en las garras de un coleccionista, uno de aquellos que por haber dedicado toda su vida a un pasatiempo exhiben sus tesoros hasta el final, y que las estrellas que la magia conoce no eran inferiores para el Profesor que todos los objetos varios que un hombre colecciona e insiste en mostrar a cualquiera se introduzca en su casa. Temía algún viaje terrible, quizás una mera huida, porque, aunque ningún objeto material puede asediar a un espíritu, no sabía con qué viajeros

podría encontrarse en los espacios solitarios más allá de la órbita de Marte. De modo que, cuando fracasó su última negativa amable, puesto que el mago la descartó con una frase cortés y una sonrisa en sus labios torvos, y puesto que, al mirar a Morano comprendió que compartía sus temores, decidió ofrecer toda la resistencia que fuera necesaria para mantenerse, él y Morano, en este viejo mundo que conocemos, o al menos que la juventud cree que conoce.

Miró al Profesor que regresaba con sus cajas de maravillas: polvo de una estrella errante, redomas de lágrimas de enamorados perdidos, veneno y oro extraídos del país de los elfos y todo tipo de cosas. Pero en el momento en que las colocó en el recipiente la mano de Rodrigo se dirigió rauda a la empuñadura de su espada. Levantó el codo, pero la espada no salió, ya que permanecía magnetizada en su funda por el poder de una corriente de magia. Cuando Rodrigo lo comprobó no supo qué hacer.

El Profesor continuaba vertiendo todo en el recipiente. Agregó un perfume destilado de las rosas de ensueño, tres gotas de la bolsa de hiel de una bestia mítica y un poco de polvo de lo que había sido un hombre. Todavía agregó más, de modo tal que mi lector puede preguntarse si se lo voy a contar todo, aunque no es tan fácil liberar nuestros espíritus del férreo asidero de nuestros cuerpos. No te maravilles, entonces, lector mío, si el Profesor invocaba poderes extraños. Y durante todo ese tiempo, Morano estaba arrancando un clavo que ajustaba el mango de su sartén.

Y justo en el momento en que se mezclaban los pocos y últimos arcanos en el recipiente —y había entre ellos dos que son desconocidos hasta en Asia—, justo en el momento en el que los rocíos se mezclaban con los polvos en una siniestra armonía verdegrisácea, Morano destornilló su clavo y logró soltar el mango.

El Profesor acarició la mezcla del recipiente; de nuevo se levantó la llama verde, de nuevo aquella voz suya comenzó a llamar a sus espíritus, y su belleza y el poder de su conjuro parecían los de algún ángel caído. El espíritu de Rodrigo casi estaba inevitablemente emprendiendo algún temible viaje de nuevo, cuando Morano desprendió la funda y la espada del cinturón y las ató con un trozo de cuerda en el mango de su sartén, atravesando la espada un poco más abajo de la empuñadura. Detrás de la mesa, el Profesor entonaba su conjuro; era una mesa angosta; y el conjuro parecía provenir de una zona alejada del crepúsculo, un crepúsculo con largos estratos de nubes rojas y doradas, de un atardecer maravilloso de antaño. Su música parecía proceder de las luces que fluían a través de ese atardecer y llamar a Rodrigo desde una inmensa lejanía, con un llamado que era un sacrilegio rechazar y aún con angustia y un esfuerzo tan arduo como el que no puede ser hecho por fuerza humana. Y entonces Morano levantó la espada en su vaina con el mango de la sartén atado en cruz. Rodrigo se perturbó por un tartamudeo en el conjuro, miró y vio al Profesor con los ojos fijos en la espada que Morano levantaba ante su rostro en la luz verde de la llama del recipiente. No parecía un ángel caído ahora. Su conjuro se había detenido. Parecía un profesor que ha olvidado el tema de su conferencia, mientras la

clase espera. Porque Morano estaba enarbolando el signo de la cruz.

—¡Me habéis traicionado! —gritó el Esclavo de Orion; la llama verde se extinguió y con grandes pasos salió del aposento, con la capa purpúrea flotando detrás.

—Amo —dijo Morano—, siempre es buena contra la magia.

La espada estaba suelta en su vaina cuando Rodrigo la tomó; ya no había una corriente de magia que aferrara el acero.

Un poco molesto Rodrigo agradeció a Morano; no estaba seguro de que Morano se hubiera comportado como debía hacerlo el sirviente de un huésped. Pero cuando pensó en esos terribles conjuros del Profesor que los habían enviado hasta los riscos horribles del Sol y que podrían enviarlos quién sabe adonde para reunirse con quién sabe qué, al considerarlo por segunda vez se dio cuenta de que Morano estaba en lo cierto al impedir aquellas artes que tanto le gustaban al Esclavo de Orión, aún en forma tan drástica, y alabó merecidamente a Morano por su pronta sagacidad.

—Casi regresamos demasiado tarde de aquella salida, amo —hizo notar Morano.

—¿Cómo lo sabéis? —inquirió Rodrigo.

—Este cuerpo viejo sabe —dijo Morano—. Aquellos violentos latidos del corazón, esta calidez y todas las cosas que ponen cómodo a un cuerpo gordo, estaban detenidas, amo, estaban arruinadas, se estaban volviendo frías y raras. No desempeñaré más misiones para ese señor.

La poca predisposición a censurar, aún ahora, a su anfitrión y una cierta veta práctica de su naturaleza que en ese momento exhibía ansiedad por una cama a esa avanzada hora, hicieron que Rodrigo cambiara de tema. Necesitaba al anciano mayordomo, pero no obstante no se atrevía a hacer sonar el llamador porque temía que estuviera en uso en todos los llamadores aquella práctica terrorífica que había comprobado en la puerta de entrada, vale decir, una cadena conectada con algún terrible instrumento, cada vez que uno tocaba el tirador, que provocaba angustia a alguien que estaba en los cimientos, de modo tal que los lacayos de aquel Profesor torvo recibían estridentemente ese aviso gracias a los gritos. Y por eso Rodrigo pidió consejo a Morano, quien inmediatamente se ofreció como voluntario para ubicar las habitaciones del mayordomo, gracias a un cierto sentido que tenía de la coherencia de las cosas; y se puso en camino, pero no abandonó la habitación sin la vaina y el mango de la sartén que tenía atado, los que llevaba bien alto delante de él sosteniéndolos con ambas manos como si estuviera encabezando alguna austera procesión. Pero aún así regresó con ese anciano, el mayordomo, que los condujo a través de tenebrosos corredores de piedra; pero aunque era él quien señalaba el camino, el que marchaba delante era Morano, sosteniendo aún la vaina y el mango delante de él, mientras Rodrigo llevaba en la mano la espada desenvainada. Llegaron así a una habitación iluminada por el resplandor de una vela; su guía les dijo que había sido preparada por el Profesor para sus huéspedes. En el amplio recinto había un gran lecho. Unas sombras y un zumbido similar al de alas salieron por la puerta

cuando ellos entraron. «Murciélagos», dijo el anciano guía. Pero Morano creyó que había desbaratado los poderes del mal con el mango de su sartén y la vaina de la espada que pertenecía a su amo. ¿Quién podía decir de qué se trataba, en semejante casa, donde los murciélagos y los espíritus malignos se cobijaban perennemente de los embates de los justos? Luego aquel anciano de labios como los de algún ser del bosque partió y Rodrigo se dirigió hacia el gran lecho. Sobre un montón de paja que había sido ubicado en el cuarto, se tendió Morano a través de la entrada de la puerta y colocó la vaina enhiesta en un agujero hecho por los ratones cercano a su cabeza, mientras Rodrigo se acostaba con la espada desenvainada en la mano. Había una sola puerta en la habitación y estaba custodiada por Morano. Había ventanas pero estaban cerradas con una madera de roble al natural de un grosor extraordinario. Ya había investigado con su espada detrás de las cortinas de terciopelo. Se sintió seguro con la mole de Morano cerrando el paso de la única puerta, al menos con respecto a las criaturas de este mundo; y Morano ya no temía ni espíritus ni conjuros, convencido como estaba de que había derrotado al Profesor con su símbolo y a todos los aliados que pudiera haber tenido allí o en cualquier otra parte. Pero no sobrepujamos tan fácilmente a los poderes del mal.

Se escucharon unos pasos, como los que da el hombre en los últimos años de su vida, que se aproximaban por el corredor de piedra; y se dieron cuenta de que era el mayordomo del Profesor que regresaba. Tembló la aldaba de la puerta y se levantó y la gran puerta de roble golpeó suavemente contra Morano, el que se incorporó gruñendo. Y apareció el anciano.

—El Profesor —dijo, mientras Morano lo observaba con inquina— regresa a Zaragoza de inmediato con todas sus pertenencias para continuar esos estudios por los que su nombre es tan conocido, porque cierta conjunción de estrellas se ha vuelto favorable.

Hasta Morano dudaba de que, en forma tan súbita, hubieran podido alterarse los itinerarios de las estrellas —que consideraba lo hacían gradualmente— desde un antagonismo al arte del Profesor a un aspecto favorable. Entre sueños Rodrigo se dio por enterado de la novedad y se puso a dormir, espada en mano aún, cuando el servidor repitió con tanto énfasis como se lo permitía su anciana voz: «Con todas sus pertenencias, señor».

—Sí —masculló Rodrigo—. Adiós.

Y repitiendo de nuevo, «Se lleva todas sus pertenencias con él», el anciano salió del aposento arrastrando los pies y cerró la puerta precipitadamente. Antes de que el sonido de sus pasos se hubiera perdido en la distancia, Morano se había dormido bajo su cruz. Rodrigo contempló aún un rato las sombras que ascendían y temblaban por acción de la vela, cabalgando sobre el techo, dando zancadas inmensas sobre las paredes, hacia él y alejándose de él, cada vez que las corrientes de aire balanceaban la llama rojiza; luego, aferrando la espada con mano aún más firme, como si eso pudiera prevalecer contra la magia, cayó en el sueño de los hombres cansados.

Ningún sonido perturbó a Rodrigo ni a Morano hasta que ambos despertaron ya tarde en la mañana sobre las rocas de la montaña. El sol había trepado los riscos y brillaba sobre sus caras. Rodrigo yacía todavía con su espada aferrada en la mano, pero la cruz se había caído junto a Morano y se extendía sobre las rocas que estaban a su lado con el mango de la sartén atado en su lugar con una cuerda. Una ardilla del bosque, joven e indómita, brincaba próxima, a pesar de que no había a la vista ningún bosque que la albergara; daba cabriolas y jugaba como si se regocijara de su juventud con una alegría tal como si la juventud acabara de llegar a ella o como si la hubiese perdido y en ese momento se la hubieran reintegrado.

Examinaron toda la montaña pero no había casa alguna, ni signo alguno de que habitara allí un hombre o un espíritu.

Cómo cabalgó en el crepúsculo y vio a Serafina.

## CRÓNICA QUINTA

---

### Cómo cabalgó en el Crepúsculo y encontró a Serafina

**R**odrigo, que era aficionado a la filosofía, se puso a pensar de inmediato en el viaje que lo esperaba, tratando de averiguar cuál era el norte, porque sabía que debía abandonar España por el norte y todavía deseaba abandonarla, ya que no había guerras en ese país.

Morano no sabía con claridad qué era la filosofía; por lo tanto, no gastó pensamiento alguno en la noche que ya había pasado; y, preparando de inmediato la sartén, extrajo lo que restaba del tocino y comenzó a buscar material para hacer fuego. El tocino permaneció en la sartén un rato, antes de que se reuniera ese material, porque en la montaña no crecía nada más que brezo, y de este solo había unos pocos matorrales, desparramados por acá y por allá.

Rodrigo, lejos de dedicarse a cavilar en los acontecimientos de la noche anterior, se dio cuenta, al observar estos preparativos, de que se sentía terriblemente hambriento. Y, cuando Morano hubo preparado fuego y se hubo expandido el olor de la cocción, aquel que dictaba la Cátedra de Magia en Zaragoza se había borrado de ambas mentes, a pesar de que había sido en ese mismo sitio donde transcurrió aquella noche tan extraña; pero donde hay tocino y hombres hambrientos, las cosas del ayer se olvidan a menudo.

—Morano —dijo Rodrigo—, hoy debemos llegar lejos caminando.

—Por cierto, amo —repuso Morano—, debemos marchar en busca de esas guerras; porque no tenéis castillo, amo, ni tierras ni fortuna...

—Vamos —dijo Rodrigo.

Morano se colgó la sartén del hombro; le habían dado fin al tocino; se puso de pie y estuvieron listos para el viaje. El humo de su magro fuego se elevó en el aire en un hilo delgado, las nubecillas grisáceas subieron lentamente; aparte de eso nada quedaba para despedirlos o a quien agradecer por la hospitalidad de aquella noche extraña. Treparon hasta que alcanzaron la cresta escarpada de la montaña; desde allí divisaron una extensa planicie y la mañana; el día los esperaba.

La ladera norte de la montaña era por completo diferente de aquella congregación negra de rocas ásperas por las que habían trepado durante la noche hasta la Morada de las Maravillas.

La ladera que se extendía frente a ellos era suave y herbosa; delante, deslizándose

hasta la lejanía, había una cuesta agradable que pronto iba a prestar velocidad a los pies de Rodrigo, e inclusive agregar agilidad a la propia de la juventud. Pronto también iba a empujar el paso lerdo de Morano, mientras seguía a su amo hacia guerras desconocidas, con la juventud delante como un espíritu y la buena cuesta ayudándolo desde atrás. Pero, antes de emprender ese viaje esperado, se detuvieron un momento a contemplar la llanura brillante que se extendía delante de ellos como una página abierta en la que estaba la crónica íntegra del deambular de ese día. Estaba el camino por el que viajarían, estaban las corrientes de agua que lo cruzaban y estaban los bosques estrechos en los que podrían descansar y, en el extremo más alejado, estaba, oscurecido, el lugar donde pasarían esa noche. Allí se hallaba todo, como si estuviese escrito sobre la llanura que contemplaban, pero con una escritura que no estaba dirigida a ellos y, a pesar de lo clara que era, no podría ser descifrada nunca por alguien de nuestra especie. Así distinguieron con claridad, desde una altura, el camino por el que irían, pero no distinguieron ninguno de los acontecimientos a los que dicho camino los conduciría.

—Amo —dijo Morano—, ¿tendremos hoy más aventuras?

—Confío en que así sea —repuso Rodrigo—. Tenemos que ir lejos y será muy aburrido viajar sin ellas.

Morano dejó de mirar el rostro de su amo y contempló nuevamente la llanura.

—Allí, amo —dijo—, por donde nuestro camino atraviesa un bosque, ¿pensáis que nuestra aventura será allí? O, quizás, allá —y agitó la muño en toda su extensión señalando más lejos.

—No —dijo Rodrigo—, pasaremos por ese sitio con la brillante luz del día.

—¿No es conveniente para la aventura? —preguntó Morano.

—Los romancea viejos enseñan —contestó Rodrigo— que el crepúsculo o la noche son mejores. La sombra de los bosques densos es propicia, pero no hay bosques semejantes en esta planicie. Cuando lleguemos al atardecer encontraremos sin duda alguna aventura, pero mucho más lejos.

Y señaló la orilla gris de la planicie desde donde comenzaba a trepar hacia unos montes.

—Estos son días buenos —afirmó Morano.

Olvidaba que no hacía mucho había sostenido con añoranza que esos días no eran como los de antes. Pero nuestra especie, hablando en general, raramente se satisface con el presente, y la alegría de Morano no provenía de haberse elevado por encima de nuestros problemas cotidianos, provenía de haber desviado su mirada hacia el futuro. Hay dos cosas que no resultan muy tolerables y ni siquiera halagüeñas: el pasado y el futuro. Solo con el presente Morano nunca estaba satisfecho.

Cuando Morano dijo que los días eran buenos, Rodrigo emprendió la marcha para buscarlos o por lo menos para encontrar al que un momento antes se extendía esperándolos en la llanura. De inmediato bajó la cuesta con grandes zancadas y, atribuyendo a la naturaleza su propia impaciencia, le pareció oír que la mañana lo

llamaba ansiosamente. Morano lo seguía.

Estos refugiados que escapaban de la paz bajaron la cuesta durante una hora; y en esa hora recorrieron cinco millas rápidas, millas que parecían correr junto a ellos mientras caminaban, y así llegaron con ligereza al nivel de la planicie. Y en la hora siguiente transpusieron cuatro millas más. Pocas fueron las palabras que intercambiaron, ya sea porque Morano cavilaba en un único pensamiento, cuyo tema era su carencia de tocino, o ya sea porque retenía el aliento para seguir a su amo, quien, con su juventud y la mañana, salía de las montañas con una prisa que no se adecuaba a los aproximados cuarenta años de Morano. Y al final de esas nueve millas Morano vio una casa, un poco apartada del camino, hacia la izquierda, sobre un terreno elevado. Alrededor de una milla más adelante vieron el bosque angosto que atravesaba la llanura, que habían visualizado por la mañana desde la montaña. Ahora notaban por el declive del suelo que probablemente siguiera a una corriente de agua, un lugar agradable para hacer el descanso que España exigía al mediodía. Faltaba una hora para el mediodía, de modo que Rodrigo, siguiendo por el camino, le dijo a Morano que lo encontrara en la entrada del bosque después de que hubiese comprado tocino. Y luego, cuando se separaban, un pensamiento se le ocurrió a Rodrigo y era que el tocino costaba dinero. Fue un pensamiento puramente casual, una fantasía accidental, como lo es la inspiración, porque jamás había tenido que comprar tocino. Así que le dio a Morano una quinta parte de su dinero, una moneda de oro grande del tamaño de una de nuestras piezas de cinco chelines, grabada, por supuesto, en un lado con las glorias y los honores de aquel período dorado de España j, en el otro, con la cabeza de Su Majestad, el Rey. Solo por casualidad había traído algún dinero; no era lo que nuestros diarios llamarían, si alguna vez les importara dar noticias suyas, un prominente hombre de negocios. Al ver la moneda de oro, Morano hizo una reverencia, porque pensaba que esta donación de oro era algo excepcional; pero, para la compra del tocino, confiaba más en unas pocas monedas de plata pequeñas que eran suyas y que guardaba entre trozos de grasa de cerdo y ovillos de cuerda.

Y así se separaron por un rato, Rodrigo buscando algún roble grande y sombrío con musgo debajo, cercano a un pequeño río, Morano a la busca de tocino.

Cuando Rodrigo entró al bosque encontró su roble, pero no era un roble bajo el cual quisiera descansar durante el calor del día, ni tú lo hubieras querido, lector mío, aún cuando hayas estado en las guerras y hayas visto una buena cantidad de cosas; porque junto a él había cuatro de la Guardia, y estaban disponiéndose a colgar a un hombre de la mejor de las ramas.

—La Guardia de nuevo —dijo Rodrigo en voz alta.

Bajó los ojos, su aspecto era preocupado, atisbaba otras cosas. En tanto una mirada, que no hubieras advertido, se fijaba de soslayo en la Guardia. Rodrigo, al comprobar que los cuatro eran desconocidos, se encaminó hacia ellos alegremente. El hombre que se proponían ahorcar también era un extraño. A primera vista parecía tan obeso como Morano y era casi medio pie más alto, pero luego su obesidad resultó ser

puro músculo. El hombre corpulento estaba vestido con ropas de cuero marrón oscuro y tenía ojos azules.

Ahora bien, había algo en el porte de la juvenil cabeza de Rodrigo que le daba un aire semejante al que exhibe el Rey mismo algunas veces cuando galantea. Convenía a su noble espada y a su alegre pluma. Cuando la Guardia lo vio de inmediato sus miembros se deshicieron en amabilidades y lo invitaron a presenciar la ejecución, por lo que Rodrigo les agradeció con la más amplia cortesía.

—No es una corrida de toros —explicó el jefe de los de la Guardia, disculpándose casi. Pero Rodrigo desechó sus excusas y se declaró encantado ante la perspectiva de una ejecución.

Sopórtame, lector, mientras abogo por una causa injusta y trato de paliar lo que es inexcusable. Mientras viajamos por el mundo en nuestro camino por la vida nos encontramos y nos cruzamos, aquí y allá, en la paz o en la guerra, con otros hombres, nuestros compañeros de viaje, y a veces apenas hay tiempo para una mirada a los ojos. Y en esa mirada se ve la clase de hombre que es; y hay dos clases principales. La primera clase está siempre cavilando, planificando; está constituida por hombres tacaños, silenciosos, que acaparan propiedades y dinero, que mantienen la Ley de su lado; todo lo mantienen de su lado, excepto las mujeres, el Cielo y a los de la segunda clase, juzgados cómodamente como gente simple. Y los otros, individuos felices, cuyos ojos destellan, cuyo dinero vuela, que son más listos para reír que para planificar, que parecen heredar en forma directa la felicidad por la que los otros planifican y fracasan en adecuarse a sus esquemas. En el hombre que iba a ofrecer el espectáculo, Rodrigo reconoció a un integrante de la segunda clase.

Ahora bien, aún cuando la Ley hubiera atrapado a un santo que se hubiese alejado demasiado de los límites del Cielo y deseara colgarlo, Rodrigo sabía que era su deber ayudar a la Ley, si se necesitaba su ayuda, y aplaudir después que el asunto estuviera terminado. La Ley era para Rodrigo lo más sagrado que el hombre había hecho, si por cierto no fuera divina; pero, desde que dos días atrás tuvo el privilegio de estudiarla más de cerca, le parecía la cosa más necia y más tonta con la que había tenido que ver desde que los gatitos de su gata Tabitarina fueron ahogados en Arguento Harez.

En este deplorable estado mental la mirada de Rodrigo cayó sobre los ojos alegres y el aprieto solemne del hombre con la chaqueta de cuero que estaba de pie y maniatado bajo una rama larga del roble; y desde ese momento decidió arruinarle a la Guardia y, me temo que quizá también a ti, lector mío, la ejecución que, al menos ellos, esperaban presenciar.

—¿Pensáis —dijo Rodrigo— que para un bandido tan robusto esta rama es suficiente?

Ahora bien, se trataba de una rama excelente. Pero no fueron tanto las palabras de Rodrigo como la manera ansiosa en que miraba la rama lo que despertó preocupación en la Guardia, y muy pronto estaban buscando por los alrededores un árbol mejor; y cuando cuatro hombres empiezan a hacer esto en el bosque el tiempo pasa

rápidamente. Mientras tanto se acercaba Morano y Rodrigo fue a su encuentro.

—Amo —explicó Morano sin aliento—, no tenían tocino. Pero conseguí estas dos botellas de vino. Es un vino fuerte que engaña con exquisitez a los sentidos; será necesario que lo rebajemos si es que vamos a continuar hambrientos.

Rodrigo estaba por cortar la charla de Morano cuando pensó en una aplicación para el vino y se quedó en silencio un momento. Y, mientras meditaba, Morano levantó la vista, vio a la Guardia y al mismo tiempo se dio cuenta de la situación, porque Morano tenía un ojo tan avizor para los malos negocios como cualquiera.

—No hay nadie con los caballos —fue su comentario, pues estaban atados un poco apartados. Pero la mente de Rodrigo había planeado ya un método más seguro que el que parecía estar considerando Morano. Y le expuso este método a Morano. Y ahora, por los tironcitos que le estaban dando a la sogá doble que colgaba de la rama del roble, esa suficiente claro que los hombres de la Ley volvían a tener confianza en esa misma rama.

Levantaron la vista y se mostraron dispuestos a formular unas rápidas preguntas cuando advirtieron que Rodrigo regresaba con Morano. Pero, antes de que uno de ellos hablara, Morano les arrojó desde lejos una pequeña muestra de su sabiduría; porque, lanza una verdad en una oportunidad determinada y siempre agitará las aguas, generalmente suscitando algunas contradicciones, pero siempre haciendo aflorar algo a la superficie.

—Señores —dijo—, nadie puede disfrutar de una ejecución con la garganta seca.

Distrajo así su atención por un rato de la tarea que tenían en mano, trasladando el pensamiento del cuello macizo del prisionero a sus propias gargantas, preguntándose si realmente estaban secas; y esto no te lo preguntas durante mucho tiempo en el sur sin encontrarte con que lo que temías es cierto. Y luego les dejó ver las dos grandes botellas, llenas hasta el tope de vino, porque el ardid del fondo falso, que les da a nuestras botellas de champaña el lugar que mercedamente ocupan entre las más famosas supercherías no había sido descubierto todavía.

—Es verdad —dijo la Guardia. Y Rodrigo hizo que Morano guardara una de las botellas en una bolsa que llevaba; y cuando la Guardia vio que una de las dos botellas había desaparecido, este hecho los decidió de algún modo a obtener la otra, aunque no hay explicación sobre cómo ocurrió; y de esa manera la ejecución se pospuso de nuevo.

Ahora bien, la bebida era un vino blanco, dulce, pesado y más fuerte que nuestro oporto; solo el whisky podría superarlo, pero allá en el cálido sur lograba su propósito. Rodrigo hizo una señal a Morano y ofreció la botella a uno de los de la Guardia; pero, cuando apenas había alcanzado a posar los labios en ella, Rodrigo le ordenó que se detuviera diciéndole que ya había tomado su porción. Y procedió del mismo modo con el hombre siguiente.

Ahora bien, en verdad había pocas cosas que los de la Guardia detestaran más que una hospitalidad mezquina en asuntos de bebida y, con todas sus fuerzas, se

esforzaban en competir con este defecto de Rodrigo, como lo consideraban correcta o incorrectamente, ¿y cómo podrían entonces ponerse a escatimar el vino por precaución? Cuando bebió el tercer hombre, Rodrigo se volvió para hablar con Morano; y, como el de la Guardia temía dejar pasar esa oportunidad, cuando Rodrigo se volvió nuevamente, la botella estaba vacía hasta la mitad. Rodrigo había calculado el tiempo maravillosamente.

A continuación Rodrigo se llevó la botella a la boca y la sostuvo allí un rato, mientras el cuarto hombre de la Ley, que estaba cuidando al prisionero, lo observaba con ansiedad, y después a Morano, que fue el próximo en tomar la botella. Sin embargo, ni Rodrigo ni Morano bebieron.

—Podéis terminar la botella —dijo Rodrigo a su ansioso observador, quien avanzó muy deseoso, aunque lleno de dudas, que se transformaron en agradables sentimientos de gratitud infinita cuando vio cuánto quedaba aún. De ese modo obtuvo no menos que el equivalente a dos jarros llenos de vino, el que, como he dicho, era más fuerte que el oporto; y el mediodía estaba próximo y era primavera en España. Y luego regresó a vigilar a su prisionero bajo el roble y se tendió en el musgo, recordando que era su deber mantenerse despierto. Y después aferró con una mano la soga que ataba los tobillos del prisionero, de modo tal que, aún en caso de que se durmiera, podría dominar a su cautivo.

Pues bien, dos de los hombres no habían tomado más que el equivalente a una copita de licor llena cada uno. A ellos Morano les indicó por señas que había otra botella y, girando, se colocó detrás de su amo, la descorchó fuera de la vista y se las entregó para que se saciaran; y dejaron un poco para el hombre que bebió tercero en la primera oportunidad. Y en ese momento los espíritus de los cuatro de la Guardia ya estaban entonados y olvidaban a sus cuerpos humildes y, de haber continuado, hubieran estado muy dispuestos a habitar con los hijos de la luz, mientras sus cuerpos yacían sobre el musgo y el sol se volvía más y más caluroso, brillando moteado entre las hojitas verdes. Todo parecía quieto salvo por los insectos voladores que resplandecían cuando cruzaban las columnas de luz saliendo de la sombra de los árboles y desaparecían de nuevo como meteoros infinitesimales. Pero nuestro interés se concentra en el pensamiento del hombre, del que los hechos no son más que su sombra; allí donde él esté activo es incorrecto decir que todo está quieto; porque ya sea que proyecte su sombra, lo que es una acción, o ya sea que una fuerza invisible permanezca hurgando en ciertas cuestiones, el pensamiento es la fuente de los relatos que escribimos y de las vidas que realizamos; es él quien proporciona material a la Historia y es él quien le ordena que lo elabore en libros.

Y el pensamiento estaba muy activo en torno del roble. Porque mientras el pensamiento de los de la Guardia afloraba de manera crepuscular y desaparecía en una nebulosa, su prisionero revivía en silencio los días soleados de su vida, a los que nunca perdemos por completo y que se iluminan vividos, brillantes y próximos cuando los toca el recuerdo, que se despierta por la proximidad de la muerte. Revivía

días alejados del día aquel que lo había conducido adonde estaba. Aspiraba de aquellos días (es una manera de decir) aquel deleite, aquella esencia de las horas, aquel no-sé-qué que llamamos vida. La estrella de mar, el sol, el viento, la arena áspera, el golpeteo de las olas y todas las cosas que se sienten durante su lapso de vida se almacenan en algo similar a su memoria y constituyen lo que llamamos su vida; lo mismo ocurre con todos nosotros. La vida es sensación. El prisionero tomaba del acopio de su memoria todo lo que tenía. Su cabeza estaba levantada, miraba hacia el norte, mucho más allá de lo que podían ver sus ojos, hacia unos espacios brillantes inmersos en grandes bosques; y allí su ser amenazado caminaba joven, con pasos como los que dan los espíritus, sobre flores inmortales, que estaban oscurecidas y desvaídas, pero no marchitas, porque continuaban viviendo en el recuerdo. En la memoria caminaba con alguien que ahora estaba lejos de su senda. Y, vistos a través de la luz crepuscular de aquel día peligroso, ¡qué brillantes parecían aquellos días lejanos! ¿No parecían más soleados de lo que realmente fueron? No, lector; porque todo el esplendor que resplandecía tan tarde en su mente provenía de aquellos mismos días; era su propio brillo lo que relucía ahora: no estamos hechos con los días que se esfumaron tan pronto como se desvanecieron sus ocasos, pero de ellos se conserva una luz que crece más y más hermosa, como una incandescencia tardía que se demora entre picos imponentes por encima de inconmensurables laderas cubiertas de nieve.

El prisionero apenas había advertido la presencia de Rodrigo o su sirviente, escasamente más de lo que había notado las de sus captores; porque a aquellos que transitan en las proximidades de la muerte los sobrecoge una intensidad que los convierte un poco en ajenos a los otros hombres, como si al aproximarse el fin fulgurara en su interior una llama tan inmensa que las vidas de los otros parecen un poco frías y borrosas, allí donde moran alejadas de ese caso que llamamos mortalidad. De modo que contemplaba silenciosamente los días que se habían desvanecido, mientras estos regresaban una vez más danzando desde donde habían yacido durante largo tiempo, perdidos en los abismos del tiempo, a los que se habían deslizado sobre los oscuros confines de los años. Llegaban sonriendo pero absoluta y ávidamente ansiosos, como si su misión fuera suprema y su lapso breve; los veía arracimarse a su alrededor, corriendo, trayendo sus dones diminutos, y casi no oyó el fuerte suspiro de su guardián mientras Rodrigo lo amordazaba y Morano lo ataba.

Si Rodrigo hubiese liberado al prisionero en ese momento, podrían haber sido tres contra tres, en el caso de que algo no marchara bien con el sopor de los de la Guardia; pero, ya que en el mismo tiempo podían amordazar y atar a otro, la proporción hubiese sido la misma, dos a dos, y Rodrigo lo prefería a las leves incertidumbres que se presentarían con la intervención de otro participante. Por mutuo acuerdo, amordazaron al siguiente hombre y ataron sus muñecas y tobillos. Y aquel vino español retuvo a los otros dos y los envió muy lejos en las profundidades de los sueños, y así tenía que ser, porque era de unas vides que crecían en los valles de

España y se habían sazonado en uno de los años de la Edad de Oro.

Ataron a uno con la misma facilidad con que habían atado a los otros dos; y al último Rodrigo lo estuvo vigilando mientras Morano cortaba las sogas del prisionero, porque se le habían agotado los trozos de cordel y cualquier otro tipo de elemento para reemplazarlos. Con estas sogas regresó corriendo a donde estaba su amo y ataron al último prisionero, pero no lo amordazaron.

—¿Lo amordazamos, amo, como a los otros? —preguntó Morano.

—No —repuso Rodrigo—. No tiene nada que decir.

Y aunque esta observación resultó absolutamente falsa, respondía a su propósito de manera suficiente.

Y luego vieron de pie ante ellos al hombre que habían liberado. Y le hizo una reverencia a Rodrigo como quien antes nunca la hubiera hecho. No quiero decir que haya hecho una reverencia con torpeza, como los imitadores que no están acostumbrados a la cortesía, sino que se inclinó como el roble se inclina ante el leñador; se mantuvo erguido, mirando a Rodrigo a los ojos, luego se inclinó como si hubiera permitido que su espíritu se quebrara, lo que hacía suponer que antes jamás se había inclinado ante un hombre. Así fue, si es que mi pluma ha podido trasmitirlo aproximadamente, cómo se inclinó el hombre de la vieja chaqueta de cuero. Y Rodrigo en respuesta se inclinó ante él con la elegancia que a través de los siglos habían asimilado todos los que habitaron en Arguento Harez.

—Vuestro nombre, señor —dijo el desconocido.

—Soy el Señor de Arguento Harez —repuso Rodrigo.

—Señor —prosiguió—, como soy un hombre ocupado, rara vez tengo tiempo para rezar. Y los Santos benditos, como están más ocupados de lo que estoy yo, creo que rara vez oyen mis plegarias; no obstante, vuestro nombre subirá hasta ellos. Se los diré a menudo silenciosamente en el bosque y no en sus días de fiesta cuando suenan las campanas y el Cielo se colma de rezos en alta voz. Puede ser...

—Señor —replicó Rodrigo—, os lo agradezco profundamente.

Aún en estos días, en los que las balas suelen ser más contundentes que las plegarias, nunca estamos suficientemente agradecidos por los rezos de los otros; en aquellos días eran lo que son los «valores de cierre» para la Bolsa de Acciones, lo que es la tinta para la redacción de un periódico o las maquinarias para las zonas industriales, comunes pero valiosas. Y el agradecimiento de Rodrigo era sincero.

Y ahora que se estaban volviendo monótonas las imprecaciones del miembro de la Guardia que no había sido amordazado, Rodrigo se dirigió a Morano.

—Quitad las mordazas al resto —dijo— y permitid que se hablen entre sí.

—Amo —susurró Morano, considerando que ya había ruido suficiente para un bosque pequeño, pero fue e hizo lo que se le había ordenado. Y se justificó la decisión humanitaria de Rodrigo porque los pensamientos reprimidos de los tres encontraron su expresión simultáneamente y los cuatro, hablando ahora de inmediato y a la vez, mitigaban cualquier amargura que pudiera haber existido en aquellas

maldiciones solitarias. Y entonces Rodrigo pudo hablar sin ser perturbado.

—¿Adónde vais? —preguntó el desconocido.

—A las guerras —dijo Rodrigo—, si hay guerras.

—¡Ay! —repuso el desconocido—, ¡siempre hay guerras en algún sitio! Pero, ¿por qué camino iréis?

—Hacia el norte —explicó Rodrigo y señaló en esa dirección. El desconocido dirigió la mirada al camino que Rodrigo indicaba.

—Aquel os lleva hacia el gran bosque —dijo— a no ser que hagáis un rodeo como muchos lo hacen.

—¿Qué bosque? —inquirió Rodrigo.

—El gran bosque llamado el Valle de la Sombra —aclaró el desconocido.

—¿A qué distancia está? —preguntó Rodrigo.

—A cuarenta millas —dijo el desconocido.

Rodrigo miró a la Guardia y luego a sus caballos y pensó. Al anochecer tenía que estar lejos de la Guardia.

—No es fácil atravesar el Valle de la Sombra —afirmó el desconocido.

—¿No es fácil?

—¿Tenéis una moneda de oro grande? —preguntó el desconocido.

Rodrigo le presentó una de las cuatro que le quedaban; el desconocido la tomó. Y luego comenzó a frotarla contra una piedra y continuó frotándola mientras Rodrigo observaba en silencio, hasta que la imagen de Su Majestad, el Rey, se borró y la cara de la moneda quedó rayada, brillante y chata. Y luego sacó de un bolsillo o bolsita de su chaqueta una herramienta de grabador con un mango redondo de madera, que aferró en la palma de la mano, en tanto que el filo de acero sobresalía entre su índice y su pulgar; con él talló la moneda. Y Morano se unió a ellos después de su misericordiosa tarea y se detuvo y observó el tallado. Y mientras él tallaba entablaron conversación.

No le preguntaron por qué había sido elegido para una ejecución, porque en cada comarca hay cerca de cien individualistas, oscilando quizás a media docena en épocas de escasez. Siguen sus cien caminos, o su media docena de caminos; y hay un camino centésimo primero, o un séptimo camino, que es el adecuado para el resto; y si alguno de los del resto captura a uno de los cien, o a uno de los seis, naturalmente que lo cuelgan, si tienen una cuerda y si la costumbre del país es la muerte en la horca, ya que diferentes países usan métodos diferentes. Y se veía en los ojos de este hombre que era uno de los cien. Por lo tanto, Rodrigo solo intentó saber cómo lo habían capturado.

—¿Os encontró la Guardia, señor? —preguntó.

—Tal como lo veis —repuso el desconocido—. Me nlcjé demasiado de mi morada.

—¿Estábais viajando? —interrogó Rodrigo.

—Haciendo compras —fue la respuesta.

Ante estas palabras de inmediato se despertó el interés de Morano.

—Señor —dijo—, ¿cuál es el precio correcto de una botella de vino como ese que bebió la Guardia?

—No sé —contestó el hombre de la chaqueta marrón—; a mí me dan esas cosas.

—¿Dónde queda vuestro hogar, señor? —preguntó Rodrigo.

—Es el Valle de la Sombra —dijo.

Jamás se veía a Rodrigo fracasar en la comprensión de algo; si no podía aclarar la situación, no luchaba contra ella. Morano se restregó la barbilla; había oído hablar solo confusamente del Valle de la Sombra porque todos los viajeros provenientes del norte que había conocido habían hecho un rodeo para evitarlo. Rodrigo y Morano inclinaron las cabezas y contemplaron el dibujo que se estaba formando en el oro. Y mientras el dibujo se completaba bajo la mano del artesano desconocido, este comenzó a hablar de los caballos. Hablaba como si sus planes hubieran sido establecidos claramente por un edicto y como si no pudiera haber otros.

—Cuando me haya ido con dos caballos —dijo— cabalgad denodadamente con los otros dos hasta que lleguéis al pueblo llamado de la Penumbra y llevadlos a la fragua de Fernández, el herrero, donde los herrará uno que no es Fernández.

Y agitó la mano en dirección al norte. Solo había un camino. Luego toda su atención se concentró nuevamente en su trabajo en la moneda de oro; y cuando aquellos ojos azules se desviaron parecía que nada más había quedado para preguntar. Y entonces Rodrigo vio que el diseño era una corona, un círculo liso de oro con unas hojas de roble que surgían de él. Y este emblema del bosque sobresalía del oro, porque el que lo trabajaba había ahuecado la moneda en toda su circunferencia y estaba cortando en sesgo los bordes del emblema. Poco dijeron los observadores frente a la maravilla del trabajo, ya que ninguna artesanía está muy lejos del límite más allá del cual se convierte en magia, y el hombre de la chaqueta de cuero era un verdadero artesano, y nada dijo porque trabajaba en ese arte. Cuando la corona arbórea estuvo terminada y sus bordes estuvieron acabados y filosos, había pasado una hora desde que la comenzara al filo del mediodía. Luego perforó un agujero cerca del borde y, extrayendo una delgada cinta verde del bolsillo, la pasó a través del agujero y, levantándose, la colgó repentinamente del cuello de Rodrigo.

—Llevadla así —dijo— cuando atraveséis el Valle de la Sombra.

Al decir esto retrocedió hacia los árboles y Rodrigo lo siguió para agradecerle. Como no lo encontró detrás del árbol donde creyó que lo hallaría, caminó alrededor de varios más y Morano se unió a su búsqueda; pero el desconocido había desaparecido. Cuando de nuevo regresaron al pequeño claro oyeron ruidos de movimiento en el bosque y un poco más allá de donde habían estado pastando los cuatro caballos ahora había dos solamente, que permanecían allí con las cabezas erguidas.

—Morano, debemos cabalgar —dijo Rodrigo.

—¿Cabalgar, amo? —preguntó Morano quejumbrosamente.

—Si nos vamos caminando —explicó Rodrigo— ellos caminarán detrás de nosotros.

«Ellos» significaba los de la Guardia. Era innecesario que Rodrigo le dijera a Morano lo que así le explico al lector, porque no solo era difícil oír a alguien más en el bosque sino que inclusive pensar en alguien más estaba fuera de discusión.

—¿Qué debo hacerles, amo? —dijo Morano.

Ahora estaban de pie junto a sus cautivos y esta sencilla pregunta calmó las maldiciones de los cuatro hombres súbitamente, como cuando se cierra una puerta durante una tormenta.

—Dejadlos —contestó Rodrigo. Y se levantaron los ánimos de los de la Guardia y reanudaron sus maldiciones.

—¡Ah! ¿Para que mueran en el bosque? —dedujo Morano.

—No —dijo Rodrigo; y se encaminó hacia los caballos.

Y había algo en ese «No» que casi sonaba a desdén; Morano se sintió herido en sus sentimientos y le gritó a su amo:

—Pero, ¿cómo podrán liberarse y conseguir comida? Los até con unos buenos nudos, amo.

—Morano —repuso Rodrigo—, recuerdo diez formas que aparecen en los libros novelescos mediante las cuales unos hombres atados pueden desatarse; y, sin duda, una o dos más habré leído que olvidé; y debe haber otras maneras que existirán y que no están relatadas en los libros. Y sumadas a estas, uno de ellos puede sacar la espada de un compañero con sus dientes y así...

—¿Les arranco los dientes? —propuso Morano.

—Cabalgad —dijo Rodrigo, porque ya habían llegado al sitio donde estaban los caballos. Y Morano miró apenado el caballo que iba a ser suyo, del mismo modo con el que puede mirar un hombre un botecito incómodo que lo llevará lejos en un día de tormenta. Y entonces Rodrigo lo ayudó a montar.

—¿Podéis manteneros allí? —dijo Rodrigo—. Tenemos que ir lejos.

—Amo —contestó Morano—, estas manos pueden sostenerse hasta el anochecer.

Y luego montó Rodrigo, dejando a Morano aferrado al extremo delantero de la montura con sus manazas marrones. Pero, tan pronto los caballos se pusieron en movimiento, se aferró también con los talones y más tarde con las rodillas. Rodrigo presidía la marcha por el camino sinuoso y pronto estuvo galopando hacia el norte, mientras que los talones de Morano mantenían su caballo junto al de su amo. Morano cabalgaba como si se hubiera adiestrado en la misma escuela en la que algún tiempo más tarde se ejercitó el jinete de Macaulay, quien cabalgaba «con rienda suelta y espuela ensangrentada». Sin embargo, rápidamente las millas quedaban atrás mientras galopaban sobre el blando polvo blancuzco, que se levantaba y se posaba, en parte, de nuevo en el camino perezoso, y en parte era aspirado por Morano. La moneda de oro se bamboleaba saltando en la cinta de seda verde mientras Rodrigo cabalgaba, hasta que la metió dentro de sus ropas y la olvidó por completo. Vieron

una vez delante de ellos al hombre que habían arrebatado a la horca; iba rápido y llevaba un caballo de relevo. Y luego, donde el camino se inclinaba siguiendo la curva de un monte bajo, se perdió de vista y no lo distinguieron más. Llevaba el caballo suelto para cambiarlo tan pronto como el otro se cansara; no tenían posibilidades de alcanzarlo.

Y así se borró de sus mentes del mismo modo en que se borró su anfitrión, el que se fue con todas sus pertenencias a Zaragoza.

Al principio, el laúd de Rodrigo, que siempre estaba colgado sobre su espalda, se sacudía golpeándolo en forma molesta; pero lo mitigó modificando la correa; pequeños detalles como este proporcionan satisfacciones.

Y luego se dedicó a cabalgar. Pero ninguna satisfacción obtuvo Morano, ni tampoco la buscaba. En el primer día de su deambular, había usado las ropas de su amo y esa había sido una experiencia equivalente de algún modo al dolor de muelas, que está a mitad de camino entre la incomodidad y la agonía. El segundo día, al final de una jornada agotadora, había trepado sobre aquellas rocas agrestes cuya conformación se adaptaba tan mal a su cuerpo. El tercer día, estaba cabalgando. No buscaba la comodidad. Pero se adecuaba a la incomodidad con una fácil resignación que casi vencía a la intención de Satán, el que la manda, a menos que (como es muy probable) provenga del Cielo. Y, a pesar de todas las incomodidades, seguía jovialmente a Rodrigo. Durante los miles de días que pasó en El Mesón del Dragón y el Caballero, para Morano no había habido dos días diferentes, uno que se diferencie del otro, o alguno del resto. Todo era como si un mismo día se repitiera una y otra vez; y en algún punto de esta repetición monótona, como un mojón de piedra modelado como el resto en un camino perfectamente idéntico a sí mismo, la vida terminaría, y cesaría esa repetición sin sentido; y mirando hacia atrás habría un solo día para ver o, si no pudiera mirar hacia el pasado, todo habría pasado para nada. Y luego, en el día aquel cuando estaba viviendo en la penumbra de aquel mesón sombrío, apareció Rodrigo, y Morano había reconocido en él a una estrella fugaz de esas que algunas veces se encienden con repentina luz diurna entre las estrellas. Supo, no, sintió, que siguiéndolo, el hoy, el ayer y el mañana serían tres dominios separados en el recuerdo. Morano abandonó jubilosamente aquel único día aburrido que vivía por los nuevos días novedosos a través de los cuales Rodrigo sin duda alguna lo iba a conducir. Gustosamente lo abandonó. Si esto no fuera cierto, ¿cómo sería posible que hombres que atesoran un ensueño hayan inducido a miles y miles a seguir su fantasía, desde las Cruzadas hasta cualquiera sea la alegre locura que esté de moda cuando esto sea leído? Mientras galopaban el perfume de las flores se agolpaba en las fosas nasales de Rodrigo, en tanto Morano respiraba principalmente el polvo que levantaban los cascos del caballo de su amo. Pero la búsqueda se favorecía aún más por el perfume de las flores que inspiraba las fantasías de su jefe. De este modo Morano resultaba beneficiado inclusive por ese hecho.

Durante la primera hora acortaron en quince millas la distancia de su búsqueda

errante. Durante la segunda recorrieron cinco millas; y durante la tercera, diez. Después cabalgaron lentamente. El sol se estaba poniendo. Morano contemplaba la puesta de sol con deleite, porque parecía prometer jovialmente la finalización de sus sufrimientos que, excepto durante breves períodos en los que marcharon a pie, para descansar, como dijo Rodrigo, a los caballos, habían sido continuos y en aumento desde que partieron. Rodrigo, quizás un poco fatigado también, derivaba de la puesta de sol un sentimiento más sombrío; como lo hacen las almas sensibles, respondía a su adiós, sentía su belleza y, cuando las brisas refrescaban el ambiente y el brillo de las hojas de hierba se desvanecía, oscureciendo toda la planicie, oía o creía oír, más allá de donde llegaba su vista, sonidos en la pradera, por encima de las colinas, en las cañadas, detrás de los grupos de arbustos; era como si unas criaturas pequeñas totalmente desconocidas para su saber hicieran sonar instrumentos musicales hechos de cañas sobre arroyuelos que no figuran en los mapas. A esta hora, entre estas fantasías, Rodrigo vio con claridad sobre una colina las paredes blancas del Pueblo de la Penumbra. Y ahora comenzaba a notar que brillaba una gran luna llena. La puesta de sol se tornó más oscura y la luz de la luna se inmiscuía sigilosa, como puede caminar un gato atravesando grandes puertas con sus pies silenciosos hasta la sala del trono justo cuando el rey se ha ido. Y penetraron en el pueblo lentamente en el momento perfecto del crepúsculo.

El horizonte curvo resplandecía con un color pálido pero mágico, manando como una fuente que salpicara las copas de los árboles y las almenas de las torres blancas. La Tierra parecía una copa misteriosa desbordando este pigmento de maravillas. En él se bañaban las nubes bajas y errabundas flotando lejos de sus campos de azur. Las torres del Pueblo de la Penumbra se volvían lentamente rosadas en aquella luz y juntas relucían con ese anochecer infinito, y así, en ese breve instante, los asuntos del hombre se desposaban con los asuntos de la eternidad. Y en esta ancha llama pálida de rosa étéreo la luna se filtraba embozada como un mago que viniese en puntas de pie a embrujar las copas de los árboles, las nubes bajas y las torres del Pueblo de la Penumbra. Una luz azulada del más allá tocaba la luz rosada de la Tierra al atardecer; y todo lo extraño, todo lo que es materia que debe ser tratada con voces quedas, maravilloso aunque terrenal, se transformaba, por obra de ese toque, en algo sobrenatural. Sucedió en un momento y Rodrigo al verlo retuvo el aliento. Hasta los ojos de Morano se abrieron asombrados ante el arribo de la maravilla o con alguna oscura percepción de que un momento imperceptible había transformado todas las cosas en nuevas y extrañas.

Durante algunos momentos el conjuro de la luz de la luna revoloteó indeciso sobre la luz solar, el aire rebosaba de él y se estremecía; la magia tocaba la Tierra. Durante algunos momentos, el tiempo de treinta golpeteos de las alas de una garza, si los ángeles hubieran cantado a los hombres, si sus canciones se hubiesen esparcido por la Tierra en ese resplandor rosado atravesando resplandecientes unas capas de nubes de tinte desvaído —como las mariposas nocturnas que se dirigen en las

sombras hacia un rosal silvestre—, los hombres hubieran comprendido su lengua. En el pesado silencio Rodrigo sujetó las riendas de su caballo y se mantuvo a la espera. No sabía qué esperaba; quizá alguna respuesta sobrenatural a sus pensamientos vacilantes que habían errado lejos de la Tierra, a pesar de que no afloraron en él palabras con las cuales pudiese formular su pregunta y no sabía qué pregunta podrían formular. Todo él vibraba con humano anhelo, yo no sé qué es, pero quizá lo sepan los filósofos. Estaba allí esperando, mientras un pájaro tardío volaba hacia su nido; estaba allí inmóvil mientras Morano se maravillaba. Y nada habló desde ningún sitio.

Y un perro comenzó a advertir la presencia de la luna, un niño lloró repentinamente porque lo sacaron de la calle donde había estado deambulando a la hora de ir a la cama, un perro viejo se levantó de donde había yacido al sol y ferviente, aunque confiadamente, arañó una puerta, un gato espío a la vuelta de la esquina, un hombre habló; Rodrigo supo que ya no habría respuesta.

Rodrigo azuzó su caballo, el cansado animal se puso en movimiento y Morano y él cabalgaron lentamente por la calle.

Doña Serafina del Valle del Crepúsculo había abandonado el calor del aposento que miraba a los campos y en el cual el sol había resplandecido todo el día; a la puesta de sol se había ido a sentar en el balcón que miraba a la calle. Lo hacía a menudo en los atardeceres; pero mientras permanecía allí sentada era más lo que soñaba que lo que contemplaba en la calle, porque todo lo que había allí para ver lo conocía sin mirarlo. Atardecer tras atardecer, tan pronto como terminaba el invierno, el vecino de al lado salía, se estiraba y bostezaba y se sentaba en una silla junto a su puerta, y el vecino dé\* enfrente cruzaba la calle con paso lento hasta acercársele y hablaban con interés de la venta de ganado y a veces, con mayor frialdad, de los asuntos de los reyes. Sabía, aunque no le importara saberlo, en qué preciso momento comenzarían su conversación los dos viejos. Conocía al dueño de cada uno de los perros que estiraban sus miembros en el polvo hasta que soplaban brisas frescas en la penumbra y se levantaban insatisfechos. Conocía todos los asuntos de aquella calle como una lección muy, muy antigua, que le hubieran enseñado con persistencia, y sus pensamientos se alejaban hacia los valles de la imaginación donde se encontraban con las fantasías de muchas otras doncellas; y allí danzaban juntas a través de la prolongada luz vespertina de la primavera. Y luego llegaría su madre y le advertiría que estaba refrescando y Serafina cambiaría el misterio del anochecer por el interior de la casa y la luz de las velas. Así ocurrió crepúsculo tras crepúsculo durante toda la primavera y el verano durante dos largos años de su juventud. Y entonces, en este crepúsculo, mientras los dos vecinos viejos comenzaban a discutir si a España le resultaría beneficioso o no dominar el mundo entero, en el momento en que uno de los perros del camino se levantaba con lentitud para sacudirse, todos los vecinos y los perros alzaron las cabezas para mirar, y allí estaba Rodrigo cabalgando por la calle y Morano siguiéndolo. Cuando Serafina vio esto retrotrajo los ojos del mundo de los sueños, ya que no soñaba tan profundamente como para que la capa y la pluma de

Rodrigo no encontrasen un lugar en los lindes de su ensueño. Cuando vio el estilo con que se erguía en el caballo y cómo portaba la cabeza permitió que sus ojos rutilaran por un momento hacia la calle desde su balcón. Y si algún lector crítico pregunta cómo lo hizo, yo le contestaré: «Mi buen señor, no se lo puedo decir, porque no lo sé», o «Mi querida señora, ¡qué pregunta!». Y no puedo imaginarme dónde aprendió a hacerlo pero no había nada más fácil. Y luego Serafina sonrió al pensar que justamente había hecho lo que su madre le había advertido que era peligroso hacer.

—Serafina —dijo su madre en ese momento junto al amplio ventanal—, la tarde está refrescando. Podría ser peligroso permanecer allí por más tiempo.

Y Serafina entró a la casa como lo había hecho ante la llegada de la oscuridad durante tantos crepúsculos.

Rodrigo extrañó aquel destello de sus ojos, lanzado bajo la negrura de su cabello, tanto como solo puede extrañar la juventud en toda su gloria y libertad primeras.

Porque en el punto de ese sendero llamado vida en el que entonces se encontraba Rodrigo, uno está en lo alto sobre un risco por encima de los promontorios de los vigías, más abajo únicamente de los picos de los profetas, lugar desde donde ve cosas tales. No obstante, no era necesaria la juventud para distinguir a Serafina. Los mendigos la habían bendecido por el porte de su cabeza.

Giró un poco esa cabeza mientras franqueaba los ventanales, de modo tal que Rodrigo al mirarla distinguió el modelado bellísimo de su cuello, y casi en ese mismo momento murió la postrera luz del día. Las ventanas se cerraron; y Rodrigo cabalgó con Morano en busca de la fragua que tenía Fernández, el herrero. Y así llegaron a la fragua del pueblo, una cabaña con un techo alto y enorme cuyas vigas estaban al resguardo de las chispas; y su fuego brillaba rojizo a la luz de la luna a través de la entrada ancha apropiada para los caballos, a pesar de que parecía que no había ningún trabajo en marcha, si bien un hombre de bigote moreno estaba apilando más leños. Sobre la puerta, estampado en fuego sobre el roble con grandes letras desgarradas se leía:

## **FERNANDEZ**

—¿A quién buscáis, señor? —le dijo a Rodrigo, quien se había detenido ante él mientras el hocico de su caballo resoplaba junto al umbral.

—Busco —dijo— al que no es Fernández.

—Ese soy yo —repuso el hombre que estaba junto al fuego.

Rodrigo no preguntó más, desmontó y ordenó a Morano que hiciera entrar los caballos. Y entonces distinguió en la oscuridad, en el fondo de la herrería, a los dos caballos que había visto en el bosque. Y estaban herrados como nunca había visto herrado a ningún caballo antes, pues las herraduras de las patas delanteras estaban unidas por una cadena remachada sólidamente y lo mismo sucedía con las de las

patas traseras; y ambos caballos estaban herrados del mismo modo. El método era igualmente novedoso para Morano. Y entonces el hombre del bigote moreno tomó otro manajo de herraduras que colgaban de cadenas por pares. Y Rodrigo no estaba muy desacertado al conjeturar que cuando la Guardia localizara sus caballos se encontraría con que Fernández estaba muy lejos de vacaciones, mientras quien los herró se habría ido de allí para atender otros quehaceres. Y todo este asunto le pareció a Rodrigo que no era de su incumbencia.

—Adiós —le dijo al herrero que no era Fernández; dando una palmada a su caballo lo dejó, después de asegurarse de que le darían una ración de avena. Y de este modo, Rodrigo y Morano marcharon de nuevo a pie, Morano, jubiloso pese a la fatiga y el dolor, alegrándose al sentir la tierra plana bajo la suela de sus zapatos una vez más; Rodrigo un poco abatido.

Cómo Rodrigo cantó con su laúd y lo que resultó de la serenata.

## CRÓNICA SEXTA

---

### Cómo Rodrigo cantó con su laúd y lo que resultó de la serenata

**L**entamente, en silencio, caminaron de regreso por la calle por la que habían llegado cabalgando. La Tierra se oscurecía, la luna lucía más brillante, y Rodrigo, contemplando el disco de un dorado pálido, comenzó a preguntarse quién habitaría en los valles lunares, y qué mensaje, si había allí algún pueblo, podría transmitir a nuestra gente, en qué lengua podría estar ese mensaje y cómo podría llegar a través de esa distancia límpida que mecía la luz sobre las costas de la Tierra y en silencio golpeaba contra las playas lunares. Y, mientras se preguntaba estas cosas, pensaba en su laúd.

—¡Morano! —dijo—, ¡comprad tocino!

Los ojos de Morano se iluminaron; estaban a cuarenta y cinco millas de las colinas donde había probado tocino por última vez. Con una sola mirada eligió una casa, y luego se fue. Rodrigo pensó demasiado tarde que se había olvidado de decirle a Morano dónde debía encontrarlo y, lo que era peor, la noche ya caía sobre un pueblo desconocido. A duras penas, reflexionó Rodrigo, sabía él mismo adónde se dirigía. Sin embargo, si las melodías antiguas que acechaban en sus huecos, las que repetían, aunque imperceptiblemente, el eco de anocheceres desvanecidos tiempos atrás, daban al laúd algún conocimiento sobre asuntos humanos, que otras cosas inanimadas no pueden poseer, el laúd lo sabía.

En nuestra fantasía, invoquemos a la sombra de Morano desde aquella generación remota. Preguntémosle adónde va Rodrigo. Esos ojos azules, oscurecidos por la distancia desde la cual los ha invocado nuestra fantasía, se miran en nuestros ojos con asombro.

—Yo no sé —dice— adónde va Rodrigo. Mi amo no me lo dijo.

—¿No vio nada cuando cabalgaron junto a aquel balcón?

—Nada —responde Morano—, excepto a mi amo que cabalgaba.

Podemos permitir que la sombra de Morano sea llevada de aquí de nuevo, ya que no descubriremos nada, y ni siquiera esta es una época propicia para invocar espíritus.

Rodrigo caminaba lentamente en la penumbra profunda de aquella calle como si se preguntara todo el tiempo adónde iría; y muy pronto él y su laúd estaban debajo de

aquel balcón donde había visto el resplandor del cuello blanco de Serafina a la postrera luz del día. Ahora los conjuros de la luna encantaban la Tierra con todo su poderío.

El balcón estaba vacío. ¿Podría acaso haber sido de otro modo? Y, sin embargo, Rodrigo se lamentaba. Porque entre la visión que atrajo sus pasos hasta allí y aquel balcón desnudo bajo ventanales cerrados había la misma diferencia que existe entre un puerto, buscado a través de leguas de mar, y un escarpado acantilado, no previsto en las cartas marinas. Provocaba cierta ansiedad en la música que tocaba y una melancolía nueva para Rodrigo, aunque muchas veces antes y, a menudo al anochecer, ese laúd había enviado hacia el Espacio inaudito el lamento que el hombre no puede proferir, porque el alma de un hombre precisa un laúd como compañero para enfrentar el veredicto de las estrellas heladas, así como también el hombre necesita un bulldog para quehaceres más mundanos.

De pronto, desde las profundidades de aquel sólido laúd antiguo en el que tantos pesares humanos habían entretejido melodías extraídas de sí mismos, tal como las arañas hilan grises telarañas brumosas, hasta que todo queda embrujado con la música, de pronto, repito, el lamento antiguo subió de nuevo hasta las estrellas, hebra de súplica hilada con el material que también se destila en las lágrimas, buscando, ¡quién sabe qué! Y, aunque el Destino es sordo, todo lo que el hombre pide en la música ya había sido concedido.

¿Qué pesares había conocido Rodrigo en su vida para que tocara una melodía tan triste? No sé. Era el laúd. Cuando el laúd fue fabricado conoció de inmediato todas las penas del hombre y todas las antiguas melodías innominadas que nadie puede precisar. Las conoció como conoce el perro la alianza que sus antepasados hicieron con el hombre. Un laúd enjuga las lágrimas que su material no puede derramar o pronuncia plegarias más profundas que las que pueden pronunciar los labios de su amo, así como un perro lucha por su dueño con dientes más largos que los del hombre. Y si bien la luz de la lima fluía sin ser perturbada y, aunque el Destino fuera sordo, la belleza de esas frescas melodías que surgían de sus dedos y se elevaban hacia las estrellas emocionaba, al menos, el corazón de Rodrigo, doraba sus sueños y proporcionaba una quejumbrosa gloria otoñal a sus pensamientos; y así cantó, completamente renovado, como nunca había cantado antes, con una voz límpida al borde de las lágrimas, una canción de amor tan antigua como los bosques de los valles paternos en cuyos linderos la había oído fluir a través del crepúsculo. Y, mientras tocaba y cantaba, con su alma joven absorbida en la música imaginaba (¿y por qué no, si de algún modo se preocupan por nuestras almas en el Cielo?), imaginaba a los ángeles apoyando las cabezas en una estrella y asomándose desde los Cielos entre las constelaciones para escuchar.

—¡Qué canción despreciable, señor, y qué despreciable la melodía que la acompaña! —dijo una voz bastante próxima.

Por más que las palabras herían el orgullo que le inspiraba su laúd, Rodrigo no

pudo menos que reconocer en esa voz la entonación de un hidalgo y supo que era un igual quien ahora se le aproximaba a la luz de la luna doblando la esquina de la casa del balcón; y supo que la ofensa que profería cortésmente sería acogida con similar cortesía.

—Señor —dijo—, os ruego que me permitáis apoyar mi laúd contra la pared y dejarlo a buen recaudo antes de que hablemos de mi canción.

—Como gustéis, señor —replicó el desconocido—, ya que no hay problemas con el laúd.

—Señor —dijo Rodrigo—, os lo agradezco profundamente.

Y se inclinó ante el galán, el que según veía era un hombre joven, esbelto y delgado como él mismo, alguien que sin duda hubiésemos elegido para protagonizar estas Crónicas si no hubiéramos encontrado a Rodrigo.

Luego Rodrigo retrocedió unos pasos y colocó su pañuelo en el suelo, sobre él puso el laúd y lo apoyó contra la pared. Cuando el laúd estuvo a resguardo de la tierra o de cualquier accidente, se aproximó al desconocido y desenvainó la espada.

—Señor —dijo—, ahora nos ocuparemos de la música.

—Con sumo placer y de inmediato, señor —respondió el joven, quien también sacó la espada. No había nubes; había luna llena; el anochecer pintaba bien.

Escasamente había comenzado a brillar en la calle el relámpago de luz de los delgados estoques al entrecruzarse a la luz de la luna, cuando apareció Morano y permaneció allí, observando. Después de comprar tocino se había encaminado directamente a la casa del balcón. Porque, aunque no sabía latín, no había pasado por alto la silenciosa acogida que ese pueblo tributó a su amo, ni se había equivocado al interpretar la esencia de las palabras que la mirada muda de Rodrigo había querido expresar. Se quedó allí observando mientras cada combatiente defendía su propio terreno.

Rodrigo recordaba todos los pases y fintas que había aprendido de su padre y que le habían sido enseñados a este, cuando era joven, por Sevastiani, un maestro de armas de Madrid; algunos eran famosos y otros poco conocidos. Y todos: estos pases, a medida que los intentaba uno a uno, los paraba su rival desconocido. Y, por un momento Rodrigo temió que Morano viera cómo esos pases, en los que tanto confiaba, eran contrarrestados por aquella espada desconocida; luego pensó que Morano no sabía nada acerca del arte del estoque y como esa idea le proporcionó cierta satisfacción evitó estocadas que eran nuevas para él. Pero algo le dijo a Morano que en esa lid el desconocido era el amo y señor y que, en aquella espada azul pálida iluminada por la luz de la luna, le aguardaba a Rodrigo una muerte segura. Se retiró de su ubicación ventajosa y pronto se perdió entre las grandes sombras; mientras tanto se enfrentaban los estoques y los aceros se entrecruzaban con un sonido tal como si la Muerte estuviera afilando suavemente su guadaña en la oscuridad. Ahora Rodrigo estaba cediendo terreno, su rival ya lo presionaba; estocadas que había creído invencibles habían fracasado; evitaba con dificultad los ataques de su rival y

de inmediato tenía que contrarrestar otros; el desconocido lo asediaba, estaba sobre él, anulando sus fáciles defensas; llevó el estoque hacia atrás para efectuar un pase mortal, aprendido en una escuela secreta, en la cueva de unas montañas que conocía y que había practicado con certeza, y cayó desplomado a los pies de Rodrigo, al ser golpeado exactamente en la parte posterior de la cabeza por la sartén de Morano.

—¡Bandido maldito y despreciable! —gritó Rodrigo cuando vio ante sí a Morano con la sartén en la mano y con una expresión tan estúpida como la que se advierte en la cara de un perro que ha hecho alguna tontería que, según piensa, deleitará a su dueño.

—¡Amo! ¡Soy vuestro sirviente! —dijo Morano.

—¡Bandido despreciable! ¡Miserable! —replicó Rodrigo.

—Amo —interpuso Morano quejumbrosamente—, ¿debo velar por vuestra comodidad, por vuestra comida, pero no por vuestra vida?

—¡Silencio! —exclamó Rodrigo mientras se agachaba con ansiedad junto a su rival, quien no estaba inconsciente sino solo mareado, y que ahora se ponía de pie con la ayuda de Rodrigo.

—¡Ay, señor! —dijo Rodrigo—, ese tonto bandido es mi sirviente. Será azotado. Será flagelado. Le será arrancada su carne despreciable. ¿Os duele la herida, señor? Sentáos y descansad mientras golpeo al bandido y luego reanudaremos nuestro encuentro.

Corrió a buscar su pañuelo sobre el que descansaba el laúd y lo extendió sobre el polvo ante el desconocido.

—No, no —dijo este—. Mi cabeza se aclara de nuevo. No es nada.

—Pero descansad, señor, descansad —repuso Rodrigo—, siempre es bueno descansar antes de un encuentro. Descansad mientras castigo al bandido.

Y lo condujo adonde estaba el pañuelo tendido sobre el suelo.

—Dejadme ver la herida, señor —prosiguió.

Y el desconocido se sacó el sombrero emplumado en tanto Rodrigo lo obligaba a sentarse. Mientras se sentaba, se quitó el sombrero y dejó al descubierto la herida que, según se advertía, no era demasiado grave.

—¡Sean alabados los Santos benditos! —exclamó Rodrigo—. No es necesario suspender nuestro encuentro. Pero descansad un rato, señor.

—De veras, no es nada —contestó el otro.

—Pero la indignidad es inconmensurable —se lamentó Rodrigo—. ¿Os importará, señor, cuando estéis bien descansado, propinar vos mismo el castigo?

—En cuanto a eso —dijo el desconocido— puedo castigarlo ahora mismo.

—Si es que estáis completamente recuperado, señor —dijo Rodrigo—, mi propia espada está a vuestra disposición para golpearlo de plano con ella llagándolo o como gustéis. Así vuestra espada no se deshonrará al tocar la piel de semejante bandido despreciable.

El desconocido sonrió; la idea le resultaba atractiva.

—Hacéis una noble reparación, señor —dijo mientras se inclinaba sobre la espada ofrecida por Rodrigo.

Morano no había ido lejos, permanecía cerca, meditando. «¿Qué debía hacer un sirviente sino trabajar para su amo?», se preguntaba. «¿Y cómo trabajar para él si se moría?». Y muerto por culpa suya, tal como le parecía a Morano, si permitía, cuando se dio cuenta de que estaba a punto de hacerlo, que cualquier hombre lo matara. Permanecía allí confundido. Y repentinamente vio a la clara luz de la luna al desconocido que venía hacia él furiosamente con una espada. Morano estaba asustado.

Cuando el hidalgo llegó hasta donde estaba Morano, extendió la mano izquierda para asirlo del hombro. La sartén subió, el desconocido trató de atajar un golpe que ninguna escuela enseñaba ni conocía y, por segunda vez, cayó en tierra con la cabeza bamboleante. Rodrigo giró hacia Morano y le dijo... No, el realismo está muy bien y yo sé que mi deber como autor es contar todo lo que sucedió y que podría ganar fama como escritor osado y no convencional; pero sé al mismo tiempo que alguna jovencita leerá esto el año próximo en algún país lejano o dentro de veinte años en Inglaterra y espero que no tenga que leer lo que dijo Rodrigo. Confío en que no le fallaré. Pero lo esencial era que debía dejar ese lugar al instante y abandonar su servicio para siempre. Y al oír aquellas palabras Morano se retiró apesadumbrado, e instantáneamente se perdió en la oscuridad. Mientras tanto Rodrigo corrió una vez más a ayudar a su rival caído.

—Señor, señor —exclamó con una emoción que algunos siglos desgastadores y un clima frío nos han enseñado a no evidenciar y, más allá de esas palabras, no encontró otra cosa que decir.

—Atontado, solo estoy atontado —aclaró el desconocido.

Una lágrima cayó sobre su frente mientras Rodrigo lo ayudaba a ponerse de pie.

—Señor —dijo Rodrigo fervorosamente—, concluiremos nuestro encuentro, sea como fuere. El bandido ya se fue y...

;—Pero estoy un poco atontado —advirtió el otro.

—Me sacaré un zapato —dijo Rodrigo— dejándome puesto el otro. Eso equiparará nuestra falta de equilibrio y vos no seréis defraudado en nuestro encuentro. Venid —añadió amablemente.

—No puedo ver con la misma claridad que antes —murmuró el joven hidalgo.

—También me vendaré el ojo derecho —dijo Rodrigo— y si esto no nos equipara...

—Es un ofrecimiento muy justo —repuso el joven.

—No podría soportar que resultarais frustrado en vuestro desafío —exclamó Rodrigo—, ¡si no hubiese sido por ese espíritu del Diablo que se ha recubierto de gordura y se atreve a usurpar la dignidad de un hombre...!

—Es un ofrecimiento absolutamente justo —dijo el joven de nuevo.

—Descansad, señor —reiteró Rodrigo—, mientras me quito el zapato —y le

indicó su pañuelo que todavía estaba en el suelo.

El desconocido se instaló con un poco de dificultad y Rodrigo, sentándose en la tierra, se quitó el zapato izquierdo. Entonces comenzó a pensar un tanto ansiosamente en el rostro que había brillado desde ese balcón, donde ahora todo estaba oscuro, envuelto en la sombra adonde no llegaba la luz de la luna. El vacío y la oscuridad del balcón lo oprimían, porque casi no podía abrigar esperanzas de sobrevivir en un encuentro con aquel espadachín, cuya habilidad comprendía que era de un tipo diferente al suyo, un tipo de habilidad de la que no sabía nada. Todos sus pases y fintas eran conocidos, mientras los de su rival eran desconocidos y nuevos para él, y aun era posible que dispusiera de otros. El mareo del desconocido no alteraba la situación, porque Rodrigo sabía que la ventaja que le había concedido era justa e inclusive generosa. Creía que se aproximaba a su tumba y no podía ver una chispa de luz que desvaneciera ese ominoso pensamiento, aunque a menudo nos protegen más posibilidades que las que podemos advertir en tales ocasiones. La ausencia de Serafina lo entristecía como una puesta de sol apesadumbrada.

Rodrigo se levantó y, calzado con un solo zapato, cojeó hasta el desconocido que estaba sentado sobre su pañuelo.

—Ahora me vendaré el ojo derecho, señor —dijo.

El joven se incorporó, sacudió el polvo del pañuelo y se lo dio a Rodrigo con una renovada expresión de gratitud ante la justicia de la extraña ventaja. Cuando Rodrigo se hubo vendado el ojo, el desconocido le devolvió la espada, que sostenía en la mano desde su intento de golpear a Morano y, desenvainando la suya, retrocedió unos pocos pasos. Rodrigo lanzó una mirada desesperada al balcón, lo vio vacío y negro como siempre; luego enfrentó a su rival, esperando.

—¡Vendarse un ojo, vaya ocurrencia! —musitó Mora—, no mientras se colocaba detrás del desconocido y lo golpeaba por tercera vez derribándolo con un golpe feroz en la cabeza propinado por su sartén.

El joven hidalgo se derrumbó silenciosamente.

Rodrigo dio un grito de furia y se precipitó hacia Morano blandiendo la espada. Morano ya había comenzado a correr; y, como sabía que en esa carrera se jugaba la vida, mantuvo por un rato la distancia que lo separaba del estoque. Rodrigo sabía que ningún hombre rollizo de más de cuarenta años podría superar durante mucho tiempo su velocidad de joven delgado. Vio a Morano delante de él con claridad, luego lo perdió de vista por un momento y corrió persiguiéndolo con absoluta certeza de que lo alcanzaría. Corrió y corrió. Finalmente, tuvo que reconocer que Morano se había perdido en esa oscuridad, que siempre está tan cerca de la luz de la luna, y que su sirviente de ningún modo se hallaba delante de él. Así que regresó hasta donde estaba su rival derribado y lo encontró respirando con dificultad en el sitio donde había caído, apenas consciente. Sin duda, el tercer golpe de sartén había logrado su propósito. La furia de Rodrigo se calmó únicamente porque es difícil sentir dos emociones a la vez; cedió su lugar a la lástima, aunque cada tanto volvía a encenderse

repentinamente y a apagarse. Envainó la espada, levantó al joven hidalgo y lo llevó hasta la puerta de la casa junto a la cual habían luchado.

Con un puño golpeó la puerta sin soltar al herido que sostenía y continuó golpeando hasta que se oyeron pasos y los cerrojos quejosos comenzaron a crujir como si, demasiado temprano, se los despertara de su sueño herrumbroso en los huecos pétreos.

Un sirviente abrió la puerta de la casa del balcón y, cuando vio al hombre que traía Rodrigo, corrió hacia el interior alarmado, como quien se precipita a dar malas noticias. Portaba una vela y, cuando hubo desaparecido con su llama flameante, Rodrigo se encontró en una antesala larga iluminada únicamente por la luz de la luna, que penetraba a través de los pequeños paneles de cristal facetado de la parte superior de un alto ventanal. A solas con los ecos y las sombras, Rodrigo transportó a través de la antesala al herido que estaba mascullando algo mientras recuperaba la conciencia. Y, mientras lo hacía, afloraron en Rodrigo sentimientos intermedios entre el asombro y la esperanza, porque cuando golpeó esa puerta no tuvo otro propósito que conseguir ayuda y un refugio para el herido. Al final de la antesala llegaron a una puerta abierta que conducía a una cámara iluminada parcialmente por la luz de la luna.

—Allí adentro —dijo el hombre que llevaba alzado.

Rodrigo lo llevó adentro y lo recostó en un lecho largo que estaba en el fondo del aposento. Unos inmensos retratos que se vislumbraban en la oscuridad gracias a los rayos lunares observaron a Rodrigo con aire severo. No podía ver sus caras en la penumbra pero supo de algún modo que le estaban frunciendo el ceño. Otros dos retratos iluminados por la luz de la luna lo miraban con absoluta apatía. Una bienvenida tan fría por parte de las generaciones pasadas de aquella casa no le presagiaba nada bueno respecto a quienes habitaban allí en el presente. Rodrigo sabía que al conducir al herido cumplía con su deber de cristiano; y, sin embargo, era inútil exponer los méritos del caso ante los malos augurios que colmaban la cámara, acechando desde el borde de la luz de la luna en la oscuridad, apareciendo y desapareciendo hasta que la sombra quedó plena de presagios. Había allí agüeros que sabían algo. El herido le agradeció con pocas palabras y voz débil, pero los rostros apáticos parecían decir: «¿Y con esto qué?». Y los rostros ceñudos que no podía distinguir aún llenaban la oscuridad con su enojo.

Y, entonces, en el extremo de la cámara, vestida de blanco y reluciente a la luz de la luna, apareció Serafina.

En silencio reverente Rodrigo la vio avanzar. La vio atravesar la luz de la luna y oscurecerse y resplandecer de nuevo a la luz de la luna que fluía desde otra ventana. Por donde ella había entrado, en el extremo opuesto de la cámara, apareció un gran círculo del color del oro apagado; era el sirviente que regresaba con la vela y la sostenía en alto para darle luz a Doña Serafina. Pero esa única llama parecía ennegrecer aún más la oscuridad; y, a pesar de la pequeña alegría que traía a las

sombras, hubiera sido mejor que nunca hubiese desafiado esas masas de oscuridad, porque en esa cámara alta, entre los retratos cavilosos, esa llama parecía trivial, efímera, moderna, incapaz de competir con el poder de las cosas antiguas, de los días muertos y las voces olvidadas que moraban en la oscuridad porque los días que les habían usurpado todo bien les habían robado además la luz del sol.

Allí permanecía el servidor sosteniendo en alto la vela, y los rayos de la luna se tornaron aún más mágicos junto a ese objeto oscilante, pequeño y mundano. Serafina se desplazaba en la luz de la luna como si sus rayos fueran sus hermanos, con los que se reunía brillante y silenciosamente en alguna isla, más allá de los límites de la Tierra (así como le parecía a Rodrigo, tan apacible y resplandeciente era su figura esbelta al moverse y tan alejados de él parecían sus ojos). Y entonces en Rodrigo nació ese sentimiento que algunos ridiculizan y otros tratan de rechazar dando explicaciones, el sentimiento que es la materia prima de todo relato novelesco y el objetivo y el logro de toda la Tierra. Y su amor por Serafina le parecía que no era únicamente un hecho en su vida sino que además formaba parte de destinos velados y sombríos y que tenía la bendición de días más distantes; unas barbas grises parecían asomarse de las tumbas en lugares olvidados para dar su aprobación; unas manos parecían saludarlo surgiendo de un lejano tiempo futuro; más aún, esta aprobación inmensa, que daba su bendición a esta fantasía juvenil de su joven corazón, parecía ensancharse más y más como el oro de un atardecer estival o el zumbido de las abejas que revolotean en verano en hileras interminables de limoneros, hasta que se convierte en una parte de la historia del hombre. Los días de primavera de sus primeros recuerdos parecían participar en ese hecho tanto como los atardeceres maravillosos de los días que vendrían, hasta que su amor por Serafina y el destino de la Tierra fueron una misma cosa; y, errantes en sus lejanos derroteros, supo que las estrellas también lo bendecían. Pero Serafina se dirigió al hombre que estaba en el lecho sin dirigir una sola mirada a Rodrigo.

Sin mirar ni un momento a Rodrigo, se inclinó sobre el hidalgo herido. Este se irguió un poco apoyándose en un codo. «No es nada, Serafina», dijo.

Aún así ella se inclinaba sobre él. El hidalgo apoyó la cabeza en la almohada nuevamente pero esta vez con los ojos abiertos y límpidos. Ella le puso una mano en la frente y le habló con voz queda; le prodigaba una simpatía por la que Rodrigo se hubiera dejado degollar; y todo, pensaba Rodrigo, por tres golpes de sartén propinados por un bandido; y su furia contra Morano volvía a encenderse ferozmente una vez más. Luego lo acometió otro pensamiento surgido de las sombras, donde se erguía Serafina completamente de blanco, una figura para solaz del espíritu. ¿Quién era ese hombre que armonizaba tan misteriosamente con los objetos desconocidos que embrujaban la oscuridad de esa cámara? ¿Por qué lo había enfrentado esa noche? ¿Qué vínculo lo unía a Serafina? Desde el centro de la oscuridad los pensamientos se agolpaban en él, sombríos y agoreros como las sombras que les daban origen. Permaneció allí de pie sin atreverse a hablar con Serafina, esperando una autorización

para dirigirle la palabra, aunque más no fuera una mirada. Pero ella no le dirigió ni una mirada.

Y entonces, como si hubiese sido reanimado por su belleza, el herido cerró los ojos. Serafina permaneció junto a él, ansiosa y callada, resplandeciente en aquel lugar sombrío. El sirviente aún sostenía en alto la vela solitaria en el otro extremo de la cámara, como si se precisara una luz terrenal para enfrentar la luna fantástica, la cual, de no encontrar opositores, sumiría todo en la magia. Allí permanecía Rodrigo respirando apenas. Todo estaba silencioso. Y entonces, a través de la puerta por la cual había entrado Serafina, pasando esa solitaria vela dorada que desafiaba a la luna, atravesando la luz de la luna y la oscuridad a lo largo de todo el aposento, se hizo presente la señora de la casa, la madre de Serafina. Se encaminó, como lo había hecho Serafina, directamente hacia el hombre que estaba en el lecho sin dirigirle ni una mirada a Rodrigo, caminando de manera similar a la de Serafina, con el mismo porte e idéntica dignidad, aunque los años le habían arrebatado la gracia que poseía Serafina, de modo que, aunque se notaba que eran madre e hija, la dama de más edad traía al recuerdo todas las cosas encantadoras de la Tierra: amplios jardines al atardecer, estatuas envueltas en la penumbra, el verano y todo cuanto nos liga a las cosas terrenales; pero, en cambio, Serafina le hacía recordar a Rodrigo la luz crepuscular en la que la vio por primera vez, y se imaginaba que su terruño era un lugar remoto, con suaves praderas, cerca de la luna, donde ella había caminado nimbada por una eterna luz crepuscular junto a todas esas cosas delicadas de nuestra fantasía, demasiado hermosas para la tierra áspera.

Mientras la dama se aproximaba al lecho en donde yacía el joven, sin dirigir ni una mirada Rodrigo, los sueños juveniles de nuestro héroe volaban como mariposas que, oscilando en lo alto, en el calor de junio, fueran repentinamente sumergidas en la noche por un eclipse total de sol. Él nunca había hablado con Serafina ni había visto a su madre, y ellas no estaban al tanto de su nombre; sabía que él, Rodrigo, no tenía derecho a que lo acogieran amistosamente. Pero sus sueños se habían congregado en exceso en torno al rostro de Serafina, y se habían cobijado tanto en su belleza que ahora se desvanecían agonizantes; y cuando mueren los sueños de un hombre, ¿qué se mantiene, si él subsiste detrás de ellos?

Repentinamente Rodrigo advirtió que estaba sin su zapato izquierdo y que su ojo derecho aún se hallaba vendado; no había notado estos pormenores mientras su única preocupación era el hombre que transportaba a un refugio, pero ahora le remordía la conciencia pensar en sí mismo. Abrió la boca para dar una explicación; pero antes de que las palabras acudieran a él, al mirar el rostro de la madre de Serafina que estaba de pie junto al lecho, presintió que, sin saber cómo, había agraviado de algún modo a los Penates de esa casa, o a lo que fuera estuviese oculto en la oscuridad de aquella larga cámara, por haber llevado allí a ese joven para que se repusiera de la herida recibida.

La depresión de Rodrigo provenía de estas causas pero, una vez que surgió,

empezó a acrecentarse por su propio poder: no había comido nada desde la mañana y en el estado de ánimo que acicateaba el hambre su depresión creció en forma descomunal. Abrió la boca una vez más para despedirse, se sintió oprimido por toda clase de pensamientos que lo mantuvieron mudo, se alejó en silencio y abandonó la casa. Afuera recobró el laúd y el zapato. Más que por la fatiga que sus músculos jóvenes habían acumulado durante el trayecto, estaba exhausto a causa de los sueños frustrados que dormían exánimes en su espíritu. Necesitaba dormir; miró las casas cerradas; luego el polvo blando de la calle donde se instalaban los perros durante el día. Pero el polvo estaba más próximo a su estado de ánimo, de modo que se tendió en el sitio donde había luchado con el hidalgo desconocido. Un viento suave vagabundeaba por la calle como un visitante que llegara al pueblo procedente de un valle amigo, pero los cuatro días por los caminos habían familiarizado a Rodrigo con todas las cosas errantes y la brisa que soplaba sobre su frente no lo perturbaba en lo más mínimo; antes de que se cansara de errar en la noche, Rodrigo se había quedado dormido. En el borde mismo del sueño, más allá del cual no se tiene conciencia, oyó un crujido en el ventanal del balcón y, despertándose al instante, miró hacia arriba. Pero nada se movía en la oscuridad del balcón y el ventanal estaba perfectamente cerrado. De modo que cualquier ruido que llegara del ventanal no se originaba en su apertura sino en su cierre; caviló durante un rato; luego su imaginación fatigada descansó y se quedó dormido.

Lo despertó una leve lluvia que le salpicaba la cara; se trata de la primera llovizna que ha caído en una narración novelesca. Hubo tormentas que azotaban las copas de los robles y les conferían formatos terroríficos que se veían en la noche iluminados por los relámpagos, en medio de las cuales los villanos huían cabalgando o los héroes buscaban refugio a medianoche; hubo huracanes que asolaban con gigantescas nubes encapotadas, tremendo granizo y copiosas nevadas; pero hasta ahora nunca hubo una llovizna. Era de mañana; el alba ya estaba avanzada, pálida, gris y desdichada.

Al balcón que estaba sobre él, aún vacío, le era imposible adecuarse a una narración novelesca.

La lluvia goteaba de él tristemente. Su desnudez carente de alegría parecía peor que las sombras más siniestras de la noche.

Rodrigo vio en ese momento una rosa que yacía en el suelo a su lado. Y de todos los sueños, fantasías y esperanzas que afloraron en el espíritu de Rodrigo, surgiendo, derrumbándose y desvaneciéndose, solo sabía una cosa y el resto era un misterio: la rosa había caído allí antes de que empezara a llover. Debajo de la rosa el polvo era blanco, mientras que a su alrededor la lluvia lo estaba tomando grisáceo.

Rodrigo trató de adivinar cuánto tiempo había llovido. Quizá la rosa estuvo junto a él toda la noche. Pero las sombras del misterio no podían retroceder más allá de un único hecho: la rosa había estado allí antes de que comenzara la lluvia. En la casa no se advertían signos de ninguna especie.

Rodrigo puso la rosa a resguardo bajo su chaqueta, envuelta en el pañuelo que

había protegido al laúd, para llevarla consigo lejos del Pueblo de la Penumbra a lugares donde conocen las rosas y a sitios donde carecen de noticias de su existencia, pero para Rodrigo ese pequeño misterio siguió siendo tal hasta mucho tiempo después.

Tristemente abandonó la casa bajo la lluvia triste, alejándose, solitario, en busca de sus guerras.

## CRÓNICA SÉPTIMA

---

### Cómo Rodrigo llegó al Valle de la Sombra

**R**odrigo todavía creía que era un deber de todo cristiano matar a Morano. No obstante, más que la comodidad, más que la estolidez, extrañaba la charla alegre de Morano y esa filosofía que dejaba deslizar con tanta facilidad en cualquier ocasión. En ese primer día de viaje, todo era nuevo; hasta las anémonas le hacían compañía; pero ahora descubría que los caminos eran largos si se los recorría en soledad.

Cuando había sugerido comer o descansar, Morano había acatado sus deseos; cuando había sugerido conquistar un castillo en guerras imprecisas, Morano había estado de acuerdo. Ahora había despedido a Morano y lo había alejado a punta de espada. Ahora no había nadie que cocinara su comida o que creyera en los planes que su ambición había forjado. No había nadie para hablar de las guerras como meta natural del viaje. Solitario bajo la lluvia, las guerras parecían lejanas y los castillos difíciles de alcanzar. La lluvia, carente de romanticismo, caía y caía, sin albergar sueño alguno.

El Pueblo de la Penumbra ya estaba quedando atrás mientras marchaba con sus tristes pensamientos bajo la llovizna, cuando sintió olor a tocino. Trató de descubrir si había una casa, pero la planicie estaba desnuda con excepción de algunos arbustos. Observó la dirección del viento, soplaba del oeste, de donde provenía el olor inconfundible del tocino, y había un fueguito agrisado humeando junto a un arbusto; y la silueta obesa en cuclillas que estaba junto a él, a pesar de que la cara se hallaba vuelta hacia el otro lado, era sin duda alguna Morano. Y, cuando Rodrigo vio que sostenía con ternura aquella sartén infame, la misma arma con la que había cometido aquel acto deleznable, casi sintió una furia justiciera; pero aquella sartén también evocaba otros recuerdos y Rodrigo sintió menos furia que la que pensó que sentía. En cuanto a matar a Morano, Rodrigo creyó, o creyó que creía, que estaba demasiado lejos como para que fuera posible alcanzarlo y propinarle el castigo merecido. En lo que respecta al tocino, Rodrigo lo miró con desprecio, y siguió su marcha por el camino. Pues bien, un lado de la sartén estaba recalentado porque se hallaba un poco inclinada y la grasa de cerdo se había deslizado hacia un costado. Al balancearla de nuevo hacia el otro lado, lentamente, Morano lograba que la grasa se escurriera poco a poco sobre el metal caliente, y cuando así lo hacía, chirriaba. Entonces, tomó la

sartén y un leño que ardía muy bien, y empezó a caminar en dirección a Rodrigo. Avanzaba un poco más adelante que él, y cada vez que la grasa del tocino chirriaba, Rodrigo sentía su olor. Un hecho trivial que inspiraba sus pensamientos; Rodrigo no había comido nada desde la mañana del día anterior y las ideas afloraban en su mente; y, a pesar de que comenzaban por una indignación moral, se adaptaban cada vez más al hambre, hasta que surgió la idea de que, ya que su dinero era el que había comprado el tocino, la comida le pertenecía y tenía todo el derecho a comérsela allí donde la encontrara. Hasta ese punto los esclavos muchas veces pueden dominar a su dueño y el cuerpo dirigir al cerebro.

De modo que, repentinamente, Rodrigo se volvió y caminó dando grandes zancadas hasta donde estaba Morano. «Mi tocino», dijo.

—Amo —dijo Morano, porque el tocino estaba empezando a enfriarse—, dejadme encender otro fueguito.

—¡Bandido! No me llaméis amo —exclamó Rodrigo.

Morano, que sabía cuándo era conveniente hablar y cuándo no, se llamó a silencio, rescoldo el extremo del leño que llevaba y reunió un manojo de ramitas, les sacudió las gotas de lluvia que tenían encima y pronto obtuvo un fueguito para calentar el tocino. No tenía nada que decir que el tocino no pudiera decirlo mejor. Y, cuando Rodrigo hubo terminado de comerse el tocino, reconsideró el caso de Morano escrupulosamente; en él había aspectos en los que no había pensado antes. Reflexionó que para la ejecución de bandidos se debía proveer la persona adecuada. Quizá tendría que entregar a Morano a la Guardia. Su pensamiento siguiente fue dónde encontrar a la Guardia. Con suma facilidad otro pensamiento se hilvanó con el anterior y consistía en que, aunque estuviesen a pie y un poco retrasados, había cuatro de los de la Guardia tratando de encontrarlo. La mente de Rodrigo, que estaba analizando la vida desde el punto de vista de un juez, cambió de improviso al llegar a ese punto. A continuación reflexionó que, prevenir el delito, hacerle comprender a Morano la verdadera naturaleza de su atrocidad, de modo tal que jamás la cometiese de nuevo, podría ser, después de todo, tan apropiado como matarlo. Por lo tanto, lo que llamamos la parte positiva de su personalidad, su juicio prudente, lo decidió a hablar con Morano y a no matarlo; pero cada vez que Morano recordó este cambio misericordioso, siempre lo atribuyó al tocino frito.

—Morano —dijo lo mejor de Rodrigo—, transgredir las Leyes de la Caballería significa tener contra vos las espadas de todos los hombres cabales.

—Amo —repuso Morano—, aquella era una situación sumamente peligrosa.

—Y con justicia —aseveró Rodrigo.

—Amo —afirmó Morano—, de ahora en adelante respetaré esas leyes. Puedo cocinar tocino para vos cuando estáis hambriento, puedo cepillar el polvo de vuestra capa, puedo velar por vuestra comodidad. Esta Caballería no me prohíbe nada de eso. Pero cuando veo que alguien está tratando de mataros, amo, pues bien, debe mataros y ser bienvenido.

—No siempre —replicó Rodrigo un poco secamente, porque le caía muy mal que Morano hablara de modo tan frívolo de cosas sagradas.

—¿No siempre? —preguntó Morano.

—No —repuso Rodrigo.

—Amo, os imploro que me digáis —dijo Morano— cuándo pueden mataros y cuándo no, de modo tal que yo no vuelva a ofenderos otra vez.

Rodrigo le lanzó una rápida mirada, pero descubrió en su rostro ansioso tanta perplejidad que condescendió a hacer lo que Morano le pedía y comenzó a explicarle los rudimentos de las Leyes de la Caballería.

—En las guerras —dijo— podéis defenderme de quienquiera me asedie, o también en caso de que ladrones o cualquier persona común me ataque, pero, si concierto un encuentro con un caballero y cualquier individuo de baja ralea interfiere en alguna medida, entonces este se condenará en el más allá y también será perseguido en el presente porque, como las Leyes de la Caballería están basadas en la religión verdadera, el castigo por quebrantarlas no se limita de ningún modo a este mundo.

—Amo —replicó Morano pensativamente—, si todavía no estoy condenado evitaré esas llamas del Infierno, y nadie, que no hayáis elegido para que os mate, os matará y aquellos que hayáis elegido os podrán matar cuando se os ocurra.

Rodrigo abrió la boca para corregir a Morano pero pensó que, aunque de manera primitiva y cruda, había interpretado la ley correctamente hasta donde su mente se lo permitía.

Así que sintéticamente dijo «Sí» y se levantó y regresó al camino, sin darle a Morano la orden de seguirlo; y esta era la última concesión que hacía a los deberes de la Caballería por causa de la falta de Morano. Morano tomó la sartén y siguió a Rodrigo, y cuando llegaron al sendero caminó detrás de él en silencio.

Caminaron así tres o cuatro millas, Morano con conciencia de que estaba castigado y tratando de no llamar la atención con su habla locuaz. Pero después de una hora cesó la lluvia, y al aparecer el sol Morano habló de nuevo.

—Amo —dijo—, el próximo hombre que elijáis para mataros, tratad de que sea uno demasiado primitivo para conocer los ardidés del estoque, demasiado ignorante para otra cosa que no sea quereros bien, algún obeso pobre y tonto de más de cuarenta años que será demasiado pesado para evitar la punta de vuestro espadín y demasiado mayor para que le importe cuando lo matéis por vuestra Caballería, ya que lo mejor de la vida ya ha pasado a los cuarenta y cinco.

—Aquí hay maderas —dijo Rodrigo—. Comeremos un poco más de tocino mientras secáis mi capa junto a un fuego.

De este modo reconoció a Morano como servidor suyo, pero jamás demostró que hubiese comprendido que en las palabras de Morano había una somera descripción de sí mismo o que esas palabras le hubiesen llegado al corazón.

—¿Maderas, amo? —dijo Morano; aunque no era necesario que Rodrigo señalara

los grandes robles que comenzaban a erguirse a ambos lados de su camino, no obstante se dio cuenta de que el otro asunto marchaba bien y así decidió dejar el tema.

Rodrigo extendió un brazo hacia los grandes árboles.

—Sí, por cierto —dijo Morano, y comenzó a lustrar la sartén mientras caminaba.

Rodrigo, al que nada se le escapaba, percibió con una rápida mirada unas lágrimas en los ojos de Morano, aunque su cabeza estaba inclinada hacia abajo sobre la sartén; pero a pesar de verlo no dijo nada porque sabía que todo lo que Morano necesitaba era su perdón y que ya se lo había otorgado; lo que era dar demasiado, reflexionó Rodrigo, si se tenía en cuenta que la falta era tan grande, y decidió no pensar más en el asunto.

Ahora el camino descendía por una pequeña colina y pasaron junto a un roble gigantesco y luego junto a otro. Se encontraban con estos gigantes solitarios cada vez con mayor frecuencia hasta que su campo visual comenzó a oscurecerse por ellos. El camino se estrechó hasta que no fue más que un sendero, la tierra a su lado era agreste y rocosa; Rodrigo se preguntaba a qué clase de comarca estaba llegando. Pero las ramas de algún árbol cruzaban \* frente a su vista continuamente y el único indicio que de esa comarca tenía era el camino por el que avanzaba y que parecía decirle que rara vez transitaban hombres por allí. Más allá de cada árbol gigantesco junto al que pasaban mientras descendían la cuesta, Rodrigo esperaba obtener una vista mejor pero siempre se erguía allí otro para tapanle el campo de visión. Solo después de un rato se dio cuenta de que había penetrado en un gran bosque. Habían llegado al Valle de la Sombra.

La grandeza de este lugar, atravesado por columnas de luz solar, coloreado por el destello de mariposas voladoras, colmado del canto de los pájaros que se imponía sobre el zumbido de los insectos, levantó el ánimo de Rodrigo mientras avanzaba en la mañana.

Aún no hubiese cambiado su rosa por el bosque entero; pero en la potente solemnidad de la foresta su añoranza por la dama que temía haber perdido ya no parecía la única cosa solemne; por cierto, el bosque sombrío parecía armonizar a las mil maravillas con su estado de ánimo; y, ¿qué queja podemos tener contra el Destino cuando esto ocurre? Su estado de ánimo era el de una pérdida trágica, el fracaso de una empresa que sus esperanzas habían emprendido, abrazar la victoria en el ápice del mundo, todos los días caminar exactamente junto al borde del Paraíso, ya que no era menos lo que sus esperanzas y su primer amor se prometían mutuamente; y luego había caminado desesperado bajo la llovizna. Con este estado de ánimo el Destino lo había conducido hasta los antiguos robles solemnes que se erguían como gigantes entre las sombras; y la magnificencia de su abrazo gris con la tierra que les había pertenecido durante siglos era similar a la magnificencia de las grandes esperanzas que él había tenido y su desesperación se consolaba de algún modo con las sombras. Y entonces los pájaros impúdicos parecieron decir: «Esperad de nuevo».

Caminaron varias millas por el bosque y encendieron un fuego antes del mediodía, porque Rodrigo había partido del Pueblo de la Penumbra muy temprano. Junto a él Morano cocinó tocino nuevamente y secó la capa de su amo. Comieron el tocino y se sentaron junto al fuego hasta que todas sus ropas se secaron y, cuando decayeron las llamas de los grandes leños y solo brillaban unas ascuas, todavía permanecieron sentados allí con las manos extendidas hacia el calor del rescoldo; porque para los viajeros errantes un fuego es el alimento, el descanso y la comodidad. Solo cuando se agrisaron las brasas taparon el fuego con tierra y continuaron su itinerario. El sendero se estrechaba y el bosque se volvía más denso.

Habían caminado algunas millas desde el lugar donde encendieron el fuego, cuando un sonido casi inconfundible hizo que Rodrigo mirara hacia adelante. Se había clavado una flecha en un abedul de la derecha, a diez o doce pasos frente a él; y, mientras miraba hacia arriba, otra se clavó en el mismo sitio al mismo nivel que la primera, aunque provenía del lado opuesto; las dos flechas estaban clavadas aproximadamente a diez pies del suelo. Rodrigo desenvainó la espada. Pero cuando una tercera flecha que provenía de detrás de él pasó sobre su cabeza y fue a clavarse en el abedul justo entre las otras dos, se dio cuenta, como lo hubieran hecho mentes menos inteligentes, de que se trataba de una sugerencia; entonces enfundó la espada y se quedó quieto. Morano interrogaba a su amo con la mirada, parecía preguntarle qué debían hacer a continuación. Pero Rodrigo se encogió de hombros; era imposible pelear contra un enemigo invisible que tenía semejante puntería. Eso Morano lo sabía, pero lo que no sabía era si existía alguna ley de la Caballería que exigiese que Rodrigo blandiera la espada en el aire o que se aferrara al abedul hasta que alguien le disparase. Cuando advirtió que al parecer no existía una regla así, Morano se sintió muy satisfecho. Y en ese momento en el camino silenciosamente se hicieron presentes algunos hombres que surgían de distintas partes del bosque. Vestían ropas de cuero marrón y llevaban sombreros de hojas verdes; un disco de cobre grabado colgaba alrededor del cuello de cada uno de ellos. Se acercaron a los viajeros portando arcos y el jefe dijo a Rodrigo:

—Señor, aquí todos los viajeros traen un tributo para el Rey del Valle de la Sombra.

Ante cuya mención todos se sacaron los sombreros e inclinaron las cabezas.

—Vos, ¿qué nos traéis?

Rodrigo no pensó en una respuesta, pero, después de un momento, repuso, en salvaguarda de la lealtad:

—Solo reconozco un Rey.

—Solo hay un Rey en el Valle de la Sombra —respondió el arquero.

—Trae un tributo de esmeraldas —dijo otro, mirando la vaina de su espada. Y entonces lo revisaron y otros revisaron a Morano. Eran ocho o nueve, todos con sombreros de hojas verdes y con cintas del mismo color alrededor de sus cuellos para sostener los discos de cobre. A Morano le sacaron una moneda de oro y unas piezas

de plata grisáceas y grasientas. Uno de ellos tomó su sartén; pero la mirada de Morano suscitó piedad cuando les dijo:

—Me moriré de hambre —de modo que se la devolvieron.

Desabrocharon el cinturón de Rodrigo y le sacaron la espada, la vaina y tres monedas de oro de su faltriquera. A continuación encontraron la pieza de oro que colgaba de su cuello y que todavía se hallaba oculta entre sus ropas donde la había puesto cuando cabalgaba. Después de haberla examinado la volvieron a colocar en su sitio, mientras el jefe volvía a abrocharle el cinturón y le devolvía las tres monedas de oro.

Otros le devolvieron a Morano su dinero.

—Amo —afirmó el jefe, inclinándose ante Rodrigo con el sombrero verde en la mano—, en nombre de nuestro Rey, el bosque es vuestro.

Morano estaba encantado de oír el tratamiento de respeto que se le dispensaba a su amo, pero Rodrigo estaba tan sorprendido que, él que nunca se aturdiría por ninguna razón, no encontró nada más que decir que:

—¿Por qué?

—Porque somos vuestros servidores —repuso el otro.

—¿Quiénes sois? —preguntó Rodrigo.

—Somos los arqueros verdes, amo —respondió—, los que defendemos el bosque contra todos los hombres en nombre de nuestro Rey.

—¿Y quién es él? —inquirió Rodrigo.

Y el arquero respondió:

—El Rey del Valle de la Sombra —ante lo cual todos se sacaron el sombrero e inclinaron la cabeza de nuevo. En vista de que el misterio no se esclarecía con la información que pudiera obtener de ellos, Rodrigo dijo:

—Conducidme ante vuestro Rey.

—Eso no lo podemos hacer, amo —dijo el jefe de los arqueros—, hay muchos árboles en este bosque y detrás de cada uno de ellos tiene el Rey su corte. Cuando nos necesita toca su sonoro cuerno. Pero cuando los hombres lo necesitan a él, ¿quién sabe entre todas las sombras que se esparcen por el bosque cuál es la suya?

Fuese o no interesante este misterio, para Rodrigo era simplemente desconcertante; y como advertía que no se aclaraba concentró su atención en la búsqueda de un refugio para pasar la noche, pues en eso piensan todos los viajeros por lo menos una vez, entre el mediodía y la puesta de sol.

—¿Hay alguna casa en este camino, señor, en la cual pudiésemos descansar durante la noche? —dijo.

—A diez millas de aquí —repuso—, no lejos del camino que tomásteis, está la mejor casa que poseemos en el bosque. Es vuestra, amo, por todo el tiempo en que la honréis con vuestra presencia.

—Vamos entonces —dijo Rodrigo—, y os lo agradezco, señor.

Y así todos marcharon juntos; Rodrigo y el jefe iban adelante y Morano los seguía

con todos los arqueros. Y muy pronto los arqueros comenzaron a cantar canciones del bosque, canciones de caza, canciones de invierno; y canciones de los largos atardeceres estivales, canciones de amor. Alegrados por este entretenimiento las millas pasaban rápido.

De las canciones que cantaban, Rodrigo recogía informes sobre cómo eran y cómo vivían en el bosque conviviendo con las criaturas de la foresta hasta el punto de asemejarse a ellas, matando lo que necesitaban para comer pero protegiendo las pertenencias del bosque contra todos los demás, alejándose en las noches de verano hasta las aldeas próximas donde siempre eran bienvenidos, y prestando fidelidad solo al Rey del Valle de la Sombra.

El jefe le dijo a Rodrigo que se llamaba Miguel Trío de Gansos y que le dieron ese nombre por una hazaña de su juventud, cuando estuvo al acecho con su arco una noche junto a uno de los grandes estanques del bosque, lugar adonde acuden los gansos en invierno. Dijo que el bosque tenía una longitud de cien millas, extendiéndose en su mayor parte a lo largo de un gran valle, que era el que estaban atravesando. Y que en otro tiempo habían sido leales a los Reyes de España pero que ahora solo eran súbditos del Rey del Valle de la Sombra porque los soldados del Rey de España habían intentado talar parte del bosque y el bosque era sagrado.

Detrás de él los hombres continuaban cantando sobre las cosas del bosque y sobre los huertos de las chozas de los pueblos, y con cantos y risas llegaron al final del trayecto. En el bosque había una cabaña como las que construyen los labriegos con cualquiera de los infinitos materiales que les proporciona la foresta. Era una cabaña con techo de paja construida a la manera de los campesinos pero de una dimensión enorme. El jefe entró primero y susurró algo a los que estaban dentro, quienes se pusieron de pie y se inclinaron ante Rodrigo cuando entró; eran unos veinte arqueros y se hallaban sentados a la mesa. Uno no puede hablar de una sala para banquetes en una choza, pero eso parecía, ya que ocupaba más de la mitad de la cabaña y era tan amplia como la sala para banquetes de cualquier castillo. Estaba construida con grandes vigas de roble y, en lo alto de cada extremo, inmediatamente debajo del techo de paja, había ventanas de pequeños paneles cuadrados con su cristal azulino y combo que en ese tiempo constituía una exquisitez en España. A lo largo se extendía una mesa de roble, de una sola pieza, lustrada y oscurecida por las manos de tantos hombres que se habían sentado a ella. De la pared colgaban algunos colmillos de jabalí, unos venablos para cazar jabalíes y algunas enormes cornamentas de ciervos y, en lo alto de una gran silla oscura que estaba en un extremo de la mesa larga y vacía, había una corona de hojas de roble que Rodrigo reconoció, la que también aparecía tallada en la madera de roble de la pared. Era la misma que había sido recortada en esa moneda de oro en la que no había vuelto a pensar desde que cabalgó hasta el Pueblo de la Penumbra y de la que el rostro de Serafina lo había hecho olvidarse. «Pero», dijo y luego se quedó callado porque pensó que aprendería más observando que hablando. Sus compañeros de ruta entraron y todos se sentaron en los bancos que

estaban junto a la mesa amplia y sirvieron un brebaje, una especie de hidromiel suave, al que llamaban agua del bosque. Todos bebieron; sentándose a la mesa y observándolos más de cerca de lo que pudo hacerlo mientras marchaba a través del bosque, vio Rodrigo gracias a la luz del sol que fluía a través de una ventana que en los discos de cobre que llevaban colgados de una cinta verde alrededor del cuello el dibujo siempre era idéntico. Era mucho más pequeño que el que él mismo tenía en la moneda de oro, pero siempre se trataba de la extraña corona vegetal. «Usadla cuando atraveséis el Valle de la Sombra», pareció recordar al hombre que se la colgó del cuello diciéndole esas palabras. Pero, ¿por qué? Porque obviamente se trataba del distintivo de esa banda. Y aquel otro hombre era uno de ellos.

Sus ojos se dirigieron nuevamente al gran dibujo que había en la pared.

—La corona del bosque —explicó Miguel cuando advirtió que los ojos de Rodrigo la contemplaban— como, sin duda, sabéis, señor.

¿Por qué debería saberlo? Por supuesto, porque él mismo llevaba ese distintivo.

—¿Quién la usa? —dijo Rodrigo.

—El Rey del Valle de la Sombra.

Morano no sentía ninguna curiosidad; no cuestionaba la buena bebida; se sentó a la mesa con una copa de asta en la mano, tan feliz como si hubiese llegado al castillo de su amo, aunque todavía no habían conquistado ninguno.

El sol se puso bajo los robles, colmando la sala con un resplandor rojizo, tomando escarlatas los venablos para la caza del jabalí y enrojeciendo las caras rojizas de los felices hombres del arco.

Una docena de hombres salió para relevar la guardia en el bosque, según explicó Miguel. Y Rodrigo se enteró así de que había pasado a través de una línea de centinelas sin ver ni siquiera uno solo. En ese momento otra docena regresó de sus puestos; los hombres se quitaron los arcos, los colgaron de unos tacos que había sobre la pared y se sentaron a la mesa. Allí intercambiaron palabras en voz muy baja y luego todos se pusieron de pie y se inclinaron ante Rodrigo. Alcanzó a escuchar las palabras «un príncipe del bosque». ¿Qué significaban?

Muy pronto la amplia sala se oscureció y su amor a la luz lo indujo a salir para observar la puesta de sol. Y allí estaba el sol bajo nubes indescriptibles, volviéndose gigantesco y amarillo entre los troncos de los árboles y expandiendo con generosidad su gloria entre resplandores luminosos. Se ponía y el cielo al oeste se teñía de rojo sangre y alilado; por el otro extremo del cielo la luna espiaba desde la noche. Se hizo el silencio y hubo frío, una gloria de color y una agonía de la luz; y en medio del silencio el misterio de los robles se tomó mágico. Un mirlo silbó una tonada que no era de esta Tierra sino del reino de las hadas.

Rodrigo deseó tener una ambición menor que conquistar un castillo en las guerras porque, en medio de esos resplandores y entre esos robles, sentía que se podía encontrar la felicidad bajo unos techos de paja. Pero una vez que había forjado su ambición no podía prescindir de ella.

Ahora se encendían velas en la gran cabaña y el ventanal de la amplia sala resplandecía amarillo. Una fuente que no había oído antes se desgranaba en la quietud. Un ruiseñor temprano ensayaba una nota tímida.

—¿Es hermoso el bosque, no es cierto? —dijo Miguel.

Rodrigo no tenía nada que decir. Expresar en palabras la belleza que en ese momento resplandecía en sus pensamientos reflejando el atardecer era tan difícil como que la madera reflejara todo lo que se ve en un espejo.

—Vosotros amáis el bosque —afirmó finalmente.

—Amo —respondió Miguel—, es la única tierra en la que podemos vivir. Hay sendas y ciudades, pero el hombre no está hecho para ellas. No sé, amo, qué pretende Dios de nosotros, pero en las ciudades a cada paso nos encontramos infringiendo las normas comunes, mientras aquí, pues bien, en la foresta nos sentimos en plena libertad.

—Yo también viviría aquí para siempre —dijo Rodrigo.

—La casa es vuestra —repuso Miguel. Y Rodrigo contestó:

—Mañana me voy a las guerras.

Entonces dieron media vuelta y caminaron lentamente de regreso a la cabaña y, abandonando la quietud del crepúsculo, penetraron allí donde resplandecía la luz de las velas y se desarrollaba la conversación en voz alta de muchos hombres. Pero de inmediato salieron del aposento por una puerta de la izquierda y llegaron así a un dormitorio amplio, el único de la cabaña.

—Vuestro dormitorio, amo —dijo Miguel Trío de Gansos.

No era tan grande como la sala donde estaban ubicados los arqueros, pero era una habitación de amplias proporciones. La cama estaba hecha con madera tallada — porque en el bosque había artesanos—, y en esas tallas se representaba una cacería con perros y venados; sobre ella, cuatro grandes montantes sostenían un dosel: eran cuatro abedules que parecían conservar todavía su corteza brillante pero en realidad esta había sido pintada sobre su madera desnuda por algún artista de la tierra arbórea. Las sillas no tenían la belleza de las grandes épocas de los amoblamientos pero ostentaban una dignidad con la que ni siquiera ha soñado la Edad del Comercio. Cada una había sido tallada en una sola pieza de madera, no había en ellas ni una sola junta. Una de esas sillas se ha conservado hasta hoy.

Algunos cueros de ciervo cubrían las altas paredes. Había jarras y grandes palanganas de barro cocido. Todo era de fabricación forestal. Hasta las mismas sombras que susurraban en los rincones hablaban del bosque. El aposento era rústico; pero como no tenía más decorado que el trabajo de los simples artesanos, no había nada en él que ofendiera el sentido de lo correcto de cualquiera que entrara por su puerta con ninguna nota discordante con los propósitos y la tradición de la tierra a la que pertenecía. Todos los duendes del bosque podrían haber entrado allí y haber dormido (si es que los duendes duermen) en la cama grande y haber partido al alba sin sentirse molestos. Por cierto, aquella era una época que todavía no había

aprendido a ser vulgar.

Cuando Miguel Trío de Gansos se fue entró Morano.

—Amo —dijo—, están preparando un banquete para vos.

—Bien —repuso Rodrigo—. Lo comeremos.

Y se mantuvo a la espera de lo que Morano había venido a decirle porque se daba cuenta de que tenía algo más que comunicarle.

—Amo —dijo Morano—, estuve hablando con los arqueros; os darán lo que pidáis. Son buena gente, amo, y os darán cualquier cosa que solicitéis.

Rodrigo no quería que su sirviente se diera cuenta de que todo eso aún lo confundía.

—Son muy amables —afirmó.

—Amo —dijo Morano, yendo al grano—, los de la Guardia sin duda siguieron nuestros pasos. Ahora deben estar en el Pueblo de la Penumbra. Tienen toda esta noche para conseguir herraduras nuevas para sus caballos.

Y mañana, amo, mañana, si aún estamos a pie...

Rodrigo estaba pensando. Le parecía que Morano habla ba con sensatez.

—¿Os gustaría cabalgar de nuevo? —le dijo a Morano.

—Amo —contestó—, cabalgar es horrible. Pero el verdugo público también es una cosa mala.

Y pensativamente se acariciaba los pelitos de la barbilla.

—¿Nos darán caballos? —preguntó Rodrigo.

—Cualquier cosa, amo, estoy seguro. Son buena gente.

—Tendrán noticias de por qué camino partieron del Pueblo de la Penumbra —dijo Rodrigo reflexivamente.

—Dicen que la Guardia no se atreve a entrar en el bosque —continuó Morano—, pero el bosque termina a treinta millas de aquí. Podrán rodearlo mientras marchamos a través de él.

—¿Nos darán caballos? —inquirió Rodrigo de nuevo.

—Sin duda —repuso Morano.

Y entonces Rodrigo preguntó dónde preparaban el banquete ya que advirtió que solo había dos aposentos en la cabaña grande y su ojo avizor no había percibido preparativos de cocina junto al hogar ni en ningún otro sitio.

Y Morano señaló la ventana del fondo del cuarto hacia otra cabaña que estaba a cincuenta pasos entre los árboles. En sus ventanas se veía un resplandor rojo que lucía muy llamativo en la foresta oscura.

—Aquella es la cocina, amo —explicó—. La casa entera es una cocina.

Sus ojos la miraban con ansiedad porque, aunque le gustaba el tocino, acogía con beneplácito los muchos indicios que había de una cena de variedad ilimitada.

Cuando él y su amo regresaron a la amplia sala estaban colocando grandes platos de madera lustrada sobre la mesa. A Rodrigo lo ubicaron en el lugar a la derecha de la gran silla que tenía la corona del bosque tallada en el respaldo.

—¿De quién es ese asiento? —preguntó Rodrigo.

—Del Rey del Valle de la Sombra —respondieron.

—Entonces, él no está aquí —dijo Rodrigo.

—¿Quién sabe? —dijo un arquero.

—Es su asiento —sostuvo otro—, su lugar está preparado. Nadie sabe cuáles pueden ser las decisiones del Rey del Valle de la Sombra.

—Algunas veces viene a esta hora —aclaró un tercero—, así como va el jabalí a la Laguna del Brezo al atardecer. Pero no siempre. Nadie sabe cuáles pueden ser sus decisiones.

—Si atrapan al Rey —afirmó otro—, el bosque perecerá. No hay quien lo ame como él, no hay quien lo conozca como él, nadie más podría defenderlo como él.

—¡Ay! —exclamó Miguel—, algún día, cuando él no esté aquí, ellos penetrarán en el bosque. —Todos sabían a quienes se refería ese «ellos»—. Y será el fin de los árboles generosos.

Hablaba como un hombre que profetizara el fin del mundo, y los demás lo escuchaban como si lo estuviese anunciando. Todos amaban el Valle de la Sombra.

Durante el reinado de este hombre, como le contaban a Rodrigo, nadie ingresaba en el bosque para dañarlo; no se cortaba ningún árbol sin su orden expresa, y los aventureros que, invocando derechos ajenos a los del bosque, agredían un árbol con el hacha, rara vez lo hacían sin que él se les acercara avanzando en silencio entre las sombras de los árboles como si fuera uno de sus espíritus que surgiera para vengarse de los hombres.

Le contaron todo esto a Rodrigo, pero no le dijeron nada en concreto sobre su Rey, dónde había estado ayer, dónde podría estar ahora; y cualquiera de las preguntas que formuló parecía infringir una ley del bosque.

Y entonces trajeron las fuentes, para gran deleite de Morano, quien contemplaba, con sus ojos azules bien abiertos, los productos de ese estado poderoso que entraban por la puerta cocinados. Cabezas de jabalíes, chochas, garzas, fuentes repletas de pescados, todo tipo de huevos pequeños, un corzo y algunos conejos eran traídos en procesión. Y los hombres comenzaron a servirse con sus cuchillos de mangos ebúrneos ya que cada mango estaba hecho con el colmillo de un jabalí. Y con la comida comenzó la diversión y se oyeron cuentos de cacerías, charlas sobre el bosque e historias del Rey del Valle de la Sombra.

Y siempre que se referían a él, pensaba Rodrigo, lo hacían no solo con respeto sino también con la discreción que deben tener los hombres que hablan de alguien que puede estar detrás de ellos en ese momento y que no tole raría que se tomara en broma su autoridad. Luego entonaron canciones, como las que Rodrigo había oído en el camino, y sus vidas alegres desfilaron una vez más ante la imaginación de Rodrigo, porque vivimos más en nuestras canciones que lo que los hombres viven en sus historias. Y de nuevo Rodrigo lamentó su dura ambición y su itinerario largo e impreciso, por los que se alejaba dos veces de la felicidad; una vez en el Pueblo de la

Penumbra donde la dicha lo abandonó, y otra aquí, en el bosque generoso, donde él la abandonaba. ¡Qué bien podrían vivir, él y Morano, como dos integrantes de esa banda!, pensó, abandonando todas las preocupaciones de las ciudades, porque ya entonces había muchas preocupaciones en las ciudades. Luego desechó esa idea. Cuando el atardecer se extinguía acompañado por la charla alegre y las canciones, Rodrigo se dirigió a Miguel, le contó lo que ocurría con la Guardia y abordó el asunto de los caballos. Y mientras los otros cantaban, Miguel le habló con tristeza: «Señor», dijo, «la Guardia no os prenderá nunca en el Valle de la Sombra; sin embargo, si debéis dejarnos para hacer vuestra fortuna en las guerras, aunque vuestra fortuna os espere aquí, habrá muchos caballos en el bosque y vos y vuestro sirviente tendréis los mejores».

—¿Mañana por la mañana? —preguntó Rodrigo.

—Sin duda —dijo Miguel.

—¿Y cómo os los devolveré? —preguntó Rodrigo.

—Amo, son vuestros —replicó Miguel.

Pero Rodrigo no quería aceptarlos porque todavía no comprendía qué derechos tenía sobre el Valle de la Sombra, ya que sus especulaciones se referían sobre todo a la identidad del hidalgo con el que había combatido la noche anterior, a qué relación había entre él y Serafina, a quién había pertenecido la rosa que llevaba consigo; en realidad su mente se preocupaba por los asuntos propios de su edad. Por último decidieron que dejaría los caballos en la casa de un herrero de las tierras bajas quien era el hombre que vivía más lejos que los arqueros conocían y sabían que en secreto era fiel a su Rey. Rodrigo y Morano dejarían los caballos en su casa. Vivía a sesenta millas del límite norte del bosque y seguramente le daría otros caballos descansados si los tenía, porque era un hombre leal a los arqueros. Su nombre era González y habitaba en una extraña casa verde.

Entonces se dieron vuelta para escuchar por un momento una canción de caza que estaban entonando todos los arqueros y que se refería a la muerte de un jabalí. Su júbilo simple los detuvo. Luego Miguel volvió a tomar la palabra.

—No deberíais abandonar el bosque —opinó con tristeza.

Rodrigo exhaló un suspiro: estaba decidido. Luego Miguel le explicó cuál era el camino que corría hacia el noreste y que un día lo conduciría fuera de España. Le mencionó los pueblos que encontraría en su trayecto, se refirió al río Ebro y habló con temor y reverencia de los poderosos Pirineos. Luego Rodrigo se incorporó, porque debía partir al alba, y caminó apaciblemente en medio de los cantos de la sala hacia el aposento donde estaba la cama grande. Y muy pronto se durmió y sus sueños lo hicieron unirse a la cacería incesante que se desarrollaba en el Valle de la Sombra, que estaba tallada alrededor de las maderas de su cama.

Demasiado pronto escuchó voces, unas voces lejanas al principio, a las que se acercaba cada vez más; y así surgió de las profundidades del sueño, de mala gana. Eran Miguel y Morano que lo llamaban.

Cuando por fin llegó a la sala, había desaparecido el júbilo de la noche pero, a través de ambas ventanas, penetraba la belleza sobria del bosque con la temprana luz del día y el canto de los pájaros; de modo tal que no tenía la apariencia desolada de los lugares en los que nos hemos divertido cuando volvemos a visitarlos al día siguiente o en la siguiente generación y los encontramos completamente desiertos, despojados de danzas y canciones.

Rodrigo tomó el desayuno mientras los arqueros con sus arcos aguardaban formados en hileras junto a la puerta. Cuando estuvo listo, emprendieron la marcha a través del bosque en la temprana luz.

Rodrigo no hacía el análisis de su ambición; estaba demasiado por encima de su lógica para que lo hiciera, pero lamentaba poseerla mientras avanzaba a través de la belleza del bosque entre esos hombres felices. Pero todos debemos tener una ambición y Rodrigo se aferraba a la suya. Tenía otra más, pero se trataba de una ambición con alas débiles que no podía transformarse en una esperanza. Dependía de la primera. Si llegaba a conquistar un castillo en las guerras, le parecía que podía cifrar esperanzas en el Pueblo de la Penumbra.

Se habló poco y Rodrigo se abandonaba a sus pensamientos. A las dos horas encontraron un arquero que estaba a cargo de dos caballos. Habían recorrido ocho millas.

—Adiós al bosque —le dijo Miguel a Rodrigo. Casi había una interrogación en su voz. Parecía decir: ¿los abandonaría realmente Rodrigo?

—Adiós —contestó.

También Morano había mirado de reojo a su amo y casi parecía preguntarse cuál sería la respuesta; cuando la dio, la aceptó, y se encaminó hacia donde estaban los caballos. Rodrigo montó; manos voluntariosas ayudaron a Morano. «Adiós», dijo Miguel una vez más. Y todos los arqueros gritaron «Adiós».

—Dadle mis saludos —dijo Rodrigo— al Rey del Valle de la Sombra.

Una ramita crujió en el bosque.

—Escuchad —dijo Miguel—. Quizá fue un jabalí.

—No puedo quedarme para cazar —repuso Rodrigo— porque tengo que recorrer mucho camino.

—Quizá —adujo Miguel— fue la despedida del Rey.

Rodrigo miró hacia el bosque y no vio nada.

—Adiós —reiteró. Los caballos estaban descansados y espoleó el suyo. Morano avanzaba detrás pesadamente. A las dos millas llegaron al límite del bosque y a lo alto de una colina rocosa, luego una vez más las planicies y otra aventura que quedaba detrás. En una oportunidad Rodrigo se dio vuelta sobre un terreno elevado y echó una larga mirada a las ondulaciones verdes de la paz. Allí dormía el bosque como si estuviera vacío de hombres.

Luego cabalgaron. Durante la primera hora, marchando cómodamente a medio galope, recorrieron diez millas. Luego disminuyeron a lo que los hombres de nuestra

época, de nuestro país y de nuestro oficio conocen con el nombre de trote corto de sabueso, que consiste en marchar a siete millas por hora. Y después de dos horas les dieron un descanso a los caballos. Era la hora de la sartén. Una vez que hubo desmontado, Morano extendió sus miembros con dolor; luego sacó todo tipo de comidas. Rodrigo las miró interrogativamente.

—Para las guerras, amo —explicó Morano. Para cualesquiera guerras que fueran, se diría que los arqueros verdes habían aprovisionado un ejército íntegro.

Comieron. Rodrigo pensó en las guerras porque pensar en Serafina lo ponía triste y su rechazo a la vida del bosque también lo entristecía, de modo que trataba de extraer del futuro el consuelo que no podía obtener del pasado.

Montaron de nuevo y de nuevo cabalgaron durante tres horas, hasta que vieron en la lejanía, sobre un monte, el pueblo que según Miguel les había dicho estaba a cincuenta millas del bosque.

—Allí descansaremos durante la noche —dijo Rodrigo señalándolo, aunque todavía el pueblo estaba a una distancia de siete u ocho millas.

—Alabados sean todos los Santos —exclamó Morano.

Entonces desmontaron y continuaron a pie, porque los caballos estaban muy cansados. Al atardecer entraron al pueblo lentamente. En un mesón, cuya apariencia acogedora era tan alegremente opuesta como es posible a El Mesón del Dragón y el Caballero, pidieron alojamiento para los cuatro. Primero fueron al establo y, una vez que los caballos fueron entregados al cuidado del mozo de cuadra, regresaron al mesón, y el mesonero y Rodrigo tuvieron que ayudar a Morano a subir los tres escalones de la entrada, porque ese día había caminado nueve millas y había cabalgado cincuenta y estaba demasiado exhausto para ascender esos escalones.

Más tarde Rodrigo se sentó solo a la mesa para cenar, y la mesa estaba muy bien provista y con mucha variedad porque las puertas de la despensa del mesonero se habían abierto de par en par en su honor; pero Rodrigo comió poco, como ocurre siempre con los hombres cansados.

Y pronto trató de irse a la cama. Y en los viejos escalones resonantes, cuando él y el mesonero subían, encontraron a Morano recostado contra la pared. ¿Qué diré de Morano? Lector, tu sentimiento compasivo está dispuesto a disculpar al pobre hombre exhausto. No se lo merece por completo y no debería engañarte. Lector, Morano estaba borracho. Te cuento esta verdad dolorosa antes de que el bandido venga hipócritamente a implorar tu piedad. Y, sin embargo, ya hace trescientos años que está muerto, después de haber disfrutado de sus buenos momentos con plenitud. ¿Merece tu compasión por ese asunto? ¿O tu envidia? ¿Y por qué o por quién puedes sentirla? Bien, de todos modos no merece compasión por haberse emborrachado. Y, sin embargo, tenía sed y estaba demasiado cansado para comer y dolorido; necesitaba renovar sus fuerzas y no hubiese tenido otro motivo para rehusar un buen vino que el que habría tenido para rechazar las sonrisas de las princesas; y allí estaba el buen vino, destellando jubiloso a su lado.

Y ahora, tan fatigado como aproximadamente una hora antes (pero el tiempo había perdido su significado cansador e incansable), ahora se irguió con firmeza mientras todas las cosas y todos los hombres tambaleaban.

—Morano —dijo Rodrigo al pasar junto a esa tonta figura—, mañana tenemos que recorrer sesenta millas.

—¿Sesenta, amo? —repuso Morano—. Cien, doscientas.

—Ahora lo mejor es descansar —dijo su amo.

—Doscientas, amo, doscientas —replicó Morano.

Y luego Rodrigo se alejó y todavía lo oyó murmurar su desafío a la distancia: «Doscientas, doscientas», hasta que la vieja escalera convirtió en eco sus palabras.

Así Rodrigo llegó hasta su aposento del que recordaba poco, porque allí lo aguardaba el sueño, y muy pronto estuvo junto a sus sueños, viajando con ellos más allá de donde pueda seguirlos mi pluma.

## CRÓNICA OCTAVA

---

### Cómo Rodrigo recorrió un largo itinerario

**U**n mirlo cantó en una ramita cerca de la ventana de Rodrigo; luego hubo cincuenta cantando y la mañana se levantó sobre España, dorada y maravillosa.

Rodrigo bajó y encontró al mesonero restregándose las manos junto a su acogedora mesa, con una expresión en la cara que parecía darle la bienvenida al día y reconocer en él augurios favorables. Pero Morano tenía la apariencia de quien, después de haber caldo de una comarca lejana, está descontento con la Tierra y las cosas mundanas.

Había rechazado el desayuno; pero Rodrigo desayunó. Y pronto los dos se despidieron del mesonero. Los caballos estaban ensillados, montaron de inmediato y cabalgaron alejándose despacito en la temprana mañana. Los caballos estaban cansados y, al trote lento y al paso, a veces desmontados y llevando los caballos de las riendas, pasaron casi dos horas antes de que hubieran recorrido diez millas y llegado a la casa del herrero en un pueblo rocoso; la calle estaba empedrada y las casas construidas por entero de piedra.

El brillo temprano del rocío había desaparecido, pero aún era de mañana, y más de un hombre se sentaba ante su desayuno cuando llegaron y golpearon en la puerta.

La abrió González, el herrero, un hombre rollizo de tez rubicunda, de más de cincuenta años, un ciudadano que ejercía una profesión respetable pero que en otros tiempos había sido ¡ah!... ¡había sido arquero!

—Señor —dijo Rodrigo—, nuestros caballos están agotados. Nos han dicho que vos nos los cambiaréis.

—¿Quién os dijo eso? —inquirió González.

—Los arqueros verdes del Valle de la Sombra —contestó el joven.

Como un meteoro ilumina por la noche con su resplandor verdusco las flores y las hojas de hierba, retorciendo largas sombras detrás de ellas, e ilumina el césped y los arbustos y las profundidades de los bosques, alejando por un instante la noche apacible, del mismo modo la inesperada respuesta de Rodrigo iluminó recuerdos de tiempos remotos en la mente del herrero; y un titilar y rutilar de aquellos recuerdos que bailaban en bosques largo tiempo olvidados destelló en sus ojos.

—Los arqueros verdes, señor —dijo González—. ¡Ah! ¡El Valle de la Sombra!

—Lo dejamos ayer —explicó Rodrigo.

Cuando González oyó esto comenzó a asediarlo con preguntas:

—El bosque, señor, ¿cómo está el bosque? ¿Todavía van los jabalíes a beber a la Laguna del Brezo? ¿Aún van los gansos al Gran Pantano? Este año deben haber llegado temprano. ¿Cómo están Larios, Rafael, Migada? ¿Quién caza ahora las chochas?

Las preguntas se sucedían después de cada respuesta, después de cada recuerdo; hacía años que no hablaba del bosque. Rodrigo contestaba como siempre se contestan esas preguntas, diciendo que todos estaban bien y contándole algún detalle ínfimo acerca de un hecho sin importancia del bosque, que González atesoraba como se guardan en los lugares alejados de la costa las conchillas marinas cuando los viajeros las traen del mar; pero todo lo que oía acerca del bosque le parecía al herrero algo recogido en una remota playa del tiempo. Sí, en otros tiempos había sido arquero.

Pero no disponía de caballos. Tenía uno que tiraba de un carro pero ningún caballo de silla. Rodrigo pensó en la inmensidad de millas que se extendía entre él y la tierra extranjera que lo separaba de la meta de su ambición; en ese momento todas esas millas oprimieron su espíritu. El herrero lo lamentaba, pero no podía fabricar caballos.

—Mostradle vuestra moneda, amo —dijo Morano.

—¡Ah!, un pequeño amuleto —exclamó Rodrigo extrayéndola de debajo de sus ropas imida aún a la cinta verde—. El distintivo de los arqueros, ¿no es así?

González lo miró, luego miró a Rodrigo.

—Amo —dijo—, tendréis vuestros caballos. Dadme tiempo; los tendréis. Pasad, señor.

Hizo una reverencia y abrió la puerta de par en par.

—Si desayunáis en mi casa mientras voy hasta lo de mis vecinos, tendréis caballos, amo.

Así entraron en la casa y el herrero con muchas reverencias dejó a los viajeros al cuidado de su mujer, la que por el comportamiento de su marido dedujo que estas eran personas importantes y como tales los trató a ambos y como tales les sirvió el segundo desayuno. Y comieron con ganas esta comida como solo lo hacen los viajeros que pueden pasarse sin desayunar o bien ingerir dos desayunos, en tanto que quienes habitan en las ciudades no pueden hacer ninguna de las dos cosas.

Y, mientras la dama rolliza los atendía, no dijeron ni una palabra sobre el bosque porque no sabían qué lugar ocupaban en su imaginación los años juveniles de su marido.

Apenas habían terminado de desayunar, se oyó el sonido de herraduras sobre el empedrado y González golpeó en la puerta. Todos acudieron, y allí estaba con dos caballos. Se hallaban ensillados y embridados. Adaptaron los estribos para complacerlos, luego los viajeros montaron de inmediato. Rodrigo prodigó una despedida plena de galanura a la esposa del herrero; luego, volviéndose a González,

señaló los caballos cansados que durante todo ese tiempo habían esperado con las riendas sujetas a un gancho de la pared.

—Dejádselos al dueño de los que me llevo hasta que los suyos le sean devueltos —dijo, y agregó—: ¿Hasta dónde podré llegar con estos?

—Son buenos caballos —afirmó el herrero.

—Sin duda —repuso Rodrigo.

—Hoy podrán hacer cincuenta millas —continuó González— y mañana, pues bien, cuarenta o un poco más.

—¿Y eso adónde me conducirá? —inquirió Rodrigo, señalando el camino recto que se encaminaba hacia el noreste.

—Ese —dijo González— os conducirá a unas diez o veinte millas de distancia de Caspe.

—¿Y dónde dejaré los caballos? —preguntó Rodrigo.

—Amo —repuso González—, en cualquier pueblo donde haya un herrero, si decis «estos son los caballos del herrero González que vendrá a buscarlos un día de estos» os los guardarán. Pero —y González se alejó un poco de su esposa y los caballos dieron unos pasos y él marchó junto a ellos— al norte de aquí nadie conoce a los arqueros. No conseguiréis caballos nuevos, amo. ¿Qué haréis?

—Caminar —respondió Rodrigo.

Luego se despidieron y en el rostro del herrero había una expresión casi como la que deben haber tenido los hijos de los hombres en el Génesis, cuando los ángeles los visitaban durante un instante.

Marcharon con un trote constante y así trotaron durante tres horas. Llegó el mediodía y aún no había un descanso para Morano sino solo polvo y la visión monótona del camino en el que se fijaban sus ojos; casi pasó otra hora y finalmente vio que su amo se detenía y se daba vuelta sobre la montura.

—A comer —dijo Rodrigo.

Todo el cansancio de Morano desapareció; una vez más era la hora de la sartén.

Habían hecho más de veinte millas desde la casa de González. Con la agilidad suficiente, en su alegría al palpar de nuevo el suelo, Morano corrió y juntó ramitas en los matorrales. Y pronto se prendió el fuego y se elevó una delgada columna de humo gris que para él era siempre su hogar. Cuando la sartén se calentó y la grasa de cerdo chirrió, cuando el olor del tocino se mezcló con el humo, Morano estuvo donde todos los hombres sabios y todos los ignorantes tratan de estar y adonde algunos de los unos o de los otros llegan a veces por un rato a través de senderos impensados e inmediatamente se alejan: porque ese olor ahumado y aderezado era la felicidad.

Los hombres y los caballos no descansaron mucho tiempo, ya que pronto la ambición de Rodrigo lo impulsó a proseguir su trayecto. Sabía que faltaban doscientas millas de camino por España y no sabía cuántas más allá, ni le importaba mucho porque creía que más allá de la frontera de España se extendía el nebuloso y deseado país del espíritu romántico donde los caminos ya no eran largos y no caía la

lluvia. Montaron de nuevo y continuaron hacia esa comarca. Cada vez que veían un pueblo, Morano confiaba en que allí terminaría su aflicción, que desmontarían y descansarían; Rodrigo siempre seguía cabalgando con Morano detrás, y con un ladrido de perros se alejaban y el pueblo quedaba atrás.

Por más de una hora avanzaron al trote lento; y Morano, abrazando la montura con los brazos cansados, estaba casi al borde de la desesperación cuando Rodrigo se detuvo en un pequeño pueblo, al atardecer, frente a un mesón. Habían recorrido las cincuenta millas desde la casa de González y aun un poco más.

Morano se dejó caer del caballo y golpeó en la puertecilla verde. Salió el mesonero y los observó mesándose la punta de la barba; Rodrigo se quedó montado en el caballo observándolo. Aquí no recibieron la bienvenida que les brindó González; pero había un cuarto desocupado para Rodrigo y se le prometió a Morano lo que había pedido, paja; y había un albergue para los caballos. Era todo lo que necesitaban los viajeros.

Los niños curioseaban a los desconocidos, las chismosas se asomaban a sus puertas para obtener información relacionada con ellos, los perros notaron su llegada, los ojos del pueblito los vigilaban con curiosidad, pero Rodrigo y Morano entraron a la casa sin darles importancia; y, detrás de esos dos hombres cansados, el muelle atardecer se deslizó como un sueño. Cansado como estaba, Rodrigo notó en el mesonero una cierta cortesía mientras esperaba la cena, que no había notado antes, cuando lo recibió, y dedujo correctamente que eso se debía a alguna conversación con Morano, aunque no sospechó que Morano había abierto de par en par sus ojos azules y, balbuciente, le había contado ingenuamente al posadero que, hacía una semana, su amo había matado a un mesonero poco amable.

Apenas habían regresado los pájaros tardíos a sus hogares, Rodrigo buscó su cama y no todas las avejillas se habían dormido, cuando él se durmió.

Brilló otra mañana y surgió en España y de inmediato Rodrigo se despertó por completo. Era el octavo día de su peregrinar.

Cuando hubo desayunado y pagado la cuenta con monedas de plata, él y Morano partieron, dejando al mesonero de pie en el umbral de su casa, inclinándose con un gesto en su rostro astuto que casi era de perplejidad, mientras tomaba entre el pulgar y los otros dedos los extremos de sus bigotes y de su barba; porque cuando pasamos un día en un mesón asentamos pocos y vagos detalles sobre nosotros mismos en el registro; pero era la costumbre del mesonero recoger todos los datos restantes con sus ojos avizores. Sea lo que fuere lo que recogió, Rodrigo y Morano ya se habían ido.

Pero pronto su andar decreció, el trote decayó hasta tornarse un paso lento, y enseguida supo Rodrigo lo que es viajar con caballos cansados. Para Morano andar a caballo era simplemente andar a caballo y las incomodidades que le provocaba eran tan grandes que no notaba diferencia alguna. Pero para Rodrigo, estar azuzando y aguijando continuamente los flancos del caballo, el desagrado que le provocaba el hacerlo, lo inútil de la acción, con su ambición delante y esa bestia cansada debajo,

con el cuerpo siempre algunas yardas detrás de su espíritu, eran la vejación más grande que puede conocer un viajero. Llegó un momento en que desmontaron y caminaron unas millas a pie; aún entonces los caballos se quedaban atrás. Hicieron un alto durante una hora para cenar mientras los caballos pastaban y descansaban; regresaron al camino animados por la magia de la sartén pero los caballos no estaban más descansados.

Cuando nuestros cuerpos se sienten perezosos y torpes, sin responder a las brillantes incitaciones del espíritu, conocemos el aburrimiento. Su carga es más pesada al oír nuestros espíritus clamar débilmente, como se volverían más intolerables que nunca las cadenas de un bucanero que, en alguna prisión oscura, oyera un trozo de la canción entonada por sus camaradas mientras se desplazan libremente por la costa. El peso de su caballo cansado parecía más agobiador que las fantasías que habían creado los sueños de Rodrigo. Los Pirineos parecían más lejanos que nunca, más imponentes que nunca su barrera, más y más borrosa se tornaba la comarca del espíritu romántico.

Si las esperanzas de Rodrigo estaban decaídas, si sus fantasías se hallaban debilitadas, ¿qué material me queda para armar un relato con el brillo suficiente para que atrape en sus páginas los ojos de los lectores? Porque debes saber que los meros sueños, las fantasías vanas y todas las cosas amables, líricas e insustanciales son todo con lo que contamos los escritores para hacer un relato, así como constituye lo único con que cuentan los Inasibles para forjar la vida de un hombre.

A veces cabalgando, a veces andando a pie, siempre se agolpaban en la mente de Rodrigo los pensamientos sobre las larguísimas millas y sobrepasaban sus esperanzas; hasta el castillo que iba a conquistar en las guerras empalidecía demasiado para que lo pudiese vislumbrar su fantasía; cansado y sin ilusiones, por fin llegó, a la luz de las estrellas, hasta el brillo de la fragua de un herrero. Debía haber recorrido cuarenta y cinco millas y sabía que estaban próximos a Caspe.

Aunque era tarde, el herrero estaba trabajando y levantó la vista cuando Rodrigo se detuvo. Sí, conocía a González, un maestro en el oficio, sus caballos eran bienvenidos.

Pero para los dos viajeros humanos hubo excusas, hasta disculpas, pero ninguna cama desocupada. Ocurrió lo mismo en las tres o cuatro casas que se levantaban una junto a otra a un costado del camino. La fiebre de su ambición impulsaba a Rodrigo a continuar pese a que estaba cansado, aunque Morano se hubiese tendido y puesto a dormir allí donde estaban de pie. El herrero había recibido sus caballos; después de eso a Rodrigo no le importaba que le diesen alojamiento o no, la única alternativa era el camino que se aproximaba más a sus guerras y al castillo que iba a conquistar. Morano permitió también que esa fantasía que dominaba a su amo lo dominara también a él, aunque si hubiesen continuado unas pocas millas más se hubiera quedado dormido mientras caminaba, se hubiera desplomado junto al camino y allí habría seguido durmiendo. Por fortuna, habían recorrido escasamente dos millas

desde la herrería donde descansaban los caballos cuando vieron una casa alta y oscura junto al camino; llamaron a la puerta y encontraron alojamiento. Una anciana los hizo entrar; era la esposa de un granjero, disponía de un cuarto para ellos y un colchón, pero no tenía una cama. Estaban demasiado cansados para comer y no pidieron comida, sino que inmediatamente la siguieron subiendo la escalera ruidosa de su casa, que estaba completamente a oscuras con excepción de su vela y, así, entre sombras enormes que danzaban un minué, llegaron hasta el largo desván ubicado en las alturas. Había allí un colchón que la anciana dispuso para Rodrigo y una pila de paja para Morano. Solo por un momento, mientras Rodrigo subía el último peldaño de la escalera y entraba en el desván donde las sombras enormes se retorcían entre la luz de la única vela y la oscuridad quieta de los rincones, solo por un momento el espíritu romántico pareció darle la bienvenida, a pesar de su fatiga y su depresión, a pesar de la posibilidad de que su búsqueda fuera una locura, por un momento, repito, sintió que las sombras grandes y las tablas resonantes, inclusive las telarañas que colgaban de las vigas negras, eran elementos románticos; sintió que la suya era una aventura gloriosa y que todas esas cosas que llenaban el desván durante la noche eran precisamente las que se adecuaban a la juventud y la gloria. Ese sentimiento desapareció en un momento, no supo por qué había surgido y, aunque lo recordó hasta su grisácea vejez, cuando llegó a conocer las causas de muchas cosas, nunca supo qué tenía que ver el espíritu romántico con las sombras y los ecos nocturnos en un cuarto vacío; solo comprendió que fantasías tales surgían desde más allá de su entendimiento, ya fuese de la sabiduría o de la locura.

Morano fue el primero en dormirse, como lo testificaron unos estruendosos ronquidos antes de que se hubieran desvanecido los ecos de las pisadas de la anciana que descendía las escaleras; pero pronto Rodrigo lo siguió a la región de los sueños, donde las ambiciones fantásticas pueden vivir con menos lucha que en la plena luz del día. Soñó que caminaba de noche por una calle de castillos extrañamente colosales, en medio de una tremenda luz de estrellas, con unas puertas demasiado vastas para alguna necesidad humana, cuyas almenas se veían lejanas en las alturas de la noche; y que elegía, ya que era tiempo de guerra, el que sería el suyo, pero las gárgolas eran codiciosas y malograron el sueño.

Un sueño seguía a otro con rapidez enloquecedora, como suele ocurrir con los sueños de los hombres cansados, adelantándose uno a otro, empujándose, confundiéndose y danzando, formando un conjunto de apariencia muy extraña; pasaron las miríadas, una multitud nebulosa, salvaje y gris, y junto con los últimos sueños llegó el alba.

Rodrigo se levantó más aliviado por abandonar un descanso tan tumultuoso que descansado por haberlo disfrutado.

Bajó, dejando que Morano continuara durmiendo y no regresó para interrumpir sus ronquidos hasta que la anciana sirvió el desayuno.

Aún cuando despertó sobre su pila de paja, Morano seguía tan fiel a la búsqueda

fantástica de su amo como el camello a la peregrinación a La Meca. Despertó gruñendo, como gruñe el camello al alba cuando lo cargan con bultos donde yace, pero nunca dudó de que se encaminaban a unas guerras victoriosas donde su amo ganaría un castillo espléndido con torres.

El desayuno reconfortó a ambos viajeros. La anciana explicó entonces a Rodrigo que Caspe se hallaba a solo tres horas de caminata y eso los alegró aún más porque Caspe está sobre el Ebro, río que significaba para Rodrigo una etapa en su viaje ya que lo llevaba en su imaginación, al igual que los Pirineos. No había planeado qué camino tomaría cuando llegara a Caspe. De inmediato Rodrigo expresó su gratitud, llena de fervor, con más de una frase florida que perduró en los recuerdos de la anciana; y la visita de aquellos viajeros se transformó en uno de los acontecimientos más extraños de aquella casa y en el recuerdo más importante que deambuló débilmente entre las vigas del largo desván durante años.

No llegaron a Caspe en tres horas porque marcharon indolentemente por estar exhaustos, ya que, por más que un hombre desafíe la fatiga, llega un momento en que el cansancio lo vence. El saber que Caspe estaba cerca con un alojamiento seguro para pasar la noche aquietaba la impaciencia de Rodrigo. Como estaban ociosos hablaban y decidieron que la Guardia sin duda había quedado demasiado atrás como para seguir persiguiéndolos. A las cuatro horas llegaron a las márgenes del río Ebro y allí divisaron a Caspe, muy próxima; pero, en lugar de entrar al pueblo de inmediato, comieron una vez más sobre el césped, sentados junto al río, porque en ellos se había desarrollado el gusto por la mesa verde de tierra de los viajeros errantes.

Era tiempo de hacer planes. El país del espíritu romántico estaba lejos y carecían de caballos.

—¿Compraréis caballos, amo? —preguntó Morano.

—No podremos conseguir que crucen los Pirineos —repuso Rodrigo, aunque tenía una razón más poderosa: tres monedas de oro no bastan para comprar dos caballos ensillados. Ya no había amigos para pedirles caballos prestados. Morano se tornó pensativo. Se sentó hamacando los pies sobre la orilla del Ebro.

—Amo —dijo, después de un rato—, este río corre por nuestro camino. Consigamos una embarcación, amo, y naveguemos hacia Francia cómodamente.

Conseguir que un río escale una cadena de montañas es más difícil que conseguir caballos. Rodrigo le explicó tal dificultad, pero Morano, una vez que se le ocurría una idea, no la abandonaba tan fácilmente.

—Corre por nuestro camino, amo —repetía y señalaba con un dedo el Ebro.

En ese momento llegó a los oídos de Rodrigo y Morano una canción que entonan los boteros de ese río cuando tienen la corriente a favor y su única tarea es estar ociosos y concentrar sus pensamientos perezosos en cosas frívolas.

Un hombre con un cinturón azul brillante se deslizaba río abajo por el Ebro. Había estado pescando y ahora regresaba a casa.

—Amo —afirmó Morano—, aquel individuo nos conducirá remando hasta allí.

Rodrigo se dio cuenta de que en la mente de Morano había una idea fija y decidió que los hechos mismos le rebatieran su argumento, de modo que no respondió nada.

—¿Se lo pido, amo? —preguntó Morano.

—Sí —dijo Rodrigo—, si puede hacernos cruzar remando los Pirineos.

Esa era la autorización que Morano anhelaba. Un grito desagradable surgió de su garganta al darle la voz de alto al botero. El remero levantó la vista perezosamente, era un joven con vigorosos brazos marrones cuyos bigotes negros apuntaban hacia Morano. De alguna manera, Morano lo convenció de que se acercara a averiguar lo que quería y, en una ensenada, puso proa a tierra. Allí él y Morano intercambiaron palabras y regatearon. Pero Rodrigo permaneció donde estaba, preguntándose por qué tomaba tanto tiempo arrancar aquella curiosa fantasía de la mente de su sirviente. Por fin, Morano regresó.

—¿Bien? —interrogó Rodrigo.

—Amo —dijo Morano—, nos llevará remando hasta los Pirineos.

—¡Los Pirineos! —exclamó Rodrigo—. El Ebro corre hacia el mar.

Porque eso era lo que le habían enseñado en el Colegio de San José.

—Nos llevará hasta allá —dijo Morano— por una moneda de oro por día, remando cinco horas diarias.

Ahora bien, entre los dos poseían cuatro monedas de oro, pero eso no hacía que el Ebro corriera hacia el norte. Parecía que el Ebro, después de fluir en su curso a lo largo de veinte o treinta millas, como Morano había dicho, se unía al río Segre y, allí donde el Ebro los abandonara al doblar hacia el este, el cauce del Segre los conduciría a la dirección requerida, pero habría que remar contra la corriente.

—¿A qué distancia está? —preguntó Rodrigo.

—Dijo que a unas cien millas —contestó Morano—. Lo conoce bien.

Rodrigo calculaba lentamente. Primero le añadió treinta millas porque sabía que sus compatriotas campesinos tenían una perspectiva muy peculiar de la distancia y que rara vez permitían que una distancia los oprimiera con su cifra exacta al iniciar un viaje; luego calculó que el botero remaría cinco millas por hora durante las primeras treinta millas, en la corriente del río Ebro y esperaba que pudiese remar tres en la corriente en contra del Segre, hasta que se acercaran a las montañas, donde la corriente podría ser demasiado fuerte.

—Morano —dijo—, nosotros también tendremos que remar.

—¿Remar, amo? —se asombró Morano.

—Le podemos pagar cuatro días —replicó Rodrigo—. Si remamos todos llegaremos más lejos.

—Es mejor que cabalgar —replicó Morano con absoluta resignación.

De tal modo, se encaminaron a la ensenada y Rodrigo trabó relación con el botero cuyo nombre era Pérez; subieron al bote y Pérez los condujo remando hasta Caspe. Rodrigo durmió aquella noche en la casa de Pérez, en un amplio aposento penumbroso, abarrotado de efectos diversos. Durmieron sobre montones de objetos

apilados propios del río y de la pesca. Sin embargo, se hizo tarde antes de que Rodrigo se durmiera porque en una visión introspectiva vislumbraba por fin la culminación de su viaje; y, cuando por último se durmió, vio los Pirineos. A través de la noche inmensa sus picos poderosos lo rechazaban, miraban más allá de él, inconmensurablemente y en silencio; luego, en sueños más felices, lo saludaban por un momento. Hasta que, al fin, un pájaro que había llegado a la ciudad de Caspe cantó y fue la aurora. Con las primeras luces Rodrigo se levantó y despertó a Morano. Juntos abandonaron ese amplio depósito de trastos y se reunieron a Pérez que ya estaba en actividad. Comieron apresuradamente y se encaminaron a la embarcación; el arcano que espera en la culminación de todos los viajes insólitos aceleraba sus pasos cuando avanzaban en la temprana luz del día.

Pérez remó primero y luego los otros lo reemplazaron, y así se deslizaron aguas abajo por la ancha corriente del Ebro toda la mañana, y a la tarde llegaron al sitio donde se une con el Segre. Allí desembarcaron y estiraron los miembros en la costa, prendieron fuego y comieron, antes de enfrentar la corriente que, de aquí en más, sería en contra. Luego continuaron remando.

Cuando desembarcaron a la luz de las estrellas, desenrollaron una lona que Pérez había llevado en la embarcación y descubrieron qué mal momento era la noche para armar una tienda de campaña; Rodrigo y Morano habían remado cuatro horas cada uno y Pérez cinco horas. No llevaban madera en el equipaje de modo que usaron los remos como estacas y cortaron unas clavijas con un hacha pequeña que había traído Pérez.

Perdían el equilibrio al caminar sobre las piedras, se les desgarraba la lona al engancharse en los arbustos, ex traviaban las mismas cosas una y otra vez; en verdad, estaban aprendiendo el arte de vagabundear. No obstante, por fin la carpa estuvo armada y hubo un buen fuego que los hizo sentirse cómodos; Morano cocinó la comida, cenaron, charlaron y después durmieron. Por encima de su sueño se desvaneció la luz de las estrellas y en un tono agrisado que ninguno de ellos había imaginado se presentó el alba. En la noche se oyeron cinco notas claras tan agudas que, Rodrigo, despierto a medias, se preguntó qué pájaro cantaba así en la oscuridad y se enteró gracias al coro que contestó.

Despertó a Morano quien se levantó a esa hora fría y, sacudiendo unas chispas entre las brasas de la noche anterior, pronto encendió el fuego. Ingirieron la comida con prisa y enrollaron la carpa, y pronto estuvieron en marcha remontando la corriente del Segre. Ese día Morano remó con mayor pericia; Rodrigo desenfundó el laúd y se dedicó a pulsarlo, reclinado en el bote mientras descansaba de la tarea de remar. Y el laúd les contó todo, que se dirigían hacia la aventura en el país del Romance, hacia la superación del aburrimiento y la monotonía de todos los esquemas burdos y hacia la derrota del disconformismo en el espíritu del hombre; y quizá cantó sobre un tiempo que todavía no había llegado o, en caso contrario, el laúd mentía.

Ese atardecer tres hombres más sagaces instalaron el campamento antes de que

cayera la noche. Estaban en las fuentes del Segre.

Al día siguiente, se atarearon con los remos o yacieron lánguidos durante trece horas. Y, mientras reposaba, Rodrigo tocaba el laúd. El Segre se deslizaba junto a ellos.

No tenían el aspecto de hombres que marcharan a la guerra, sino más bien de holgazanes que se adecuaban al río remolón y brillante, que se deslizaba hacia el mar sin preocupación alguna y estaba totalmente liberado del tiempo.

Ese día oyeron hablar de los Pirineos; eran dos hombres y una mujer que caminaban junto al río; sus voces llegaron hasta la embarcación por encima del agua; hablaban de los Pirineos. Al día siguiente oyeron a unos hombres hablar de la guerra. Una guerra de la que algunos granjeros habían huido desde el otro lado de las montañas. Cuando Rodrigo escuchó esas palabras ocasionales, sus sueños se aproximaron tanto que casi tocaron los límites de la realidad.

Era el último día en el bote de Pérez. Remaba bien a pesar de que se aproximaban a las fuentes del Segre, y el río, ya en su primera juventud, luchaba contra el avance de los intrusos. Unos picos grises, que custodiaban el río en su nacimiento, comenzaron a asomarse. Unas caras grises de piedra empezaron a mirar por encima de unas colinas verdes. Eran los Pirineos.

Cuando, al fin, Rodrigo contempló los Pirineos, retuvo el aliento y se sintió incapaz de hablar. Pronto estuvieron de nuevo debajo de las colinas. Ya habían atisbado por un momento qué era lo que perturbaba al Segre.

Se puso el sol y todavía no acamparon; Pérez remó a la luz de las estrellas. Ese día remó seis horas.

Armaron la carpa en la oscuridad lo mejor que pudieron y, respirando el aire nuevo de los Pirineos, limpio y vigoroso, durmieron en el umbral de la aventura.

Rodrigo se despertó con frío. Una vez más escuchó al primer mirlo que canta diáfano al filo de la noche, absolutamente solitario en la luz grisácea, el único rival del ruiseñor; un rival similar a un desconocido que, en medio de una multitud, por un instante, comienza a entonar una canción muy querida con notas más puras que las de un maestro cantor, y toda la multitud se le une cantando; su voz se pierde y nadie se entera de su nombre. De inmediato, una hueste de pájaros le contestó desde los arbustos sombríos cuyas formas apenas habían comenzado a diferenciarse de la noche. Y en medio de este coro Pérez se despertó e incluso se despertó Morano.

Los tres desayunaron, y después los viajeros se despidieron de Pérez.

Enseguida se marchó con su cinturón azul brillante, deslizándose hacia su hogar mecido por el Segre, bien pago, aunque cantando con cierta tristeza, mientras se hallaba arrastrado por el agua, porque había participado en una búsqueda y ahora la abandonaba en el filo de la aventura, cerca de unas montañas solemnes y, más allá de ellas, se extendían, próximas, tierras desconocidas y románticas. Así partió Pérez. Rodrigo y Morano regresaron al camino, muy aliviados, porque hacía mucho que no habían hecho un día entero de marcha y, en ese momento, uno muy prolongado

desplegaba sus leguas ante ellos.

Los picos de las montañas volvieron a presentarse. Morano y Rodrigo vagabundeaban como los primeros días de su búsqueda. Y, mientras avanzaban por el camino, las montañas, despojándose de los velos lentamente, dejando caer uno a uno los velos de la distancia que escondían sus contornos vigorosos, exhibían gradualmente ante los viajeros errantes su esplendorosa belleza. Por fin, al atardecer, Rodrigo y Morano se detuvieron en una colina baja, contemplando esa cadena tremenda que se alzaba, remota, por encima de los campos de la Tierra, como si sus montañas no fueran terrenales sino que estuvieran instaladas junto al Destino, nos observaran y no les importara nada.

Rodrigo y Morano se detuvieron y las contemplaron en silencio. Habían recorrido veinte millas desde la mañana; estaban cansados y hambrientos, pero las montañas los sobrecogieron. Allí permanecían absortos en su contemplación sin pensar ni en el descanso ni en la comida. En la lejanía, cobijada bajo unas colinas diminutas, vieron una aldea. De ella, en el crepúsculo se levantaba una columna de humo hacia lo alto. Más allá de la aldea unos bosques subían perdiéndose en la distancia. Pero mucho más arriba, por encima del humo y de los bosques, se enfurruñaban los picos desnudos. Rodrigo contemplaba su solemnidad austera, se preguntaba qué secreto encerraban desde hacía tanto tiempo, trataba de adivinar qué mensaje conservaban para el hombre, y a la vez lo escondían, hasta que entendió que el misterio que cobijaban se refería a cosas que no conocía y que nunca podría conocer.

¡Tin-tan!, tañeron las campanas de una iglesia, invisible entre las casas de aquella aldea lejana. ¡Tin-tan!, respondió el semicírculo de montes que la abrigaba. Y, después de una breve pausa, surgiendo de sus silencios penumbrosos y enormes con toda la gravedad de sus centurias, ¡tin-tan!, dijeron las montañas. Con este mensaje trivial el Eco regresó de donde moran los poderosos, desde allí, adonde había llegado con el grito pequeño de la campanilla para perturbar su majestuosa soledad.

Rodrigo y Morano continuaron y, mientras marchaban, las montañas se encapotaron en una atmósfera multicolor, hasta que aparecieron las estrellas y brillaron las luces de la aldea. En la oscuridad, con sorpresa en el tono de los perros ladrones, los dos vagabundos llegaron a la aldea donde tan pocos llegan porque se yergue en el confín de España, incomunicada por esas potentes rocas; y ni Rodrigo ni Morano tenían muchas noticias acerca de qué comarcas se extendían más allá.

Golpearon una puerta que estaba debajo de un letrero en el que se hallaba escrito El Mesón del Fin del Mundo. Un clérigo vagante lo había redactado y había sido bien pago por su tarea, porque en aquellos días eran pocos los que sabían escribir. El dueño del mesón les abrió la puerta y entraron en un aposento donde algunos hombres, que ya habían cenado, estaban sentados a una mesa. Todos provenían del sector español de las montañas; eran granjeros que habían venido a la aldea por asuntos de la Madre Tierra; al día siguiente regresarían a sus granjas y no sabían nada de la tierra que estaba tan cerca, allí del otro lado de las montañas, de modo que, para

los viajeros errantes, aún seguía siendo un misterio dónde se albergaba el espíritu romántico. Como nada sabían de esa tierra, los hombres del mesón atesoraban con ansiedad los rumores que de ella llegaban y los comentaban; nuestro mesonero, hasta quien tarde o temprano, llegaban los relatos, los escuchaba con ansia y los que más le complacían eran los que se referían a la comarca ubicada más allá de las montañas.

Rodrigo y Morano se sentaron en silencio y escucharon; toda la conversación giraba sobre el tema de la Guerra. Era indefinido y débil como una leyenda, pero el rumor apuntaba con claridad a la presencia de la Guerra del otro lado de las montañas. Es posible que ningún hombre abrigue una ambición disparatada sin pasar por momentos en los que duda de ella, pero, si la verifica por medio de la prueba contundente de los hechos, se convierte de inmediato en algo similar a una mujer, cuyo hijo inválido, después de años de confinamiento, gana inesperadamente un premio de atletismo. Cuando Rodrigo oyó esta charla sobre guerras tan próximas, pensó en su castillo como si ya estuviese conquistado y sus pensamientos fueron aún más lejos, flotando por el Pueblo de la Penumbra en el brillo del crepúsculo y paseándose ante la casa de Serafina bajo el balcón donde estaba sentada por siempre jamás.

Algunos afirmaban que el Duque no atacaría nunca al Príncipe porque la tía del Duque era una princesa del País de los Trovadores. Uno decía que sin duda estallaría una guerra. Otros opinaban que ya había una contienda y que era demasiado tarde para que alguien pudiera detenerla. Todos estaban de acuerdo en que terminaría pronto, y otro hombre dijo que sería la última guerra que estallaría porque la pólvora tornaba la lucha imposible. Podía destruir a un hombre a doscientos pasos y el hombre moriría sin saber contra quién luchaba. A algunos les gustaba la guerra y a otros la paz, dijo, pero la pólvora no convenía a nadie.

—No me gusta como suena esa palabra pólvora, amo —dijo Morano a Rodrigo.

—A nadie le agrada —afirmó el hombre que estaba sentado a la mesa—. Es el fin de la guerra.

Algunos hicieron un gesto de contrariedad y otros se regocijaron. Pero Rodrigo resolvió continuar antes de que finalizara la última guerra.

A la mañana siguiente Rodrigo pagó con sus últimas monedas de plata y partió con Morano antes de que nadie se levantara, a excepción de nuestro mesonero. Delante, solo tenían las montañas.

Escalaron toda la mañana y llegaron a los bosques de pinos. Allí encendieron un buen fuego y Morano extrajo su sartén. Después de comer revisaron las provisiones y comprobaron que, de las vituallas que Morano había traído de la foresta, solo les quedaba comida para tres días y, para colmo, estaban absolutamente desprovistos de dinero. En aquellas encumbradas soledades el dinero parecía trivial, pero la escasez de comida le indicó a Rodrigo que debía apresurarse, porque el hombre que llega hasta esos monstruos rocosos lo hace equipado para todas sus necesidades o perece, inadvertido, ante sus rostros pétreos. Toda la tarde atravesaron bosques de pinos y,

cuando las sombras comenzaron a alargarse, dejaron atrás el último árbol. La aldea, todos los campos que la rodeaban y el camino por el que habían avanzado se extendían debajo como cosas pequeñas, desprovistas de importancia, recordadas vagamente mucho tiempo después por alguien cuya memoria se está debilitando. La distancia los había empequeñecido y la mirada fría de aquellos picos poderosos los desdeñaba. Luego una sombra se abatió sobre la aldea; se encendieron unas lucecitas minúsculas. Allí abajo era de noche. Los dos viajeros caminaban aún a plena luz del día. Con los rostros vueltos hacia las rocas, apenas advirtieron la noche que trepaba detrás de ellos. Pero cuando Rodrigo elevó los ojos al cielo para determinar cuánto tiempo con luz quedaba y se encontró con la mirada calma del Lucero Vespertino, observó que la Noche y los picos se reunían y comprendió de inmediato hasta qué punto el hombre es un intruso minúsculo.

—Morano —dijo Rodrigo—, debemos descansar aquí durante la noche.

Morano miró en tomo con gesto de desagrado, no por las palabras de su amo sino por la aridez de las rocas angulares. Casi no había plantas de ninguna clase en las inmediaciones. Se hallaban cerca de la nieve que se había sonrojado como una rosa silvestre al atardecer pero ahora estaba completamente gris. Grises acantilados parecían contemplar la eternidad; y aquí estaba el hombre, la criatura precedera, que se había arriesgado a vagabundear errante en el frío, carente de hogar, entre sus superiores. Allí, nadie les daba la bienvenida; cualquiera fuese el sentimiento que suscitan las grandes montañas, ese sentimiento era claro para Rodrigo y Morano. Se hallaban entre aquellos que tenían otras metas, otros fines y que no sabían nada del hombre. Un erado viento helado sopló desde la nieve y el espacio estrellado y les grabó, indeleble, ese pensamiento.

Siguieron caminando en busca de un lugar más apropiado, como se suele hacer, pero no encontraron ninguno. Y, por fin, se tendieron sobre la tierra bajo una roca que parecía ofrecer un refugio contra el viento, y allí trataron de dormir, pero, en cambio, se hizo presente el frío; el sueño se mantuvo alejado de las presencias tremendas de los picos de los Pirineos que contemplaban la lejanía.

Surgió una luna llena; Rodrigo despertó a Morano y se levantó, y ambos continuaron lentamente a pesar de su cansancio. Imagínate las dos siluetas pequeñas, encorvadas, temblorosas, exhaustas, apoyadas en rústicos cayados extraídos del bosque, rodeadas por el desprecio de aquellos picos tremendos que la luna subrayaba con excesiva claridad.

Obtuvieron escaso calor caminando; estaban demasiado cansados para correr. Al rato se detuvieron, prendieron fuego a sus bastones y por algunos momentos consiguieron un poco de calor; los cayados ardieron débilmente y de extraña manera en aquellas soledades inhumanas.

Luego continuaron y su senda se tomó más empinada. De nuevo descansaron porque los rindió la fatiga, se repusieron y escalaron nuevamente para combatir el frío; y durante todo ese tiempo los picos contemplaban por encima de ellos espacios

que están mucho más allá del pensamiento del hombre.

Mucho antes de que España conociera la aurora, un alto monstruo sonreía al sol en el cielo, un pico que se destacaba sobre todos sus hijos envejecidos. Saludaba al sol como si ese objeto solitario que despreciaba la raza humana desde que apareció hubiese encontrado un igual poderoso en el Espacio. El enorme pico resplandecía y el resto de su estirpe gris recibía perezosamente, uno a uno, ese esplendor. Todavía era de noche en todas las casas españolas.

Rodrigo y Morano se reconfortaron con el brillo de aquel pico helado, a pesar de que no irradiaba calor alguno, pero su vista los alegró; se reanimaron sus ánimos y adquirieron mayor calidez en aquella aciaga hora.

Luego llegó la aurora y les mostró que estaban cerca de la cumbre del paso. Habían llegado hasta la nieve que allí resplandece eternamente.

No había material para encender fuego, de modo que comieron alimentos fríos y continuaron cansadamente su trayecto. Durante algunos minutos atravesaron aquel horrendo cúmulo de picos; al mediodía estaban caminando en terreno llano.

A la tarde, Rodrigo, cansado por el viaje y por el calor del sol, decidió que era posible dormir y, envolviéndose en la capa, se tendió, haciendo lo que hubiera hecho Morano por instinto mucho antes. Morano se durmió de inmediato, y Rodrigo poco después. Los despertó el frío del crepúsculo.

Descansados en forma sorprendente, comieron un poco y reiniciaron la caminata a fin de acumular calor para la noche. Estaban todavía en terreno llano e iniciaron la marcha a paso vivo, aliviados por haber terminado el ascenso. Después disminuyeron el ritmo y caminaron solo para mantenerse con calor. Y, en un momento de la noche estrellada, advirtieron que la senda se convertía en una pendiente y supieron que estaban descendiendo hacia la comarca de los sueños de Rodrigo.

Cuando los picos brillaron nuevamente encontrando por primera vez el día en los más tempranos salones de baile de la transparente atmósfera, ya se erguían detrás de los viajeros errantes. Debajo de ellos, todavía envuelta en la oscuridad, se extendía la comarca de sus sueños, pero hasta ese momento siempre se había desvanecido al amanecer. Ahora los montes asomaban las cabezas una a una a través de cortinas de niebla; aparecían los bosques, luego setos y después prados, de manera borrosa al principio y, por fin, en la luz de la mañana cruda y fría, más y más reales. La visión de la tierra tan buscada, la cual, según Morano llegó a creer por momentos, no existía en este mundo y que quizá se había esfumado cuando se extinguieron las fábulas, borró la fatiga de los viajeros, quienes prosiguieron su ruta ayudados por la pendiente de los Pirineos y alegres por el sol naciente. Al fin encontraron cosas que dan la bienvenida al ser humano: pequeños arbustos en flor y, al mediodía, el límite de un bosque de pinos. Penetraron en él y encendieron un jubiloso fuego, oyeron a los pájaros cantar, lo que alegró a ambos, porque nada habían dicho los grandes picos.

Comieron lo que preparó Morano, y el fuego les proporcionó alegría y calor; luego durmieron un rato y cuando despertaron continuaron a través de la foresta,

descendiendo y descendiendo hacia la comarca de sus sueños para averiguar si era verdadera.

Dejaron atrás el bosque y llegaron a senderos muy peculiares, pequeñas colinas, brezales, terrenos pedregosos y valles erráticos que se retorcían una y otra vez. Los atravesaron junto con la cuesta de la montaña que tenían detrás. Cuando los rayos del ocaso suavizaron los campos de Francia, los viajeros errantes todavía caminaban, pero los picachos estaban lejos y muy atrás, contemplando austeramente los objetos más remotos, despreocupados por completo de las huellas del hombre. Continuaron caminando, pasaron prados endulzados por la luz del atardecer, un poco ladeados al pie de la montaña. Apenas habían dado la bienvenida al Lucero Vespertino, divisaron el dulce resplandor de una ventana y supieron que, de nuevo, habían llegado a la tierra que es la madre del hombre. En su salvajismo helado las montañas inhumanas se ataviaban como dioses con los colores que tomaban de la puesta de sol, luego todos aquellos picachos se oscurecieron en un cónclave cavilante y desaparecieron en las tinieblas. Y el silencio de la noche oyó el golpecito seco que dieron las manos de Morano sobre la puerta de la casa que tenía la ventana resplandeciente.

## CRÓNICA NOVENA

---

### Cómo conquistó un castillo en España

**L**a mujer que apareció en la puerta tenía en el rostro una expresión que agradó a Morano.

—¿Son soldados? —preguntó. Su mirada asustada anunciaba la guerra.

—Mi amo es un viajero que va en busca de las guerras —repuso Morano—. ¿Hay alguna guerra cerca?

—Oh, no, cerca no —afirmó la mujer—, cerca no.

Y un no-se-qué en la forma ansiosa en que dijo «cerca no» agradó también a Morano.

—Encontraremos esas guerras, amo —afirmó.

Y luego ambos la interrogaron. Parecía que las guerras estaban a solo veinte millas.

—Pero se correrán hacia el norte —sostuvo—. Se alejarán de aquí seguramente, ¿no?

¡Antes de que transcurriera la noche siguiente el sueño de Rodrigo se haría realidad!

Y luego salió a la puerta un hombre, ansioso porque había oído voces extrañas, y Morano lo interrogó también a él, pero no entendió ni una palabra. Era un granjero francés que se había casado con una muchacha española oriunda de la tierra maravillosa que se extendía más allá de las montañas pero, comprendiera o no a su mujer, nunca había entendido la lengua castellana. Pero tanto Rodrigo como la esposa del granjero conocían los dos idiomas y no tuvo dificultad alguna en pedir alojamiento para esa noche; ella sopesó con curiosidad el hecho de que Rodrigo fuera en busca de las guerras, porque en aquellos tiempos las guerras eran de poca importancia y no iban todos los hombres. La noche pasó poblada de sueños que estaban al borde de la vigilia, que se deslizaban como fantasmas al filo de la noche y que se dispersaron con la luz del día. Era a Rodrigo a quien acuciaban estos sueños. El granjero y su esposa estuvieron perplejos un rato y luego se durmieron. Morano se durmió con su habitual letargo, pero Rodrigo, que estaba en la víspera de concretar su larga búsqueda, durmió un sueño tumultuoso. Algunas veces sus sueños se precipitaban a través de los Pirineos, dirigiéndose hacia el sur hasta el Pueblo de la Penumbra y, otras, se adelantaban impetuosamente y, como murciélagos, se colgaban

de las torres del gran castillo que conquistaría en la guerra. Siempre estaba tan próximo al límite del sueño que nunca alcanzaba a distinguir sueños y pensamientos.

Llegó el alba y desechó todos los sueños, menos el que siempre lo guiaba; y fue a despertar a Morano. Comieron apresuradamente y abandonaron la casa, y la esposa del granjero miró de nuevo con curiosidad a Rodrigo como si hubiese algo raro en un hombre que iba a las guerras, porque aquellas épocas no eran como esta. Siguieron la dirección que les había sido indicada; nunca estos dos hombres caminaron tan rápido. Al cabo de cuatro horas habían recorrido dieciséis millas. Hicieron un alto, Morano extrajo su sartén con jactancia altanera y cocinó con gran estilo; cada movimiento que hacía era un gesto triunfal porque ¡se habían cruzado con refugiados de guerra! Obviamente, la guerra estaba cerca, solo tenían que tomar el camino que los refugiados evitaban. El sueño era realidad. Morano se veía caminando lentamente con espléndidos ropajes a lo largo de los corredores recubiertos con tapices del castillo de su amo. Le hubiese gustado dormir un rato después de comer y volver a soñar este sueño, pero Rodrigo le ordenó que reuniera todos los implementos, de modo que lo que quedaba de la comida volvió a desaparecer en una bolsa, la sartén fue colgada sobre sus hombros y Morano estuvo listo para enfrentar el camino.

Se cruzaron con más refugiados; su prisa era inconfundible y explicaba más que lo que hubiesen podido explicar sus labios si se hubiesen atrevido a hablar; las guerras estaban próximas y los viajeros errantes avanzaban perezosamente.

Mientras caminaban al atardecer, llegaron a la cresta de una colina, un pequeño repliegue de la tierra que hacía años había sido perturbada por el crecimiento horrendo de los Pirineos; contemplaron cómo el crepúsculo se oscurecía sobre los prados que estaban a sus pies; vieron una niebla blanca que brotaba en línea recta del césped y dos hileras de tiendas, grisáceas y blanquecinas como la niebla, y unas pocas tiendas más desparramadas junto a ellas. Las tiendas habían sido instaladas al atardecer, a la hora en que surgió la niebla ya que todavía algunos hombres estaban martillando estacas. En ese momento encendían hogueras mientras caía la noche. Aproximadamente doscientos pasos era el espacio que mediaba entre ambas hileras. Se trataba de dos ejércitos enfrentados uno a otro.

El resplandor se desvanecía, la niebla y las tiendas se tornaban más grises, los fuegos del campamento guiñaban en la oscuridad y se volvían más y más rojos; comenzaron a prender antorchas junto a las tiendas hasta que todas brillaron con un color dorado pálido. Rodrigo y Morano permanecieron allí absortos, sumidos en el asombro, mientras contemplaban el aura hermosa que nimba los horrores de la guerra.

Cuando las estrellas ya resplandecían en la noche, llegaron a ese prado donde estaban acampados los ejércitos; bajo el titilar de las estrellas arribaron al sitio mismo que encamaba el sueño de Rodrigo.

—¿Para qué bando pelearéis, amo? —dijo Morano junto a su oído.

—Para el de la justicia —repuso Rodrigo, y se encaminó hacia las tiendas más

próximas, sin dudar ni por un instante de que lo guiarían, aunque sin hacer el esfuerzo de establecer de qué manera.

Se encontraron con un oficial que deambulaba entre sus tiendas.

—¿A dónde vais? —gritó.

—Señor —repuso Rodrigo—, he venido con mi laúd para cantaros algunas canciones.

Al oír esto, el oficial llamó a los otros, quienes salieron de sus tiendas; y Rodrigo les reiteró su oferta confiando en sí mismo, ya que sabía que tocaba muy bien el laúd. Repusieron que al día siguiente entablarían un combate y que no podían escuchar canciones; exhibían gran desprecio por el canto, pues necesariamente tenían que prepararse para la lucha y todos tenían una opinión muy pobre sobre el laúd. Por lo tanto, Rodrigo les hizo una amplia reverencia con el sombrero en la mano y se alejó. Como vio que su amo se inclinaba, Morano también se inclinó. Y los soldados de aquel campamento volvieron a concentrarse en sus preparativos. Una caminata muy breve llevó a Rodrigo y a su sirviente hasta el otro campamento, ubicado en un prado llano conveniente para la batalla. Se encaminó a una tienda amplia muy bien iluminada cuya puerta estaba abierta hacia él y, después de explicarle su cometido a un centinela de guardia en el exterior, entró y vio a tres personas de calidad sentadas a una mesa. Les hizo una amplia reverencia en la puerta de la tienda al tiempo que decía:

—Señores, he venido a cantaros canciones, acompañándolas con mi laúd.

Y le dieron la bienvenida con júbilo y le respondieron:

—Mañana debemos luchar, y con placer alegraremos nuestros corazones con el sonido de canciones y al mismo tiempo infundiremos mayor fuerza a nuestros hombres.

Por lo tanto Rodrigo cantó entre las tiendas, de pie junto a una gran hoguera hasta donde lo condujeron; los soldados salieron de las tiendas y penetraron en el círculo de luz, y en la oscuridad circundante había muchos que Rodrigo no alcanzaba a percibir. Cantó para ese círculo de hombres y para el vago resplandor de sus caras. Les cantó canciones de su tierra, no en su idioma, sino canciones escritas por poetas antiguos sobre el hogar de su infancia en valles situados bajo remotas montañas, muy lejos de los Pirineos. Y en el canto revivieron los lamentos de los poetas muertos, que volvían al hogar como las golondrinas cuando ha pasado la última tormenta. Y esos lamentos despertaban un eco en los corazones que latían en la noche alrededor del fuego del campamento y los soldados revivían sus hogares. Luego comenzó a tañer el laúd y les tocó las melodías que arrancan a los hombres de sus hogares y los impulsan a ir a la guerra. Las melodías surgían de la luz del fuego. El laúd era sabio y los hombres le oyeron decir lo que ellos hubiesen querido decir.

Ya estaba muy avanzada la noche cuando terminó y el silencio descendió sobre el campamento mientras la música se esparcía, subiendo desde el opaco círculo de hombres y rostros iluminados por el fuego, tocando quizá las rodilas de los Pirineos y

volando más allá, hasta doquiera vayan los ecos. Y las chispas de la hoguera del campamento se elevaban en línea recta hacia lo alto como lo habían hecho durante horas, y los hombres sentados a su alrededor miraron cómo se perdían allá arriba porque habían pasado mucho tiempo sin reparar en las chispas ya que sus pensamientos habían vagabundeado lejos en compañía del laúd. Y de pronto todos lanzaron exclamaciones de júbilo. Rodrigo se inclinó ante el dueño de la tienda en la que había entrado y pidió permiso para luchar con ellos a la mañana siguiente.

Esto le fue acordado con beneplácito y mientras hacía una reverencia y expresaba su gratitud sintió que Morano le tocaba el hombro. Y tan pronto como se hubo apartado con él las palabras del obeso individuo burbujearon y fueron dichas.

—Amo, ¡no luchéis por estos hombres! —exclamó—, porque escuchan canciones hasta la medianoche mientras los otros se preparan para la lucha. Los otros ganarán la batalla, amo, y ¿dónde estará vuestro castillo?

—Morano —repuso Rodrigo—, parece haber alguna verdad en lo que decís. Sin embargo, debemos luchar por la justicia, porque, ¿qué ocurriría si aquellos que han rechazado el canto ganaran y prosperasen? El arma de todo hombre de bien debe estar contra ellos. ¡Morano! ¡Han negado el canto! Vos y yo debemos luchar contra ellos mientras la espada nos responda.

—Sí, amo, es verdad —dijo Morano—. Pero, ¿cómo lograréis vuestro castillo?

—En cuanto a eso —replicó Rodrigo—, lo conquistaré algún día pero no mediante el rechazo del canto. Estos ban acogido gustosos el canto, los otros lo han desdeñado. Y, ¿qué sería de la vida si a los que niegan el canto se les permite prosperar sin que los hombres justos se lo impidan?

—No sé, amo —repuso Morano—, pero yo trataría de conseguir ese castillo.

—Basta ya —cortó Rodrigo—. Debemos luchar por la justicia.

Y así fue como Rodrigo se mantuvo fiel a quienes lo habían escuchado cantar.

Le dieron un casco y un peto que, dijeron, era a prueba de cualquier espada, y le ofrecieron una espada que, afirmaron, transpararía cualquier peto con seguridad. (Porque en las batallas no luchaban con el delgado estoque). Pero Rodrigo no olvidó la célebre espada gloriosa cuyas hazañas conocía por más de un romance viejo y a la que había traído de tan lejos para ofrecerle ese antiguo brindis de sangre; creía que era la llave de color azul brillante del castillo que iba a conquistar.

Luego le instalaron a Rodrigo un cómodo lecho sobre el piso en la tienda de los tres jefes, la tienda a la que había llegado en primer término, porque lo honraban a causa del don que tenía para el canto, porque era un extranjero y porque había solicitado venia para luchar en la batalla. A la luz de un fanal, Rodrigo echó una mirada a la rosa que había traído desde el Pueblo de la Penumbra, luego se durmió y en su sueño se erguían torres de castillos.

Llegó el alba y aún dormía; pero a las siete todo el campamento estaba ya ruidosamente en actividad porque se habían comprometido con el enemigo a comenzar la batalla a las ocho. Rodrigo tomó un desayuno liviano porque ahora que

por fin había llegado el día de sus sueños y todas sus esperanzas dependían de esa jornada, muchas cosas suscitaban su ansiedad. Era como si su castillo, hermoso y rosado en los sueños, helara con sus enormes rocas frías todo el aire que lo circundaba; era como si, por fin, Rodrigo lo tocara con las manos y sintiera una humedad con la que jamás había soñado.

Luego llegó la hora indicada, las ocho, y sus ansiedades se esfumaron.

El ejército se hallaba alineado delante de las tiendas pero el enemigo aún no estaba listo y por lo tanto tuvieron que esperar.

Cuando por fin se dio la señal y los artilleros dispararon sus cañones y los mosquetes abrieron el fuego, cayeron muchos hombres. Ahora bien, Rodrigo estaba ubicado a la derecha junto con Morano y, sea por una leve diferencia en el número, sea por un desequilibrio en la distribución de la batalla, esa ala derecha sobrepasaba un poco la izquierda del enemigo. Cuando, por la descarga de los mosquetes, fueron heridos unos pocos hombres, esta diferencia se hizo aún más pronunciada.

Ahora bien, los jefes de aquel magnífico ejército despreciaban cualquier artimaña no caballeresca y jamás hubieran condescendido a emplear ninguna ruse de guerre. Por lo tanto, nunca podrá reprochárseles que hayan intentado flanquear al enemigo. No obstante, cuando después de la descarga de los mosquetes y el alegre estruendo del cañón ambos ejércitos avanzaron, sucedió que flanquearon al enemigo como un resultado del azar, del que no se puede responsabilizar a ningún jefe; de modo tal que, aquellos que hablan de traición en esta batalla y de flanqueo deliberado, mienten.

Pues bien, cuando, después que se descargaron los mosquetes, Rodrigo avanzó con la espada en alto, ya tenía elegido su adversario, porque había observado detenidamente a los que estaban frente a él, antes de que el humo los oscureciera, y había elegido al que, por el esplendor de su atuendo, parecía ser el propietario del castillo más maravilloso. Por cierto, este adversario se destacaba entre quienes lo rodeaban, y su apariencia presagiaba la posesión de incontables riquezas, ya que vestía una capa verde muy fina sobre una vestimenta color lila, y su casco y su coraza exhibían un cuidadoso trabajo artesanal. Hacia él marchó Rodrigo.

Luego comenzaron a luchar palmo a palmo y hubo un despliegue impresionante de espadas. Si aquel día hubiese habido allí un poeta, el relato de su lucha hubiera llegado hasta ti, lector mío, recorriendo el camino desde los Pirineos y atravesando todos esos cientos de años, y esta narración mía hubiera sido inútil, una repetición imperfecta en prosa de las canciones que tu nodriza acostumbraba a cantarte. Pero pelearon sin ser vistos por aquellos que velan por las Musas.

Rodrigo avanzó sobre el adversario que había escogido y, después de hacer una breve reverencia, comenzaron el encuentro de inmediato. Rodrigo le golpeó el casco hasta que aparecieron algunas abolladuras y lo sacudió con golpes rápidos hasta que las abolladuras se transformaron en hendiduras y golpeó las hendiduras hasta que comenzó a aparecer el cabello; durante todo este tiempo los golpes de su adversario se tomaron más débiles y más inadecuados, hasta que cayó a tierra y triunfó Rodrigo.

Rápido como un gato, mientras Morano alejaba a los otros, Rodrigo se inclinó sobre su garganta y, sosteniendo en alto el puñal que había tomado hacía tiempo como herencia del mesonero del Dragón y el Caballero, pidió al caído su castillo como rescate de su vida.

—¿Mi castillo, señor? —preguntó el prisionero con voz débil.

—Sí —repuso Rodrigo, impaciente.

—Sí, señor —dijo su adversario, y cerró los ojos por un momento.

—¿Rinde su castillo, amo? —preguntó Morano.

—Sí, por supuesto —replicó Rodrigo.

Se miraron el uno al otro, ¡por fin, todo estaba bien!

La batalla se alejaba de ellos y se libraba en medio de las tiendas de campaña del enemigo.

La Historia dice que aquel día ganaron los justos. Y como se trata de una Musa instalada en su trono mítico, su decisión es de tal índole que no podemos apelarla; y, no obstante, me pregunto si algunas veces no la sobornan. Por cierto, el agudísimo sentido común de Morano había errado, por cuanto aquellos a quienes les presagió la victoria porque se estaban preparando tan ostensiblemente para el combate fueron derrotados; mientras los otros, como habían hecho sus preparativos mucho antes, podían alegrarse con una canción antes de la batalla y ganarla cuando llegara el momento.

Así Rodrigo quedó en posesión de su prisionero sin ser molestado y con la promesa de su castillo como rescate. La batalla concluyó rápidamente como necesariamente debe ocurrir toda vez que dos pequeños ejércitos se encuentran tan de cerca. Ocuparon el campamento del enemigo, desbarataron sus fuerzas y una hora después de comenzar la batalla cesaban las últimas luchas.

El ejército regresó a las tiendas para regocijarse y organizar un banquete, trayendo consigo cautivos, caballos y otros despojos de guerra. Rodrigo fue honrado porque había luchado en el ala derecha y, por lo tanto, era uno de los que habían quebrantado la izquierda del enemigo, posibilitando de tal modo la victoria. Y lo hubieran agasajado y le hubieran rendido honores tanto por su pericia con la espada como por sus canciones acompañadas por el laúd y luego se hubieran marchado a su tierra y lo hubieran llevado consigo y también allí lo hubiesen promovido a nuevos honores, si no fuera porque Rodrigo no estaba dispuesto a quedarse con ellos, pues finalmente tenía su castillo y debía marchar de inmediato con Morano y su cautivo para ver su sueño concretado. Por lo tanto, agradeció a los jefes de esa hueste con muchas cortesías y muchas reverencias, les explicó lo que ocurría con su castillo y los felicitó por la victoria de su causa justa, y se despidió. Ellos le respondieron apenados y, al comprender que realmente se iría, le dieron caballos para él, para Morano y para su cautivo, y los proveyeron con bolsas de provisiones, mantas y todo tipo de implementos que pudieran hacerles más cómodo el viaje; todo lo extrajeron de sus despojos de guerra y no le quisieron dar menos de lo que pudieran cargar los

caballos. Luego Rodrigo se dirigió de nuevo a su cautivo, quien ahora estaba de pie.

—Señor —dijo—, os ruego que nos digáis dónde queda vuestro castillo mediante el cual rescatásteis vuestra vida.

—Señor —contestó—, tengo un castillo en España.

—Amo —interrumpió Morano, iluminándosele los ojos con deleite—, no hay castillos como los españoles.

Luego los tres montaron a caballo; el cautivo iba en una cabalgadura de complexión más pobre que las de los otros dos y bien cargada con bolsas, porque Rodrigo no quería correr el riesgo de que su castillo se desvaneciera a medio galope sobre cuatro cascos y se esfumara en la polvareda.

Cuando se enteraron de que su viaje era a través de los Pirineos, cuatro caballeros de ese ejército se comprometieron a cabalgar con Rodrigo hasta la frontera con España para hacerle compañía y proporcionarle combustible en el frío solitario de las montañas. Todos partieron y el ejército feliz los despidió con gritos de júbilo. Rodrigo se alejó cuando estaban preparando el banquete y no supo nunca por qué causa había luchado.

Al atardecer llegaron una vez más a la casa donde Rodrigo había arribado dos noches atrás y durmió antes de conquistar su castillo. Todos hicieron un alto, y el hombre y la mujer salieron a la puerta aterrorizados.

—¡Las guerras! —dijeron.

—Las guerras —replicó uno de los jinetes— han concluido y ha prevalecido la causa de la justicia.

—¡Alabados sean los Santos! —exclamó la mujer—. Pero, ¿ya no habrá luchas?

—Nunca más —contestó el jinete—, porque los hombres están cansados de la pólvora.

—¡Gracias a los Santos! —dijo ella.

—No digáis eso —repuso el jinete—, porque Satán inventó la pólvora.

Y se quedó callada, pero si no hubiera habido nadie allí hubiese agradecido a Satán en secreto.

Pidieron el alojamiento y la comida que tienen derecho a pedir los hombres armados.

Se fueron por la mañana. Se convirtieron en una reminiscencia que flotó como una visión, hecha en parte del color del atardecer y, en parte, del esplendor de sus capas, y así permaneció a través de los años en el recuerdo de esos dos campesinos como objeto de romanticismo, magnificencia y temor. Pronto la ladera de la montaña comenzó a erguirse ante ellos y cabalgaron lentamente hacia aquellos picachos que abandonaron el nivel de los prados antes de que a ellos llegara el hombre y que ahora permanecían allí, en estrecha relación con las estrellas y el alba, y con aire de no tener noticia alguna del hombre. Hablaban mientras avanzaban. Rodrigo conversaba con los cuatro caballeros que cabalgaban con él y ellos le contaron historias de guerra y se explayaron sobre los diferentes estilos de lucha que caracterizan a hombres

diferentes. Detrás de él iba Morano junto al cautivo y se pasó toda la mañana haciéndole preguntas sobre su castillo en España. Al principio, el cautivo respondía lentamente, como si estuviese agotado, o como si por haber estado ausente de su hogar durante mucho tiempo recordara sus características borrosamente; pero pronto recuperó la memoria y comenzó a contestar con claridad describiéndole a Morano un castillo como el que jamás hubiera soñado. Los ojos del obeso individuo se salían de las órbitas mientras cabalgaba a su lado, tornándose más y más redondos a medida que avanzaban.

Al atardecer llegaron a aquel bosque de pinos donde había descansado Rodrigo. Hicieron alto en medio de la foresta y ataron los caballos en los árboles; sujetaron algunas mantas en las ramas y formaron una especie de carpa y, en el centro, encendieron una hoguera, al principio con pinocha y las ramitas secas que estaban al alcance de la mano; luego le agregaron leños grandes. Allí comieron todos juntos, los siete, alrededor del fuego. Cuando concluyó la comida, mientras los leños estaban bien encendidos y lanzaban lentamente chispas rojas hacia las estrellas plateadas, Morano se dirigió al prisionero que estaba sentado junto a él y le dijo:

—Contadles a los señores sobre el castillo de mi amo.

Y en el silencio que, más que roto, era adormecido por el viento susurrante que surgía de la nieve y soplaba a través del bosque, el cautivo levantó la cabeza lentamente y habló con su acento extraño.

—Señores, en Aragón, cruzando el Ebro, hay muchas torres poderosas...

Mientras hablaba todos se inclinaban para oír mejor, con los rostros oscuros que resplandecían a la luz del fuego.

—Mi hogar —continuó— se levanta sobre la margen sur del río Ebro.

Habló de insólitas rocas que afloraban del Ebro, de contrafuertes contruidos entre ellas en tiempos remotos, de torres inmensas que se levantaban formando multitudes desde esos contrafuertes, y del muro poderoso, sin aberturas, que llegaba hasta alturas increíbles donde brillaban las ventanas al resguardo de cualquier escala de guerra.

Al principio, advirtieron en su relato el orgullo por el hogar perdido y, cuando se refirió a la altura de sus torres, se preguntaron cuánto exageraría impulsado por la vanidad. Luego el vigor de la descripción atrapó a todos y no pusieron en duda ni una muralla almenada, pues la fantasía de cada uno forjó claramente en la imaginación todas y cada una de las torres entre la luz del fuego y la de las estrellas. A gran altura, sobre aquellas torres maravillosas, estaban las torrecillas con arcos; desde ventanas inaccesibles sonreían extrañas tallas y las torres se reunían resplandecientes en el espacio solitario donde no había nada más que ellas; brillaban hasta muy lejos, sobre Aragón, y el Ebro fluía junto a ellas, siempre renovado, siempre asombrado por su belleza.

Hablaba a los seis oyentes en la montaña solitaria, lentamente, recordando con tristeza. Nunca historia alguna conocida por el Romance, que hablara de castillos en

España, atrajo tanto el interés como esta, mientras las chispas volaban hacia arriba, hacia los picos de los Pirineos, y, sin alcanzarlos, se apagaban en la noche cediendo su lugar a las blancas estrellas.

Cuando vacilaba acuciado por el dolor o se debilitaba su memoria, Morano, que estaba sentado junto a él y lo observaba con ojos brillantes, le tocaba el brazo y le formulaba alguna pregunta, y el cautivo la contestaba y proseguía hablando con tristeza.

Se refirió a terrazas muy altas donde el heliotropo, el áloe y las adelfas recibían la luz del sol muy por encima de su tierra nativa; y aunque solo con escasa frecuencia soplaban vientos y llevaban hasta allí mariposas, las que llegaban a aquellas aromáticas terrazas se quedaban allí para siempre.

Después de una pausa siguió hablando incesantemente y concluyeron las preguntas de Morano y ninguno de los hombres que se hallaban junto a la hoguera dijo una sola palabra; el cautivo habló sin interrupciones manteniendo la atención de sus oyentes como por arte de magia, con los ojos fijos en la lejanía, en los peñascos sombríos de los Pirineos, hablando sin cesar de sus grandes torres (casi parecía que se estaba refiriendo a las montañas). Cuando el fuego solo fue un oscuro brillo rojo y la ceniza blanca se acumuló a su alrededor, dejó de hablar, después de haberles contado sobre un castillo maravilloso aún entre las torres de España, y a todos los que estaban sentados en torno de las brasas les entristeció su tristeza, porque su melancólica voz penetró hasta las almas mismas como la niebla blanca entra en las casas; y, por eso, todos se alegraron cuando Rodrigo le dijo al cautivo que podría quedarse con una de sus diez altas torres y vivir en ella para siempre. Apenado, se lo agradeció tristemente y no demostró alegría.

Cuando se acabó el relato sobre el castillo y aquellas torres inmensas, el viento que soplabá desde la nieve estremeció a todos los oyentes; les había parecido que estaban lejos, junto al Ebro, en el calor y la luz de España y, ahora, la inmensa noche los atrapaba y los picachos parecían cernirse en torno de ellos. Se envolvieron en mantas y se tendieron en sus refugios. Por un momento oyeron el viento que agitaba las ramas y el mudo sordo del casco de un caballo inquieto por la noche; luego todos se durmieron, excepto el que cuidaba al cautivo y el cautivo mismo, que yació largo rato pensando y pensando.

El amanecer se deslizó por el bosque sin despertar a ninguno de los durmientes, todos los pájaros les gritaron y aún continuaron durmiendo; más tarde el guardián del cautivo despertó a Morano, quien removió las brasas del fuego, cocinó y desayunaron. Pronto abandonaron la foresta y se enfrentaron con la cuesta yerma; iban a pie, llevando los caballos de las riendas.

La senda se desplegaba hasta llegar a las cumbres despectivas, serpenteando sobre un hombro de los Pirineos, allí donde los picos lucen fríos, despreciativos y alejados de los asuntos humanos.

Gracias a quienes los acompañaban, Rodrigo y Morano no sintieron ya la

majestad mortal de aquellos picachos que dominaban tan espantosamente esas soledades. Los dejaron atrás hablando alegremente de las guerras que habían conocido los cuatro caballeros; descendieron y al atardecer llegaron al límite inferior de la nieve. Continuaron un poco más y entonces hicieron un alto y, con ramas del último campamento que habían cargado en los caballos, encendieron otro gran fuego y, a su alrededor, acurrucados en las mantas que llevaban consigo, encontraron calor, aún allí, tan lejos de los hogares de los hombres.

El amanecer y el frío los despertaron en esa cuesta sin árboles; junto al rescoldo desnudo y tibio Morano cocinó de nuevo y comieron en silencio. Luego los cuatro caballeros se incorporaron con tristeza; uno hizo una reverencia y le explicó a Rodrigo que debían regresar a su propio país. Una honda pena conmovió a Rodrigo al oír estas palabras, al advertir que perdería a cuatro viejos amigos de inmediato y quizá para siempre (porque cuando los hombres han luchado bajo una misma bandera en la guerra se convierten en viejos amigos esa misma mañana).

—Señores —dijo Rodrigo—, ¿quizá no nos volvamos a ver!

El otro miró los picos más allá de los que se extendían las tierras lejanas y se limitó a hacer un gesto con las manos.

—Señor, al menos —solicitó Rodrigo— acampemos juntos una vez más.

Y hasta Morano balbuceó una súplica.

—Me parece, señor —fue la réplica—, que ya hemos atravesado la frontera y, cuando los hombres de armas cruzan las fronteras, surgen conflictos, de modo que tenemos por costumbre no traspasarlas, salvo cuando corremos la frontera con nosotros, es decir, cuando agregamos las tierras por las que marchamos a las posesiones de nuestro señor feudal.

—Señores —dijo Rodrigo—, toda la montaña es frontera. Acompañannos un día más.

Pero no quisieron quedarse.

Todas las cosas útiles que podían acarrear las cargaron en los tres caballos, cuyas cabezas miraban hacia España; luego giraron, los cuatro, y dijeron adiós a los tres restantes. Y se miraron largo rato a la cara mientras se daban la mano para despedirse, porque habían luchado bajo el mismo estandarte y, de acuerdo a cómo se acostumbraba viajar en aquellos días, no era probable que se volvieran a encontrar. Giraron y se fueron de regreso con sus caballos hacia la tierra por la cual habían luchado.

Rodrigo, su cautivo y Morano descendieron la montaña apesadumbrados. Llegaron a los bosques de pinos y descansaron y Morano cocinó la cena. Un poco más tarde ya estuvieron en condiciones de montar a caballo.

Llegaron al pie de las montañas y dejaron atrás el Mesón del Fin del Mundo. Acamparon al sereno y durante toda la noche Rodrigo o Morano custodiaron al cautivo.

Durante dos días y parte del tercero siguieron por su antiguo camino, divisando

una y otra vez el río Segre; luego giraron hacia el oeste para llegar hasta Aragón, río arriba por el Ebro. Durante todo el camino evitaron las casas y acamparon al sereno porque resguardaban su cautivo para sí mismos y durmieron abrigados por la amplia variedad de mantas que llevaban. Todo el tiempo el cautivo parecía malhumorado o por lo menos inquieto, casi no hablaba y cuando lo hacía era de manera sobresaltada e inquieta.

Mientras cabalgaban o junto al fuego del campamento por la noche, Morano aún le preguntaba de vez en cuando sobre su castillo y algunas veces parecía contradecirse, pero en un castillo tan vasto podría haber muchos estilos arquitectónicos y se volvía difícil rastrear una contradicción en medio de todas esas torres y roquetas. Su nombre era Don Álvaro del Castillo de la Rosa Rosada sobre el Río Ebro.

Una noche, mientras estaban los tres sentados y contemplaban el fuego como se suele hacer cuando las estrellas heladas están inmóviles y las llamas crepitan alegremente, Rodrigo, con la intención de alegrar un poco el ánimo de su cautivo, le contó algunas de sus extrañas aventuras. El cautivo escuchaba con su gesto sombrío pero, cuando Rodrigo le contó cómo despertaron en la montaña después de su viaje hasta el sol y que el sol brillaba sobre sus caras en campo abierto pero el mago y su casa entera habían desaparecido, apareció una mirada diferente en los ojos de Don Álvaro. Rodrigo puso término a su relato y se hizo el silencio, roto únicamente por Morano que decía a través del fuego: «Es cierto»; y los ojos pensativos del cautivo atisbaban la oscuridad. A continuación, él también tomó la palabra.

—Señor —dijo—, cerca de mi castillo de la Rosa Rosada sobre el Río Ebro también vive un mago.

—¿En verdad? —dijo Rodrigo.

—Por cierto, así es, señor —repuso Don Álvaro—. Es mi enemigo pero me tiene temor y por eso nunca se atreve a molestarme más que mediante maleficios menores.

—¿Cómo sabéis que es un mago? —preguntó Rodrigo.

—Por esos maleficios —contestó su cautivo—. Daña a los perritos y a mis aves de corral. Lleva un sombrero fino, alto; su barba también es extraordinaria.

—¿Es muy larga? —inquirió Morano.

—Es verde —replicó Don Álvaro.

—¿Es su casa maravillosa? —preguntó Rodrigo.

—Es una casa común —fue la respuesta—. Una casa larga y mísera de un solo piso. Las paredes son blancas y está muy bien techada con paja. Las ventanas están pintadas de verde, tiene dos puertas y junto a una de ellas crece un rosal.

—¿Un rosal? —exclamó Rodrigo.

—Parece un rosal —dijo Don Álvaro.

—Una dama cautiva encadenada a la pared, quizá, transformada por el poder de la magia —sugirió Morano.

—Quizás —contestó Don Álvaro.

—Una casa extraña para un mago —aventuró Rodrigo porque le sonaba como cualquier pequeña granja de España.

—Imita mucho las costumbres de los mortales —replicó Don Álvaro.

Muy poco más fue lo que se dijo; el fuego ya estaba bajo y Rodrigo se tendió a dormir mientras Morano vigilaba al cautivo.

Al día siguiente llegaron a Aragón y, en un día más, atravesaron el Ebro. Luego cabalgaron hacia el oeste una jornada íntegra a lo largo de su margen sur buscando todo el tiempo el castillo de Rodrigo. Mientras cabalgaban, Don Álvaro del Castillo de la Rosa Rosada sobre el Río Ebro se volvía cada vez más silencioso y pensativo.

Un instante antes de la puesta de sol el cautivo prorrumpió en un grito:

—¡Se lo ha llevado! —y señaló hacia una casa tal como la que había descrito, una granja española, graciosa, con paredes blancas, techo de paja y postigos verdes y, junto a una de las puertas, un rosal tal como lo había explicado.

—La casa del mago. Pero el castillo ha desaparecido —afirmó.

Rodrigo le miró el rostro y vio en él una alarma verdadera. No dijo nada sino que continuó cabalgando con prisa con la secreta esperanza de que las explicaciones que pudiera obtener de la casita blanca podrían hacer algo por su castillo perdido.

Cuando resonaron los cascos de los caballos, una mujer salió a la puerta de la casa junto al rosal, llevando un niño de la mano. El cautivo la llamó:

—María, perdimos. Y di mi gran castillo con torres rosadas que se erguía aquí como rescate por mi vida a este señor. Pero ahora ¡ay! compruebo que el mago que habitaba en la casa donde ahora estáis se lo ha llevado adonde no sabemos.

—Sí, Pedro —repuso la mujer—, se lo llevó ayer.

Y miró con sus ojos azules a Rodrigo.

Y entonces Morano no estuvo dispuesto a permanecer más tiempo callado. Por varios días había estado pensando en forma vaga, e intensamente durante las últimas cien yardas, y ahora dio rienda suelta a los pensamientos que bullían en él.

—Amo —gritó—, ha vendido su ganado y con eso se compró esas prendas tuyas y ese casco que abristéis y jamás tuvo castillo alguno sobre el Ebro y jamás conoció a ningún mago sino que es él mismo quien vive en esta casa y ahora no hay castillo para vos, amo, y en cuanto a su vida...

—Callaos un momento, Morano —interpuso Rodrigo y se dirigió a la mujer cuyos ojos aún estaban fijos en él:

—¿Había un castillo en este sitio? —la interpeló.

—Sí, señor. Lo juro —aseveró—. Mi esposo, aunque es un hombre pobre, siempre dice la verdad.

—¡Miente! —estalló Morano y Rodrigo le ordenó silencio con un gesto.

—Conseguiré vecinos que también lo jurarán —dijo ella.

—Una vecindad piojosa —acotó Morano.

Rodrigo lo hizo callar nuevamente. Entonces habló el niño con voz asustada levantando una crucecita que le habían enseñado a reverenciar.

—Yo también lo juro.

Rodrigo exhaló un suspiro y se alejó.

—Amo —gritó Morano con dolorido asombro—, no iráis a creer sus juramentos.

—El niño juró por la cruz —contestó.

—Pero ¡amo! —exclamó Morano.

Pero Rodrigo no estaba dispuesto a decir más. Se alejaron cabalgando en silencio sin rumbo.

Se oyeron unos cascos al galope y apareció Pedro. Venía a entregar su caballo. Le dio las riendas al enfurruñado Morano pero Rodrigo no dijo ni una sola palabra. Luego dio la vuelta corriendo y besó la mano de Rodrigo quien aún estaba callado porque sus esperanzas se habían perdido junto con el castillo. Hizo un gesto con la cabeza y así se despidió para siempre del hombre a quien su mujer llamaba Pedro pero que se autodenominaba Don Álvaro del Castillo de la Rosa Rosada sobre el Río Ebro.

## CRÓNICA DÉCIMA

---

### Cómo regresó al Pueblo de la Penumbra

— **A**mo —dijo Morano, pero Rodrigo continuó cabalgando y se negó a hablar. Estaban avanzando aproximadamente hacia el sur. Tenían provisiones suficientes en el caballo que conducía Morano así como también mantas que les brindaban comodidad durante la noche. Esa noche ambos durmieron lo necesario ya que no tenían que custodiar al cautivo. Durante todo el día cabalgaron lentamente en el clima de abril por caminos que erraban a través de campos cultivados pero, un poco más allá, lucían al sol unas colinas bajas tan agrestes, tan despojadas de la presencia del hombre que Rodrigo siempre las recordó en años posteriores preguntándose si sus arbustos silvestres ocultaban quizá la frontera del país de las hadas.

Durante dos días cabalgaron junto al borde de regiones inimaginables. Si Pan se hubiese puesto a tocar la flauta allí, nadie se hubiera maravillado, ni tampoco si algunos faunos se hubieran escabullido entre los macizos de azaleas. A la hora del crepúsculo no había reinas diminutas que se reunieran con su corte entre los círculos de hongos; sin embargo, casi estuvieron a punto de aparecer.

Al tercer día, repentinamente, llegaron a un sendero que conocían. Era el camino por el cual habían cabalgado cuando Rodrigo aún tenía su sueño, el camino que se dirige desde el Valle de la Sombra hasta el Ebro. Por lo tanto se internaron en el camino conocido, como lo suelen hacer todos los viajeros errantes y, aunque no tenían una meta ni un plan, se encaminaron hacia el Valle de la Sombra. Al atardecer del día siguiente, mientras buscaban un terreno propicio para acampar, vislumbraron el pueblo que estaba sobre la colina, el cual, según Rodrigo sabía, se hallaba a cincuenta millas del bosque; era el pueblo en el que había descansado la primera noche después de haber partido del Valle de la Sombra. En vez de acampar se dirigieron al pueblo y golpearon la puerta del mesón. Por momentos el hábito nos guía a todos nosotros; hasta los reyes son sus esclavos (aunque en su presencia toma el nombre más altanero de «factor precedente»); aquí estaban dos viajeros errantes sin ningún plan, por lo tanto estaban en las garras del hábito sin defensa alguna y, como vieron un mesón que ya conocían, se llegaron hasta él. El mesonero salió de nuevo a la puerta. Le preguntó a Rodrigo alegremente cómo le había ido en su viaje, pero Rodrigo no dio ninguna explicación. Pidió alojamiento para él y Morano y un

lugar en el establo para los caballos. Comió, durmió, pagó su cuenta y se fue por la mañana.

Cualesquiera que fueran los impulsos que guiaban a Rodrigo mientras cabalgaba y Morano lo seguía, no los conocía, ni siquiera sabía si tenía alguno. Seguía el camino sin esperanza y solo se desplazaba para mudar el sitio de su campamento. Aquella noche estuvo a mitad de camino entre el pueblo y el Valle de la Sombra.

Morano no hablaba nunca, porque se daba cuenta de que la desilusión y el fracaso de su amo eran demasiado recientes aún; pero lo satisfacía comprobar, como lo había hecho durante el día, que se encaminaban hacia el gran bosque. Cocinó la comida del anochecer en el campamento improvisado junto al camino y ambos se alimentaron en silencio. Durante un rato Rodrigo se sentó y contempló los «pudieron-haber-sido» en el fuego del campamento y cuando estos comenzaron a cubrirse con ceniza se fue a tender en sus mantas y se durmió. Morano anduvo en silencio por el campamento haciendo todo lo necesario sin pronunciar una sola palabra. Cuando los caballos estuvieron atendidos y alimentados, cuando los cuchillos estuvieron limpios, cuando todo estuvo dispuesto para la partida de la mañana siguiente, Morano también se fue a tender en sus mantas y se durmió. A la mañana siguiente continuaron su peregrinar.

Ese atardecer vieron los rayos bajos del sol encantando dorados las copas de un bosque. Casi sorprendió a Rodrigo, quien viajaba sin una meta, reconocer el Valle de la Sombra. Apresuraron su paso cansino y, antes de que el crepúsculo se desvaneciera, estuvieron bajo los robles inmensos, pero el último resplandor del ocaso no pudo horadar la oscuridad del Valle de la Sombra y pareció que la noche había entrado al bosque con ellos.

En la oscuridad eligieron un lugar para acampar lo mejor que pudieron y Morano ató los caballos en unos árboles que estaban un poco apartados del campamento. Luego regresó a donde estaba Rodrigo, ató una manta entre dos árboles y formó para su amo una especie de dormitorio protegido del viento porque disponían de todas las mantas que precisaran. Y, cuando terminó esa tarea, levantó el emblema y el estandarte de todos los campamentos, de cualquier lugar del mundo y en cualquier época; reunió palitos y ramitas y prendió un fuego. Las primeras llamas rojas subieron, se agitaron y proclamaron que allí había un campamento; el resplandor formó un círculo pequeño, las sombras huyeron hacia la espesura y el aro de luz proyectado sobre el suelo y los árboles erguidos en torno se convirtió en un hogar durante esa noche.

Oyeron piafar a los caballos como lo hacían siempre en las primeras horas de la noche y entonces Morano fue a darles su ración de pienso. Rodrigo permaneció sentado contemplando el fuego con su mente tan colmada de pensamientos como lleno estaba el fuego de imágenes; una a una desaparecieron las imágenes del fuego y todos sus pensamientos no conducían a ningún sitio.

Oyó a Morano que recorría de regreso las treinta o cuarenta yardas que se había alejado del campamento.

—Amo, han desaparecido los tres caballos.

—¿Se han ido? —preguntó Rodrigo. No había nada más que decir; estaba demasiado oscuro ya como para seguirles el rastro y sabía que encontrar tres caballos en el Valle de la Sombra era una tarea que podría tomar años. Después de meditar más de lo que parecía necesario afirmó:

—Deberemos continuar a pie.

—¿Tenemos que ir lejos, amo? —dijo Morano, atreviéndose por primera vez a formularle una pregunta desde que partieron de la casita en España.

—No tengo adónde ir —repuso Rodrigo. Tenía la cabeza gacha mientras estaba sentado junto al fuego. Morano permaneció de pie y lo contempló sintiéndose desdichado, embargado por un sentimiento que no encontraba palabras para expresarse. Un leve viento se deslizó entre las ramas, pero todo lo demás estaba quieto. Pasó un rato hasta que por fin Rodrigo levantó la cabeza y entonces vio delante de él, del otro lado del fuego, al hombre de la chaqueta de cuero marrón, de pie con los brazos cruzados.

—¡Sin lugar adónde ir! —exclamó—. ¿Quién necesita ir a alguna parte en el Valle de la Sombra?

Rodrigo lo miró fijo.

—Pero, ¿no puedo quedarme aquí! —dijo.

—No se conoce bosque más hermoso que este —repuso el otro—. Sé muchas canciones que lo confirman.

Rodrigo no contestó; dejó caer la mirada, clavando la vista en el suelo con expresión apesadumbrada.

—Vamos, señor —afirmó el hombre de la chaqueta de cuero—. Nadie es desdichado en el Valle de la Sombra.

—¿Quién sois? —preguntó Rodrigo. Tanto él como Morano estaban contemplando con curiosidad al hombre que habían salvado de la horca tres semanas atrás.

—Vuestro amigo —contestó el desconocido.

—Ningún amigo puede ayudarme —aseveró Rodrigo.

—Señor —dijo el desconocido desde el otro lado del fuego, de pie aún con los brazos cruzados—. No tengo obligación con nadie más que con vos. Si tenéis un enemigo o amáis a una dama y si viven en un radio de cien millas, cualquiera de los dos estará delante de vos en una semana.

Rodrigo meneó la cabeza y se hizo el silencio junto al fuego. Y, después de un momento, Rodrigo, quien estaba acostumbrado a desechar un tema cuando se ha concluido, observó que los ojos del desconocido estaban aún fijos en él a la espera de que dijera algo más. Aquellos claros ojos azules parecían hacer algo más que esperar, casi parecían ordenar, hasta que se impusieron a la voluntad de Rodrigo, quien obedeció y dijo (aunque podía sentir la lucha de cada palabra por negarse a ser pronunciada):

—Señor, marché a las guerras para conquistar un castillo y una porción de tierra junto a él y quizás entonces hubiese podido casarme y haber concluido mi peregrinar y el de este sirviente mío, pero las guerras han finalizado y no he ganado ningún castillo.

El desconocido comprendió por la expresión de su rostro a la luz del fuego y por los tonos de su voz en la noche queda toda la desdicha que sus palabras no habían expresado.

—No tengo obligación con nadie más que con vos —reiteró el desconocido—. Estad en este lugar dentro de cuatro semanas y tendréis un castillo tan amplio como cualquiera de los que se ganan en la guerra, rodeado por un estupendo parque.

—¡Vuestro castillo, amo! —exclamó Morano encantado (cuyo único pensamiento hasta ese momento había sido quién se había llevado los caballos). Rodrigo solo se quedó mirando fijo y el desconocido no dijo nada más y giró sobre sus talones. Luego Rodrigo se recuperó de su silencio y de su asombro.

—Pero, ¿dónde? —dijo—. ¿Qué castillo?

—Eso lo veréis —repuso el desconocido.

—Pero, pero, ¿cómo...? —inquirió Rodrigo. Lo que quería decir era «¿Cómo puedo creerlos?», pero no lo expresó con esas palabras.

—Nunca he faltado a mi palabra —afirmó el otro. Y ese es un maravilloso alarde para todos aquellos de nosotros que podamos hacerlo, si es que necesitamos alardear de algo.

—La palabra ¿de quién? —preguntó Rodrigo mirándolo a los ojos.

El humo del fuego que los separaba se estaba volviendo más denso y más gris como si se hubiera tirado algo sobre él.

—La palabra —dijo— del Rey del Valle de la Sombra.

Rodrigo, parpadeando a causa del humo que aumentaba, no veía el otro lado. Se levantó y caminó alrededor del fuego pero el desconocido se había ido.

Rodrigo regresó a su lugar junto al fuego y permaneció allí sentado largo rato en silencio. Morano se sentía deseoso de hablar, pero respetaba el silencio de su amo; Rodrigo estaba contemplando las profundidades del fuego y veía allí imágenes que eran mucho más brillantes que las que había contemplado jamás. Ahora eran tan claras que casi parecían verdaderas. Veía el rostro de Serafina mirándolo de frente; lo contempló durante largo rato hasta que otras imágenes lo cubrieron, algunas visiones que carecían de significado para Rodrigo. Y no habló hasta entonces. Cuando habló, su rostro estaba casi sonriente.

—Bien, Morano —dijo—, ¿habremos llegado por fin a ese castillo?

—Ese hombre no miente, amo —contestó y sus ojos brillaban con un convencimiento decisivo.

—¿Qué haremos entonces? —dijo Rodrigo.

—Vayamos a algún pueblo, amo —repuso Morano—, hasta que se cumpla el tiempo que dijo.

—¿Qué pueblo? —preguntó Rodrigo.

—No sé, amo —contestó Morano, con el rostro reflejando una mezcla de inocencia y asombro, y Rodrigo se sumió una vez más en sus meditaciones. Las llamas danzarinas se calmaron hasta convertirse en un resplandor quieto y profundo; pronto Rodrigo se alejó una yarda o dos del fuego y se encaminó al sitio donde Morano le había preparado su cama y, aún contemplando el fuego, acariciando ideas que brillaban y se transformaban tan rápido como las brasas, se entregó a sueños maravillosos que no eran más extraños ni elusivos que el Rey maravilloso de aquel valle.

Cuando se despertó por la mañana, el fuego del campamento estaba nuevamente encendido y había olor a tocino; Morano intrigado y sin aliento lo estaba llamando.

—Amo —dijo—, me equivoqué acerca de esos caballos.

—¿Os equivocásteis? —se asombró Rodrigo.

—Estaban exactamente como los dejé, amo, atados al árbol con mis nudos.

Rodrigo no insistió en el asunto. Morano pudo haberse equivocado y el bosque estaba lleno de portentos; cualquier cosa podía suceder.

—Cabalgaremos —afirmó.

El desayuno de Morano fue tan bueno como siempre y una vez que hubo empacado las pocas pertenencias que convertían cualquier terreno agreste en un sitio habitable<sup>1</sup> montaron a caballo (los que estaban allí) y cabalgaron alejándose entre la luz solar y las hojas verdes. Cabalgaban con lentitud porque había ramas bajas sobre el camino y cualquiera que penetra en el bosque y cierra los ojos a causa de una rama debe tener en cuenta si no será azotado por otras ramas cuando los abra o si, en caso de que los mantenga cerrados, podrá golpearse la cabeza contra un árbol. A Rodrigo no le disgustaba vagabundear porque pensaba que de ese modo encontraría de nuevo al Rey del Valle de la Sombra o a sus arqueros verdes y podría obtener respuestas a las innumerables preguntas acerca de su castillo que se agitaban en su mente.

Al mediodía comieron y durmieron en el verdor resplandeciente de la foresta.

Más tarde llegaron a la vieja cabaña del bosque en la que comían los arqueros, ya que estaban siguiendo la misma senda que habían tomado antes; golpearon bien fuerte en la puerta pero la casa estaba vacía. Oyeron el sonido de multitud de árboles al ser derribados, pero cada vez que se aproximaban cesaba el ruido de los hachazos. Una y otra vez se apartaron del camino y cabalgaron hacia donde provenía el sonido de los golpes y cada vez que se acercaban se extinguía el ruido de las hachas. Vieron muchos árboles caídos a medias pero jamás un arquero verde. Por último decidieron que ese era uno de los portentos del bosque y retomaron la senda para no perderla, ya que el camino era para ellos más importante que la curiosidad; además, estaba cayendo la noche, la foresta se colmaba de penumbras y las sombras que se escurrían por el sendero estaban empezando a ocultarlo por completo. Oían a la distancia el golpeteo de los leñadores invisibles.

De modo que volvieron a acampar y encendieron su fuego; llegó la noche y los

dos viajeros durmieron.

El ruiseñor cantó hasta que despertó al cuclillo y, con dos notas límpidas, el cuclillo llenó con tanta potencia el aire frondoso que los ensueños de Rodrigo las oyeron, huyeron y se refugiaron en el país de los sueños.

Rodrigo despertó a Morano quien encendió su fuego; pronto abandonaron el campamento y prosiguieron cabalgando.

Al mediodía se dieron cuenta de que, si se apresuraban, llegarían al Pueblo de la Penumbra al caer la noche. Pero este no era el plan de Rodrigo, ya que se había propuesto entrar al Pueblo de la Penumbra, como ya lo había hecho en otra oportunidad, a la hora en la que Serafina salía a instalarse en el balcón en la frescura del crepúsculo como lo solían hacer las damas españolas de aquellos días. De modo que se demoraron mucho tiempo en el sitio en que habían acampado al mediodía y después prosiguieron lentamente su trayecto. Cuando hicieron alto esa noche, aún se hallaban en el bosque.

—Morano —dijo Rodrigo instalado junto al fuego—, mañana llegaremos al Pueblo de la Penumbra.

—Sin duda, amo —repuso Morano—, allí estaremos mañana.

—Aquel señor con quien tuve allí un encuentro —empezó Rodrigo—, él...

—No me estima —concluyó Morano.

—Seguramente os matará —replicó Rodrigo.

Morano miró de reojo su sartén.

—Por lo tanto sería mejor —continuó Rodrigo— que permaneciérais en este campamento mientras presento en el Pueblo de la Penumbra los saludos de ceremonia que requiere la cortesía.

—Aquí me quedaré, amo —dijo Morano.

Rodrigo se sintió satisfecho de haber solucionado el asunto, porque suponía que, seguir sus sueños de tantas noches hasta la casa del balcón en el Pueblo de la Penumbra, con Morano, no sería mucho mejor que visitar una casa acompañado por un perro que ha mordido a un miembro de la familia.

—Aquí me quedaré —repitió Morano—. Pero, amo... —Los ojos del obeso individuo eran una sola súplica.

—¿Qué queréis? —preguntó Rodrigo.

—Dejad vuestro laúd —imploró Morano.

—¿Mi laúd? —se asombró Rodrigo.

—Amo —explicó Morano—, aquel señor al que tan poco le gusta mi obesa persona me mataría, él...

—¿Bien? —lo apremió Rodrigo porque Morano estaba dudando.

—Él tampoco estima vuestro laúd, amo.

A Rodrigo lo ofendía tanto una censura a su laúd como un desdén a su espada, pero sonrió mientras observaba el rostro ansioso de Morano.

—Os matará por vuestro laúd —continuó diciendo Morano con ansiedad—, así

como me mataría a mí por mi sartén.

Ante la mención de aquella sartén, Rodrigo frunció el ceño, a pesar de que le había brindado más de una buena comida desde aquella noche en que el implemento cometió una ofensa en el Pueblo de la Penumbra. Estaba más dispuesto a ir a la guerra sin una espada que a instalarse bajo el balcón que anhelaba su corazón sin un laúd.

De este modo Rodrigo decidió no tomar en cuenta el pedido de Morano y pronto se alejó del fuego y fue a tenderse en sus mantas; pero Morano lanzó un suspiro y se quedó allí contemplando las brasas y sintiéndose muy desdichado, mientras sus pensamientos revoloteaban con lentitud en su mente sin llegar a ninguna conclusión. Bien tarde, durante la noche, arrojó nuevos leños a la fogata de modo que, cuando despertaron, todavía había fuego en las brasas. Después de desayunar, Rodrigo se despidió de Morano explicándole que tenía algunos asuntos pendientes en el Pueblo de la Penumbra que quizá lo demorarían unos pocos días. Pero Morano no se despidió en ese momento sino que acompañó a su amo para cocinarle su próxima comida. Cuando llegó el mediodía ya estaban fuera del bosque.

Una vez más Morano cocinó tocino. Luego, mientras Rodrigo dormía, Morano tomó la capa de su amo e hizo todo lo posible en materia de cepillado y alisado para volver a otorgarle el aire que en otro tiempo tenía, antes de que hubiera ondeado con tantos vientos y hubiera cobijado a Rodrigo en lechos tan variados y hubiese enfrentado las vicisitudes que configuran esta historia.

Poco pudo hacer por la pluma.

Su amo despertó ya avanzada la tarde, se dirigió a su caballo e impartió órdenes a Morano. Debía regresar con dos de los caballos hasta el último campamento en el bosque y llevar con él todos los avíos, excepto una manta; tenía que instalarse cómodamente y esperar hasta que Rodrigo regresara.

Luego Rodrigo se alejó cabalgando lentamente y Morano permaneció de pie observando lúgubre y agoraramente el laúd; pero los presagios no pasaron inadvertidos para Rodrigo, aunque nunca admitiría que veía en los ojos avizores de Morano un prudente llamado de atención que tenía muy en cuenta.

Morano exhaló un suspiro, fue a desatar los caballos y enseguida estuvo cabalgando solitario de regreso al bosque. Rodrigo, que avanzaba en la otra dirección, muy pronto divisó las torres del Pueblo de la Penumbra.

¿Piensa acaso mi lector que entonces aguijoneó su caballo en dirección a aquella casa sobre cuyo balcón revoloteaban sus sueños cada noche? No; faltaba todavía para el atardecer; faltaba todavía para que hubiese ese color y esa calma en la que la luz, con algo menos que un susurro, le dice adiós a la Tierra, con un gesto que el horizonte oculta, y abandona silenciosa, los prados en los que ha danzado jubilosa; faltaba todavía para la hora que resplandecía para Serafina como un gran halo a su alrededor y alrededor de la casa de su madre.

No podemos creer que una hora resplandeciera más que otra sobre Serafina o que

el final oscurecido del crepúsculo fuera solo de ella, pero estas son las Crónicas de Rodrigo, quien de todas las cosas que le acontecieron atesoraba especialmente su recuerdo de Serafina a la luz del crepúsculo y sostenía que ese momento era tan suyo como su vestimenta o su balcón y, por lo tanto, figura así en estas Crónicas.

Así se demoraba esperando que pasara el tiempo, esperando que el sol lento se pusiera y, cuando por fin en los muros del Pueblo de la Penumbra apareció un tinte con la magia de la hora más quimérica de la Tierra, penetró en el poblado, cabalgando con lentitud, aunque quizá no del todo imprudentemente, pese a sus ansiosas reflexiones acerca de Serafina, de modo que un airecillo romántico surgido de la primavera y del atardecer acompañó a este jinete solitario.

Desde cierta distancia vio ese balcón que lo había traído de regreso desde el otro lado de los lejanos Pirineos. Supo algunas veces que lo atraía, pero la mayor parte del tiempo no se dio cuenta; sin embargo, aquel balcón curvado siempre lo llevaba más y más cerca; aún después de haber regresado de la propiedad del falso Don Álvaro, el balcón lo ataba con lazos invisibles como los que utiliza la Tierra para reunir los pájaros al atardecer. Y allí estaba Serafina en su balcón.

Cuando Rodrigo vio a Serafina sentada allí en la luz del crepúsculo, como lo había soñado tan a menudo, dejó de mirar y bajó la cabeza hacia la rosa marchita que llevaba en la mano, la rosa que había encontrado junto a aquel mismo balcón bajo otra luna; y, contemplando todavía la rosa, cabalgó bajo el balcón y siguió andando hasta que los golpeteos de los cascos de su caballo dejaron de oírse en el Pueblo de la Penumbra y él y su caballo se convirtieron en una sola sombra oscura entre la noche y el crepúsculo.

Todavía no sabía, ya que solo lo conjeturaba, quién había arrojado esa rosa desde el balcón la noche aquella en que durmió sobre el polvo. No sabía quién era el que había luchado con él esa misma noche y no se atrevía a conjeturar qué vínculo podría tener con Serafina ese hidalgo desconocido. No podía esperar más de aquella casa que una vez le había dado una bienvenida tan fría que cabalgar junto a ella así, en silencio. Sabía, mientras avanzaba, que la capa y la pluma que lucía apenas parecían las mismas que habían flameado cuando, hacía más de un mes, cabalgó debajo de aquel balcón, y la rosa marchita que llevaba agregaba una nota otoñal más. Y, sin embargo, abrigaba esperanzas.

Así cabalgó en la luz crepuscular y se perdió de la vista del pueblo, una figura mísera y patética que confiaba vagamente en los poderes vagos de la buena suerte que gobiernan a todos los hombres pero favorecen a la juventud.

Y, por cierto, todavía no brillaba por completo la luz de la luna cuando por el camino avanzaron unos cascos al medio galope detrás de él. Era, una vez más, aquel joven hidalgo. Y tan pronto como sofrenó la cabalgadura junto a Rodrigo ambos se tendieron las manos alegremente como si su encuentro anterior hubiese sido una ocasión jubilosa. Cuando Rodrigo lo miró a los ojos, mientras ambos estaban inclinados estrechándose las manos, en la luz que aunque desvanecida aún lucía clara,

no pudo dudar de que Serafina era su hermana.

—Señor —dijo su antiguo enemigo—, ¿os hospedaríais con nosotros unos pocos días en nuestra casa, si vuestro viaje no es urgente?

Rodrigo jadeó de alegría, por el mensajero del Pueblo de la Penumbra y por la certeza de que allí no había un rival; las convocatorias a la casa del peregrinaje de sus sueños llegaban al unísono. Su mano aún aferraba la del desconocido. No obstante, contestó con la debida ceremonia que aquella época y aquella comarca requerían; luego giraron y cabalgaron juntos hacia el Pueblo de la Penumbra. En primer término los jóvenes se comunicaron sus nombres y el desconocido le contó que vivía con su madre y su hermana en la casa que Rodrigo conocía y que su nombre era Don Alderón del Valle del Crepúsculo. Su familia había vivido en ese valle desde épocas remotísimas pero, cuando llegaron los moros, sus antepasados habían huido al Pueblo de la Penumbra; ahora los moros se habían ido, por lo que debían ser alabados San Miguel y todos los Santos combatientes, pero existían ciertas dificultades acerca de sus derechos sobre el Valle del Crepúsculo, de modo que aún habitaban en el Pueblo de la Penumbra.

Rodrigo le habló de la guerra que hubo más allá de los Pirineos y cómo había triunfado la causa de la justicia, pero casi nada podía contar, ya que apenas sabía un poco más de la causa por la que había combatido que lo que la Historia sabe de ella, pues la Historia selecciona sus incidentes y parece olvidar tantas cosas. Y, mientras hablaban, llegaron a la casa del balcón. Ahora que ya se había desvanecido el crepúsculo, una luna menguante irradiaba sobre ella su luz, pero era la luz de los elementos agrestes del bosque, de las aves de rapiña, de los hombres de las montañas desterrados por el Rey, y era la magia, el misterio y las búsquedas del amor. Serafina había abandonado su lugar; ahora brillaban luces en las ventanas. Cuando se abrió la puerta de la antesala ya no le impresionó a Rodrigo como inmensamente vacía y parecía que habían aminorado los ecos agoreros, de modo que su ánimo se fortificó cuando la atravesó con Don Alderón; luego juntos ingresaron en la cámara donde habían entrado juntos en aquella otra oportunidad. En el largo aposento, detrás de muchos candelabros, vio a Doña Serafina y a su madre que se incorporaron para darle la bienvenida. Ni las ceremonias de aquella época ni la calma natural de Rodrigo hubieran disimulado por completo su emoción si su cara no hubiese quedado oculta mientras se inclinaba en su reverencia. Le hablaron, le preguntaron por sus viajes; Rodrigo contestaba con esfuerzo. Diose cuenta por sus maneras de que Don Alderón debía haber hablado muy bien de él. Esta vez recibía, para alegría suya, una acogida bien diferente y, sin embargo, apenas se sentía un poco más cómodo que cuando había estado allí a altas horas de la noche, con un ojo vendado y llevando un solo zapato, sospechoso de ser capaz de quién sabe qué pendencia o qué violencia.

Rodrigo no recuperó la calma hasta que Doña Miranda, la madre de Serafina, le solicitó que tocara el laúd. Entonces se inclinó en una reverencia y, haciendo girar el instrumento que había estado colgando a sus espaldas, supo que el que estaba a su

lado era un paladín triunfal, antiguo conocedor de las costumbres del amor y experto en las penas humanas, una voz delgada pero potente, habilidosa para expresar lo que no se puede decir con palabras, una voz desembarazada del lenguaje, liberada aun de los límites del pensamiento, cuya significación universal podía ser oída y comprendida por todos, inclusive a veces hasta por errantes espíritus de la luz expulsados de su ruta celestial por algún mal pensamiento que pasaran rozando los confines de la Tierra.

Rodrigo no tocaba una melodía conocida ni ninguno de los aires que había escuchado interpretar en los senderos de Andalucía, pero expresaba cosas ignotas, una tristeza que apenas había sentido y una exaltación nunca soñada. Era la hora del requerimiento y el laúd sabía.

Cuando el laúd dijo todo lo que podía decir, todo lo que provoca ansiedad en el alma humana, penetró por sus antiguos lados curvos la alegría y de sus profundidades brotó una cadencia como las que se bailan cuando la risa se expande en los prados de España. Rodrigo no cantó ni una canción, todo lo dijo el laúd.

¿Qué mensaje recibió Serafina de aquellas notas que eran desconocidas aun para Rodrigo? ¿No eran desconocidas para ella? He dicho que los espíritus a veces son expulsados de sus rutas y que, al acercarse a los confines del mundo, oyen la música de los mortales y que, al escucharla, la comprenden. Y si ellos pueden comprender en esos fragmentos de melodía lo referente a las cosas mortales y a las necesidades humanas que se deslizan hasta ellos gracias a pasiones fortuitas, cuánto más lo haría un corazón joven y mortal, tan próximo a Rodrigo, ¡cómo no iba a oír lo que decía y a entender su mensaje por más extraño que fuese!

Cuando Doña Miranda y su hija se pusieron de pie, respondiendo con pequeñas cortesías a las profundas reverencias de Rodrigo y se retiraron a descansar, a Rodrigo le pareció que el largo aposento carecía de presagios ominosos. Los retratos enormes que la luna había iluminado y que le habían fruncido el ceño bajo la claridad lunar, cuando había venido la vez anterior, ya no estaban ceñudos.

Aquella cólera que, según había advertido, acechaba en la oscuridad sobre los rostros pintados de las generaciones muertas se había desvanecido junto con la penumbra en la que merodeaba; ahora se hallaban por completo apaciguados en la luz serena de los candelabros. Volvió a contemplar los ojos de los retratos recordando las miradas que le habían dirigido a la luz de la lima y ellos le devolvieron la mirada con una apatía multiseccular. Supo que cualquier destello de seres anteriores que acechara en los retratos de los que ya han muerto y desaparecido se refería únicamente a su propio pasado en épocas muy remotas para Rodrigo. Si había sido su cólera lo que brilló por un momento a través de los años aquella noche, hacía ya un mes, o si solo se había tratado de la luz de la luna, no pudo saberlo. Sus espíritus habían regresado a sus propios tiempos, desde donde se negaban a contemplar los días que forman estas Crónicas.

Solo entonces Rodrigo se dio cuenta y admitió que no había comido nada desde el

mediodía; lo admitió en respuesta a las preguntas de Don Alderón, quien lo condujo a otra cámara y allí lo colmó con toda la hospitalidad por la que fue famosa aquella época. Cuando Rodrigo terminó de comer, Don Alderón ordenó el vino y el mayordomo lo trajo en una ánfora antigua; era un vino tinto de una cosecha exquisita; y pronto ambos jóvenes estuvieron bebiendo y hablando de la perfidia de los moros. Mientras conversaban se hacía tarde, la noche se enfriaba y se aquietaba, llegó la hora en la que hasta escasean los insectos voladores y los jóvenes piensan en descansar. Luego, Don Alderón condujo a su huésped a un aposento en el piso superior, una amplia cámara penumbrosa con colgaduras rojas y tallados en madera de roble y nogal que apenas pudo iluminar la única vela que llevaba, si bien esa luz puso en fuga extrañas sombras. Allí dejó a Rodrigo, quien pronto estuvo en el lecho, rodeado por las enormes colgaduras rojas. Durante un rato se mantuvo atento a ese silencio inmenso de la casa que lo circundaba, sin un murmullo, ni un eco, ni siquiera un suspiro; extrañaba el rumor del viento al pasar, las ramas agitándose, el ruido de los animalitos, el llamado de las aves de rapiña y los cien sonidos de la noche; pero pronto en alas del silencio llegó el sueño.

No necesitó soñar porque allí, en la casa de Serafina, había llegado a la meta de sus sueños.

Otro día brilló iluminando un escenario distinto, porque la luz del sol que penetraba formando un delgado rastro de oro y plata entre los pesados cortinados rojos ahuyentó las sombras, que deambulaban con paso majestuoso en la cámara a la noche, disolvió todas las fantasmagorías que habían acechado junto al mobiliario y disipó las penumbras que albergaba el largo aposento rojo. Por un instante, Rodrigo no supo dónde estaba y, durante otro instante, cuando lo recordó, no pudo creer que fuera cierto. Se vistió con cuidado, casi con temor, y se arregló los bigotillos, los que al fin habían vuelto a crecer cuando él ya había abandonado las esperanzas. Luego descendió y descubrió que había dormido hasta tarde, pues los tres habitantes de aquella morada antigua ya estaban sentados a la mesa, y a Rodrigo le pareció que Serafina, que vestía enteramente de blanco, rivalizaba con el esplendor de la mañana. ¡Ah! ¡Los sueños y las fantasías de la juventud!

## CRÓNICA UNDÉCIMA

---

### Cómo Rodrigo se dedicó a hacer la corte en el jardín y cómo descansó su espada

**É** sos fueron los días que Rodrigo recordó siempre y, junto a ellos, colmaron su memoria y siguieron indelebles en años posteriores los días y las noches que pasó atravesando los Pirineos y caminando cuando hubiera tenido que dormir (pero tenía que caminar o helarse) y, por alguna de esas leyes extrañas que nos gobiernan, atesoraba ambos en el recuerdo, los días felices en el jardín y las noches heladas en los picos.

Serafina le mostró a Rodrigo el jardín que se extendía detrás de la casa, angosto y largo, hasta perderse en el terreno sin cultivar. Había rocas con desbordantes plantíos de heliotropos y flores que se asomaban espiando detrás, azaleas enormes y triunfalmente en flor y guías de enredaderas florecidas que se deslizaban de los árboles, adelfas y una variedad llamada vulgarmente Alegría del Sur. Pequeños senderos recorrían el jardín bordeados con conchillas traídas desde el mar lejano.

Había una sola calle en la población; no se iba muy lejos entre las grandes azaleas sin que se perdieran de vista los aleros y no se recorría largo trecho antes de que los pequeños senderos con sus conchillas del mar distante concluyeran y entonces uno se enfrentaba allí con la amante de todos los jardineros, la Madre Naturaleza que nutría a sus criaturas, las cosas silvestres. También ella tenía azaleas y adelfas pero se erguían más solitarias en ese jardín más grande que las que crecían en el jardín de Doña Miranda y disponía también de pequeños senderos, solo que carecían de bordes y de fin. Sin embargo, si uno miraba desde el jardín largo y angosto del fondo de aquella casa del Pueblo de la Penumbra hacia el jardín más amplio que se extiende alrededor del mundo y está separado del jardín de Venus por el Espacio y también por el Espacio separado del jardín de Marte, apenas advertía alguna diferencia, apenas notaba en qué sitio se unían; las azaleas solitarias que estaban más allá se reunían, unidas por la distancia y, desde el Pueblo de la Penumbra hasta el horizonte, todo parecía un mismo jardín en flor. Después, durante toda su vida, cada vez que Rodrigo oía el nombre de España pronunciado por hombres leales, era así como la imaginaba, tal como la veía en ese momento.

Allí salía a caminar con Serafina cuando ella cuidaba las flores en las frescas horas de la mañana o cuando al atardecer regaba sus plantas favoritas. Rodrigo

llevaba el laúd y a veces lo tañía levemente o incluso cantaba mientras ambos descansaban en algún asiento tallado en el final del jardín, contemplando los sombríos arbustos de la colina brillante; pero pasaba la mayor parte del tiempo oyéndola hablar de las cosas que más le gustaban, de qué tipo de mariposas revoloteaban en su jardín, de qué pájaros cantaban y cómo crecían las flores. Serafina ya no se instalaba en su balcón sino que, disimulando el ocio con otro nombre, ambos recorrían aquellos senderos que custodiaban las conchillas marinas; no obstante, había en sus paseos una gracia que nuestras danzas no poseen en la actualidad. Y el atardecer, que ingresaba a hurtadillas desde la zona agreste, desde las azaleas oscurecidas de distantes colinas, los encontraba aún en el jardín; hallaba a Rodrigo cantando con parsimonia no disimulada o ayudándola ansiosamente en alguna tarea trivial, tratando de levantar algún zarcillo que se había torcido, dando ánimo a alguna magnolia que el viento había lastimado. Casi sin ser advertido por Rodrigo, desaparecían la luz del sol, la tonalidad coloreada del ocaso y, más tarde, el resplandor del crepúsculo, hasta que las tonalidades de todas las flores se transformaban extrañamente y brillaban con ese peculiar resplandor que exhiben en la penumbra. Entonces regresaban a la casa; detrás de ellos quedaba el jardín con su aura secreta, oscura y silenciosa; delante resplandecía la luz de las velas como si fuese otra comarca.

Después de la cena, Don Alderón y Rodrigo se quedaban hasta tarde discutiendo el futuro del mundo; Rodrigo sostenía que era obvio que la Tierra debía ser gobernada por España y Don Alderón temía que todo pasara a manos de los moros.

Y así pasaban los días.

Luego, un atardecer, Rodrigo se hallaba en el jardín con Serafina; las flores desdibujadas, pálidas y más misteriosas que nunca, vertían su perfume en la noche que caía, atrayendo insectos enormes que provenían de la penumbra lejana que se estaba agrupando en el jardín y revoloteaban ante cada pimpollo con una miríada de golpeteos de alas demasiado veloces para el ojo humano; un poco más y las hadas hubieran espiado a través de las azaleas; sin embargo, ambos ociosos intuyeron que las hadas estaban repentinamente allí; se decía que era la hora más recóndita de la Naturaleza en la que el hombre infringe un límite si se aventura más allá de su morada. Un búho voló de su escondite secreto, se aproximó al jardín y emitió una llamada clara para recordárselo a Rodrigo; pero Rodrigo no le prestó atención y prosiguió su marcha, silencioso.

Había tocado su laúd que había expresado ante el silencio solemne del crepúsculo comprensivo todo cuanto le era posible decir y, después de ese lamento, lo embargó piedad por tantos anhelos humanos, ya que era un laúd antiguo; Rodrigo sintió que ya nada podía expresar con sus pobres palabras, de modo que se tomó mudo y apesadumbrado.

Si él hubiese hablado, Serafina lo hubiera escuchado, porque aún vibraban sus pensamientos con la voz del laúd que había llegado hasta sus oídos como un

embajador de Rodrigo, pero él no encontraba palabras que armonizaran con la suprema espiritualidad del laúd. Sus ojos decían y sus suspiros expresaban lo que había pronunciado el laúd, pero su lengua estaba silenciosa.

Serafina dijo luego, mientras caminaban en el pesado silencio a lo largo de una cuesta rodeada de azaleas brillantes:

—¿Os gustan las flores, señor?

—Señorita, las adoro —replicó.

—¿De veras? —dijo Doña Serafina.

—Por cierto que sí —repuso Rodrigo.

—Y, sin embargo —preguntó Doña Serafina—, ¿no era una flor mustia o por completo marchita la que llevábais, a menos que me haya equivocado, cuando pasasteis bajo nuestro balcón?

—En efecto, estaba marchita —replicó Rodrigo—, porque ya hacía algunas semanas que la rosa había sido cortada.

—Alguien a quien le agraden las flores, pensé —dijo Serafina—, se preocuparía más por mantenerlas lozanas.

Aunque Rodrigo estaba medio mudo, su agudeza mental no lo abandonó. Haber dicho que conservaba la rosa de Serafina hubiera sido proclamar como un hecho lo que aún no era más que una esperanza.

—Señorita —dijo—, hallé esa flor en tierra bendita.

—No sabía —fue la respuesta— que hubiérais viajado tan lejos.

—La encontré aquí —explicó—, bajo vuestro balcón.

—Quizá la dejé caer por casualidad —replicó ella—. Fue un descuido de mi parte.

—Aún la conservo —dijo Rodrigo y extrajo aquella marchita rosa descolorida.

—Fue un descuido de mi parte —reiteró Serafina.

Pero entonces, en ese jardín perfumado, entre las débiles luces del atardecer, el fantasma de aquella rosa hizo la presentación de sus espíritus, el uno al otro, de modo que las flores que se mantenían alertas oyeron a Rodrigo contar la historia de su corazón e, inclinándose sobre el sendero bordeado de conchillas, escucharon la respuesta de Serafina; en apariencia, todo cuanto hacían las flores era contemplar el crepúsculo con los pétalos erguidos esperando que se desencadenara la lluvia.

Uno tras otro velo de oscuridad cayó desde donde había morado la penumbra, como si un ejército de sombras estuviera acampando lentamente en el predio que habían perdido las criaturas de la luz. Surgiendo de las tierras agrestes los búhos se aproximaron, sus gritos prolongados y nítidos y el silencio enorme que hacía las veces de intervalo advertían a esas comarcas que esa no era la hora del hombre. Ni Rodrigo ni Serafina los escucharon.

En el cielo azul pálido, donde nadie suponía que la vería, apareció una estrella sonriente. Era Venus vigilando, protectora, a los enamorados, tal como imploraban que lo hiciese los hombres de siglos pasados, cuando hace tanto tiempo la invocaban

arrodillados en sus colinas con las cabezas inclinadas y los brazos extendidos hacia su dulce y eterno misterio. Bajo sus rayos errantes, que danzaban para bendecirlos, Rodrigo y Serafina hablaban en voz baja a la vista de la diosa y sus voces se expandían entre las flores con susurros y brisas, sin perturbar a las pequeñas criaturas selváticas que se escurrían tímidamente entre las sombras. La Naturaleza les perdonaba que estuvieran al aire libre a esa hora; aunque el secreto mayor de la vieja Naturaleza parecía estar tan cerca que le era posible saludarlos y susurrarles, tan cercano que una azalea solitaria parecía albergarlo.

Cuando las flores brillaban con luz vacilante y Venus sonreía y todo se había oscurecido, regresaron a la casa, tomados de la mano, por uno de aquellos pequeños senderos.

Doña Miranda escudriñó los ojos de su hija y no dijo nada. Don Alderón reanudó su conversación con Rodrigo explicando por qué temía que los moros conquistaran el mundo, tema en el que había estado pensando desde la noche anterior; y Rodrigo estuvo de acuerdo con todo lo que dijo Don Alderón, pero entendió poco, ya que estaba colmado de sueños que parecían danzar del otro lado de la luz de las velas al ritmo de una melodía rara, nueva, nunca oída antes, que percibía su corazón. Contempló mucho a Serafina y habló poco.

Esa noche no tomó vino en compañía de Don Alderón. ¿Qué necesidad tenía de vino? En viajes maravillosos a los que mi pluma no puede adecuarse, a pesar de la rapidez del ala de la cual proviene, en veloces itinerarios que superaban la velocidad de la ágil golondrina y aún de ese excelso viajero, el ganso del copete blanco, sus pensamientos jóvenes se deslizaban a través de una miríada de lejanos atardeceres dorados en los años futuros. ¿Y qué ocurría con los días que veía? ¿Los veía realmente? Era suficiente que los contemplara como una visión, que los viera como ve un pastor, solitario en una pendiente elevada, arribar del Este un galeón con música, con el velamen al viento, con el mástil resplandeciente de banderolas y héroes en ropajes extraños entonando canciones nuevas. El galeón sin nombre se desliza hasta que la canción se desvanece. ¿De qué nave se trata? ¿De dónde proviene? ¿Por qué está aquí? Es suficiente que la haya visto. Así atisbamos la gloria de unos pocos días mientras giramos alrededor del sol; y la juventud es como una atalaya en una tierra alta desde la que se puede contemplar el paisaje.

Al día siguiente conversó con Doña Miranda. Era poco lo que se podía decir; más bien había que respetar todos los formalismos apropiados ya que Doña Miranda y su hija hacía mucho que habían abordado el tema. Además, poco podía decir acerca de un asunto y, por cierto, se quedó perplejo cuando se le preguntó al respecto, y esa cuestión se refería a su morada. Dijo que tenía un castillo y, cuando Doña Miranda le preguntó dónde estaba, respondió vagamente que en el norte. Confiaba en la palabra del Rey del Valle de la Sombra y por eso hablaba de su castillo como un hombre que dice la verdad. Cuando ella volvió a inquirirle acerca de su castillo, si estaba en terreno montañoso, si daba sobre un río o si se hallaba en tierras boscosas, Rodrigo

comenzó a describir cómo se erguían sus diez torres y cómo estaban construidas en un peñasco que era levemente rosado y cómo brillaban a través de cien prados, sobre todo al anochecer. Repentinamente calló, dándose cuenta de pronto de que, sin querer, estaba usando las mismas palabras de Don Álvaro y le estaba describiendo a Doña Miranda aquel Castillo de la Rosa Rosada sobre el Río Ebro. Doña Miranda comprendió entonces que había algún misterio con respecto a la morada de Rodrigo.

Platicó amablemente con Rodrigo; no obstante, ni dio su consentimiento ni lo rehusó, y él supo que sus palabras no albergaban ninguna esperanza inmediata. Tan gentilmente como eran sus reverencias mientras se despedía, se fue sin tener nada más que decir. Todo el día su castillo colgó sobre él como una nube, no solo nebulosa y evanescente sino también con ominosos presagios de una tormenta funesta como las que temen los azahares.

Paseó una vez más en el jardín con Serafina pero Doña Miranda nunca se alejó demasiado y el encanto del anochecer anterior, iluminado por una estrella, se arruinó por su ansiedad con respecto al castillo del cual no podía hablar. Serafina le preguntó por su morada. No podía evadir su pregunta y, sin embargo, tampoco podía decirle que todo su futuro dependía de la promesa de un hombre con una vieja chaqueta de cuero que se llamaba a sí mismo Rey. De modo que el misterio de su instalación se profundizaba, arruinando el encanto del anochecer. En cambio, habló del bosque, confiando en que ella supiera algo de aquel insólito monarca que vivía tan cerca, pero Serafina miró intranquila hacia el Valle de la Sombra y le dijo que nadie del Pueblo de la Penumbra transitaba en esa dirección. El pesar se volvió más pesado en el corazón de Rodrigo. Por creer en la promesa de un hombre en cuyos ojos confiaba, le había pedido a Serafina que se casara con él y Serafina le había dicho que sí; y ahora descubría que ella no sabía nada de tal hombre, lo que de algún modo parecía debilitar su promesa, y lo peor de todo era que ella temía el lugar donde ese hombre vivía. Lo alegró la llegada de Doña Miranda, y los tres regresaron a la casa. Habló poco el resto de la velada pero ya tenía formado su plan.

Cuando se retiraron las dos damas, Rodrigo, que al parecer había tenido atada la lengua muchas horas, entabló conversación con Don Alderón. Su madre aún no le había dicho nada porque estaba perpleja por el misterio del castillo de Rodrigo y deseaba darle tiempo para aclararlo, si es que podía; asimismo, había un no-sé-qué respecto a Rodrigo con el cual he tratado de familiarizar a mi lector a lo largo de muchas páginas, pero que era claro: de hecho, desde la primera vez que lo vio, a Doña Miranda le agradó, como espero que quizá le agrade ahora a mi lector. Rodrigo se dirigió a Don Alderón a quien sorprendió la vehemencia con que su huésped rompía a hablar de improviso después de aquellas horas de silencio, y le contó la historia de su amor y la historia de sus dos castillos, aquel que se había desvanecido en las márgenes del Ebro y aquel que le fue prometido por el Rey del Valle de la Sombra. Y Don Alderón lo interrumpía a menudo.

—¡Oh, Rodrigo! —decía—, sois bienvenido a nuestra infortunada y antigua

familia —y afirmó después—: Nunca he conocido un hombre que tuviese un estilo más soberbio con la espada.

Pero Rodrigo continuó hasta el fin, comunicándole todo lo que tenía que decir, especialmente que no disponía ni de tierra ni de dinero, que solo poseía esa promesa y, en cuanto a su espada, sostuvo que solo era un niño jugando en comparación con la pericia de Don Alderón. Y Don Alderón afirmó que eso no era cierto, si bien conocía unos pocos pases astutos que había aprendido a la espera de que le llegara el día de hacerle un servicio a Dios matando a algunos moros, y le dio, de corazón, su consentimiento y sus congratulaciones. Pero no era eso lo que deseaba Rodrigo:

—Venid conmigo —solicitó— al bosque, al lugar donde encontré a ese hombre y, si no lo encontramos allí, iremos hasta la cabaña donde se albergan los arqueros; allí obtendremos noticias de él; nos mostrará el castillo prometido y, si es un castillo que merece vuestra aprobación, entonces daréis vuestro consentimiento, pero, si no es así...

—Lo haré con placer —repuso Don Alderón—. Saldremos mañana.

Y Rodrigo tomó su palabra al pie de la letra porque lo consumía gran impaciencia, aunque su anfitrión solo había querido decir «uno de estos días».

Y así lo decidieron. Don Alderón se fue a dormir con la sensación, favorable para los sueños, de que vivirían una aventura el día siguiente, ya que ni él ni nadie de esa población había penetrado en el Valle de la Sombra.

A la mañana siguiente, Rodrigo paseó una vez más con Serafina, pero parte del romanticismo del jardín se disipó pues también andaba por allí Doña Miranda; y el espíritu romántico es como uno de esos colores repentinos y magníficos que destellan por un momento desde una gota de rocío y luego una sombra pasajera los oscurece; y si uno le pide a otro que lo contemple, el color ya no es el mismo; y, si uno se desplaza una yarda, puede desaparecer el esplendor del encantamiento. Doña Miranda captaba el romanticismo de ese jardín, pero lo veía desde la perspectiva de treinta años atrás, todo lo que veía era diferente, todo había cambiado para ella desde cierto día (ya que el amor era amor en las épocas pasadas); a Rodrigo y Serafina les parecía que Doña Miranda no podía entender el romanticismo y que, de algún modo, contribuía a empalidecer ese sitio. Hasta sus ojos parecían buscar entre las azaleas el espíritu romántico de aquel otro atardecer.

Rodrigo le comunicó a Serafina que se iba con su hermano para ocuparse de los asuntos de su castillo y que regresarían pocos días después. Casi no dio a entender que esos asuntos pudieran no prosperar, ya que confiaba en la palabra del Rey del Valle de la Sombra. Había recobrado la fe y, más tarde, con las espadas a un costado y las capas flotando brillantes en los vientos suaves de abril, Rodrigo y Alderón se alejaron cabalgando.

Muy pronto percibieron a la distancia el Valle de la Sombra. Y entonces Rodrigo se acordó de Morano y del terrible yerro que había cometido contra Don Alderón con su sartén; recordó que estaba allí en el campamento hacia el que conducía a su amigo.

De modo que dijo:

—Aquel maldito bandido llamado Morano vive aún e insiste en servirme.

—Si está cerca —repuso Don Alderón— os ruego que lo desarméis de su sartén por el bien de mi honor que no tolera que se me ataque con armas culinarias sino solamente con espada, lanza o aún con cargas de cañón o arcabuz...

Estaba pensando en otras armas cuando Rodrigo espoleó su caballo:

—Está cerca —afirmó—, me adelantaré y lo desarmaré.

Por tanto, Rodrigo entró en el bosque a medio galope mientras Don Alderón amblaba aproximadamente una milla detrás.

Allí encontró su viejo campamento y vio a Morano, sentado en el suelo, junto a un fueguito. Morano se puso inmediatamente de pie con expresión de alegría; su rostro era una interrogación viva pero no se atrevía a expresar sus preguntas con palabras porque no se entremetía abiertamente en los asuntos de su amo.

—Morano —dijo Rodrigo—, dadme vuestra sartén.

—¿Mi sartén? —se asombró Morano.

—Sí —repuso Rodrigo. Y cuando tuvo en la mano aquel utensilio grasoso y ennegrecido agregó—: Aquel señor que conocimos en el Pueblo de la Penumbra está conmigo.

Se desvaneció la alegría del rostro de Morano como se desvanece la luz al atardecer.

—Amo —dijo—, seguramente ahora me matará.

—No os matará —repuso Rodrigo.

—Amo —expuso Morano—, anhela mi obesa osamenta como tantos hombres anhelan el unicornio cuando se ponen sus chaquetas de color verde brillante y salen a perseguirlo con perros en la primavera.

(Ignoro qué leyenda tenía Morano en su mente y hasta qué punto era cierta).

—Y cuando me encuentre sin mi sartén seguramente me matará.

—Ese señor —enfaticó Rodrigo— no debe ser golpeado con una sartén.

—Es una orden dura de cumplir, amo —dijo Morano.

Cuando oyó eso, Rodrigo se indignó; se indignó porque alguien blasfemaba contra una evidente Ley de la Caballería, en tanto que el único pensamiento de Morano se concentraba en la injusticia de tener que abandonar las dulzuras de la vida por culpa de una sartén. En consecuencia, no se entendieron. Por un momento permanecieron en silencio mientras Rodrigo ataba las riendas de su caballo en la rama quebrada de un árbol. Luego Don Alderón ingresó en la foresta.

Entonces lo que era más patético en la sensación de injusticia que albergaba Morano brilló en sus ojos al fijarlos en su amo. Pero Don Alderón apenas lo miró, ni siquiera cuando le tendió las riendas de su caballo, mientras se dirigía al encuentro de Rodrigo.

Allí, en ese espacio frondoso, descansaron toda la tarde, porque no habían comenzado su trayecto tan temprano como deben hacerlo los viajeros. Habían

transcurrido ocho días desde que Rodrigo se alejó de ese pequeño campamento para encaminarse al Pueblo de la Penumbra y al ápice de su vida. En ese lapso, Morano reunió considerable cantidad de leña y, utilizando pequeños ardides inimaginables para los habitantes de las ciudades, había convertido ese sitio en lo más parecido a un hogar que puede encontrar un viajero. A Don Alderón le entusiasmó el dosel de verdor descollante y el coro de quienes lo habitaban que en ese momento regresaban a sus moradas y se dedicaban a cantar. Y ni Rodrigo ni Alderón advirtieron que en algún momento del atardecer Morano se había vuelto a apropiarse de su sartén, sin la autorización de Rodrigo, actuando meramente en base a cierto permiso tácito que parecía proceder de la puesta de sol o del estado de ánimo de los dos jóvenes que estaban sentados junto al fuego. Muy pronto estuvo, una vez más, cocinando en un fuego propio, con una expresión similar a la que exhibe un maestro de ceremonias que ha perdido su batuta y vuelve a encontrarla. ¿Lo has notado alguna vez, lector?

Cuando la comida estuvo lista, Morano la sirvió en silencio, deslizándose discretamente en la penumbra de la foresta, ya que sabía que estaba perdonado aunque no tan abiertamente como para que deseara insistir con su presencia o subrayar que poseía el arma que freía el tocino. Y así se desplazaba como una dríada de árbol en árbol y, como cualquier criatura fabulosa, desaparecía. Los dos jóvenes comieron bien y permanecieron allí contemplando las chispas que ascendían trazando insólitos itinerarios desde el fuego junto al cual estaban sentados, y luego se desvanecían en inmensidades gigantescas de estrellas y oscuridad, hasta esfumarse por completo, perdiéndose como el espíritu humano ante la mirada de nuestro asombro cuando tratamos de seguir su trayecto más allá de las moradas que conocemos.

Todo el día siguiente continuaron cabalgando a través del bosque hasta que llegaron al círculo negro dejado por el fuego del campamento anterior. Allí Rodrigo se detuvo a causa de la atracción que, según parece, tiene para el viajero errante un campamento suyo. Hacia allí se encaminó, hacia ese círculo ennegrecido, hacia ese fogón que por una noche había convertido ese sitio agreste en un hogar. A Don Alderón no le importaba si se demoraban o se apresuraban, disfrutaba del viaje a través de esa tierra frondosa; la brisa nocturna que se deslizaba fresca en torno de los troncos de los árboles era para él una novedad y novedosa era la camaradería con las estrellas innumerables; la búsqueda en sí misma era jubilosa; con la imaginación construía el castillo misterioso de Rodrigo con tanta magnificencia como Don Álvaro. A veces hablaban del castillo; cada uno de los jóvenes lo imaginaba como lo había forjado Don Álvaro, pero después que se dormía Morano, al rescoldo del fuego del campamento hablaban de más cosas que las que puedan referir estas Crónicas.

A la mañana siguiente se apresuraron tanto como se lo permitían las ramas bajas de la foresta. Pasaron por un sitio cercano a la cabaña grande donde comían los arqueros pero continuaron, como lo habían decidido después de analizarlo, hasta el sitio donde Rodrigo vio, por última vez, al Rey del Valle de la Sombra, es decir, el

lugar donde había formulado su promesa. Antes de que las sombras llegaran al bosque y antes aún de que los rayos de luz dorados lo traspasaran como columnas más soberbias que las de cualquier catedral, hallaron el viejo campamento que buscaban, el cual tenía para Morano un decidido aroma de magia a causa de la aparición y desaparición, al estilo de una polilla, de sus tres caballos después de haberlos atado en aquel árbol. Allí buscaron al Rey del Valle de la Sombra; luego Rodrigo empezó a llamarlo a voces y, más tarde, los tres lo llamaron gritando al unísono: «¡Rey del Valle de la Sombra!». No hubo respuesta; los bosques se hallaban despojados de eco, nada removía las hojas caídas. Pero, antes de que esas millas de silencio logran deprimirlos, Rodrigo elaboró un plan simple: consistía en que él y Alderón investigarían en los alrededores apartándose del camino, en tanto que Morano se quedaría en el campamento lanzando gritos con frecuencia; ellos no se alejarían del alcance de su voz, porque el Valle de la Sombra tenía reputación de ser un sitio peligroso para los viajeros que se adentraban en sus senderos y, por cierto, muy pocos se atrevían a hacerlo. De modo que pusieron en práctica ese plan; Alderón y Rodrigo buscaron en diferentes direcciones, mientras Morano permanecía en el campamento, haciendo resonar una voz alta y melancólica. Y, aunque corría el rumor de que era arduo reencontrar el camino cuando uno se apartaba veinte yardas del sendero en el Valle de la Sombra, no se decía, en cambio, que fuera difícil toparse con los arqueros verdes. Como sabía que ellos custodiaban el bosque del mismo modo en que las sombras de los árboles protegen la frescura, Rodrigo estaba seguro de que se encontraría con algunos de ellos aún cuando no descubriera a su jefe. En consecuencia, Alderón y él buscaron hasta que la oscuridad sobrevino en el bosque y únicamente los pájaros posados en las ramas altas disfrutaban de luz. Y en ningún momento vieron al Rey del Valle de la Sombra ni rastro de hombre alguno. Alderón fue el primero en regresar al campamento, pero Rodrigo continuó su busca en la noche, buscando y gritando en medio de la oscuridad; a cada minuto que pasaba y a cada grito debilitado de Morano, sentía que su castillo se desvanecía poco a poco, que se estaba escabullendo entre los robles y los espinos para ir a ocupar el lugar que le correspondía entre las estrellas carentes de misericordia. Cuando, por fin, regresó de su búsqueda inútil encontró a Morano sentado junto a una cálida hoguera, que alegró un poco a Rodrigo, así como también le complació observar el resplandor del fuego reflejado en la cara de Morano y la comodidad hogareña del campamento, ya que todo se establece por comparación.

Después de la cena, Rodrigo y Alderón resolvieron que habían venido a una zona del bosque demasiado alejada de la morada del Rey del Valle de la Sombra y decidieron que, al día siguiente, se llegarían a la casa de los arqueros verdes; antes de dormirse, Rodrigo intuyó una vez más que todo lo referente a su castillo marchaba bien.

Sin embargo, cuando despuntó el día siguiente, reanudaron la busca porque Rodrigo recordó que era en ese sitio adonde el Rey del Valle de la Sombra le había

ordenado que se presentara una vez transcurridas cuatro semanas y, aunque todavía no se había cumplido ese período, le parecía, y Alderón estuvo de acuerdo, que ya habían esperado bastante tiempo. Así que prosiguieron su busca toda la mañana y luego pusieron en práctica la decisión de la noche anterior, vale decir, llegarse hasta la cabaña que conocía Rodrigo. No encontraron a nadie en todo el trayecto. Rodrigo recuperó la alegría mientras cabalgaban, ya que él mismo y Don Alderón paulatinamente se fueron dando cuenta de que la gran cabaña de los arqueros era el lugar al que tendrían que haber acudido en primer término.

En las primeras horas del atardecer estaban al fin de su trayecto, pero apenas se internaron en el sendero más angosto que conducía a la cabaña, situada a unas cien yardas, hallaron el paso bloqueado por enormes cadenas que colgaban de árbol en árbol. Las cadenas llegaban hasta lo más alto de los árboles y, aunque ellos estaban sentados en las monturas, superaban la altura de sus cabezas; además, una cadena descendía hasta el suelo cada seis pulgadas. El camino estaba completamente cerrado.

Rodrigo y Alderón deliberaron apresuradamente; luego dejaron las cabalgaduras a cargo de Morano y siguieron las cadenas a través de la densa foresta buscando un lugar por donde las pudieran atravesar a caballo. Como comprobaron que las cadenas seguían y seguían extendiéndose y se acercaba el anochecer, los dos amigos se dividieron; Alderón regresó y Rodrigo prosiguió lentamente y acordaron encontrarse luego en el sendero donde había quedado Morano.

Ya estaba oscureciendo cuando volvieron a reunirse; Rodrigo no había encontrado nada más que esa barrera de hierro que continuaba de un tronco a otro; Alderón descubrió un gran portón de hierro, pero cerrado. A través de las sombras silenciosas que surgían al anochecer los tres hombres recorrieron a pie el trayecto hasta ese portón, llevando los caballos de las bridas, pero su marcha fue lenta y dificultosa ya que no había ningún sendero que condujera hasta allí. Ya era oscuro cuando llegaron y vieron el portón, alto en la noche, una barrera negra entre los árboles en un lugar adonde nadie quería llegar y en un bosque que a los tres les parecía casi impenetrable. Y lo que más asombró a Rodrigo fue que las cadenas que atravesaban el sendero no estaban allí antes, cuando comió en compañía de los arqueros verdes.

Los tres se quedaron contemplando el portón oscuro y cerrado; luego advirtieron que en el centro había dos escudos. Rodrigo montó su caballo y se estiró para averiguar cuál era la insignia en el hierro forjado pero ambos escudos carecían de divisa.

Acamparon allí tan bien como es posible cuando ya ha caído la noche y no se ha llegado al sitio apropiado. Morano encendió un gran fuego ante el portón, y los campos de los escudos en blanco, lisos y unidos por los costados, se reflejaban desde arriba sobre Rodrigo y Alderón a la luz del fuego. Durante un rato cavilaron en ese portón extraño que se erguía allí dividiendo la tierra agreste. Luego, llegó el sueño.

Llamaron en voz alta tan pronto como se despertaron pero no había nadie custodiando ese portón; no se escucharon en el bosque otras pisadas que las suyas.

Luego, dejando en el campamento a Morano en compañía de ese portón grande que no conducía a ninguna parte, los dos jóvenes treparon por ramas y cadenas; pronto estuvieron del otro lado del portón y marcharon en el silencio de la foresta en procura de la cabaña donde Rodrigo había dormido. Casi de inmediato, aparecieron los arqueros verdes; eran diez y con sus arcos enfrentaban a Rodrigo y Alderón.

—Detenéos —dijeron los diez arqueros verdes.

Cuando los arqueros decían eso, no quedaba otro recurso que acatar la orden.

—¿Qué buscáis? —preguntaron los arqueros.

—Al Rey del Valle de la Sombra —contestó Rodrigo.

—No está aquí —respondieron.

—¿Dónde está? —interrogó Rodrigo.

—No está en ninguna parte —dijo uno— cuando no desea que lo vean.

—Entonces, mostradme el castillo que me prometió —solicitó Rodrigo.

—No sabemos nada de ningún castillo —afirmó uno de los arqueros y todos los otros asintieron.

—¿No hay ningún castillo? —inquirió Rodrigo.

—No —fue la respuesta.

—¿No tiene ningún castillo el Rey del Valle de la Sombra? —preguntó, empezando a sentirse presa de la desesperación.

—No sabemos de ninguno —repusieron—. Vive en el bosque.

Antes de desesperarse por completo, Rodrigo les preguntó si no conocían algún castillo del que su Rey fuera dueño; cada uno dijo que no había ni un solo castillo en el Valle de la Sombra. Los diez arqueros aún se mantenían frente a ellos apuntándolos con los arcos. Luego Rodrigo giró sobre sí mismo, desesperado por cierto, y se encaminó lentamente hacia el campamento; Alderón lo seguía. En silencio llegaron al campamento junto al gran portón que no conducía a ningún sitio. Allí, Rodrigo se sentó en un tronco junto al fuego chisporroteante a contemplar las cenizas grises y a pensar en sus esperanzas muertas. No se atrevía a hablarle a Alderón; tampoco rompía el silencio Morano quien, a pesar de su locuacidad, sabía cuándo sus palabras eran inoportunas. Don Alderón trató de quebrar ese melancólico silencio sosteniendo que esos diez arqueros no estaban al tanto de cuanto sucedía en el mundo, pero no le fue posible levantarle el ánimo a Rodrigo, quien seguía sentado en el tronco, pensando con desaliento con cuánta seguridad había hablado tantas veces de su castillo. Asimismo, había algo más que lo preocupaba y que Don Alderón desconocía; cuando se presentaron los arqueros, llevaba, de nuevo, colgada del cuello la insignia de oro tallada para él por el Rey del Valle de la Sombra y ellos tenían que haberla visto; sin embargo, no le prestaron ni la más mínima atención, su magia lo había abandonado por completo. Lo perturbaba, además, otro detalle del que Rodrigo no tenía conciencia pero constituye un factor muy decisivo en la desdicha humana; partió a la mañana con tanta ansiedad que no había desayunado, se había olvidado por completo y no sabía hasta qué punto era causante de su desaliento pues pensaba que

la pérdida de su castillo era más que suficiente.

De este modo, con la cabeza gacha, se quedó allí sentado, vacío y sin esperanzas. El campamento permaneció silencioso. En este ambiente fúnebre, mientras nadie hablaba ni parecía estar alerta, cuando al fin Rodrigo levantó la cabeza comprobó que, ante el portón que no conducía a sitio alguno, estaba el Rey del Valle de la Sombra con los brazos cruzados. Su cara expresaba mal humor; se diría que era el rostro de un fantasma que hubiera tenido que abandonar una tarea importante entre los asteroides que estaban a su cargo invocado por la desmañada prestidigitación de algún novicio tonto. Rodrigo al mirar esos ojos coléricos olvidó por completo que era él mismo quien soportaba la desdicha. El silencio no fue interrumpido. Entonces habló el Rey del Valle de la Sombra:

—¿Cuándo no he cumplido mi palabra?

Rodrigo no sabía. El hombre aún lo miraba y aún seguía allí con los brazos cruzados delante del gran portón, enfrentándolo, exigiéndole una respuesta. Rodrigo no tenía nada que decir.

—Vine porque me prometistéis un castillo —articuló por fin.

—Yo no os ordené venir aquí —contestó el hombre de los brazos cruzados.

—Fui adónde me ordenásteis —repuso Rodrigo— y no estábais allí.

—Os dije cuatro semanas —contestó el Rey con enojo.

Entonces tomó la palabra Don Alderón:

—¿Tenéis algún castillo para mi amigo?

—No —dijo el Rey del Valle de la Sombra.

—Vos le prometistéis uno —afirmó Don Alderón.

El Rey del Valle de la Sombra levantó con la mano izquierda un cuerno que colgaba en bandolera debajo de su codo de un cordel verde que le rodeaba el cuerpo. No respondió a Don Alderón, se limitó a aproximar el cuerno a sus labios y lanzó un llamado. Los tres lo contemplaron callados hasta que el silencio fue quebrado por el arribo de muchos hombres que se desplazaban sigilosamente; se presentaron los arqueros verdes.

Cuando siete u ocho estuvieron allí, se dio vuelta y los miró.

—¿Cuándo no he cumplido mi palabra? —preguntó a sus hombres.

Y todos respondieron:

—¡Nunca!

Se hicieron presentes muchos más a través de los arbustos.

—¡Preguntadles! —ordenó.

Rodrigo no dijo ni una palabra.

—Preguntadles —reiteró— cuándo no he cumplido mi palabra.

Rodrigo y Alderón no dijeron nada. Los arqueros les contestaron:

—Jamás ha dejado de cumplir su palabra —afirmó cada uno de los arqueros.

—Vos me prometistéis un castillo —explicó Rodrigo, al advertir que todavía estaban posados en los suyos los coléricos ojos de aquel hombre.

—Entonces proceded como os he ordenado —repuso el Rey del Valle de la Sombra; giró sobre sí mismo, manipuló la cerradura del gran portón con una llave que tenía, las puertas se abrieron y el Rey pasó a través de ellas.

Don Alderón corrió detrás de él, lo alcanzó mientras se alejaba, le habló y el Rey le contestó. Rodrigo no oyó lo que decían y no lo supo hasta mucho tiempo después; solo escuchó estas palabras pronunciadas por el Rey del Valle de la Sombra cuando él y Don Alderón se despidieron: «...y, por lo tanto, señor, sería conveniente que un hombre consagrado cumpliera su santo ministerio antes de que lleguemos». Y el Rey del Valle de la Sombra se perdió en las profundidades de la foresta.

Mientras las verjas enormes se mecían suavemente, Don Alderón regresó pensativo. Las puertas se bambolearon, rechinaron y tomaron a cerrarse.

El Rey del Valle de la Sombra y sus arqueros se habían marchado.

Don Alderón se encaminó a su caballo; Rodrigo y Morano hicieron lo mismo acuciados por el acto del único de los tres que parecía haber tomado una decisión. Don Alderón condujo su caballo de las bridas hacia el sendero y Rodrigo procedió de igual modo con el suyo. Cuando llegaron al sendero montaron en silencio y de inmediato los siguió Morano con las mantas arrolladas sobre el caballo delante de él y la sartén colgando detrás.

—¿Hacia dónde? —preguntó Rodrigo.

—A casa —repuso Don Alderón.

—Pero no puedo ir a vuestra casa —aclaró Rodrigo.

—Venid —afirmó Don Alderón, como quien ya ha tomado una decisión.

Sin hogar, sin planes, sin esperanzas, Rodrigo iba con Don Alderón así como el milano se deja llevar por el viento cálido. Cabalgaron a través de la foresta hasta que oscureció tanto que solo quedaba un tinte débil de verdor en las hojas oscuras; en lo alto había girones de cielo azulado que parecían trozos quebrados de acero. Cuando se alejaron del bosque ya habían salido una o dos estrellas. Llegaron al Pueblo de la Penumbra al trote al tiempo que relucía la Vía Láctea.

Y allí, en la antesala, estaban Doña Miranda y Serafina para darles la bienvenida cuando transpusieron la puerta.

—¿Qué noticias tenéis? —preguntaron.

Pero Rodrigo se mantuvo retraído; no podía dar ninguna noticia. Fue Don Alderón quien le habló alegremente a Serafina y después a su madre, con quien platicó ansiosamente mucho tiempo, señalando algunas veces hacia el bosque; Rodrigo pensó que casi con miedo.

Y, un poco más tarde, cuando las damas se retiraron, mientras tomaban ese vino con el que había tratado de levantar el ánimo de su desdichado compañero, Don Alderón le comunicó a Rodrigo que se había dispuesto que debía casarse con Serafina. Cuando Rodrigo se lamentó explicando que era imposible, Don Alderón contestó que el Rey del Valle de la Sombra así lo deseaba. Al oírlo, el asombro de Rodrigo igualó su felicidad; lo asombraba que Don Alderón no solo hubiera creído en

la promesa sin fundamento de aquel hombre extraño sino que además lo obedeciera como si le temiese.

Al día siguiente Rodrigo conversó con Doña Miranda mientras ambos paseaban nimbados por el glorioso jardín. Y Doña Miranda le dio su consentimiento como lo había hecho Don Alderón y, cuando Rodrigo habló humildemente de una prórroga, ella miró inquieta hacia el Valle de la Sombra, como si también temiera al hombre extraño que gobernaba en ese bosque en el que nunca había penetrado.

Y así fue como Rodrigo volvió a pasear por el jardín con su dama, la encantadora Serafina.

Paseando olvidaron que necesitaban morada o tierras, olvidaron el Valle de la Sombra, sus esperanzas y sus dudas y todas las ansiedades que sentimos al pensar en el futuro. Cuando llegó el anochecer y los pájaros cantaron en las azaleas, cuando las sombras se alargaron y se volvieron solemnes y los vientos soplaron frescos desde el lecho radiante del Sol, en el jardín quieto y extraño, olvidaron nuestra Tierra y, más allá de las costas mundanas, navegaron siguiendo sus propios sueños hacia regiones áureas del crepúsculo para errar en la comarca donde transitan los enamorados solo un instante y solamente una vez.

## CRÓNICA DUODÉCIMA

---

### La construcción del Castillo Rodrigo y el fin de estas Crónicas

**C**uando el Rey del Valle de la Sombra encontró a Rodrigo en el bosque por primera vez, le hizo su promesa y se marchó dejándolo junto al fuego del campamento, desando su camino en dirección a la cabaña de los arqueros e hizo sonar el cuerno; sus cien arqueros se hicieron presentes casi al instante. Les impartió órdenes y ellos regresaron, por donde habían venido, a la oscuridad de la foresta. Pero el Rey se encaminó a la cabaña de los arqueros y empezó a caminar midiendo con sus pasos el terreno que se extendía ante ella, convertido en una figura sombría y solitaria de la noche y, por donde caminó, marcó el suelo con pequeñas ramitas. A la mañana siguiente, tan pronto como la luz temprana penetró en el bosque, los cien arqueros acudieron provistos de hachas y cada uno eligió uno de los árboles gigantes que se erguían delante de la cabaña y comenzó a talarlo. Durante todo el día esgrimieron sus hachas contra los gigantes del bosque, de los cuales casi un centenar estaban derribados al llegar la noche. Y los de mayor tamaño, troncos enormes” que tenían cuatro pies de ancho, fueron arrastrados con caballos hasta la cabaña de los arqueros; allí los ubicaron junto a las pequeñas ramitas que el Rey del Valle de la Sombra había colocado en el suelo la noche anterior. La cabaña de los arqueros y la cocina instalada detrás, en el bosque, y unos pocos árboles que aún estaban en pie quedaron por completo circundados por cuatro hileras de árboles caídos que formaban un gran rectángulo sobre el suelo, con un pequeño cuadrado en cada una de las esquinas. Y llegaron artesanos que cepillaron y ahuecaron las caras internas de las cuatro hileras de árboles; trabajaron hasta bien entrada la noche. Así se completó el primer día de trabajo y así se construyó la primera hilada de los muros del Castillo Rodrigo.

Al día siguiente, los arqueros derribaron otro centenar de árboles; los carpinteros cortaron en forma plana la parte superior de la primera hilada al atardecer; fue elevada la segunda hilada, después de haber cepillado sus caras para que coincidieran con la capa inferior. Se trajo una considerable cantidad de madera para construir el piso, una vez que fue gradualmente cepillada y acondicionada. Al finalizar el segundo día, un hombre no alcanzaba a atisbar por encima de los muros del Castillo Rodrigo. Al tercer día, llegaron más artesanos; venían de aldeas lejanas situadas en los límites del bosque, desde donde el Rey del Valle de la Sombra los había

convocado, y comenzaron a tallar los muros a medida que los iban erigiendo. Ese día voltearon cien árboles y el castillo ascendió una hilada más. Y, durante ese tiempo, mientras derribaban los grandes árboles, surgía un parque en la foresta pero los arqueros pasaron por alto los árboles mayores, robles que habían estado allí erguidos durante generaciones y generaciones; les permitieron aferrarse a la tierra un poco más de tiempo, algunas generaciones humanas más.

El cuarto día, las dos ventanas posteriores de la cabaña de los arqueros comenzaron a oscurecerse y, esa noche, el Castillo Rodrigo alcanzó quince pies de altura. Los cien arqueros aún hachaban en el bosque, permitiendo que la brillante luz del sol llegara hasta el césped que había permanecido a la sombra de los robles durante siglos. Al finalizar el quinto día, comenzaron a techar los aposentos inferiores y a construir el segundo piso. El castillo crecía una hilada por día, aunque construyeron el segundo piso con troncos más delgados de solo tres pies de ancho y más fáciles de transportar con ayuda de poleas. Luego, comenzaron a apilar rocas en una masa de argamasa ubicada contra el muro exterior, hasta que una cuesta empinada protegió toda la parte inferior del castillo contra el fuego de cualquier ataque en caso de que hubiera una guerra, en alguna de las centurias futuras, y resguardaron las profundas ventanas con rejas de hierro.

Ya se percibía claramente la forma del castillo que se levantaba a cada uno de los lados de la cabaña de los arqueros y por detrás de ella, con una torre en cada esquina. A la izquierda de la cabaña vieja estaba la puerta principal que daba a un vasto hall; allí, una hilera de unos pocos robles gigantescos había sido transformada en una maciza escalinata.

Más tarde, cuando se hubo terminado el castillo, tres figuras que representaban unos hombres extraños sostenían ese techo con las cabezas y los brazos levantados; pero en ese momento los tallistas apenas acababan de comenzar su trabajo, de modo que solo se asomaba un ojo o se insinuaba una sonrisa por aquí o por allá confirmando un poco de expresión a los insólitos rostros de esas criaturas fabulosas del bosque, las que iban adquiriendo forma paulatinamente mientras surgían de tres árboles cuyas raíces aún estaban dentro de la tierra, por debajo del piso. En una planta superior uno de esos tres árboles se convertía en un altísimo aparador cuyos estantes, lados, parte posterior y superior eran de una sola pieza de roble.

Todo el interior del castillo era de madera, ahuecada formando alcobas y lustrada, o tallada en figuras en bajorrelieve. Eran tan grandes los troncos utilizados que a primera vista casi parecía que las paredes eran de una sola pieza de madera. Y las centurias venideras de España oscurecieron los muros a medida que transcurría el tiempo, otorgándoles primero tintes otoñales y luego ennegreciéndolos por completo como si en secreto llevaran luto por las generaciones desaparecidas; sin embargo, aún entonces no se habían derrumbado.

Construyeron los hogares con grandes tejas rojas cuadradas, que también colocaron en las chimeneas mezcladas con argamasa rústica; esos grandes agujeros

oscuros conservaron siempre su aire arcano para todos aquellos que buscaron el misterio, en la familia que vivió siglos en ese castillo. Junto a cada hogar se erguían dos extrañas figuras talladas que sostenían el manto del hogar, con rostros misteriosos y curiosas extremidades que relacionaban ese hogar con la leyenda y con los relatos narrados en el bosque. Años y años después de que los artesanos que las habían tallado se hubieran convertido en polvo, las sombras de esas criaturas surgían y danzaban en la cámara durante las noches invernales, cuando todas las lámparas se habían apagado y las llamas ascendían y oscilaban por encima de los leños ardientes.

En el segundo piso, un gran salón ocupaba toda la longitud del castillo. Había en él una mesa larga de ocho patas con rosas talladas que se extendían a lo largo de sus bordes; la mesa, las patas y el piso eran de una iónica pieza de madera. Jamás hubiesen ahuecado a tiempo ese tronco enorme si no hubieran apelado al fuego para lograrlo. El segundo piso estaba completamente terminado el día en que Rodrigo, Don Alderón y Morano llegaron hasta las cadenas que cerraban el parque. El Rey del Valle de la Sombra no estaba dispuesto a permitir que su regalo fuera visto antes de que alcanzara su magnificencia total, y había ordenado que nadie en el mundo podía entrar para observar el trabajo de sus arqueros y de sus artesanos hasta que luciera ante todos los que hasta él llegaran como un castillo más formidable que ningún otro en España.

Luego levantaron las rocas y la argamasa hasta lo alto del segundo piso pero, por encima de estas, dejaron que se mostrara la madera, excepto en los lugares entre los troncos curvos que rellenaron con yeso; los años ennegrecieron la madera entre el yeso blanco, pero ni una sola de las tormentas que se desencadenaron en los innúmeros años siguientes ni el musgo de tantas primaveras jamás pudieron carcomer esas vigas que el bosque había brindado y en las que los arqueros habían trabajado ya hacía tanto tiempo.

Pero el castillo soportó los años y llegó hasta nuestros días, desgastado y hasta abatido por su itinerario a lo largo de prolongados y a veces problematizados períodos, pero espléndido por la relación que tuvo con la Historia en muchas épocas magníficas. Hasta aquí llegó una vez Valdar, el Excelente, en su juventud. Carlos, el Magnífico, pasó una noche en este castillo cuando iba en peregrinación hacia un lugar santo del sur.

Fue aquí donde Pedro, el Arrogante, cuando estaba ebrio, una noche de primavera, cedió el África al hijo de su hermana.

¡Cuánta grandeza ha contemplado ese castillo! ¡Qué crónicas podrían escribirse sobre él! Pero no precisamente en estas Crónicas que se aproximan a su fin y que todavía tienen que narrar cómo fue construido el castillo. Otros describirán qué insignias flamearon en lo alto de sus cuatro torres agregándole esplendor al viento y por qué causa flamearon. Yo debo aún referirme a su construcción.

Se techó el segundo piso y el Castillo Rodrigo se alzaba una hilada por día gracias a las poleas y al trabajo de cien hombres y, mientras tanto, el parque se extendía cada

vez más y seguía adentrándose en la foresta.

Los artesanos trabajaron en cada cámara los árboles que crecían a través del edificio y con una rama grande del más gigantesco construyeron una pequeña escalera de caracol en un piso superior. Tendieron sobre los pisos pieles de animales que los arqueros habían cazado en el bosque y de las paredes colgaron todo tipo de cueros, teñidos y labrados, como tenían la habilidad de hacerlo en aquel lejano período de España.

Cuando terminaron el tercer piso, techaron el castillo íntegro colocando gigantescas tejas rojas hechas de arcilla sobre las vigas. Las torres no estaban aún terminadas.

En ese momento el Rey del Valle de la Sombra envió un mensajero al Pueblo de la Penumbra para que al anochecer arrojara una flecha roma, con un mensaje sujeto a ella, en el jardín de Don Alderón, cerca de la puerta.

Y continuaron construyendo las torres sobrepasando la altura del techo. Cerca de su extremo superior construyeron saeteras para los arqueros, garitas pequeñas que sobresalían de cada torre como los nidos de las golondrinas, lugares altísimos desde donde podían ver y arrojar flechas sin ser vistos desde abajo. Unos pasadizos de ronda se extendían sinuosos, por detrás de los merlones del muro almenado, que permitirían a los arqueros desplazarse de un sitio a otro y disparar desde acá o desde allá sin que se los ubicara. Así fueron construidas las torres del Castillo Rodrigo en aquella época lejana.

Y un día, cuatro semanas después de la caída del primer roble, como ya se había cumplido el tiempo de su promesa, el Rey del Valle de la Sombra hizo sonar su cuerno. Ubicándose allí donde había estado la cabaña, ahora circundada completamente por los muros enhiestos del Castillo Rodrigo, reunió a sus arqueros. Cuando todos estuvieron a su lado les impartió órdenes. Tenían que ir sigilosamente al Pueblo de la Penumbra y, asimismo, llegar con luz diurna a la casa de Don Alderón y, estuviese casada o soltera, estuviese escondida o custodiada su casa, tenían que traer a Doña Serafina del Valle del Crepúsculo para que se instalara como castellana del Castillo Rodrigo.

Con ese propósito les ordenó que llevaran consigo un carruaje, que consideraba magnífico, aunque los inmensos troncos que conferían grandeza al Castillo Rodrigo adquirirían una apariencia incómoda en el pesado vehículo que era, según la opinión de los arqueros, el carro triunfal de la foresta. De modo que tomaron sus arcos y obedecieron, dejando a los artesanos atareados en el castillo, que ya estaba totalmente techado y con las torres terminadas. Atravesaron la foresta por senderitos que conocían muy bien; avanzaban rápida y sigilosamente, a la manera de los arqueros; y, exactamente antes de la caída de la noche, llegaron al límite del bosque, aunque no se alejaron de él más de lo que lo hacen sus sombras al atardecer. Allí descansaron bajo los robles la primera parte de la noche, con excepción de aquellos cuya habilidad consistía en reunir información para su Rey; tres de ellos se encaminaron al Pueblo

de la Penumbra y allí se mezclaron con los aldeanos.

Cuando la blanca bruma comenzaba a levantarse de los campos, ya próxima el alba, y se agitaba fantasmagóricamente en torno del Pueblo de la Penumbra, los arqueros verdes empezaron a desplazarse junto con ella. En las afueras del pueblo, detrás de unas matas silvestres que los ocultaban, los arqueros que venían del bosque se reunieron con los tres que habían pasado la noche en las tabernas del Pueblo de la Penumbra. Los tres contaron a los cien arqueros que esa mañana se celebraría una magnífica boda en la Iglesia de la Renunciación del Pueblo de la Penumbra y les describieron los preparativos que se habían hecho, que habían venido sacerdotes desde lejos a lomo de muía y habían pasado la noche en el Pueblo y que el mismísimo Obispo de Toledo bendeciría la espada del novio. Por lo tanto, los arqueros se retiraron un trecho y, desplazándose entre la bruma, avanzaron hasta los sitios desde donde podían vigilar la iglesia, bien ocultos en la planicie silvestre, la que de tanto en tanto le concedía un prado al hombre pero cuyo terreno era sobre todo el dominio de las criaturas salvajes cuyos hábitos compartían los arqueros. Y se mantuvieron a la espera.

Esa fue la boda de Rodrigo y Serafina, de la cual las vecinas chismosas hablaban a menudo en las puertas de sus casas en los atardeceres veraniegos, viejas que mascullaban sobre las bodas hermosas que cada una había presenciado; y eran niñas cuando asistieron a esa boda; eran ellas quienes arrojaron pequeños manojos de anémonas en el sendero que estaba delante del pórtico. Narraron una y otra vez esta historia hasta que no pudieron contar nada más. Es el relato de las últimas dos o tres de ellas, mujeres viejas, viejísimas, el que llegó por fin a estas Crónicas, de modo que es como si, por así decir, sus lenguas pudieran moverse un poco más a través de estas páginas, aunque hayan muerto hace ya tantos siglos. Y esto es cuanto los libros pueden hacer.

En primer término se oyó el sonido de las campanas e innúmeras voces; luego las voces se silenciaron y apareció la procesión de ocho teólogos de Murcia cuyas vestimentas eran extrañas para el Pueblo de la Penumbra. Luego venía un párroco procedente del sur, cerca del límite con Andalucía, quien había bendecido el anillo la noche anterior. (Él fue quien hospedó a Rodrigo cuando escapó por primera vez de la Guardia y Rodrigo había enviado a buscarlo). En medio del silencio se oyó, clara, cada una de las notas de las campanas, mientras entraban a la iglesia. Luego avanzó el Obispo con sus apropiados acólitos y vieron de cerca la capa pluvial bendita de Toledo.

Seguía el novio llevando la espada, y Don Alderón iba a su lado. Luego volvieron a elevarse voces en la calle, las campanas siguieron resonando y todos vieron a Doña Miranda. Con fervor arrojaron pequeños ramitos de brillantes anémonas a su paso; parecía que las campanas repicaban con mayor intensidad; luego en la calle surgieron gritos de júbilo que se aproximaban cada vez más. Luego avanzó Doña Serafina en compañía de sus damas de honor. Aquello era lo que en especial recordaban las

vecinas charlatanas, cuando contaban cómo les había sonreído y todavía alababan su vestido en noches de verano tan distantes. Luego empezó la música en la iglesia. Entonces, llegaron los hombres de la foresta. La gente lanzó gritos porque nadie sabía qué iban a hacer. Pero como se inclinaron con tanta reverencia ante el novio y la novia y mostraron sus grandes arcos de caza con tanta buena voluntad a todos los que quisiesen verlos, la gente dejó de alarmarse y temió solamente que el Obispo de Toledo lanzara contra los alegres arqueros uno de sus anatemas.

Poco después el novio y la novia ascendieron al carruaje; la gente lanzó gritos de júbilo, hubo muchos adioses y lluvia de flores; el Obispo bendijo tres de los arcos de los hombres del bosque y un individuo obeso se sentó junto al conductor con los brazos cruzados exhibiendo una expresión de absoluta felicidad en el rostro. Los arqueros, la novia y el novio se encaminaron hacia la foresta.

Aquel carro nupcial era tirado por cuatro vigorosos caballos blancos; los arqueros corrían a su lado y pronto lo perdieron de vista las doncellas que lo contemplaban desde el Pueblo de la Penumbra, pero su imagen se conservó clara en sus recuerdos hasta la época en que sus ojos ya no vieron lo suficiente para tejer y solo podían, cuando hacía buen tiempo, sentarse en el umbral de sus casas y hablar de los tiempos pasados.

Así Rodrigo y su esposa llegaron al bosque. Él estaba callado, perplejo, preguntándose de continuo a qué hogar y a qué futuro la conducía. Ella, que sabía menos que él, sentía mayor confianza. Sobre el camino descuidado que los arqueros compartían con los ciervos y con los viajeros muy escasos y audaces, las ruedas del carro de la foresta se hundían tan profundamente en la tierra arenosa que la escolta de arqueros ya casi no necesitó correr y el que se sentaba junto al conductor descendió y caminó, por una vez, en silencio, conmovido quizá por el acontecimiento, aunque no era otro que Morano. Serafina estaba encantada con el bosque, pero entre Rodrigo y su grandiosa belleza se erguía la barrera de su ansiedad. Una vez se inclinó desde el carro y volvió a preguntarle a uno de los arqueros sobre el castillo; pero el arquero se limitó a hacerle una reverencia y le contestó con un refrán español en el que se afirma que el futuro devela todas las incógnitas. Entonces se quedó callado porque sabía que no había posibilidad alguna de obtener una respuesta directa si apelaban a esos refranes y, después de un rato, quizá se le contagió, en parte, la confianza de Serafina. Al atardecer llegaron a una ancha avenida que conducía a imas grandes verjas.

Rodrigo no conocía ese camino, no conocía sendero alguno en el Valle de la Sombra que fuese tan ancho pero conocía esas verjas. Era el portal de hierro que no conducía a ningún sitio. Pero ahora había un camino del otro lado del portón que daba sobre un parque salpicado con grupos de árboles. Y los dos grandes escudos de hierro habían cambiado, también, junto con los cambios que habían transformado el bosque mágicamente, ya que sus superficies, que antes relucían tan inconfundiblemente vacías, una junto a la otra, tal como aparecían a la luz del fuego no hacía muchas noches atrás, brillaban ahora, una con el escudo de armas de

Rodrigo, y la otra con el de la casa del Crepúsculo. Después de transponer las verjas abiertas penetraron en el parque recién nacido que parecía asombrarse por sus propios árboles antiguos, y donde los ciervos salvajes huían de los viajeros como sombras al anochecer ya que los arqueros habían traído ciervos desde remotos lugares de la foresta. Pasaron por un estanque donde los nenúfares yacieron con lánguida belleza durante cientos de veranos pero todavía no asomaba ninguna flor porque el estanque apenas acababa de ser construido.

Exactamente frente a ellos se erguía una arboleda; cuando la rodearon, apareció de improviso ante la vista el Castillo Rodrigo. Serafina dio un respingo de júbilo. Rodrigo vio sus torres, sus saeteras para los arqueros, sus profundas ventanas enrejadas en la masa de piedra, la hilera solemne de sus almenas pero no daba crédito a sus ojos. No podía creer que, por fin, allí estaba su castillo, que allí se cumplía su sueño y finalizaba su viaje. Esperaba despertar de pronto en algún frío campamento solitario, esperaba que el Ebro desenrollara sus recodos y se precipitara desde el norte para arrasarlo y hacerlo desaparecer. Pensaba que no se trataba más que de otra esperanza alucinada que tomaba la forma de un sueño. Pero el Castillo Rodrigo aún permanecía allí; no se desvanecía ninguna de sus torres, ni cambiaba como cambian las cosas en los sueños. Los servidores del Rey del Valle de la Sombra abrieron la puerta principal; Serafina y Rodrigo entraron y los cien arqueros desaparecieron.

Aquí los abandonaremos y pondremos fin a estas Crónicas. Porque quienquiera desee narrar algo más sobre el Castillo deberá esgrimir una de esas plumas grandilocuentes que cuelgan de la pared del escritorio en las casas de los historiadores. Días trascendentales de la Historia de España brillaron sobre esas ventanas de rejas de hierro. Las cosas que se dijeron en su sala de banquetes y las que se planearon en sus cámaras a veces cambiaron el curso de la Historia en uno u otro sentido del mismo modo en que las rocas desvían el cauce de un arroyuelo. Y así como el viajero que se encuentra con un río caudaloso en una de sus curvas prosigue su camino mientras la corriente fluye hacia su estuario y hacia el mar, así dejó los triunfos y problemas de esa Historia que rocé por un instante ante la puerta del Castillo Rodrigo.

Me debo únicamente a Rodrigo y Serafina y me complace contar que allí vivieron dichosos. Y que el humilde Morano también encontró su felicidad ya que se convirtió en el magnífico mayordomo del Castillo Rodrigo y, en las ocasiones augustas, usó tanta pana roja como la que había contemplado en sus sueños, cuando vislumbró esos mismos acontecimientos mientras dormía junto al fuego moribundo de un campamento. Pero no reposó sobre paja sino sobre pilas enormes de pieles de lobo. Indagando un poco en el segundo año de su vida esplendorosa, aunque solitaria, nos enteramos de que se casó con una de las doncellas del bosque, hija de un arquero que cazaba jabalíes con su Rey, y que todos los arqueros verdes acudieron y le construyeron una casa junto a los grandes portales del parque desde donde se trasladaba solemnemente en las ocasiones apropiadas para asistir a su amo. ¡Surge

Morano, hombre bueno y leal, solo un momento de la Edad Dorada y a través de todos esos siglos haz una reverencia al lector, despídete en tu lengua española, aunque su sonido no sea más potente que el susurro de las sombras movedizas, y regresa luego al penumbroso esplendor del pasado, porque el Señor o la Señora ya no volverán a escuchar tu nombre!

Años y años Rodrigo vivió como Señor del bosque, acatando la autoridad del Rey del Valle de la Sombra a quien él mismo y Serafina acogían con toda la magnificencia que su castillo podía brindar en las ocasiones en que se presentaba ante los portales de hierro. Rara vez lo veían. A veces escuchaban su cuerno cuando pasaba cerca y oían a los arqueros que lo seguían; aunque pasaran todos, a menudo no veían a ninguno. Pero los visitaba en ciertas oportunidades. Estuvo presente en el bautismo del hijo mayor de Rodrigo y Serafina, del que era padrino. Acudió luego para presenciar cómo el chiquilín disparaba con un arco por primera vez. Más tarde fue para entregar pequeños obsequios, tesoros pequeñitos de la foresta, a las hijas de Rodrigo, las que siempre lo trataron no como el Señor todopoderoso de ese bosque que temían los viajeros sino como un amigo personal cuya amistad les pertenecía en forma exclusiva. Entre ellas, tenía sus preferidas, pero nadie supo nunca cuáles eran.

Y vino un día, ya anciano, para transmitirle un mensaje a Rodrigo. Habló del bosque con ternura y extensamente, como si todos sus esplendores fueran sagrados.

Poco tiempo después de aquel día murió y rodeado por el profundo pesar de sus hombres fue enterrado en las profundidades del Valle de la Sombra en un sitio que solo conocían Rodrigo y los arqueros. Como lo había ordenado el anciano Rey, Rodrigo se convirtió en el gobernante del Valle de la Sombra y de sus hombres leales. Con ellos cazó y defendió el bosque, haciendo respetar todas sus costumbres como lo había enseñado el anciano Rey. La Historia cuenta que Rodrigo gobernó el bosque con justicia.

Más tarde, firmó un tratado con el Rey español reconociéndolo como único Señor de España, incluyendo el Valle de la Sombra, con excepción de ciertos derechos de los que gozarían los habitantes del bosque, el cual les pertenecería por siempre jamás. Estos derechos están escritos en pergaminos y sellados con el sello de España y nadie puede dañar la foresta sin autorización de los arqueros.

Rodrigo fue nombrado Duque del Valle de la Sombra y Magnífico de primer grado, aunque pocas veces iba a la Corte como los otros hidalgos pues prefería vivir con su familia en el Valle de la Sombra y rara vez se alejaba más allá del esplendor del bosque que hasta el Pueblo de la Penumbra.

Presenció cómo la gloria del otoño transformaba los bosques en la comarca de las hadas. Cuando los ciervos bramaban y llegaba el invierno, solía tomar de la pared un venablo para cazar jabalíes y se iba de caza a la foresta cuyas ramitas se mostraban negras, delgadas e inmóviles ante la amenaza brillante del invierno. Al llegar la primavera recorría los predios que sus hombres habían sembrado a lo largo del límite del bosque y descubría en el canto de los miles de aves un torbellino de recuerdos,

una invitación al pasado. En verano solía observar cómo jugaban sus hijos y sus hijas, correteando entre los torrentes de luz solar que convertían las hojas y el césped en pálidas esmeraldas. Consagraba sus días al bosque y a las cuatro estaciones. Vivió así entre esplendores que la Historia jamás ha hallado en cualquiera de sus incursiones en las cortes de los hombres.

Se escribió y se cantó que Rodrigo y Serafina vivieron felices por siempre jamás y aunque hace ya tantos siglos que murieron, acaso adquieran en el recuerdo de aquellos lectores que les permitan perdurar allí ese brillo de vida póstumo que otorga el recuerdo y que es cuanto existe en la Tierra para quienes la transitaron alguna vez y que ya no deambulan por los senderos que recorrieron.



EDWARD JOHN MORETON DRAX PLUNKETT, XVIII BARÓN DE DUNSANY (24 de julio de 1878 - 25 de octubre de 1957). Dramaturgo y novelista anglo-irlandés, conocido sobre todo por sus cuentos fantásticos.

Nacido en Londres en el seno de una familia noble irlandesa, recibió una educación esmerada en el Eton College y la Real Academia Militar de Sandhurst. En 1899 hereda el título de *lord*, al fallecer su padre. Como militar, participó en la Guerra Bóer y en la I Guerra Mundial. Entre otras aficiones, fue un excelente cazador y jugador de ajedrez. Mantuvo amistad con otros autores irlandeses, como Yeats. En 1957, muere en Dublín a consecuencia de un ataque de apendicitis.

En los relatos de Dunsany, las tradiciones populares, la épica celta, el exotismo oriental y los elementos oníricos se funden en un mundo intemporal de sabor único. Sus historias de Espada y brujería, recogidas en volúmenes como *La espada de Welleran* (1908) o *Cuentos de un soñador* (1922), le convierten en pionero decisivo del género de la fantasía heroica y tuvieron una gran influencia en los primeros relatos de Lovecraft.